



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

5

39

G2 25

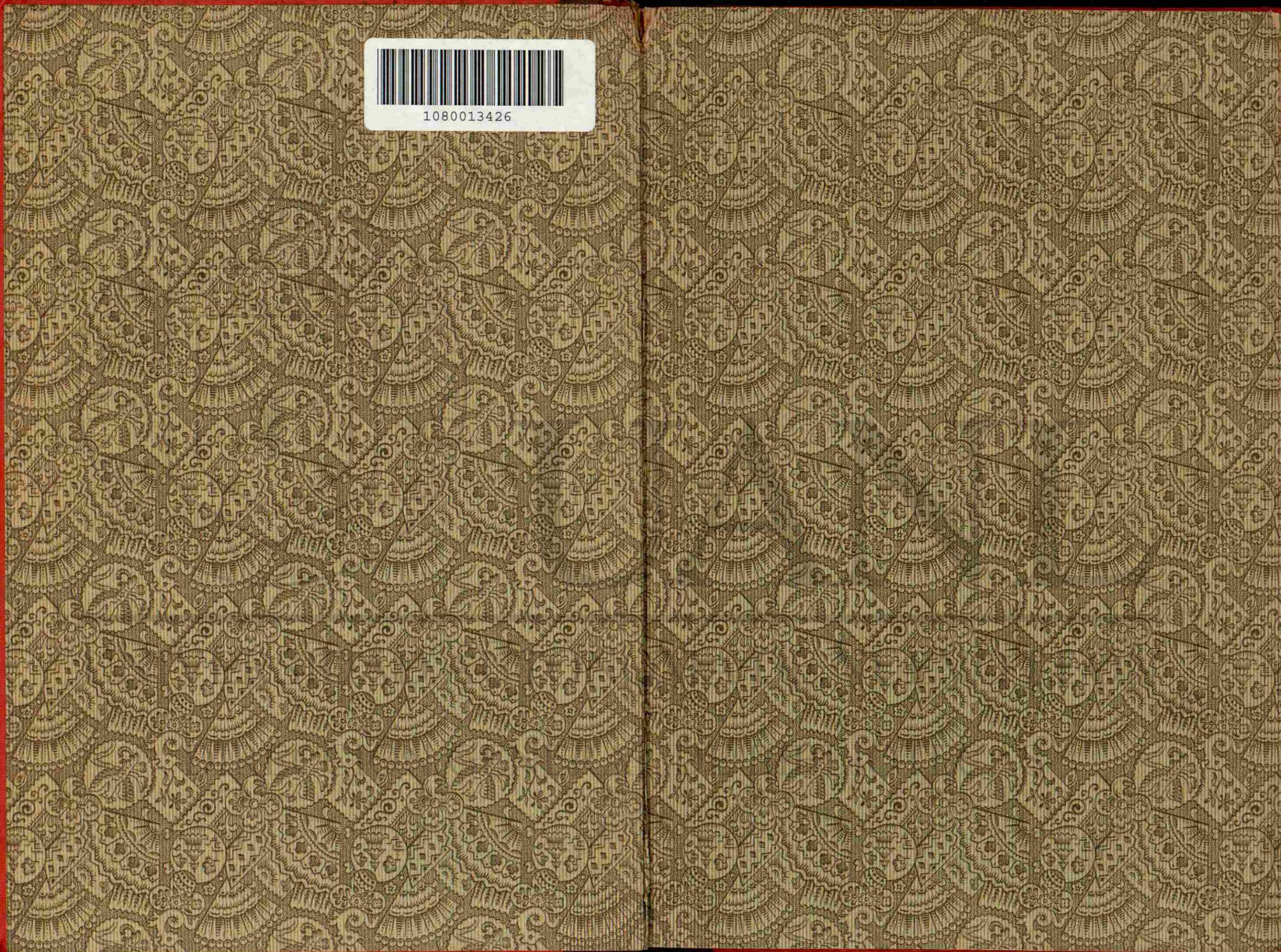
WENTWORTH

DECEASED

1850



1080013426



de varruvias.

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA.

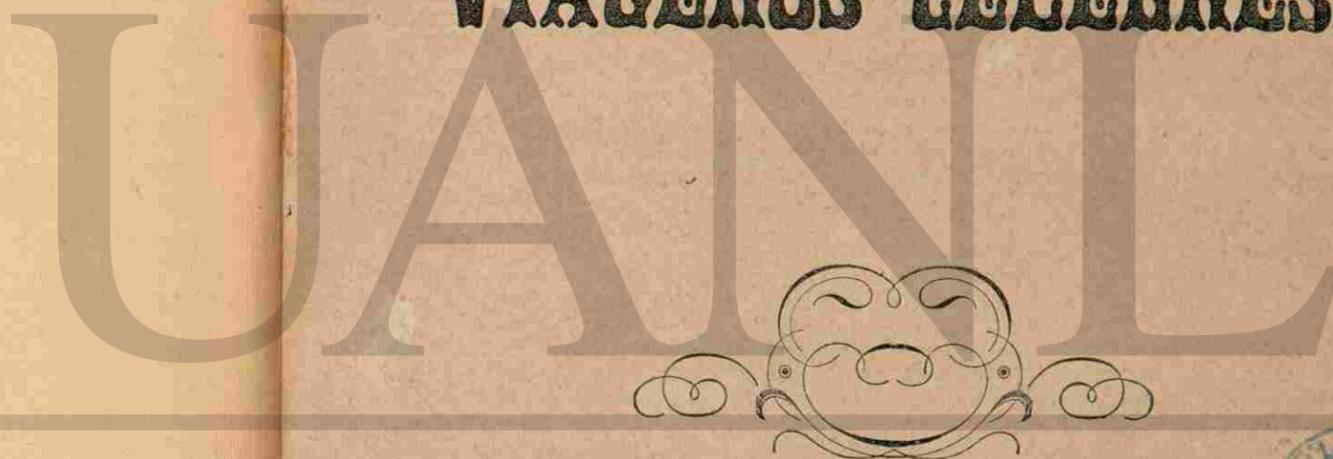
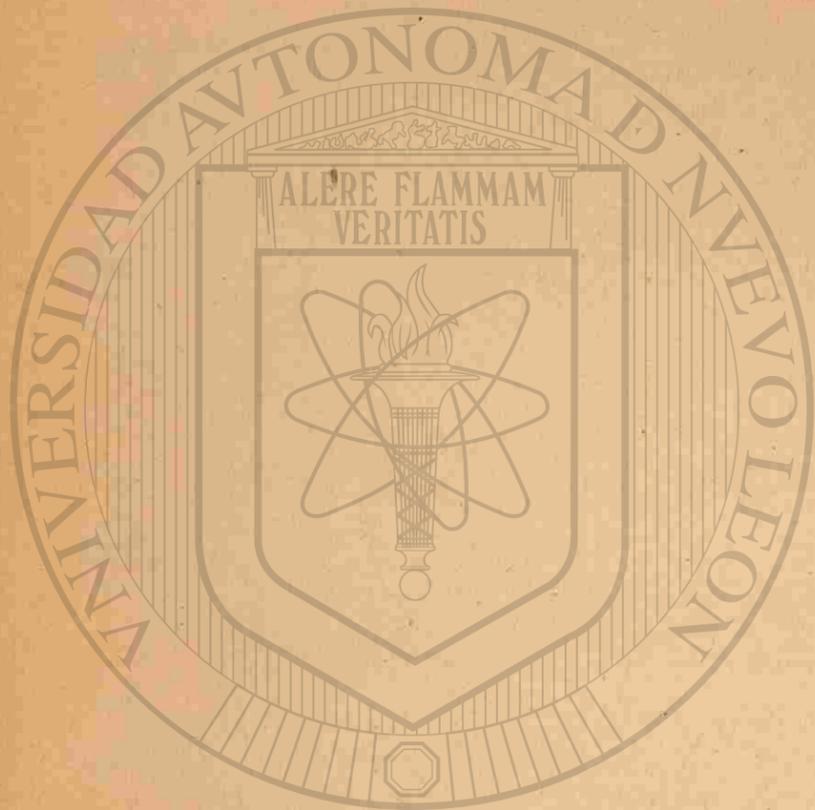
Eneleo Gato

AVENTURAS

ESTRAORDINARIAS

DE LOS

VIAGEROS CELEBRES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

BOIX Y COMPAÑIA, EDITORES.

1851.



COMPTON OXFOR
CATALAVOO OORAO H

5225

A9



PONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156673

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

O'Sullivan y Nolan, impresores, esquina del Portal del Coliseo Viejo y Callejon del Espíritu Santo.

AVENTURAS EXTRAORDINARIAS

DE LOS

VIAGEROS CELEBRES.

I.

UN INFIERNO EN NUEVA ZEMBLA.

(1596.)

Los ingleses y los holandeses han emprendido en distintas ocasiones el camino de la China y el Japon pasando por el mar septentrional, y aún ahora hace pocos años prosigue una expedición inglesa en el Océano polar boreal las exploraciones comenzadas algunos años ha por Parry, Beechey, Ros y Francklin.

La relación que vamos á hacer se refiere á una de las mas antiguas tentativas practicadas con el fin de internarse hácia el Norte, y la hemos recogido para presentarla en esta colección por el interés que ofrecen los incidentes de que está sembrada, y también porque no carece absolutamente de él, considerada bajo el punto de vista de ciertos conocimientos humanos. Su narración pone de manifiesto que las corrientes sobre los hielos boreales obran con la misma violencia á lo largo de la costa de Nueva Zembla que en las de Groenlandia, en las del Spitzberg, de Islandia, del estrecho de Davis, en la del Príncipe Regente y de la bahía en Hudson.

La violencia de estas corrientes es sin duda alguna un peligro para los navegantes; pero sin embargo, suministran una razón para esperar pueda llegarse un día á las latitudes mas considerables del Norte, atendiendo á que en la época de la desagregación de los hielos arrastran y dispersan, facilitando de este modo el tránsito de los buques. Este movimiento de aguas del mar Ártico, reconoce por causa la abundancia de los rios que se precipitan de los grandes continentes que le rodean por todas partes y de que es afluente: además, este verdadero mediterráneo polar experimenta en verano una refundición considerable, producida tanto por la elevación de la temperatura de las tierras que le con-

tienen, como por el calor, naturalmente bastante considerable, de las aguas dulces que provienen de latitudes en que el calor atmosférico se mantiene á un grado muy elevado. Es indispensable que estas aguas que acuden á aumentar las que ya encierran el receptáculo polar, se procuren una salida. Diversos estrechos sirven de desahogo á este ancho mar: el mas considerable de todos es el mar del Norte, y despues los de Beering, el del Príncipe Regente y la bahía de Hudson; pero como el agua que pasa de un espacio mas ancho á un espacio mas reducido adquiere una velocidad tanto mas considerable cuanto mas enorme es su masa y mas reducido el paso que se le impone, se concibe muy bien con solo dirigir una ojeada al mapa, la necesidad de estas corrientes y su potencia.

El país en que tuvo de permanecer la tripulación holandesa, cuyas desgracias nos proponemos referir, era en 1500 muy poco frecuentado. Hoy la parte del Sur de Nueva Zembla está habitada apenas por lapones, samoyedas, rusos y algunos pescadores noruegos.

El 18 de Mayo de 1596, Heemskerke, Guillermo Barense y Juan Cornelisz partieron de Ulija, puerto septentrional de Holanda. Heemskerke mandaba el barco en que iba Barense, jefe de la expedición, bajo el nombre de primer piloto; Juan Cornelisz Ryp capitaneaba la segunda embarcación.

El 30 se encontraban ya á los setenta y nueve grados y veinte y cuatro minutos de latitud Norte; el 1.º de Junio no tenían ya noche; al día siguiente á las diez de la mañana vieron dos parellas (1); presentábanse á la vez á izquierda y derecha del disco del sol, lo que formaba la ilusión de ver tres soles. También estaban como atravesados por un arco-iris.

El 5 de Junio tropezaron con hielos; el 7 se hallaban á setenta y cuatro grados, siete minutos, y navegaban á través de grandes témpanos de hielo

(1) Imágen del sol reflejada en una nube.

que separaban las embarcaciones para franquearse paso: el mar presentaba un color verde subido, por lo que presumieron estar cerca de tierra, próximos á la costa de Groenlandia. A medida que avanzaban era mas denso el hielo.

El 9, á los setenta y cuatro grados, treinta minutos, descubrieron una isla que parecia como de cinco leguas de estension: algunos marineros de la tripulacion ganaron la tierra y ascendieron á la cúspide de una montaña tan escarpada, que para bajar les fué menester acostarse boca abajo contra la tierra y dejarse resbalar poco á poco. Barensez, considerándolos desde la orilla donde habia quedado, dudó largo rato pudiesen escapar del peligro en que se veían. Esta arriesgada correría no tuvo mas resultado que la caza de un oso que condujeron muerto, y el haber visto un crecido número de pavos. Los holandeses llamaron á esta isla *Baeren-Eilandt*, lo que quiere decir, isla de los osos. El animal de esta especie que trasladaron escedía de doce pies de largo.

El 19 descubrieron otra tierra que estimaron hallarse á los ochenta grados, once minutos; parecia de mucha estension; tomaron la costa hácia el Oeste y divisaron una magnífica rada, á la que desgraciadamente estorbó llegar un viento de Nord-este.

El 21 resolvieron anclar en esta costa helada, y mientras que la tripulacion se ocupaba en recoger lastre en la playa occidental de la tierra descubierta, entró en el agua un oso blanco y se dirigió nadando hácia las embarcaciones. Los marineros de estas trataron de perseguirle, pero cuando lo observó fuése retirando hasta alejarse mas de una legua. Llegaron á alcanzarle, pero sin resultado, porque las picas y mazas se rompieron contra su cuerpo; una vez llegó hasta colgarse con las patas del barco, lo que inevitablemente le hubiera hecho zozobrar, á no ser porque afortunadamente se asió por la estomenasa y no por ningun costado. Por fin lograron matarlo y trasladarlo á bordo; tenia trece pies de longitud.

Una legua mas allá divisaron un gran golfo, en cuyo centro habia un islote cubierto de gansos salvajes que se ocupaban en poner y acoclarse. Pertenecian á las mismas especies de los que durante el invierno acuden á las llanuras de Holanda, del Zuiderza y de la Frisa.

El narrador de este viaje ha hecho la observacion de que, segun los conocimientos adquiridos despues, la isla en que se encontraban estos navegantes es la que se halla situada en Groenlandia y Nueva Zembla; se estiende desde el setenta grado hasta mas del ochenta Noroeste de la isla de los Osos.

El 23 de Junio alarmó á una parte de la tripulacion, que habia bajado á tierra para observar las variaciones de la brújula, la presencia de un enorme oso blanco. Siguiéron la costa paralelamente á los setenta y nueve grados, y el 29 tuvieron que alejarse de tierra para librarse de los hielos. Así llegaron á los ochenta y seis grados, cincuenta minutos, teniendo aún á la vista el 1.º de Julio la isla de los Osos.

Este día pasó Cornelisz y los demas oficiales de su embarcacion á la que ocupaba Barensez, y no pudiendo ponerse de acuerdo acerca del rumbo que debia seguirse, determinaron tomar cada cual el que mejor le pareciese para hacer descubrimientos.

Cornelisz, que tenia en mucho su parecer, volvió hácia los ochenta grados, persuadido que podria pasar al Este de las tierras que veia y enderezar en seguida su rumbo al Norte.

Barensez al contrario, tomó el partido de dirigirse al Sur: el 11 se creyó en posicion Sur y Norte de Candnoes, punta oriental del mar Blanco: en seguida encaminándose al Sur-sud-este hácia la altura de setenta y dos grados, pensó que no debia distar mucho de la tierra la Willoughby.

Hallándose el 17 por los setenta y cuatro grados cuarenta minutos, reconoció á Mediodía de Nueva Zembla.

El 25 de Agosto, cuando se creia al Sur de esta considerable isla y al Oeste del estrecho de Wega, halló obstruido el paso por los hielos, de tal modo, que absolutamente desesperó poder marchar mas adelante. Entonces pensó ya en volver á Holanda, pero el camino hácia el Oeste no estaba mas accesible que el que intentó por el Este. Llegaron á un puerto en que la embarcacion quedó aprisionada entre los hielos que sobrenadaban á su alrededor: por la tarde lograron, sin embargo, encaminarla hácia el Oeste del citado puerto, que bautizaron los holandeses con el nombre de *Puerto de los Hielos*; pero durante la noche se unieron y solidificaron entre sí los hielos de tal modo, que conocieron no les quedaba mas recurso que resignarse á pasar el invierno en tan triste region.

El 27 volvió á quebrarse el hielo, y el viento que habia variado al Sud-este, le imprimia un movimiento tal, que chocando contra los costados de la embarcacion, la hacia oscilar poniéndola en gran peligro. Echaron al agua la lancha como refugio en un caso estremo. Apareció una aurora boreal.

El 28 disminuyeron los hielos, y de consiguiente la presion; pero en tanto que reconocian la embarcacion para reparar los daños que debia haber sufrido, se abrió de pronto en sentido de su longitud. Al practicarse esta disyuncion rechinó con tanto estrépito que pensaron se sumergía instantáneamente con todo lo que guardaba en su seno; pero por fortuna no fué así, porque la avería solo afectó la parte de arriba. Esto hizo que la tripulacion se salvara de una muerte inmediata, porque á pesar de aquel accidente pudo sobrenadar el barco.

El 29 y 30 se acumularon los hielos al rededor de la embarcacion, formando formidables parapetos, cuyo espesor se aumentaba con la nieve que caía del cielo. A bordo estallaba todo de un modo horrible, y á cada momento temian que se abriera el casco y que desapareciera bajo el cerco pesado que le asediaba. Del lado de la corriente se habian acumulado los hielos mas que del otro lado, de modo que el barco, cediendo á su peso, permanecia inclinado sobre babor. Sin embargo, no tardó mucho en equilibrarse la presion, con lo que se enderezó sobre aquellos bancos helados como izado con máquinas.

El 31 se cuartearon los hielos y fueron arrastrados por la corriente, pero se llevaron consigo el timon.

El 1.º de Setiembre volvió á quedar la embarcacion aprisionada por la parte superior, aunque la quilla tocaba aún en la misma fluida. Sin embargo, se prepararon tambien de todo evento separando la lancha grande y otras menores.

El 2 estalló el casco del barco por tantos puntos á la vez, que juzgaron prudente trasladar los víveres á la tierra: en este concepto trasladaron trece barricas de galleta y dos toneles de vino; además trasladaron tambien un trinquete ya usado, pólvora, plomo, fusiles y otras armas; instrumentos de carpintería, &c. Todos obraban en el convencimiento de pasar el invierno en aquel país, para lo cual pensaban construir una barraca que les pusiera el abrigo del frio y de la voracidad de los osos. Este proyecto fué singularmente secundado por la abundancia de troncos de árbol que encontraron arrojados sobre la playa.

El 15 mientras trabajaban en la construccion del chozo, divisaron tres osos de desigual corpulencia: el mas pequeño permaneció oculto detrás de un banco de hielo, y los dos mas grandes se dirigieron á los marinos. El mas grande se acercó á un agujero escogido para depósito de la carne salada; pero quedó allí muerto de un balazo que le partió el cráneo; su compañero se le acercó, le olió, y como si adivinase el peligro, tocó retirada. En la huida hizo una parada, se enderezó sobre las patas como para enterarse de sus perseguidores, pero le salió cara su curiosidad, porque aprovechando la ocasion, le enterraron una bala en el vientre. el animal huyó tan de prisa como pudo. Barensez mandó vaciar el cuerpo del oso muerto, y que le colocaran sobre sus cuatro patas, á fin de que se helara en esta posicion para poderlo trasportar á Holanda.

El 25 de Octubre apenas acabada la construccion del chozo, y cuando se ocupaban activamente de trasladar á tierra los víveres y utensilios del barco, aparecieron de improviso tres osos que se dirigieron tras la tripulacion. Esta prorrumpió en grandes voces, pero no consiguió con ellas entonces como otras veces el resultado de espantarlos: fué menester pensar en defenderse. Afortunadamente llevaban dos alabardas en el trineo, mas todos pensaron en ganar el barco; un marinero cayó en una quiebra del hielo, y todos le creyeron víctima de la ferocidad de sus enemigos: sin embargo, estos continuaron hasta asediar en la embarcacion á la tripulacion que se hacia fuerte en ella: los osos les asaltaban y los marineros se defendian arrojándoles cuantos maderos y objetos se hallaban á mano, y de los cuales se apoderaban sus enemigos para destrozarlos: la lucha hubiera tenido tal vez malos resultados, pues iba faltando hasta el recurso de tener algun objeto que arrojarles. cuando Barensez tiró una alabarda al mayor de ellos con tan feliz acierto, que le atravesó el hocico, con lo que dando grandes aullidos, tomó la huida, en la que le siguieron sus compañeros.

Tan intenso era ya el frio; que pasó poco sin que

desaparecieran los osos, viniendo en su lugar zorros blancos, los primeros que aparecieron murieron á balazos, pero despues cogieron gran número de ellos en cepos que les preparaban.

El 4 de Noviembre acabaron enteramente de ver el sol, pero en compensacion estaban alumbrados por la luna, que no se apartaba del horizonte.

El 1.º de Diciembre estaba el chozo completamente enterrado en nieve, y el frio era tan intensísimo, y la noche tan profunda, que tomaron la resolucion de permanecer acostados, manteniendo el calor por medio de piedras recalentadas al fuego.

El humo los obligó á disminuir el fuego, pero helaba con tanta fuerza aún dentro de la barraca, que los vapores espelidos por los pulmones, formaban en las paredes y en el suelo una capa de hielo de dos pulgadas de espesor. El vino de Jerez estaba helado, y el reloj se habia parado.

El 7, despues de celebrar consejo para tratar de los medios de resistir al frio, se decidió ir al barco á tomar el carbon que quedaba en él; practicando esto, se encendió en medio del chozo un gran fuego que esparció un calor considerable. Todos se durmieron, tal vez acometidos de un principio de asfisia, que no tardó en llegar al período en que comienza el aturdimiento y el vértigo. Algunos llegaron hasta á arrastrarse hácia la puerta y lograr abrirla; pero el primero que quiso salir, cayó al suelo privado de sentido; sin embargo, el aire exterior le hizo volver en sí, y el frio que entró en la barraca reanimó á los demas.

Del 9 al 12 el frio era tan vivísimo, que tenian hasta los vestidos cubiertos de caramelos de hielo. En medio de tantos padecimientos resolvieron aquellos desgraciados celebrar las Pascuas de Navidad. Con dos libras de harina que les quedaban, hicieron buñuelos que freian en aceite, los cuales consumieron acompañados de una libacion con todo el vino que voluntariamente para este día habian guardado de sus raciones ordinarias.

El 24 de Enero, Heemskerke y Veer, acompañados de un marinero salieron á dar una vuelta por la orilla, y desde allí contemplaron el disco del sol que comenzaba á mostrarse en el horizonte. Con la aparicion de este astro, concurrió la de los osos, y la retirada de los zorros.

Febrero, Marzo y Abril, ofrecieron alternativas continuas de bueno y de mal tiempo, de nieblas y de heladas. El 6 del último mes montó un oso á la techumbre del chozo, é intentó derribar la chimenea á fin de abrirse paso, lo que no consiguió, si bien tampoco se retiró hasta despues de haber hecho mucho destrozo.

El 15 de Abril habia cesado el rigor del frio: los holandeses visitaron el barco, cobrando su alegría al reparar que se mantenía en el mismo estado que cuando le dejaron: contemplaron con admiracion la forma estraña de aquel mar helado que presentaba la vista de una ciudad arruinada, viéndose á la vez torres, castillos, murallas, &c.

Al día siguiente mientras estaban á bordo, distinguieron ya agua de lejos: algunos quisieron verla mas de cerca, y se dirigieron á ella saltando de

témpano en témpano. Vieron tambien un número muy crecido de cuervos marinos.

Como la presencia de estas aves coincide siempre con la época de desagregacion, fué el divisarlo presagio feliz para nuestros pobres náufragos.

El 1.º de Mayo comenzó á deshelerse la provision de carne; estaba perfectamente conservada, sin mas inconveniente que no poderla guardar mucho tiempo despues de cocida.

El 2 un viento fuerte de Sudoeste barrió la mar; el 3 habian desaparecido todos los hielos, excepto los que rodeaban el barco; nadie hablaba mas que de regresar á Holanda; pero el 7 y el 8 reaparecieron cubriendo la superficie con su sólida capa. Comenzaban á escasear las provisiones mas necesarias, la carne y la harina; apenas quedaba tocino para tres semanas, á dos onzas por cabeza cada día. Los marineros, defraudados en sus esperanzas, declararon á los oficiales que estaban decididos á abandonar aquel funesto lugar á toda costa, lo que dió ocasion de que Heemskerke prometiese que si el barco no estaba suelto para fines de aquel mes, que trataria de poner la lancha y la escuta (1) en estado de marcha.

El 21, viendo Heemskerke que los hielos movidos por un viento Nordeste permitian ya trabajar en las dos embarcaciones, hizo trasladarlas á la mar, lo que consiguieron el 7 de Junio. Para ello fué preciso abrir camino por el hielo, desde la barraca hasta la orilla, á fuerza de pico y hacha, trabajo continuamente interrumpido con la presencia de enormes osos flacos y descarnados que venian de alta mar y obligaban á dividir la atencion entre el combate y el trabajo.

El 13 anunció Heemskerke su resolucion de embarcarse, disposicion que acogieron todos con entusiasmo; en su virtud embarcaron las provisiones y algunos objetos destinados para cambios: todo ello constaba de seis fardos de paños, un baul con telas blancas, dos piezas de terciopelo, dos cajitas con plata, barricas, utensilios de aparejos, trece barricas de galleta, un cubeto de manteca, dos de queso, uno de tocino, dos de aceite, seis de vino y dos de vinagre.

El 14 de Junio de 1597 se dieron á la vela á las seis de la mañana con viento de Oeste: las dos embarcaciones llegaron antes de la noche al cabo de las islas, en cuyo sitio detuvieron los hielos su navegacion. Algun tanto de desmoralizacion se dejó entrever entonces, pero sin embargo, el 15 se quebraron un poco los hielos, doblaron el cabo de Flesingue y continuaron su camino.

El 17 les fué menester abrigarse detrás de los promontorios de hielo mas considerables, á fin de no estar tan espuestos á los témpanos mas ligeros que arrastraban rápidamente las corrientes.

El 20, á las nueve de la mañana, pasó Veer de la escuta á la lancha para anunciar á Barensez que Nicolás Andriess estaba á punto de espirar. "Mi fin, respondió tranquilamente Barensez, no está lejós tampoco." Aquellas gentes que le veian estu-

(1) Escuta son barquillas que se emplean en la pesca de las sardinas.

diar atentamente sobre un mapa en que Veer habia trazado el contorno de la costa, no pudieron dar á sus palabras toda la profunda verdad que encerraban: sin embargo, á poco rato apartando la vista de la carta, dijo que le iban faltando las fuerzas, y espiró en seguida. Con esta baja y la de Andriess no habia ya mas que trece hombres entre las dos embarcaciones.

Un accidente funesto señaló el día 1.º de Julio: hácia las nueve de la mañana los grandes trozos de hielo que venian de alta mar, se estrellaron con tanta fuerza contra los promontorios, de hielo tambien, que guarnecian la costa, que los derribaron produciendo un ruido espantoso. Era menester á toda costa hacer resbalar la lancha por encima de estas masas de hielo, á fin de apartarla de aquel teatro de agitacion que podia arrebatárnosla. En esta maniobra se perdieron algunos bultos de efectos y provisiones, que no pudimos recoger porque los témpanos de hielos, mas ó menos quebrantados por efecto de la sacudida general, se abrian bajo nuestros piés. Mayor fué el peligro para ejecutar con la escuta la misma maniobra que debía ponerla fuera de percances al lado de la lancha. Los hombres destinados á arrastrarla se hundieron bajo el hielo, quedando asidos del borde; y como nada habia que la sujetase, marchaba á merced de la corriente arrastrando á los desgraciados que estaban prendidos al costado. Esta lanchilla sufrió algunas averías y estuvo muchas veces espuesta á quedar aplastada con un enfermo que llevaba dentro y los marineros á quienes servia de tabla de salvacion. Por fin, gracias á haber logrado llegar á colocarse tras de una enorme masa de hielo que caminaba con mas lentitud, fué posible aprovechar aquel momento en que los hielos estaban menos apretados y eran menos numerosos, para ganar á fuerza de remo los hielos adheridos aún á la tierra. Esta lucha duró doce horas. Se perdieron dos barricas de galleta, un cofre lleno de telas, un lio con utensilios de aparejos, el círculo astronómico, un fardo de paño escarlata, y un cubeto de vino, otro de aceite y otro de queso.

El 2 lo emplearon en reparar las averías de la lancha y de la escuta.

El 28 á las tres y media de la tarde llegaron á la bahía de San Lorenzo, y al cabo Bastian, cuya punta no habian doblado aún cuando divisaron dos barcas ancladas y muchas personas sobre la playa.

Las que se descubrian, serian en número de treinta, y eran rusos. Algunos conocieron á Veer por haberle visto en un viaje anterior; le preguntaron por señas, qué habia sido de su embarcacion, y mostraron mucho sentimiento por sus padecimientos. Regalaron á Heemskerke un pan por centeno y pasaron el día en cumplidos de buena política; el 29 trasladaron los rusos á bordo de los barcos holandeses algunas barricas de aceite de ballena, y se ausentaron.

Los holandeses, que no habian conseguido de ellos indicio alguno, se alarmaron de aquella repentina huida. Sin duda alguna el temor de confundirse con los desgraciados náufragos, casi todos ata-

cados de escorbuto, y de tener que repartir con ellos sus escasas provisiones, fué la única causa de abandono que tan mal se acordaba con la recepcion que les habian hecho. Los holandeses decidieron marchar en su seguimiento, pero la niebla comenzaba á ser tan densa, que los perdieron de vista al momento; sin embargo, siguieron su rumbo empeñándose en un estrecho (1) que pasaron sin dificultad: mas adelante se vieron detenidos, en lo que supusieron con razon hallarse en la entrada del Wega, y que los vientos de la parte de Oeste habian acumulado los hielos en el golfo; los vientos de Este, obrando en sentido opuesto, podian abrirles paso, y por lo tanto resolvieron esperar y dirigirse á una isla en que habian divisado dos cruces, y donde esperaban hallar habitantes; pero estaba desierta.

A pesar de todo, hicieron un descubrimiento útil; encontraron cochlearia (2) que alivia el estado de los escorbúticos.

El 3 de Agosto decidieron marchar derechamente hácia el Sur para tocar en las costas de Rusia: la certidumbre de su posicion en el golfo de Waigatsch los animó á seguir este partido esperando ganar las tierras de los samoyedas, en la embocadura del rio Petchora.

El 13 encontraron una barca rusa, y mediante algunas monedas de plata, obtuvieron cierta especie de pan y algunos pescados. A media noche tuvieron la desgracia de que un recio viento Norte separase la lancha y la escuta: esta continuó su camino y encontró algunas barcas rusas, lo que ofreció á aquellos aventureros cierta seguridad en el porvenir, ademas de poderse facilitar algunas provisiones. Los rusos que encontraron el día 17 les dieron noticia de la lancha, y en prueba de ello manifestaron á la tripulacion de la escuta una brújula que les habian dado sus compatriotas en cambio de víveres.

El 20 entre cuatro y cinco de la mañana, estaban á la vista de tierra Oeste de la mar Blanca. Veer, que mandaba la escuta habia percibido desde antes de ser de día el ruido de las olas que se estrellaban en la costa. Aproximándose á ella divisaron que andaba una barca; y algunas casas en la orilla habitadas por trece rusos, tres mugeres y dos lapones, que los recibieron muy amistosamente, y que les suministraron pescado y harina.

En el mismo día se internaron algunos de los hombres de la escuta tierra-dentro para buscar cochlearia, y divisaron gentes que desde lo alto de un cerro escarpado les escaminaban con curiosidad. De aquí dedujeron que aquel país debía estar mas habitado de lo que suponian; pero los pretendidos extranjeros les siguieron al retirarse, y con gran sor-

(1) Estrecho de Kara.

(2) La cochlearia tiene una propiedad estimulante útil cuando el estómago de los escorbúticos no se halla aún en estado desesperado: su eficacia no es general, pues hay circunstancias en que podría ser nociva. Todas las sustancias vegetales susceptibles de servir de alimento, producen saludable efecto en la constitucion de las personas afectadas de escorbuto: porque esta enfermedad es resultado de muchas causas, entre otras, de la privacion de sustancias vegetales, hecho que no es bastante conocido, ni aun de una gran parte de los profesores de medicina.

presa y regocijo reconocieron al llegar á su hospitalaria aldea á sus compatriotas de la lancha. Esta habia padecido mucho, pero por fin, el 23 divisó tierra, y el 24 habia tocado en Siete-islas, donde habia encontrado gran número de pescadores. Los holandeses les habian preguntado á qué distancia se hallaban de Kildouin, Kood ó Koola, logrando comprender de aquellos extranjeros que estaba hácia el Este, y que allí habia embarcaciones holandesas. Al día siguiente ó medio día adquirieron ya noticias mas exactas de su posicion, respecto de Kildouin: dos horas despues atracaron al estremo occidental de la isla; Heemskerke bajó á tierra donde le informaron los lapones de que en efecto habian arribado al punto de Koola tres buques holandeses, de los cuales dos habian ya levado anclas.

Las dos embarcaciones se hicieron inmediatamente á la vela dirigiendo su rumbo del lado de la embocadura del rio de Koola al Sur de Kildouin; pero un viento impetuoso les obligó á hacer alto en una ensenada habitada por tres lapones. Heemskerke les invitó á guiar por tierra hasta Koola á uno de sus marineros, pero ningun género de recompensa ni ofrecimiento fué bastante á decidirles. Consintieron solamente en acompañarle hasta el descenso de una montaña, desde donde otros lapones le conducirían hasta Koola por un corto sacrificio. Heemskerke envió á uno de sus marineros, el cual se armó solamente de una pica, á pesar de que el lapon, su guia, iba provisto de un fusil.

El 29 regresó el lapon, pero venia solo, lo cual hizo temer desde que se le divisó, por la vida del marino emisario; en vano acosaron al guia con preguntas, porque solo pudieron sacar de él indicios de que era portador de una carta que debía entregar á Heemskerke mismo. Cuando llegó á manos del gefe la abrió con precipitacion y sobresalto: estaba escrita en holandés, y se manifestaba en toda ella la admiracion producida por su arribo cuando se creia habria perecido hacia mucho tiempo. Terminaba con la promesa de venir á recogerlos inmediatamente con todos los recursos y refrescos que pudieran desear. Firmaba esta carta Juan Cornelisz Ryp.

No podian ser estas noticias mas satisfactorias; sin embargo de que se preguntaban ¿quién seria este Cornelisz Ryp que escribia á Heemskerke? Nuestros náufragos estaban en la persuasion de que Cornelisz, comandante de su conserva al partir de Holanda debió ser mas desgraciado que ellos, y que habria perecido. Heemskerke buscó una instruccion que conservaba de Juan Cornelisz, escrita de mano de este en otro tiempo, y comparando la letra se vió ser de idéntica forma.

En la tarde del día siguiente divisaron una barca que los lapones llaman *yola*, la cual costeaba acercándose rápidamente: poco despues reconocieron á Cornelisz Ryp y al marinero espedicionario.

Difícil seria tratar de expresar en narracion la alegría y exclamaciones de aquellos desgraciados. No hay que esforzarse demasiado para imaginar cuán inmenso debió ser su regocijo despues de tantos padecimientos y peligros. Despues de gran ra-

to de mútuas felicitaciones, se reunieron en la mesa, ocupando en ella los lapones de las cabañas inmediatas un lugar distinguido. Cornelisz traía consigo cerveza de Rostoch, vino y aguardiente de Francia, diversas especies de carnes y pescados, tocino, azúcar, y todo lo que podía ser útil y convenir á hombres aniquilados por el hambre y las privaciones.

La lancha y la escuta tomaron el rumbo de Koola. El 2 de Setiembre, entre siete y ocho de la noche, entró en la ciudad la tripulación de Heemskerke, fraternizando con la de Cornelisz Ryp.

Heemskerke obtuvo del gobernador de Koola por el czar, permiso de trasladar á los arsenales rusos las dos embarcaciones que habian salvado á su tripulación y á él mismo, en prueba y testimonio de su estraña navegacion.

El 15 de Setiembre se embarcó con su gente en el navío del capitán Cornelisz; el 18 salieron del río para regresar á Holanda, á donde arribaron el 29 de Octubre.

El 1.º de Noviembre desembarcaron en Amsterdam con los mismos trages que vistieron en Nueva Zembla, y con los mismos gorros de pieles de forro blanco con que se defendieron de la intensidad del frío.

Entre todos componian el número de doce: *Jacobo Heemskerke*, capitán; *Pedro Peterson Vos*, *Gerardo Veer*, *Juan Vos*, cirujano; *Jacobo Janson Sterenburg*, *Leonardo Henry*, *Lorenzo Guillelmo*, *Juan Hillebrantson*, *Janson Hoochvout*, *Pedro Corneille*, *Juan de Buisen* y *Jacobo Evertson*.

II.

HISTORIA DE CUATRO MARINEROS RUSOS ABANDONADOS EN LAS ISLAS DE SPITZBERG.

Un traficante de Mesan, ciudad de la provincia de Jugovia, en el gobierno de Arcángel, armó en 1743 una embarcacion para ir al Spitzberg á hacer la pesca de la ballena: la tripulación del buque constaba de catorce hombres.

Los ocho primeros dias fueron de navegacion felicísima, pero el noveno sopló tan de recio el viento de Oeste, que impelió el barco hácia el Este, echándole inopinadamente á vista de las tierras de Spitzberg. Allí no tardó en verse totalmente rodeado de hielos, y se temió por su conservacion; mas á pesar de todo resistió sin averías la presión de los grandes témpanos, que unos sobre otros hacian deslizar y amontonar al rededor del buque la fuerza del viento y de las corrientes. Libres de este primer peligro, se hallaron nuestros expedicionarios aprisionados en medio de una estension de hielo cuyos límites escedian los de su horizonte. Fácilmente se convencieron de que ningún esfuerzo humano era suficiente á arrancarles de aquella forzosa inmovilidad; era, pues, necesario aguardar á que el mar estuviese libre, lo cual podría tardar mucho tiempo; tal vez diferirse hasta el año siguiente.

El contra maestre Alejo Himkof recordó entonces haber oido decir que algunos habitantes de Mesan habian construido algunos años antes, en aquella tierra inhospitalaria, un chozo á cuyo abrigo pudieron resistir un invierno. La esperanza de encontrarlo reanimó el espíritu de los marineros, que decidieron abandonar el barco para retirarse á aquel especie de refugio, si llegaba á darse con él. La suerte designó á cuatro hombres que debian practicar la exploracion: estos fueron Alejo Himkof, Esteban Scharapof, Teodoro Waragen y un yerno del contra maestre. Proveyéronse de cuanto creyeron necesitar para preservarse del frío y del hambre, atendiendo á que la expedicion era penosa, porque tenian que caminar un trecho muy considerable por encima de masas de hielo, no tan solidificadas cerca de tierra que dejara de imprimirles aún las olas, algun movimiento. Estas ondulaciones hacian aún el tránsito mas peligroso y difícil. Sin embargo, llegaron felizmente á tierra, y á poco mas de media legua de la orilla divisaron la cabaña, muy deteriorada á causa de las injurias del tiempo: en ella tuvieron que resignarse á pasar la noche, aunque sin poder dormir, porque la intensidad del frío les obligó á permanecer en movimiento. Afortunadamente, durante el estío, las noches en aquellas regiones son muy cortas; así que dos horas despues de ocultarse el sol apareció de nuevo en el horizonte, y con su presencia cobró esperanza el corazón de nuestros marineros abatidos por el padecimiento y por la influencia de las sombrías ideas que infunde siempre la oscuridad.

Apenas fué de dia, salieron de su retiro y se encaminaron al sitio mismo en que tomaron tierra; mas en vano buscaron sus ojos por todas partes el barco que los habia conducido hasta aquellos lugares; el mar estaba libre; durante la noche habia soplado un violento huracan de la parte del Este, que habia dispersado los hielos, y que sin duda destruyeron la embarcacion porque jamás se ha vuelto á tener noticia de ella. Una estension de agua sin límites se desplegaba tan solo á los ojos de los cuatro desgraciados exploradores.

Prolongados padecimientos y una muerte mas ó menos próxima era la perspectiva que se ofrecia á su consideracion. ¿Tal vez su situacion era preferible á la en que se vieron sus compañeros al sucumbir? Nadie habia que no escogiera pertenecer á los que habian dejado de existir.

El primer sentimiento unánime en los cuatro fué el abatimiento y la desesperacion, pero despues, el deseo de vivir les infundió un poco de energía, y con ella la esperanza en el corazón. Se remitieron, pues, á la voluntad divina, y resignados con este propósito, decidieron hacer cuanto pudieran por merecer sus favores. Desde luego decidieron habilitar la cabaña en lo posible, cubriendo las grietas con musgo, de lo cual tenian abundancia en su derredor; habilitacion á que se dedicaron con ardor, persuadidos de su urgencia, pues que el frío podia hacerles perecer durante el sueño.

Por mas cerrado que trataron de poner aquel asilo, comprendieron que les era menester adquirirse fue-

go si habian de resistir á los rigores eternos de aquel suelo de nieve y de hielo; para este fin, por ninguna parte que estendian la vista divisaban mas que una esterilidad aterradora. Aquella tierra no producía árboles ni arbustos, por lo que no fué ya cuestion entre si estaban destinados á perecer helados así que las noches comenzasen á ser mas prolongadas y de consiguiente mas frias. Abismados en tan tristes reflexiones vagaban á orillas del mar, único sitio á que les impelia un átomo de esperanza, y esto les hizo da con algunos despojos de barcos y con troncos de árboles arrastrados por los rios de Asia, de Europa y de América, que confunden sus aguas en el mar Glacial Artico.

Este hallazgo les suministró leña en abundancia; en algunos palos y fragmentos de buques hallaron clavos y pedazos de hierro que les fueron de grande utilidad. Al abandonar su barco habian traído consigo un poco de pólvora y un fusil, el cual se confió al mas diestro tirador de los cuatro, encargándole la mayor prevision y que no disparara sino con entera seguridad. El cazador correspondió á la confianza de sus desgraciados camaradas, puesto que no poseyendo municiones mas que para doce cargas, se procuró doce rengíferos. Sin embargo, á pesar de la caza y del esmero en economizar los víveres, tocaban ya estos á su fin.

Los cuatro desgraciados se miraban de nuevo con espanto, recorrian las orillas del mar y todos los puntos accesibles de la isla, con la esperanza siempre de hallar recursos improvisos. El tiempo volaba, el verano iba pasando, las nieves se derretian é inundaban los valles con torrentes que arrastraban los hielos de las orillas, en tanto que las alturas conservaban su aspecto de invierno.

Algunas plantas de ninguna utilidad florecian y daban sus frutos en pocos dias. En este triste clima en que la muerte reina como soberana absoluta, parece la vida apresurarse á gozar un triunfo efímero.

La tierra desembarazada de nieve durante estos cortos instantes de fecundidad, se cubre de musgo, pasto habitual de los rengíferos; los osos blancos andan en su derredor para darles caza, pero casi siempre se libran de sus garras por la rapidez de su carrera. Nuestros pobres marinos, que no poseian el recurso de la huida, tenian que estar siempre muy vigilantes contra estos feroces enemigos. Con el auxilio de un garfio que habian hallado en un palo de barco arrojado por el mar, desenterraron una raíz larga y flexible, con la que trataron de formar un arco, perfeccionándole con sus cuchillos: carecian de cuerda y desgraciadamente tambien no les habia ocurrido la idea de proveerse de un arma de esta naturaleza en tiempo de la abundancia de rengíferos: no les hubiera sido difícil fabricar una cuerda con nervios ó con tripas, pero desistieron de este proyecto para ocuparse tan solo de adquirirse una lanza con que defenderse, y hasta con que atacar á los osos blancos. A estos era mas fácil acercarse que á los rengíferos que huían apenas sentian ruido, en tanto que los primeros, hambrientos casi siempre, rondaban al rededor del chozo. A pesar de todo aún tuvieron que discurrir mucho antes de poder apro-

vechar para su objeto el hierro que Dios habia puesto en sus manos; carecian de tenazas y martillo, y esta primera dificultad ecsigia muchos dias de ensayo. Despues de algunas pruebas escogieron un trozo de basalto (1) que les sirviera de martillo: transformaron en tenazas un par de cuernos de rengífero; pusieron al fuego el garfio, le enderezaron, aguzaron la punta, y enlazaron por medio de carreras sacadas tambien de las pieles de rengífero, á una rama de árbol arrojada á la playa por las olas.

Al cabo de cierto tiempo se encontraron poseedores de los elementos necesarios á la fabricacion de una segunda lanza: entonces recorrieron los valles para cazar al acecho zorros azules y rengíferos, pero esta industria les fué poco fructuosa; y sin la facilidad de acometer á los osos blancos que se atrevian ó esperarlos, hubieran sido sus nuevas armas de muy poca utilidad: la muerte hubiera sido el único refugio contra los padecimientos del hambre.

Su primer combate fué largo y peligroso; pero acabaron por derribar el oso á sus pies atacándolo de frente con las lanzas y por los costados con los cuchillos. Este triunfo despertó en su corazón el sentimiento del agradecimiento, dando por él gracias al cielo como de un beneficio inmenso. Trasladaron el animal á la cabaña, donde le despojaron y disecaron minuciosamente sus carnes, despues de subdividirlas en trozos pequeños, esponiéndolas á una corriente de aire, hecho lo cual las depositaron en parage donde no estuvieran tan preciosas provisiones al alcance de los zorros y de los osos. Sin embargo, el olor de estas materias animales fué un cebo que les suministró mas de una ocasion de combatir y matar algunas de aquellas fieras: algunas veces se congregaban tantas, que hasta cierto punto les fué posible escoger para combatir aquella de entre todas que les parecia de mejor despojo ó de mas seguro écsito. A pesar de todo ecsigia esta caza una paciencia que solo el hambre es capaz de infundir, porque tenian que esperar mucho tiempo para que cansados los osos de dar vueltas alrededor del chozo se pusiesen en retirada, y entonces atacar al que de entre ellos se retardaba mas, quedando aislado. Todo esto era menester, á causa de que hubiera sido imprudente acometer á ninguno de aquellos animales en presencia de los demas.

Al disecarse las carnes del primer oso que mataron, observaron que los tendones se dividian con facilidad en filamentos muy delicados, despertando de nuevo esta circunstancia la idea de construirse arcos; se dieron entonces á forjar puntas de flecha de los clavos; adaptaron plumas de pájaros marinos al extremo de sus flechas; el mar les proporcionó trozos de madero de que se fabricaron arcos, con lo que á partir desde este momento, creció su confianza, pues disminuyó el temor de morir de hambre, ó de ser devorados en uno de aquellos combates peligrosos que se veian obligados á sostener á cada momento. En muchas ocasiones fué atacado el chozo, y en todas se defendieron y mataron algunos osos.

Los primeros rengíferos que tropezaron cayeron

(1) Piedra filadiana, producto de volcanes antiguos.

to de mútuas felicitaciones, se reunieron en la mesa, ocupando en ella los lapones de las cabañas inmediatas un lugar distinguido. Cornelisz traía consigo cerveza de Rostoch, vino y aguardiente de Francia, diversas especies de carnes y pescados, tocino, azúcar, y todo lo que podía ser útil y convenir á hombres aniquilados por el hambre y las privaciones.

La lancha y la escuta tomaron el rumbo de Koola. El 2 de Setiembre, entre siete y ocho de la noche, entró en la ciudad la tripulación de Heemskerke, fraternizando con la de Cornelisz Ryp.

Heemskerke obtuvo del gobernador de Koola por el czar, permiso de trasladar á los arsenales rusos las dos embarcaciones que habian salvado á su tripulación y á él mismo, en prueba y testimonio de su estraña navegacion.

El 15 de Setiembre se embarcó con su gente en el navío del capitán Cornelisz; el 18 salieron del río para regresar á Holanda, á donde arribaron el 29 de Octubre.

El 1.º de Noviembre desembarcaron en Amsterdam con los mismos trages que vistieron en Nueva Zembla, y con los mismos gorros de pieles de forro blanco con que se defendieron de la intensidad del frío.

Entre todos componian el número de doce: *Jacobo Heemskerke*, capitán; *Pedro Peterson Vos*, *Gerardo Veer*, *Juan Vos*, cirujano; *Jacobo Janson Sterenburg*, *Leonardo Henry*, *Lorenzo Guillelmo*, *Juan Hillebrantson*, *Janson Hoochvout*, *Pedro Corneille*, *Juan de Buisen* y *Jacobo Evertson*.

II.

HISTORIA DE CUATRO MARINEROS RUSOS ABANDONADOS EN LAS ISLAS DE SPITZBEG.

Un traficante de Mesan, ciudad de la provincia de Jugovia, en el gobierno de Arcángel, armó en 1743 una embarcacion para ir al Spitzberg á hacer la pesca de la ballena: la tripulación del buque constaba de catorce hombres.

Los ocho primeros dias fueron de navegacion felicísima, pero el noveno sopló tan de recio el viento de Oeste, que impelió el barco hácia el Este, echándole inopinadamente á vista de las tierras de Spitzberg. Allí no tardó en verse totalmente rodeado de hielos, y se temió por su conservacion; mas á pesar de todo resistió sin averías la presión de los grandes témpanos, que unos sobre otros hacian deslizar y amontonar al rededor del buque la fuerza del viento y de las corrientes. Libres de este primer peligro, se hallaron nuestros expedicionarios aprisionados en medio de una estension de hielo cuyos límites escedian los de su horizonte. Fácilmente se convencieron de que ningún esfuerzo humano era suficiente á arrancarles de aquella forzosa inmovilidad; era, pues, necesario aguardar á que el mar estuviese libre, lo cual podría tardar mucho tiempo; tal vez diferirse hasta el año siguiente.

El contra maestre Alejo Himkof recordó entonces haber oido decir que algunos habitantes de Mesan habian construido algunos años antes, en aquella tierra inhospitalaria, un chozo á cuyo abrigo pudieron resistir un invierno. La esperanza de encontrarlo reanimó el espíritu de los marineros, que decidieron abandonar el barco para retirarse á aquel especie de refugio, si llegaba á darse con él. La suerte designó á cuatro hombres que debian practicar la exploracion: estos fueron Alejo Himkof, Esteban Scharapof, Teodoro Waragen y un yerno del contra maestre. Proveyéronse de cuanto creyeron necesitar para preservarse del frío y del hambre, atendiendo á que la expedicion era penosa, porque tenian que caminar un trecho muy considerable por encima de masas de hielo, no tan solidificadas cerca de tierra que dejara de imprimirles aún las olas, algun movimiento. Estas ondulaciones hacian aún el tránsito mas peligroso y difícil. Sin embargo, llegaron felizmente á tierra, y á poco mas de media legua de la orilla divisaron la cabaña, muy deteriorada á causa de las injurias del tiempo: en ella tuvieron que resignarse á pasar la noche, aunque sin poder dormir, porque la intensidad del frío les obligó á permanecer en movimiento. Afortunadamente, durante el estío, las noches en aquellas regiones son muy cortas; así que dos horas despues de ocultarse el sol apareció de nuevo en el horizonte, y con su presencia cobró esperanza el corazón de nuestros marineros abatidos por el padecimiento y por la influencia de las sombrías ideas que infunde siempre la oscuridad.

Apenas fué de dia, salieron de su retiro y se encaminaron al sitio mismo en que tomaron tierra; mas en vano buscaron sus ojos por todas partes el barco que los habia conducido hasta aquellos lugares; el mar estaba libre; durante la noche habia soplado un violento huracan de la parte del Este, que habia dispersado los hielos, y que sin duda destruyeron la embarcacion porque jamás se ha vuelto á tener noticia de ella. Una estension de agua sin límites se desplegaba tan solo á los ojos de los cuatro desgraciados exploradores.

Prolongados padecimientos y una muerte mas ó menos próxima era la perspectiva que se ofrecia á su consideracion. ¿Tal vez su situacion era preferible á la en que se vieron sus compañeros al sucumbir? Nadie habia que no escogiera pertenecer á los que habian dejado de existir.

El primer sentimiento unánime en los cuatro fué el abatimiento y la desesperacion, pero despues, el deseo de vivir les infundió un poco de energía, y con ella la esperanza en el corazón. Se remitieron, pues, á la voluntad divina, y resignados con este propósito, decidieron hacer cuanto pudieran por merecer sus favores. Desde luego decidieron habilitar la cabaña en lo posible, cubriendo las grietas con musgo, de lo cual tenian abundancia en su derredor; habilitacion á que se dedicaron con ardor, persuadidos de su urgencia, pues que el frío podia hacerles perecer durante el sueño.

Por mas cerrado que trataron de poner aquel asilo, comprendieron que les era menester adquirirse fue-

go si habian de resistir á los rigores eternos de aquel suelo de nieve y de hielo; para este fin, por ninguna parte que estendian la vista divisaban mas que una esterilidad aterradora. Aquella tierra no producía árboles ni arbustos, por lo que no fué ya cuestion entre si estaban destinados á perecer helados así que las noches comenzasen á ser mas prolongadas y de consiguiente mas frias. Abismados en tan tristes reflexiones vagaban á orillas del mar, único sitio á que les impelia un átomo de esperanza, y esto les hizo da con algunos despojos de barcos y con troncos de árboles arrastrados por los rios de Asia, de Europa y de América, que confunden sus aguas en el mar Glacial Artico.

Este hallazgo les suministró leña en abundancia; en algunos palos y fragmentos de buques hallaron clavos y pedazos de hierro que les fueron de grande utilidad. Al abandonar su barco habian traído consigo un poco de pólvora y un fusil, el cual se confió al mas diestro tirador de los cuatro, encargándole la mayor prevision y que no disparara sino con entera seguridad. El cazador correspondió á la confianza de sus desgraciados camaradas, puesto que no poseyendo municiones mas que para doce cargas, se procuró doce rengíferos. Sin embargo, á pesar de la caza y del esmero en economizar los víveres, tocaban ya estos á su fin.

Los cuatro desgraciados se miraban de nuevo con espanto, recorrian las orillas del mar y todos los puntos accesibles de la isla, con la esperanza siempre de hallar recursos improvisos. El tiempo volaba, el verano iba pasando, las nieves se derretian é inundaban los valles con torrentes que arrastraban los hielos de las orillas, en tanto que las alturas conservaban su aspecto de invierno.

Algunas plantas de ninguna utilidad florecian y daban sus frutos en pocos dias. En este triste clima en que la muerte reina como soberana absoluta, parece la vida apresurarse á gozar un triunfo efímero.

La tierra desembarazada de nieve durante estos cortos instantes de fecundidad, se cubre de musgo, pasto habitual de los rengíferos; los osos blancos andan en su derredor para darles caza, pero casi siempre se libran de sus garras por la rapidez de su carrera. Nuestros pobres marinos, que no poseian el recurso de la huida, tenian que estar siempre muy vigilantes contra estos feroces enemigos. Con el auxilio de un garfio que habian hallado en un palo de barco arrojado por el mar, desenterraron una raíz larga y flexible, con la que trataron de formar un arco, perfeccionándole con sus cuchillos: carecian de cuerda y desgraciadamente tambien no les habia ocurrido la idea de proveerse de un arma de esta naturaleza en tiempo de la abundancia de rengíferos: no les hubiera sido difícil fabricar una cuerda con nervios ó con tripas, pero desistieron de este proyecto para ocuparse tan solo de adquirirse una lanza con que defenderse, y hasta con que atacar á los osos blancos. A estos era mas fácil acercarse que á los rengíferos que huían apenas sentian ruido, en tanto que los primeros, hambrientos casi siempre, rondaban al rededor del chozo. A pesar de todo aún tuvieron que discurrir mucho antes de poder apro-

vechar para su objeto el hierro que Dios habia puesto en sus manos; carecian de tenazas y martillo, y esta primera dificultad ecsigia muchos dias de ensayo. Despues de algunas pruebas escogieron un trozo de basalto (1) que les sirviera de martillo: transformaron en tenazas un par de cuernos de rengífero; pusieron al fuego el garfio, le enderezaron, aguzaron la punta, y enlazaron por medio de carreras sacadas tambien de las pieles de rengífero, á una rama de árbol arrojada á la playa por las olas.

Al cabo de cierto tiempo se encontraron poseedores de los elementos necesarios á la fabricacion de una segunda lanza: entonces recorrieron los valles para cazar al acecho zorros azules y rengíferos, pero esta industria les fué poco fructuosa; y sin la facilidad de acometer á los osos blancos que se atrevian ó esperarlos, hubieran sido sus nuevas armas de muy poca utilidad: la muerte hubiera sido el único refugio contra los padecimientos del hambre.

Su primer combate fué largo y peligroso; pero acabaron por derribar el oso á sus pies atacándolo de frente con las lanzas y por los costados con los cuchillos. Este triunfo despertó en su corazón el sentimiento del agradecimiento, dando por él gracias al cielo como de un beneficio inmenso. Trasladaron el animal á la cabaña, donde le despojaron y disecaron minuciosamente sus carnes, despues de subdividirlas en trozos pequeños, esponiéndolas á una corriente de aire, hecho lo cual las depositaron en parage donde no estuvieran las preciosas provisiones al alcance de los zorros y de los osos. Sin embargo, el olor de estas materias animales fué un cebo que les suministró mas de una ocasion de combatir y matar algunas de aquellas fieras: algunas veces se congregaban tantas, que hasta cierto punto les fué posible escoger para combatir aquella de entre todas que les parecia de mejor despojo ó de mas seguro écsito. A pesar de todo ecsigia esta caza una paciencia que solo el hambre es capaz de infundir, porque tenian que esperar mucho tiempo para que cansados los osos de dar vueltas alrededor del chozo se pusiesen en retirada, y entonces atacar al que de entre ellos se retardaba mas, quedando aislado. Todo esto era menester, á causa de que hubiera sido imprudente acometer á ninguno de aquellos animales en presencia de los demas.

Al disecarse las carnes del primer oso que mataron, observaron que los tendones se dividian con facilidad en filamentos muy delicados, despertando de nuevo esta circunstancia la idea de construirse arcos; se dieron entonces á forjar puntas de flecha de los clavos; adaptaron plumas de pájaros marinos al extremo de sus flechas; el mar les proporcionó trozos de madero de que se fabricaron arcos, con lo que á partir desde este momento, creció su confianza, pues disminuyó el temor de morir de hambre, ó de ser devorados en uno de aquellos combates peligrosos que se veian obligados á sostener á cada momento. En muchas ocasiones fué atacado el chozo, y en todas se defendieron y mataron algunos osos.

Los primeros rengíferos que tropezaron cayeron

(1) Piedra filadiana, producto de volcanes antiguos.

bajo sus tiros, asciendo á doscientos cincuenta los que mataron durante su permanencia en Spitzberg, además de que un gran número de zorros. Observaron también que frecuentaban estas playas durante el verano las morsas (1): acercábanse á estos animales durante el sueño y los sorprendían y mataban.

Antes de que llegara el tiempo en que la oscuridad fuese perpétua, trataron de investigar los medios de proveerse de luz: para este fin escogieron una especie de tierra que parecía un poco arcillosa, y fabricaron una lámparilla: la llenaron de grasa de renjifero, é hicieron una mecha de filachos de hilo. Esta lámparilla dejó filtrar la grasa hasta el punto de deshacerla; lo que hizo necesario fabricar otra que endurecieron al calor y que sumergieron aún roja en la especie de vasija en que habían puesto agua y harina al punto del engrudo.

Quando comenzaron á faltar estos materiales porque sus lámparillas debieron arder seis meses consecutivos, utilizaron sus camisas y vestidos, pues es inútil advertir que hacia mucho tiempo que se cubrían con pieles de renjifero y de zorro.

He aquí como preparaban y curian aquellas pieles: empapaban las de renjifero en agua fría, dejándolas dentro de ella hasta que se pelaban; entonces frotaban estos cueros húmedos hasta dejarlos casi secos, y los untaban con grasa que penetraba en el cuero á fuerza de frotamiento: de esta manera las ponían suaves y flexibles. Un pedazo de clavo hacia el papel de aguja, y los nervios mas delgados de los renjiferos servían en vez de hilo.

De este modo vencían aquellos desgraciados con su valor é industria los numerosos obstáculos que una casi carencia y el rigor del clima oponían á la conservación de su existencia, y sin embargo, á pesar de haber logrado ponerse al abrigo de una muerte inmediata, no podían sino con terror y desaliento dirigir una mirada al porvenir: sus trabajos y peligros debían renacer á cada paso, y no podían, además de lo que les atormentaba la idea, el pensar en su suerte cuando se debilitaran sus fuerzas por efecto de enfermedades que no faltarian, atendido el sin número de causas físicas que les combatían por todas partes amenazando quebrantar su constitucion; y también lo que sería de los que sobreviviesen cuando la muerte arrebatara á alguno ó algunos de ellos, disminuyendo de este modo sus medios de accion, y de consiguiente los de combatir las bestias feroces. Al principio, llenos de salud y alentados por la esperanza, pudieron soportar las penalidades de una vida tan miserable y trabajosa; pero su espíritu iba decayendo á impulsos de su debilidad física, creciendo el desánimo á medida que perdían las esperanzas. El mas desgraciado de todos era Alejo Himkof, que habia dejado en su país una esposa y dos niños; hablaba de ellos sin cesar, y sin cesar su imaginacion le trasladaba en medio de esta familia que tan sentidamente echaba de menos: el desgraciado lloraba amargamente sin que sus compañeros

(1) Las orillas del mar abundaban en despojos de esta naturaleza.

de infortunio encontraran ni aún palabras con que consolarle.

Los padecimientos morales no producían una impresion menos profunda y desfavorable sobre su constitucion que las duras privaciones y penalidades á que se veían espuestos: Teodoro Weragen cayó enfermo y se agravó rápidamente y sucumbió á poco. Sus camaradas escucharon sus quejidos sin recurso alguno que le pudiera aliviar, y sin esperanza de salvarlo. Su muerte produjo un sentimiento difícil de explicar, porque naturalmente inclinó este suceso á pensar cada uno en su propia suerte, teniendo por dichoso al que sucumbía primero si estaba determinado que pereciesen todos allí. Trasladaron los restos de Teodoro á una altura inmediata enterrándole en la nieve, tan hondamente como les fué posible, á fin de sustraer su cadáver de las fieras.

Este triste acaecimiento ocurrió durante el invierno de 1749; en el 15 de Agosto del mismo año fueron salvados aquellos desgraciados y sustraídos al triste fin que pareció anunciarles el de Teodoro Weragen.

Un día en que el cielo estaba encapotado y que combinada á la melancolía de sus pensamientos la tristeza de que parecía cubrirse la naturaleza, vagaban por las orillas del mar, hácia el medio día se despejó el cielo, inundando de claridad cuanto abarcaba su vista: repentinamente quedaron asombrados al divisar un barco que se hallaba á una legua de tierra. Al principio temieron dar crédito á sus ojos; unos á otros se preguntaban si sería una ilusion de sus sentidos, poniéndose así al abrigo de una inflexible y tremenda realidad: se consultaban si las vergas que se descubrían á través de un resto de niebla serían una especie de fantasmagoría que se ofrecía á sus ojos, si sería otra cosa mas que alguna columna de agua que las ballenas lanzan al aire casi al estado de vapor (1). A pesar de estos justísimos temores, de allí á corto tiempo se purificó del todo la atmósfera, vieron clara y distintamente una embarcacion; el arranque de su alegría fué estremado, y sobrenatural la energía que les infundió. Con la rapidez de renjiferos subieron á lo alto de los cerros y en un abrir y cerrar de ojos encendieron hogueras: observadas estas señales por la tripulacion del buque, echaron al agua el esquife, que se acercó hasta el témpano de hielo que rodeaba la playa. Nuestros insulares corrieron al encuentro de sus libertadores; se hicieron trasladar al navío, y mediante la promesa de ochenta rublos en indemnizacion del gasto que habian de ocasionar, obtuvieron el embarque de sus escasas riquezas, consistentes en doscientas libras de grasa de renjifero, en pieles también de renjifero, de osos y zorros: es supérfluo advertir no olvidarían sus lanzas arcos y flechas, que á partir de aquel momento debían relegarse al arsenal de objetos de curiosidad.

Su cautividad en aquella isla de hielo se habia prolongado seis años. Desembarcaron en Arcángel

(1) Muchos viajeros atestiguan hechos de esta naturaleza: el autor de estas relaciones dice que navegando por las brumosas costas del Perú, le pareció en cierta ocasion divisar una escuadra al límite del horizonte.

el 28 de Setiembre de 1749: la esposa de Alejo se hallaba accidentalmente en la orilla, y cuando supo que su marido acababa de llegar, se arrojó tan presurosamente en un bote del puerto para salir á abrazarle, que cayó al mar y costó mucho trabajo poder salvarla.

El auditor en jefe del almirantazgo de Arcángel interrogó separadamente á cada uno de los marineros, é instruyó un espendiente verbal de sus respuestas; en ellas resultó la mas perfecta conformidad.

III.

INVIERNO EN LOS HIELOS DEL NORTE, POR EL CAPITAN ROSS.

(á fines del año 1820) (1).

El 1.º de octubre, durante la noche, descendió bruscamente el termómetro á diez y siete grados; al amanecer se puso nebuloso el cielo y subió la temperatura á veinte y uno (2), pero como estuvo nevando todo el día, no pudimos subir á las alturas inmediatas, y nos limitamos á explorar el pequeño puerto en que nos hallábamos (3); este vimos con placer que ofrecía seguridad y abrigo; pues por efecto de la configuracion de la costa, presentaba una especie de fortificación, merced á la cual no teníamos que temer el movimiento de los hielos y sus caprichosos y peligrosos cambios y evoluciones.

Hasta entonces los esfuerzos y trabajos del momento nos habian secuestrado la facultad de pensar en el porvenir; pero llegado el momento de inaccion llegó también el de reflexionar. Al cerrarse por primera vez la puerta de la prision, asaltó de pronto á la mente de todos la idea de los siniestros meses de detencion.

Descubrimos algunas huellas de liebre, y dimos caza á alguna de ellas que pagaron con la vida: habian mudado el pelo suyo por el blanco, mudanza que se verificó antes que el suelo se cubriese de nieve. Hallamos también algunos lazos distos por los esquimoles, y montones de piedras que afectaban formas humanas, dispuestos para asustar los renjiferos y hacerles tomar direccion hácia las emboscadas que les tienen preparadas.

La tripulacion iba diariamente á tierra á fin de pasear; construimos en la isla un almacén de pólvora, y por esta razon la llamábamos isla del Almacén. Ecsaminamos nuestras provisiones y calculamos que nos quedaba combustible para setecientos días, y víveres para dos años y diez meses á racion completa. El aceite y el sebo debían durarnos tanto como las demás provisiones, contando con el que podria proporcionarnos la caza de osos y becerros marinos.

(1) Extractado de la Biblioteca general de viajes, de Alberto Montemont, tom. XL.

(2) Termómetro de Fahrenheit; veinte y un grados en la escala de esto representan próximamente nueve grados de Reaumur.

(3) La latitud era setenta grados y la longitud de noventa y dos y cuarenta minutos, á partir del meridiano de Greenwich.

El 18 de Octubre, aunque en calma y con tiempo sereno, bajó el termómetro á un grado: el 20 á dos grados, y á cuatro al día siguiente. Se comenzó la construccion de una techumbre que abrigase de la intemperie el puente de nuestro buque (1) disponiendo su interior de modo que el calor estuviese uniformemente distribuido. Colocamos encima de las calderas unos receptáculos de hierro para facilitar la condensacion del vapor, y evitar las grandes molestias que podia ocasionar esparciéndose por la embarcacion. En el entrepuente en que habia humedad y donde podíamos mantener un calor medio de cincuenta y cinco, estaba instalada la tripulacion.

La temperatura bajó el 27 de Octubre á trece grados; pero nuestra techumbre estaba concluida y nuestro barco convertido en una habitacion seca y abrigada. Los marineros dormían en hamacas que se recogían á las seis de la mañana y se tendían á las diez de la noche. El piso se cubria todos los días de arena caliente, y se le frotaba con ella hasta las ocho de la mañana, hora del desayuno: se designaron los lunes para el lavado de ropa, la cual se enjugaba al fuego. Pusimos en el puente una capa de nieve, que convertida despues en masa consistente de hielo, y cubierta de arena, le daba en seguida el aspecto de un piso allanado á fuerza de rulo. Resguardaba este piso la cubierta, y por los costados bastidores hechos con lona de velas. Cuando los montones de nieve helada llegaron al nivel de los bordes del barco, quedó entre aquella especie de mortaja completamente resguardado de la accion de los vientos.

Desde las seis de la mañana á las nueve era suficiente la cocina de vapor para preparar los alimentos y elevar la temperatura del navío, y por la noche hacia el mismo efecto el calor del horno de pan. Cuando permitía el tiempo salir fuera de nuestro castillo, trabajaban los hombres de la tripulacion hasta las tres ó las cuatro; y cuando esto no era posible se les prescribía cierto número de horas de paseo bajo la cubierta del puente. Por la noche se les tenia en academia desde las seis á las nueve, despues de lo cual se acostaban. El domingo se empleaba en leer la Santa Escritura, en cuyo ejercicio alternaban todos, y despues se cantaban los salmos. Esta instruccion y observancias religiosas hizo comprender á nuestros marinos que pertenecian á una sola y misma familia, y fué causa de que reinase á bordo una tranquilidad y regularidad de conducta muy poco comunes generalmente á bordo de los buques.

El 17 de Noviembre ofreció el sol un fenómeno admirable. El centro del astro se hallaba oscurecido por una nube, y esta por efecto de aquel, pre-

(1) El marino Parry partió de Inglaterra el 10 de Mayo de 1824: á últimos del mes de Octubre estableció su cuartel de invierno en el puerto Bowen, no pudiendo tornar al mar hasta el 20 de Julio de 1825. El 25 la *Fury* se hizo pedazos contra los hielos, y la tripulacion pasó al *Hecla*, y regresó á Inglaterra despues de depositar en tierra los víveres y aparejos que no pudo traspasar. Los víveres y utensilios de la *Fury* fueron de la mayor utilidad al capitán Ross cuatro años despues: el velamen de la *Fury* sirvió para la techumbre de la *Victory*.

bajo sus tiros, asciendo á doscientos cincuenta los que mataron durante su permanencia en Spitzberg, además de que un gran número de zorros. Observaron también que frecuentaban estas playas durante el verano las morsas (1): acercábanse á estos animales durante el sueño y los sorprendían y mataban.

Antes de que llegara el tiempo en que la oscuridad fuese perpétua, trataron de investigar los medios de proveerse de luz: para este fin escogieron una especie de tierra que parecía un poco arcillosa, y fabricaron una lámparilla: la llenaron de grasa de renjifero, é hicieron una mecha de filachos de hilo. Esta lámparilla dejó filtrar la grasa hasta el punto de deshacerla; lo que hizo necesario fabricar otra que endurecieron al calor y que sumergieron aún roja en la especie de vasija en que habían puesto agua y harina al punto del engrudo.

Quando comenzaron á faltar estos materiales porque sus lámparillas debieron arder seis meses consecutivos, utilizaron sus camisas y vestidos, pues es inútil advertir que hacia mucho tiempo que se cubrían con pieles de renjifero y de zorro.

He aquí como preparaban y curian aquellas pieles: empapaban las de renjifero en agua fría, dejándolas dentro de ella hasta que se pelaban; entonces frotaban estos cueros húmedos hasta dejarlos casi secos, y los untaban con grasa que penetraba en el cuero á fuerza de frotamiento: de esta manera las ponían suaves y flexibles. Un pedazo de clavo hacia el papel de aguja, y los nervios mas delgados de los renjiferos servían en vez de hilo.

De este modo vencían aquellos desgraciados con su valor é industria los numerosos obstáculos que una casi carencia y el rigor del clima oponían á la conservación de su existencia, y sin embargo, á pesar de haber logrado ponerse al abrigo de una muerte inmediata, no podían sino con terror y desaliento dirigir una mirada al porvenir: sus trabajos y peligros debían renacer á cada paso, y no podían, además de lo que les atormentaba la idea, el pensar en su suerte cuando se debilitaran sus fuerzas por efecto de enfermedades que no faltarian, atendido el sin número de causas físicas que les combatían por todas partes amenazando quebrantar su constitucion; y también lo que sería de los que sobreviviesen cuando la muerte arrebatara á alguno ó algunos de ellos, disminuyendo de este modo sus medios de accion, y de consiguiente los de combatir las bestias feroces. Al principio, llenos de salud y alentados por la esperanza, pudieron soportar las penalidades de una vida tan miserable y trabajosa; pero su espíritu iba decayendo á impulsos de su debilidad física, creciendo el desánimo á medida que perdían las esperanzas. El mas desgraciado de todos era Alejo Himkof, que habia dejado en su país una esposa y dos niños; hablaba de ellos sin cesar, y sin cesar su imaginacion le trasladaba en medio de esta familia que tan sentidamente echaba de menos: el desgraciado lloraba amargamente sin que sus compañeros

(1) Las orillas del mar abundaban en despojos de esta naturaleza.

de infortunio encontraran ni aún palabras con que consolarle.

Los padecimientos morales no producian una impresion menos profunda y desfavorable sobre su constitucion que las duras privaciones y penalidades á que se veían espuestos: Teodoro Weragen cayó enfermo y se agravó rápidamente y sucumbió á poco. Sus camaradas escucharon sus quejidos sin recurso alguno que le pudiera aliviar, y sin esperanza de salvarlo. Su muerte produjo un sentimiento difícil de explicar, porque naturalmente inclinó este suceso á pensar cada uno en su propia suerte, teniendo por dichoso al que sucumbía primero si estaba determinado que pereciesen todos allí. Trasládaron los restos de Teodoro á una altura inmediata enterrándole en la nieve, tan hondamente como les fué posible, á fin de sustraer su cadáver de las fieras.

Este triste acaecimiento ocurrió durante el invierno de 1749; en el 15 de Agosto del mismo año fueron salvados aquellos desgraciados y sustraídos al triste fin que pareció anunciarles el de Teodoro Weragen.

Un día en que el cielo estaba encapotado y que combinada á la melancolía de sus pensamientos la tristeza de que parecía cubrirse la naturaleza, vagaban por las orillas del mar, hácia el medio día se despejó el cielo, inundando de claridad cuanto abarcaba su vista: repentinamente quedaron asombrados al divisar un barco que se hallaba á una legua de tierra. Al principio temieron dar crédito á sus ojos; unos á otros se preguntaban si sería una ilusion de sus sentidos, poniéndose así al abrigo de una inflexible y tremenda realidad: se consultaban si las vergas que se descubrían á través de un resto de niebla serían una especie de fantasmagoría que se ofrecía á sus ojos, si sería otra cosa mas que alguna columna de agua que las ballenas lanzan al aire casi al estado de vapor (1). A pesar de estos justísimos temores, de allí á corto tiempo se purificó del todo la atmósfera, vieron clara y distintamente una embarcacion; el arranque de su alegría fué estremado, y sobrenatural la energía que les infundió. Con la rapidez de renjiferos subieron á lo alto de los cerros y en un abrir y cerrar de ojos encendieron hogueras: observadas estas señales por la tripulacion del buque, echaron al agua el esquife, que se acercó hasta el témpano de hielo que rodeaba la playa. Nuestros insulares corrieron al encuentro de sus libertadores; se hicieron trasladar al navío, y mediante la promesa de ochenta rublos en indemnizacion del gasto que habian de ocasionar, obtuvieron el embarque de sus escasas riquezas, consistentes en doscientas libras de grasa de renjifero, en pieles también de renjifero, de osos y zorros: es supérfluo advertir no olvidarían sus lanzas arcos y flechas, que á partir de aquel momento debían relegarse al arsenal de objetos de curiosidad.

Su cautividad en aquella isla de hielo se habia prolongado seis años. Desembarcaron en Arcángel

(1) Muchos viajeros atestiguan hechos de esta naturaleza: el autor de estas relaciones dice que navegando por las brumosas costas del Perú, le pareció en cierta ocasion divisar una escuadra al límite del horizonte.

el 28 de Setiembre de 1749: la esposa de Alejo se hallaba accidentalmente en la orilla, y cuando supo que su marido acababa de llegar, se arrojó tan presurosamente en un bote del puerto para salir á abrazarle, que cayó al mar y costó mucho trabajo poder salvarla.

El auditor en jefe del almirantazgo de Arcángel interrogó separadamente á cada uno de los marineros, é instruyó un espendiente verbal de sus respuestas; en ellas resultó la mas perfecta conformidad.

III.

INVIERNO EN LOS HIELOS DEL NORTE, POR EL CAPITAN ROSS.

(á fines del año 1820) (1).

El 1.º de octubre, durante la noche, descendió bruscamente el termómetro á diez y siete grados; al amanecer se puso nebuloso el cielo y subió la temperatura á veinte y uno (2), pero como estuvo nevando todo el día, no pudimos subir á las alturas inmediatas, y nos limitamos á explorar el pequeño puerto en que nos hallábamos (3); este vimos con placer que ofrecia seguridad y abrigo; pues por efecto de la configuracion de la costa, presentaba una especie de fortificación, merced á la cual no teníamos que temer el movimiento de los hielos y sus caprichosos y peligrosos cambios y evoluciones.

Hasta entonces los esfuerzos y trabajos del momento nos habian secuestrado la facultad de pensar en el porvenir; pero llegado el momento de inaccion llegó también el de reflexionar. Al cerrarse por primera vez la puerta de la prision, asaltó de pronto á la mente de todos la idea de los siniestros meses de detencion.

Descubrimos algunas huellas de liebre, y dimos caza á alguna de ellas que pagaron con la vida: habian mudado el pelo suyo por el blanco, mudanza que se verificó antes que el suelo se cubriese de nieve. Hallamos también algunos lazos distos por los esquimoles, y montones de piedras que afectaban formas humanas, dispuestos para asustar los renjiferos y hacerles tomar direccion hácia las emboscadas que les tienen preparadas.

La tripulacion iba diariamente á tierra á fin de pasear; construimos en la isla un almacén de pólvora, y por esta razon la llamábamos isla del Almacén. Ecsaminamos nuestras provisiones y calculamos que nos quedaba combustible para setecientos días, y víveres para dos años y diez meses á racion completa. El aceite y el sebo debían durarnos tanto como las demás provisiones, contando con el que podria proporcionarnos la caza de osos y becerros marinos.

(1) Extractado de la Biblioteca general de viajes, de Alberto Montemont, tom. XL.

(2) Termómetro de Fahrenheit; veinte y un grados en la escala de esto representan próximamente nueve grados de Reaumur.

(3) La latitud era setenta grados y la longitud de noventa y dos y cuarenta minutos, á partir del meridiano de Greenwich.

El 18 de Octubre, aunque en calma y con tiempo sereno, bajó el termómetro á un grado: el 20 á dos grados, y á cuatro al día siguiente. Se comenzó la construccion de una techumbre que abrigase de la intemperie el puente de nuestro buque (1) disponiendo su interior de modo que el calor estuviese uniformemente distribuido. Colocamos encima de las calderas unos receptáculos de hierro para facilitar la condensacion del vapor, y evitar las grandes molestias que podia ocasionar esparciéndose por la embarcacion. En el entrepuente en que habia humedad y donde podíamos mantener un calor medio de cincuenta y cinco, estaba instalada la tripulacion.

La temperatura bajó el 27 de Octubre á trece grados; pero nuestra techumbre estaba concluida y nuestro barco convertido en una habitacion seca y abrigada. Los marineros dormían en hamacas que se recogían á las seis de la mañana y se tendían á las diez de la noche. El piso se cubria todos los días de arena caliente, y se le frotaba con ella hasta las ocho de la mañana, hora del desayuno: se designaron los lunes para el lavado de ropa, la cual se enjugaba al fuego. Pusimos en el puente una capa de nieve, que convertida despues en masa consistente de hielo, y cubierta de arena, le daba en seguida el aspecto de un piso allanado á fuerza de rulo. Resguardaba este piso la cubierta, y por los costados bastidores hechos con lona de velas. Cuando los montones de nieve helada llegaron al nivel de los bordes del barco, quedó entre aquella especie de mortaja completamente resguardado de la accion de los vientos.

Desde las seis de la mañana á las nueve era suficiente la cocina de vapor para preparar los alimentos y elevar la temperatura del navío, y por la noche hacia el mismo efecto el calor del horno de pan. Cuando permitía el tiempo salir fuera de nuestro castillo, trabajaban los hombres de la tripulacion hasta las tres ó las cuatro; y cuando esto no era posible se les prescribía cierto número de horas de paseo bajo la cubierta del puente. Por la noche se les tenia en academia desde las seis á las nueve, despues de lo cual se acostaban. El domingo se empleaba en leer la Santa Escritura, en cuyo ejercicio alternaban todos, y despues se cantaban los salmos. Esta instruccion y observancias religiosas hizo comprender á nuestros marinos que pertenecian á una sola y misma familia, y fué causa de que reinase á bordo una tranquilidad y regularidad de conducta muy poco comunes generalmente á bordo de los buques.

El 17 de Noviembre ofreció el sol un fenómeno admirable. El centro del astro se hallaba oscurecido por una nube, y esta por efecto de aquel, pre-

(1) El marino Parry partió de Inglaterra el 10 de Mayo de 1824: á últimos del mes de Octubre estableció su cuartel de invierno en el puerto Bowen, no pudiendo tornar al mar hasta el 20 de Julio de 1825. El 25 la *Fury* se hizo pedazos contra los hielos, y la tripulacion pasó al *Hecla*, y regresó á Inglaterra despues de depositar en tierra los víveres y aparejos que no pudo traspasar. Los víveres y utensilios de la *Fury* fueron de la mayor utilidad al capitán Ross cuatro años despues: el velamen de la *Fury* sirvió para la techumbre de la *Victory*.

sentaba su circunferencia rodeada de un cerco luminoso vivísimo que difundía haces de rayos.

Por la parte de Sud-este se presentó una hermosísima aurora boreal que extendía hasta el zénit su esplendor de púrpura.

Segun la latitud en que nos hallábamos debía desaparecer el sol por todo el invierno el 26 de Noviembre; pero desgraciadamente el cielo, preñado siempre de niebla, no nos permitió comprobar este fenómeno. Sin embargo, aún esperamos divisarle alguna vez por efecto de la refracción, y en efecto, no nos engañamos, porque el día 30 de Noviembre desde un sitio elevado observamos durante un momento, salir y ponerse el sol á la vez.

El 24 de Diciembre, día de Noche Buena, gozamos del espectáculo de otra aurora boreal de un esplendor magnífico: este día se celebró con una cena extraordinaria, en la cual hicieron gran papel las provisiones de la *Fury*, pues nos suministraron gran cantidad de tortas de Navidad.

El 9 de Enero, en momento en que me dirigía á tierra, me informó un marinero de que había visto á los esquimoles: inmediatamente me dirigí hácia el sitio que me designó; y en efecto descubrí á poco mas de una milla de tierra adentro, á cuatro hombres que al divisarme se ocultaron detrás de un peñasco de hielo. Continué andando hácia ellos, pero como se aparecieran á mi vista de pronto unos treinta hombres formando una masa de diez de fondo y tres de frente, envié á decir á bordo por el marinero que me acompañaba, que destacasen algunos hombres, á los cuales encargué se mantuviesen á corta distancia de mí. Tomada esta precaución, me adelanté solo hasta estar como á cien pasos de los salvajes, y observé que cada uno estaba armado de una lanza y un cuchillo. Les grité á modo de saludo, *rima, rima*; y me contestaron con una aclamación general. Hice que avanzara mi pequeño destacamento, y cuando estábamos á sesenta pasos gritamos, tirando los fusiles, *Aia, rima*: los salvajes nos imitaron arrojando al punto en todas direcciones sus lanzas y cuchillos, y contestaron con el mismo grito. Fuimos á su encuentro y nos abrazamos mutuamente, ceremonia que produjo en unos y otros una alegría espresada con risas y exclamaciones. Uno de aquellos hombres estaba estropeado de resultas de una lucha con un oso, en que había perdido una pierna; todos estaban muy bien arropados: llevaban vestidos dobles y un gran capoton provisto de una capucha para echarla por la cabeza; las mangas cubrían hasta los dedos, y las pieles de que se componía su traje, estaban superpuestas por la cara rasa, de modo que presentaban la misma superficie de pelo por la parte exterior que por la que tocaba á su cuerpo: su calzado estaba hecho de pieles dobles, y sus calzones eran de cuero y cumplidos hasta cubrir sus toscos borceguies. Lo abultado de sus vestidos les hacían parecer enormes: algunos trajes estaban dispuestos con cierto esmero, y adornados de franjas ó listas, compuestas de nervios y sargas de huesecillos pequeños.

Pieles de gloton, de armiño y de becerro marino, les servían, suspendidas al pecho, de adorno acceso-

rio. Las lanzas que tenían parecían bastones, pues por un lado renataban en una bola de marfil, y por el otro en una punta de asta, y el palo estaba compuesto de fragmentos de madera y de hueso; su cuchillo, formado de huesos y de cuernos de rengífero, constituía un instrumento muy inofensivo, pues carecía de punta y de filo; pero esto debía ser por adorno, puesto que también iban provistos de otro mas eficaz colgado á la espalda, el cual era de buen hierro, y con filo y punta muy agudos.

Conviniéron en acompañarnos hasta el buque, y los regalos de objetos de hierro que les ofrecíamos los aceptaron con grande alegría.

Todos aquellos esquimoles tenían la cara ovalada, ojos negros y muy juntos, nariz pequeña y pelo oscuro: su piel era cobriza. Me parecieron mas aseados que otros que había ya visto de su misma especie, llamándome la atención que tuviesen cortado el cabello, y aún arreglado con algun cuidado. Cuando entraron en mi cámara, donde yo les introduje, quedaron extraordinariamente sorprendidos; los cuadros que representaban compatriotas suyos les lisongeó y agradó mucho; si bien sobre todo fueron blanco de su admiración y asombro los espejos, las lámparas y los candeleros y bugías.

Cuando trataron de retirarse, les acompañamos un trecho y convinimos en visitar sus hogares al día siguiente.

El 10 de Enero marcaba el termómetro treinta y siete grados, y nos pusimos en camino para acudir á la cita; componíase su aldea de doce chozos de nieve agrupados en el fondo de un pequeño golfo, á dos millas y media del navío. Tenían la forma de vacías puestas boca á bajo, y estaban distribuidas sin orden ninguno. Las mugeres y los niños estaban á la puerta, y les distribuimos agujas y cuentas de rosario, con lo cual disminuyó mucho el temor que mostraron cuando nos acercamos.

Un pasillo ó corredor tortuoso conduce á la habitación principal, que es un espacio en semicírculo de diez piés de diámetro, cuando está ocupado por una sola familia, ó de quince cuando se destina para dos. Dentro, delante de la puerta, tienen construido un banco de hielo de tres piés y medio de largo, por dos de altura, cubierto de pieles, que sirve de cama á toda la familia. A un extremo arde una especie de velon con mecha de musgo, cuyo velon da una llama suficiente para alumbrar y calentar la habitación. Inmediato á él tienen la vasija de piedra que sirve para hacer la comida; contenía carne de rengífero y becerro marino empapada en grasa. En todo el resto se veían confundidos todo género de utensilios, vestidos, instrumentos, provisiones y armas. Estas cuevas no tenían mas luz del cielo que la que franqueaba un pedazo de hielo ovalado y dispuesto á modo de cristal, en un agujero que daba á la parte de Levante. En medio del tránsito tortuoso que sirve de preámbulo á la casa, hay una especie de antecámara para los perros. La abertura exterior la varían segun conviene, respecto del lado que suelen reinar los aires.

Las provisiones de rengíferos, becerros marinos y salmones las conservan guardadas entre nieve.

Las mugeres no eran hermosas seguramente; pero tampoco eran inferiores á sus maridos. Nos parecieron casadas todas las que escedían de trece años de edad; en cada casa había tres ó cuatro y no pudimos saber si pertenecían á un solo hombre. Eran de poca estatura y de aspecto mas descuidado que los varones: sobre todo, los cabellos los llevaban en completo desorden. Sus facciones eran dulces y sonrosadas sus mejillas, en las que tenían, lo mismo que en la frente y en la barba, rayas, sin duda por adorno. Su traje no difiere esencialmente del de los hombres; solo el ropón exterior varía, el cual termina en punta por detrás y por delante.

Su método de cazar rengíferos consiste en imitar sus carreras y llegar por este medio hasta el centro de sus manadas, para lo cual van cubiertos con una piel de este animal, y provistos de sus cuernos. Para representar son indispensablemente necesarios dos hombres, de los que los piés de uno hacen el papel de piés de delante, y los del otro los de atrás.

Cuando tratamos de diseñar su aldea, se inquietaron algun tanto, pero se tranquilizaron al comprender nuestras intenciones.

Cuando la hora de comer nos obligó á volver á nuestra embarcación, nos acompañaron algunos de aquellos hombres, que se pusieron á comer con nosotros; sirviéronse del cuchillo y tenedor como nosotros, así que nos observaron un poco. No mostraron afición á la carne salada, y repugnaron el buding, el arroz y el queso.

El 13 de Enero volví á la aldea, donde me recibió muy amistosamente la muger de *Tulluabui*, y me tenía preparado un vestido completo segun los usaban, en cambio de un pañuelo de seda que le regalé, objeto que parecía agradaarle mas que todos los que presenté á sus ojos. Cuando regresé al barco era tan intenso el frio, que perdí un poco de la piel de una megilla (1).

El 15 de Enero descendió el termómetro á cuarenta grados; el mercurio estaba helado y el horizonte meridional mas opaco que de costumbre, lo que hacia casi insignificante la luz crepuscular del sol de Mediodía.

El esquimol, á quien habíamos regalado una pierna de palo, construida por nuestro carpintero, quiso pagar aquel favor con una consulta facultativa en favor de nuestro armero, prócsimo á morir enfermo del pecho. Un *augekok*, especie de hechicero, había para este fin dado principio ya á sus evocaciones, cuando nosotros le prohibimos pasara adelante, porque nuestro enfermo estaba de demasiada gravedad para darnos humor de presenciar el ridículo espectáculo que nos preparaban.

El 21 tuvimos un tiempo en calma y claro, el que aprovecharon un niño y una niña esquimoles, para visitar nuestro barco. La niña particularmente, estaba de tal modo envuelta de pieles, que parecía un globo sustentado por dos montantes.

El 26 de Febrero nos ofrecieron un espectáculo

(1) Cuando las tintas violetas de la piel anuncian esta disposición á la congelación, frotan los esquimoles con nieve la parte amenazada de muerte.

de baile, mas semejante á evoluciones de osos que á otra cosa, y al cual combinaron un concierto vocal, sostenido por las mugeres, que cerrando los ojos, y abriendo una boca inmensurable, gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: *amna Aija*.

El desayuno de los esquimoles se compone de seis libras de becerro marino por cabeza; y aunque parezca esagerado, aún parecería mas increíble la ávidez con que comen sin cesar, lo que les obliga también incesantemente á ocuparse de proveer á esta necesidad. Un accidente sensible fué el resultado de esta manía de reducirlo todo á cosas de comer; un niño aplicó la lengua á un aro de barrica, espuesto al rigor de la temperatura ordinaria, y se le quedó adherida, de modo que perdió parte de la epidermis al tratar de retirarla.

Algunos de ellos me vieron un día hacer observaciones astronómicas, y como la idea de comer ó devorar es la mas culminante en su inteligencia, se apresuraron á investigar si con auxilio de aquellos instrumentos podría facilitarles becerros almizclados.

El 19 de Mayo de 1830, á las once de la noche, descubrimos el mar al Oeste del cabo Felix. Este Océano era el objeto de todos nuestros esfuerzos y esperanzas, y el que, una vez libre, debía como habíamos esperado, conducirnos al rededor del continente de la América del Norte. Pero aún cuando este mar estaba bajo nuestras plantas, ¿seríamos nosotros los llamados á surcarle? ¡Ah! al cabo de tres años de luchas, de fatigas y de esperanzas incesantemente burladas, nos fué menester abandonar nuestra embarcación, merced á la sucesión de continuos inviernos que nos tuvieron bloqueados en el peligroso estrecho de Boothia-Felix. La mar no se abrió ante nosotros para volver la mirada hácia la patria, sino cuando nuestras fuerzas no correspondían ya al espíritu, y cuando comenzaban á faltarnos los viveres.

Mientras este prolongado cautiverio, el capitán Ross se decidió á hacer exploraciones por tierra, ya que el mal le cerraba el paso para dirigirse al Norte, recorriendo el estrecho de Boothia. En estas exploraciones fué en las que llegó á la parte mas al Norte del continente americano, á la cual dió el nombre de cabo Felix. Los trabajos y privaciones que pasaron fueron inmensos; pero tanto el capitán como su gente, conservaban la energía que presta la esperanza de descubrimientos. Aún, sin embargo, les estaban reservadas otras pruebas harto mas dolorosas y harto mas acompañadas de privaciones en la travesía que tuvieron que hacer despues de abandonar la *Victory*, por medio de los peñascos de hielo del estrecho de la *Fury*, tratando de acercarse al del *Príncipe Regente*, con la esperanza de encontrar balleneros.

Diciembre de 1832 finó de un modo terrible para nosotros, puesto que heló el mercurio y mantuvo los vientos del Norte y Noroeste, que hacían estar á los hielos en continua agitación. Por mas que tratamos de mejorar la cabaña que habíamos construido en la playa del estrecho de *Fury*, al abandonar nuestra embarcación, no conseguimos defendernos mas que á medias de la grandísima intensi-

dad del frío, porque poniéndonos al fuego calentábamos el lado que presentábamos á él, mientras nos helábamos del otro.

El 15 del mismo mes falleció Chimhan Thomas, nuestro carpintero, pérdida primera que teníamos que atribuir al clima y rigor de nuestra posición. Aquel hombre, utilísimo y apreciable, tenía muy quebrantada su salud, á causa de los trabajos que había pasado en navegaciones por los lagos de América, y durante la guerra de los Birmanes: un marino en activo servicio tanto tiempo, es anciano á los cuarenta años.

El mes de Marzo fué también muy inclemente, y nos entristeció y abatió el ánimo: Thom, mi segundo, estaba enfermo; mis antiguas heridas amenazaban abrirse; nos suministraba pocos recursos la caza, y estábamos amenazados del escorbuto.

A mediados de Abril tratamos de organizar los medios de transporte, porque en nuestras marchas no podíamos llevar todas las provisiones, pues aún quedaban para algunos meses; era menester hacerlo poco á poco en distintos viajes, lo que requería el trabajo de muchos días en cada estación. La traslación de las lanchas que debían servirnos en el momento que la mar estuviera libre, daba margen al mas penoso trabajo, pues teníamos que hacerlas deslizar por aquellas superficies resbaladizas, é infinitas veces tener que dar con ellas grandísimos rodeos á fin de salvar los peñascos helados que se oponían á su tránsito.

El 6 de Julio vimos desprenderse una enorme masa de hielo, no como los aludes de nieve de los ventisqueros de Suiza, que saltan de cresta en cresta amontonando su volumen y rodando por una pendiente irregular hasta abismarse en el lecho de un torrente: en el desprendimiento que se verificó á nuestros ojos todo fué instantáneo; apenas comenzó á descender, se hundió en el mar rompiendo sus campos de hielo como si fuese el cristal de un espejo.

Por fin, el 16 de Agosto llegamos al estrecho del Príncipe Regente, donde estuvimos ya con mar libre: trasladamos todas nuestras provisiones á las lanchas, y nos hicimos á la vela, pero avanzando con mucha lentitud y dificultad, porque lo recio de los vientos y la agitación de los témpanos de hielo nos obligaban de continuo á refugiarnos en los golfos formados por la costa, además del poco uso que podíamos hacer de las velas. El 25 de Agosto después de una larga navegación á remo, navegación fatigosísima para nuestros marineros, atravesamos la bahía de *Havyboard* y en ella tuvimos que detenernos á fin de que cobraran descanso los hombres, estenuados por doce horas continuas de fatiga.

El 26 á las cuatro de la mañana, cuando todos estaban entregados al sueño, me informó el vigía David Wood, de que creía distinguir una embarcación, y en efecto, por medio de mi antejo observé que no se engañaba. Nuestros marineros todos al escuchar la noticia salieron á su vez de las tiendas de campaña, dirigiéndose al borde de la playa y discurrendo sobre la naturaleza del buque, su dirección y nacionalidad. Los mas desconfiados nos creían víctimas de una ilusión, tal vez del efecto engaño-

dor de algun promontorio de hielo; pero á pesar de todo, hicimos señales con pólvora humedecida, y nos lanzamos á las lanchas, en las que á pesar de la calma que se oponía á nuestra marcha, nos habíamos acercado hasta el buque mismo que divisábamos, si este hubiera permanecido quieto. Por desgracia se levantó de pronto una brisa que le hizo tomar rumbo al Sud-este, lo que nos obligó á caminar en su seguimiento sin grande esperanza de alcanzarle. A cosa de las diez divisamos otra vela que caminaba con dirección al Norte, y á juzgar por algunas de sus maniobras, creímos un momento que nos habían visto, mas no fué así, porque el barco se alejó. Este instante ha sido el mas cruel de mi existencia: dos navíos estaban próximos á nosotros, uno, cualquiera de ellos, podía poner término á nuestros temores y fatigas, y ni á uno ni á otro alcanzábamos.

Disimulé cuanto me fué posible la horrible impresión que experimentaba, porque era necesario sostener el valor de la gente mostrándome impasible. Felizmente reinó de nuevo la calma, y hacia las once divisamos al buque mas próximo á nosotros y que de pronto viró de bordo y que echó al agua la lancha que se dirigió en seguida á nuestro encuentro.

Cuando estuvimos al alcance de la voz, nos preguntó el contramaestre que mandaba la lancha si éramos naufragos, á lo que contestamos que habíamos abandonado nuestro barco, y le preguntamos á nuestra vez el nombre del buque que teníamos á la vista, á la par que le manifesté el deseo de trasladarme á él con mi tripulación.

Informáronnos de que era el *Isabelle de Hull*, buque que había estado á mis órdenes otras veces. Yo soy, le dije, el capitán Ross, antiguo comandante de vuestro barco, y los que teneis á la vista conmigo, pertenecen á la tripulación de la *Victory*. Al escuchar tal noticia quedé confuso y admirado el patron sin que le fuera dado otra cosa que esclamar: ¡El capitán Ross! . . . ¡El capitán Ross ha muerto! Yo le manifesté que aquella conclusion era muy precipitada; que los vestidos de pieles de oso que llevábamos no era el traje habitual de los balleneros; que nuestras caras famélicas no eran caras de gentes que hubieran abandonado de poco tiempo á aquella parte su embarcación, indicaciones todas que debían hacerles pensar no éramos impostores.

Al punto vino hasta nosotros el capitán Humphrey en persona, y nos aseguró que él y los suyos, como toda Inglaterra, pensaba hacia mucho tiempo que habíamos perecido. Cuando llegamos á bordo fuimos saludados por la tripulación del *Isabelle* con tres hurras, y después tratados por el capitán Humphrey con la cordialidad de un marino.

Aún cuando careciésemos de la recomendación de nuestros nombres y carácter, no hubiéramos tenido menos derecho á la compasión y muestras de atención que nos prodigaron, porque jamás se puede contemplar una reunion de hombres mas derrotados. Teníamos la barba crecida desde no sé qué época; nuestros vestidos eran asquerosos despojos de bestias salvajes, y al comparar nuestros ojos salto-

nes y nuestras mejillas hundidas hasta los huesos por el hambre y los trabajos, con el aspecto de los hombres bien vestidos y alimentados que nos rodeaban, comprendimos cuán repugnantes debimos parecerles. Fuerza es advertir que la parte burlesca cesó muy pronto: nos fué menester entregarnos de una vez á todas las operaciones: lavarnos, afeitarnos, vestirnos, y comer, y entre tanto se confundía todo esto con el cúmulo de preguntas que mutuamente nos hacíamos, respecto de las aventuras de la *Victory* y del estado de los negocios de Inglaterra. Por fin, pasados los primeros momentos de recíproco entusiasmo, llegó la noche, y con ella la vuelta de reflexiones graves y sosegadas: sin duda que ninguno de nosotros dejó de espresar á la Providencia su agradecimiento por habernos sacado del borde de una tumba rodeada de padecimientos, y restituído al seno de nuestros amigos y al mundo civilizado.

El capitán Humphrey nos informó de que acompañado del *William-Lee*, había intentado con su buque cruzar el estrecho del Príncipe Regente hasta las islas de Leopoldo, esperando recoger alguna noticia de nuestra expedición, mas bien que hallarnos á nosotros; pero que habían tenido que retroceder ante los hielos de aquellos mares que estorbaban el paso. El 13 de Setiembre de 1833 abandonamos el estrecho de Davy, después de confiar á las olas, en la bahía de la Procecion, una botella que contenía dentro un papel que refería nuestras tentativas, nuestros trabajos y nuestra salvación. Esta precaución fué inútil porque arribamos felizmente á Londres á últimos de Octubre.

IV.

ASCENSION AL PICO DE TENERIFE.

En el mes de Octubre de 1837, dos corbetas francesas que se dirigían á las regiones australes, tocaron de arribada en Tenerife con objeto de refrescar víveres y practicar algunas observaciones de física.

Mr. Dumont d'Urville dispuso hacer una expedición al pico de Teyda: y héla aquí referida en los propios términos que lo ha hecho uno de los oficiales de la expedición.

Por medio del vice-cónsul francés adquirimos los caballos y guías indispensables á nuestro propósito: los caballos debían trasladarnos hasta Orotava, distante siete leguas de Santa Cruz. Provisos de vino del país, mas propio para resistir al calor que los vinos de Francia, montamos á caballo y nos pusimos en camino. Nuestra caravana se componía entre otros de Mr. Dumulin, ingeniero de la expedición, de Mr. Coupvent-Desleois y de Mr. Lafarge, oficiales de marina: los dos primeros estaban encargados de las observaciones de física, y el último iba armado de su martillo de geólogo. Al salir de la ciudad emprendimos el camino de Laguna que sigue á las alturas inmediatas; por espacio de una legua se halla este camino perfectamente conservado, y no ofrece mas dificultad que las naturales de

la rápida inclinación del terreno; pero mas adelante cesa, por decirlo así, su trazado, y se asciende por entre las asperezas de la montaña. A los lados del camino había entre los reducidos planos que dejaban los peñascos algunas tierras que habían estado sembradas de maiz, y cuya mies acababa de recolectarse; también se veían dispersadas algunas chozas habitadas por gentes que revelaban en su fisonomía sumo estado de pobreza. Conforme nos acercábamos á Laguna presentaba el campo mejor aspecto, y una vez en la planicie en que está construida la ciudad, divisábamos á su alrededor campos de trigo y maiz, y jardines en plena belleza, rodeados de muros guarnecidos de emparrados y enredaderas. A la entrada de la ciudad se encuentra una gran plaza rodeada de hermosos edificios; sus calles son anchas, regulares y provistas de aceras como las de Santa Cruz, pero están casi desiertas. Sin embargo, al ruido de los caballos é impelidas por la curiosidad, asomaban la cabeza por las ventanas algunas lindas muchachas que dirigían una ojeada á nuestra extraña cabalgata. Naturalmente acertamos el paso por contemplar sus agraciados rostros á pretexto de saludar cortesmente, contestando ellas á nuestro saludo con ese tono de franca é inocente urbanidad que caracteriza las costumbres españolas.

Una parte de la ciudad, los campos vecinos y los jardines de Laguna constituían en otro tiempo un lago en que se acumulaban las aguas que bajaban de las montañas inmediatas; á causa de su altura sobre el nivel del mar disfruta de temperatura mas agradable que Santa Cruz. Sus amenos jardines prestan un encanto y una frescura al ambiente que hace muy agradable su residencia. Los campos estaban cubiertos de rastrojos, testigos mudos de la última recolección, y aún se veía ya comenzar las operaciones de labranza con arados tirados por bueyes de escasa corpulencia. Este espectáculo campestre tenía para nosotros vivísimo atractivo; alejados de la vista del mar y rota la uniformidad de la vida que se hace á bordo, nos considerábamos en aquellos momentos como transportados en medio de nuestros campos. El camino, á medida que avanzábamos, se hacia mas practicable y el país mas ameno; al cabo de una hora comenzó á estrecharse la llanura, y á medio día llegamos á *Agua García*, uno de los sitios mas pintorescos de todo el camino.

En este sitio cruza la calzada un acueducto de madera sostenido á una veintena de piés, por el cual corre un abundante caudal de agua que abastece el pueblo de Tacoronte, que divisábamos á lo lejos. A la izquierda hay un abrevadero, en cuyo sitio tienen por costumbre los viajeros detenerse á descansar y dar de beber á los caballos. Hicimos en aquel sitio un alto de media hora, el cual empleé en andar siguiendo el curso de las aguas; cuando llegué á la cúspide de la colina, me hallé dando vista á un encantado valle sembrado de habitaciones, á través del cual serpenteaba un acueducto tan sencillo en su construcción que recuerda la infancia del arte y de la civilización. Mis deseos hubieran sido recorrer aquellos sitios; pero la escasez del tiempo me estorbaba realizar tan buen propósito. Las casas dis-

dad del frío, porque poniéndonos al fuego calentábamos el lado que presentábamos á él, mientras nos helábamos del otro.

El 15 del mismo mes falleció Chimhan Thomas, nuestro carpintero, pérdida primera que teníamos que atribuir al clima y rigor de nuestra posición. Aquel hombre, utilísimo y apreciable, tenía muy quebrantada su salud, á causa de los trabajos que había pasado en navegaciones por los lagos de América, y durante la guerra de los Birmanes: un marino en activo servicio tanto tiempo, es anciano á los cuarenta años.

El mes de Marzo fué también muy inclemente, y nos entristeció y abatió el ánimo: Thom, mi segundo, estaba enfermo; mis antiguas heridas amenazaban abrirse; nos suministraba pocos recursos la caza, y estábamos amenazados del escorbuto.

A mediados de Abril tratamos de organizar los medios de transporte, porque en nuestras marchas no podíamos llevar todas las provisiones, pues aún quedaban para algunos meses; era menester hacerlo poco á poco en distintos viajes, lo que requería el trabajo de muchos días en cada estación. La traslación de las lanchas que debían servirnos en el momento que la mar estuviera libre, daba margen al mas penoso trabajo, pues teníamos que hacerlas deslizar por aquellas superficies resbaladizas, é infinitas veces tener que dar con ellas grandísimos rodeos á fin de salvar los peñascos helados que se oponían á su tránsito.

El 6 de Julio vimos desprenderse una enorme masa de hielo, no como los aludes de nieve de los ventisqueros de Suiza, que saltan de cresta en cresta amontonando su volumen y rodando por una pendiente irregular hasta abismarse en el lecho de un torrente: en el desprendimiento que se verificó á nuestros ojos todo fué instantáneo; apenas comenzó á descender, se hundió en el mar rompiendo sus campos de hielo como si fuese el cristal de un espejo.

Por fin, el 16 de Agosto llegamos al estrecho del Príncipe Regente, donde estuvimos ya con mar libre: trasladamos todas nuestras provisiones á las lanchas, y nos hicimos á la vela, pero avanzando con mucha lentitud y dificultad, porque lo recio de los vientos y la agitación de los témpanos de hielo nos obligaban de continuo á refugiarnos en los golfos formados por la costa, además del poco uso que podíamos hacer de las velas. El 25 de Agosto después de una larga navegación á remo, navegación fatigosísima para nuestros marineros, atravesamos la bahía de *Havyboard* y en ella tuvimos que detenernos á fin de que cobraran descanso los hombres, estenuados por doce horas continuas de fatiga.

El 26 á las cuatro de la mañana, cuando todos estaban entregados al sueño, me informó el vigía David Wood, de que creía distinguir una embarcación, y en efecto, por medio de mi antejo observé que no se engañaba. Nuestros marineros todos al escuchar la noticia salieron á su vez de las tiendas de campaña, dirigiéndose al borde de la playa y discurrendo sobre la naturaleza del buque, su dirección y nacionalidad. Los mas desconfiados nos creían víctimas de una ilusión, tal vez del efecto engaño-

dor de algun promontorio de hielo; pero á pesar de todo, hicimos señales con pólvora humedecida, y nos lanzamos á las lanchas, en las que á pesar de la calma que se oponía á nuestra marcha, nos hubiéramos acercado hasta el buque mismo que divisábamos, si este hubiera permanecido quieto. Por desgracia se levantó de pronto una brisa que le hizo tomar rumbo al Sud-este, lo que nos obligó á caminar en su seguimiento sin grande esperanza de alcanzarle. A cosa de las diez divisamos otra vela que caminaba con dirección al Norte, y á juzgar por algunas de sus maniobras, creímos un momento que nos habían visto, mas no fué así, porque el barco se alejó. Este instante ha sido el mas cruel de mi existencia: dos navíos estaban próximos á nosotros, uno, cualquiera de ellos, podía poner término á nuestros temores y fatigas, y ni á uno ni á otro alcanzábamos.

Disimulé cuanto me fué posible la horrible impresión que experimentaba, porque era necesario sostener el valor de la gente mostrándome impasible. Felizmente reinó de nuevo la calma, y hacia las once divisamos al buque mas próximo á nosotros y que de pronto viró de bordo y que echó al agua la lancha que se dirigió en seguida á nuestro encuentro.

Cuando estuvimos al alcance de la voz, nos preguntó el contramaestre que mandaba la lancha si éramos naufragos, á lo que contestamos que habíamos abandonado nuestro barco, y le preguntamos á nuestra vez el nombre del buque que teníamos á la vista, á la par que le manifesté el deseo de trasladarme á él con mi tripulación.

Informáronnos de que era el *Isabelle de Hull*, buque que había estado á mis órdenes otras veces. Yo soy, le dije, el capitán Ross, antiguo comandante de vuestro barco, y los que teneis á la vista conmigo, pertenecen á la tripulación de la *Victory*. Al escuchar tal noticia quedé confuso y admirado el patron sin que le fuera dado otra cosa que esclamar: ¡El capitán Ross! . . . ¡El capitán Ross ha muerto! Yo le manifesté que aquella conclusion era muy precipitada; que los vestidos de pieles de oso que llevábamos no era el traje habitual de los balleneros; que nuestras caras famélicas no eran caras de gentes que hubieran abandonado de poco tiempo á aquella parte su embarcación, indicaciones todas que debían hacerles pensar no éramos impostores.

Al punto vino hasta nosotros el capitán Humphrey en persona, y nos aseguró que él y los suyos, como toda Inglaterra, pensaba hacia mucho tiempo que habíamos perecido. Cuando llegamos á bordo fuimos saludados por la tripulación del *Isabelle* con tres hurras, y después tratados por el capitán Humphrey con la cordialidad de un marino.

Aún cuando careciésemos de la recomendación de nuestros nombres y carácter, no hubiéramos tenido menos derecho á la compasión y muestras de atención que nos prodigaron, porque jamás se puede contemplar una reunion de hombres mas derrotados. Teníamos la barba crecida desde no sé qué época; nuestros vestidos eran asquerosos despojos de bestias salvajes, y al comparar nuestros ojos salto-

nes y nuestras mejillas hundidas hasta los huesos por el hambre y los trabajos, con el aspecto de los hombres bien vestidos y alimentados que nos rodeaban, comprendimos cuán repugnantes debimos parecerles. Fuerza es advertir que la parte burlesca cesó muy pronto: nos fué menester entregarnos de una vez á todas las operaciones: lavarnos, afeitarnos, vestirnos, y comer, y entre tanto se confundía todo esto con el cúmulo de preguntas que mutuamente nos hacíamos, respecto de las aventuras de la *Victory* y del estado de los negocios de Inglaterra. Por fin, pasados los primeros momentos de recíproco entusiasmo, llegó la noche, y con ella la vuelta de reflexiones graves y sosegadas: sin duda que ninguno de nosotros dejó de espresar á la Providencia su agradecimiento por habernos sacado del borde de una tumba rodeada de padecimientos, y restituído al seno de nuestros amigos y al mundo civilizado.

El capitán Humphrey nos informó de que acompañado del *William-Lee*, había intentado con su buque cruzar el estrecho del Príncipe Regente hasta las islas de Leopoldo, esperando recoger alguna noticia de nuestra expedición, mas bien que hallarnos á nosotros; pero que habían tenido que retroceder ante los hielos de aquellos mares que estorbaban el paso. El 13 de Setiembre de 1833 abandonamos el estrecho de Davy, después de confiar á las olas, en la bahía de la Procecion, una botella que contenía dentro un papel que refería nuestras tentativas, nuestros trabajos y nuestra salvación. Esta precaución fué inútil porque arribamos felizmente á Londres á últimos de Octubre.

IV.

ASCENSION AL PICO DE TENERIFE.

En el mes de Octubre de 1837, dos corbetas francesas que se dirigían á las regiones australes, tocaron de arribada en Tenerife con objeto de refrescar víveres y practicar algunas observaciones de física.

Mr. Dumont d'Urville dispuso hacer una expedición al pico de Teyda: y héla aquí referida en los propios términos que lo ha hecho uno de los oficiales de la expedición.

Por medio del vice-cónsul francés adquirimos los caballos y guías indispensables á nuestro propósito: los caballos debían trasladarnos hasta Orotava, distante siete leguas de Santa Cruz. Provisos de vino del país, mas propio para resistir al calor que los vinos de Francia, montamos á caballo y nos pusimos en camino. Nuestra caravana se componía entre otros de Mr. Dumulin, ingeniero de la expedición, de Mr. Coupvent-Desleois y de Mr. Lafarge, oficiales de marina: los dos primeros estaban encargados de las observaciones de física, y el último iba armado de su martillo de geólogo. Al salir de la ciudad emprendimos el camino de Laguna que sigue á las alturas inmediatas; por espacio de una legua se halla este camino perfectamente conservado, y no ofrece mas dificultad que las naturales de

la rápida inclinación del terreno; pero mas adelante cesa, por decirlo así, su trazado, y se asciende por entre las asperezas de la montaña. A los lados del camino había entre los reducidos planos que dejaban los peñascos algunas tierras que habían estado sembradas de maiz, y cuya mies acababa de recolectarse; también se veían dispersadas algunas chozas habitadas por gentes que revelaban en su fisonomía sumo estado de pobreza. Conforme nos acercábamos á Laguna presentaba el campo mejor aspecto, y una vez en la planicie en que está construida la ciudad, divisábamos á su alrededor campos de trigo y maiz, y jardines en plena belleza, rodeados de muros guarnecidos de emparrados y enredaderas. A la entrada de la ciudad se encuentra una gran plaza rodeada de hermosos edificios; sus calles son anchas, regulares y provistas de aceras como las de Santa Cruz, pero están casi desiertas. Sin embargo, al ruido de los caballos é impelidas por la curiosidad, asomaban la cabeza por las ventanas algunas lindas muchachas que dirigían una ojeada á nuestra extraña cabalgata. Naturalmente acertamos el paso por contemplar sus agraciados rostros á pretexto de saludar cortesmente, contestando ellas á nuestro saludo con ese tono de franca é inocente urbanidad que caracteriza las costumbres españolas.

Una parte de la ciudad, los campos vecinos y los jardines de Laguna constituían en otro tiempo un lago en que se acumulaban las aguas que bajaban de las montañas inmediatas; á causa de su altura sobre el nivel del mar disfruta de temperatura mas agradable que Santa Cruz. Sus amenos jardines prestan un encanto y una frescura al ambiente que hace muy agradable su residencia. Los campos estaban cubiertos de rastrojos, testigos mudos de la última recolección, y aún se veía ya comenzar las operaciones de labranza con arados tirados por bueyes de escasa corpulencia. Este espectáculo campestre tenía para nosotros vivísimo atractivo; alejados de la vista del mar y rota la uniformidad de la vida que se hace á bordo, nos considerábamos en aquellos momentos como transportados en medio de nuestros campos. El camino, á medida que avanzábamos, se hacia mas practicable y el país mas ameno; al cabo de una hora comenzó á estrecharse la llanura, y á medio día llegamos á *Agua García*, uno de los sitios mas pintorescos de todo el camino.

En este sitio cruza la calzada un acueducto de madera sostenido á una veintena de piés, por el cual corre un abundante caudal de agua que abastece el pueblo de Tacoronte, que divisábamos á lo lejos. A la izquierda hay un abrevadero, en cuyo sitio tienen por costumbre los viajeros detenerse á descansar y dar de beber á los caballos. Hicimos en aquel sitio un alto de media hora, el cual empleé en andar siguiendo el curso de las aguas; cuando llegué á la cúspide de la colina, me hallé dando vista á un encantado valle sembrado de habitaciones, á través del cual serpenteaba un acueducto tan sencillo en su construcción que recuerda la infancia del arte y de la civilización. Mis deseos hubieran sido recorrer aquellos sitios; pero la escasez del tiempo me estorbaba realizar tan buen propósito. Las casas dis-

persadas por la llanura y los amenos jardines y alamedas, no me ofrecieron obstáculo para llegar hasta Tocoronte, pueblecito situado á orillas del mar, en una posición en extremo agradable porque todo es fértil á su alrededor. La llanura está surcada por lechos profundos practicados por las aguas de los arroyos, cuyas orillas están guarnecidas de catus. Recobrados un poco del cansancio del camino, abandonamos á *Agua García* dirigiéndonos á *Matanzas*; en el tránsito encontramos á cada paso aldeanos de tez tostada, y que á no saberlo revelarían ser españoles en su ademán grave y tranquilo; como todos los montañeses, eran vigorosos y bien formados; algunos preguntaron á nuestros guías si éramos ingleses, porque viajeros de esta nación, es lo que en todas partes del mundo están acostumbrados á ver. Al emparejar con nosotros nos saludaban con aire tan respetuoso, que nos admiraba: en Tenerife la distinción de categorías conserva mucho prestigio; el orgullo democrático no ha penetrado aún bastante para que el aldeano crea poder sustraerse, rehusando saludar á una persona de clase más elevada, del yugo de desigualdad que á pesar de todo existe en los países más democráticos. En estos considero una exageración funesta la idea que tiende á abolir una costumbre patriarcal, que no tiene nada de humillante y que tiene su lado de útil, pues la muestra de recíproca benevolencia de dos hombres que se encuentran en un camino y se saludan, no puede menos de ejercer una feliz influencia en las relaciones de los que las componen; así, pues, no juzgué á los habitantes de Tenerife poco civilizados por estas muestras de deferencia; las jóvenes aldeanas vestidas con sencillez y con todo el aspecto de la salud y belleza, pasaban á nuestro lado dando la misma prueba de urbanidad.

No pasó mucho tiempo sin que encontráramos un compatriota que rebosaba de alegría al hallarse entre franceses, y con ocasión de hablar el idioma patrio; su contento fué tal que estuvo tentado de abandonar sus asuntos de Santa Cruz por acompañarnos hasta el Orotava. Tenía á su cargo la dirección del jardín botánico, y después de facilitarnos plantas y semillas, nos despedimos con toda la efusión que inspira el sentimiento de paisanaje en tierra extranjera.

Al separarnos de nuestro compatriota, atravesamos un precipicio profundo formado por una ancha fractura que parecía producida por las capas de basalto que se elevan de la costa. Estas rocas dominan el camino á una altura de cuarenta piés. Volviendo hácia la izquierda, pudimos contemplar ante nuestros ojos toda la parte accidental de la isla más nombrada por sus viñedos; el cultivo en aquellos parajes es muy esmerado; los dos lados del camino están bordados de sembrados y de viñas. Antes de llegar á Matanza quisieron nuestros guías hacer un alto, pero hallándonos aún demasiado cerca de la ciudad les animamos á que continuarán dándonos algunas de nuestras provisiones. La posada de Matanza se parecía á todas las posadas en general; sus paredes estaban tapizadas de malas estamapas que representaban la vida de Genoveva de Bra-

bante. El pueblo se componía de unas cuarenta casas alrededor de una modesta iglesia, sin contar las chozas habitadas por familias pobres.

De Matanza á Vitoria el camino es escabroso y difícil; el país se halla enteramente plantado de viñas: á la derecha á una distancia que varía de una á dos leguas, se divisa la mar; á la izquierda en lontananza elevadísimas montañas. El pueblo de Vitoria se compone de un centenar de casas; en la calle principal se ve una porción de pequeños monumentos que son otros tantos nichos de santos y vírgenes, objetos de la veneración del pueblo. La carupina que mirábamos á nuestros piés, estaba poblada de aldeanos de los dos sexos, ocupados en la vendimia; pero á la altura en que nos hallábamos estaban aún distantes de madurar los racimos. Desde aquella elevación descubrimos el puerto de Orotava, pueblo que posee un mal fondeadero, muy frecuentado sin embargo, de los patrones de barco, que vienen á él para cargar los vinos más nombrados de la isla. Crecía la extensión de la llanura á medida que avanzábamos, y no tardamos en descubrir toda la ciudad de Orotava situada en declive, y en una de las posiciones más deliciosas que puede imaginarse. A las cuatro llegamos á Orotava, sus calles son anchas, bien empedradas pero molestas á causa de la rapidez de sus cuestas. Sus casas fabricadas con piedra de lava negra propenden á la arquitectura árabe, y tienen un carácter de originalidad agradable á la vista; sin embargo de que lo más notable que se observa en esta villa es la rara abundancia de aguas, que esparce una frescura deliciosa. Nos apeamos cerca de la iglesia en una posada que nuestros guías ensalzaron diciendo había hospedado últimamente á un príncipe francés; no obstante, como es única en el pueblo, no necesitaba esta recomendación para escogerla como alojamiento. Las dos horas que restaban de día las empleamos en visitar el pueblo y sus cercanías: visitamos la iglesia que ofreció poco de particular; en seguida, aceptando la oferta que se nos hizo de acompañarnos al jardín botánico, caminamos cerca de un cuarto de legua por entre un campo delicioso sembrado de casitas de recreo, hasta llegar al sitio designado. Allí nos recibió la señora del director por ausencia de éste, y recorrimos el establecimiento, el cual nos pareció bastante descuidado. Debe su creación á un opulento español natural de Canarias que quiso dotar á su país de todas las producciones de las comarcas tropicales; á pesar de todo, posee bastantes riquezas vegetales.

De vuelta al pueblo, entramos en la posada, donde nos esperaban impacientes nuestros camaradas que habían llegado después para cuidar sus barómetros; en seguida nos pusimos á la mesa y comimos con gran apetito.

Al día siguiente nos levantamos muy animosos; cargamos nuestros instrumentos, provisiones, y hasta el agua en distintos bagajes, y nos hicimos acompañar por un guía especial que conociera las soledades inmediatas al Pico, frecuentadas por reducido número de personas. El tiempo estaba sereno y despejado, como era menester para asegurar el buen

éxito de la expedición; con lluvias tan copiosas, como las que caen en la montaña, hubiera sido peligroso y hasta imposible llegar arriba.

A las cinco y media de la mañana, estábamos en marcha provistos de agua y víveres para dos días, sin contar lo que cada uno llevaba para sí. Salimos del pueblo por un camino escabroso y sembrado de piedras que, gracias á nuestros excelentes caballos salvamos prestamente. Empezaba á despuntar el día; pero á aquella hora el silencio que reinaba en el pueblo, la sombría tinta de sus casas, el estilo de su arquitectura, el leve susurro que se percibía de la montaña y el producido al alzarse las olas del mar, daban á todo lo que nos rodeaba un aire de severidad que invitaba al recogimiento, y contra el cual nuestra alegría, naturalmente expansiva, combatía trabajosamente.

Durante tres cuartos de hora, seguimos un sendero estrecho que, abordaba precipicios cubiertos de resvaladiza lava. A nuestra izquierda divisábamos cabañas rodeadas de higueras, catus y enredaderas, y á la derecha dilatados viñedos formando albitanas como en Provenza y en todo terreno escarpado. Llegamos en seguida á un frondoso valle cubierto de castaños enormes cercados de paredes fabricadas de basalto. Después de este valle, descubrimos algunos campos sembrados de maíz, y más allá terrenos completamente estériles; á poco habíamos entrado en lo que se llama la región de las nubes, porque siempre velaban algunos celajes el paisaje que teníamos á los piés, ofreciéndonos cuando interceptaban la vista del mar y les venía los rayos del sol, apariciones verdaderamente fantásticas. Todavía en aquel terreno ya de escasa vegetación, veíamos esparcidos algunos pinos de poca elevación, matorrales de brezo y tomillo á cuyo derredor se veían revolotear algunas mariposas y pajarillos, aunque en escaso número; en cambio abundaba en caza de liebres y conejos; pero desgraciadamente no teníamos ni tiempo ni medios de entretenernos en esta diversión. Un poco más arriba se despejó la atmósfera; pero la vegetación disminuía de intensidad; hicimos una pausa para que descansaran nuestras cabalgaduras, y en este momento el sol dispuso las nieblas y pudimos considerar bien á gusto el camino que acabábamos de recorrer; dejábamos á la espalda toda la serie de eminencias que separa á Orotava de Laguna; y á nuestro frente la entrada de *Gargantas* y el Pico que se destaca magestuosamente de su base, y que parece va á perderse en las nubes. Varios aldeanos que bajaban de un pueblecito situado á la izquierda de *Gargantas*, el más elevado de toda la isla, nos vendieron algunos higos y otras frutas que, en medio de la naturaleza estéril que nos rodeaba, parecieron deliciosas; otros llevaban á vender á Orotava haces de leña. Todas aquellas gentes acostumbradas á considerar á cada paso viajeros que se dirigían á escalar el Pico, no paraban mientes en nosotros, y menos en el objeto que nos conducía, sin embargo de que no por eso se mostraban menos orgullosos, como todos los habitantes de las montañas, de las maravillas que poseían en su país. Al separarse de nosotros, nos pronosticaban buen tiempo; pero prevenían también que nos resguardásemos del frío.

caban buen tiempo; pero prevenían también que nos resguardásemos del frío.

El camino cada vez se mostraba menos practicable; en los declives de las montañas que teníamos á la izquierda, descubrimos algunos conos truncados, indicios palpables de antiguos cráteres, cuyas erupciones habían producido las corrientes que tapizaban las paredes de los precipicios. Muchas veces nos deteníamos á considerar la gran masa de nubes producida por los condensados vapores de los bosques, los cuales nos ocultaban el Océano; estos se ofrecían á nuestra mirada unas veces como espinosos haces que asemejaban peñascos de nieve, otras en forma de gradería y siempre como un cielo jaspeado, por lo que parecía que teníamos el firmamento no en el zénit, sino bajo nuestras plantas. Este espectáculo nuevo para mí, que no había ascendido á tan elevadas montañas, me encantaba, y nunca me parecía haberlo considerado bastante.

Antes de entrar en las *Gargantas*, dejamos á la izquierda la gruta del Pino, notable porque su cavidad resguarda el único pino que crece en aquella altura; en seguida entramos en las *Gargantas* estensas llanuras completamente estériles y desiertas, cubiertas de fragmentos piedra pomez y de obsidianas que refractan los rayos del sol y producen un calor tan intenso que sería irresistible si no neutralizara su acción un viento Norte, frío ya á aquella altura de mil cuatrocientas toesas; el aire en aquellas regiones es de una sequedad fatigosa.

Aquellos valles contenidos entre montañas enormes, de donde toman el nombre de *Gargantas*, son otros tantos lechos de antiguos cráteres; en ellos se estingue casi enteramente la vegetación; el *spartium supra nubium*, es la única planta que sobrevive, y eso de trecho en trecho; aquí ya se hace el tránsito triste y monótono. Grandes peñascos de basalto y feldspato interrumpen totalmente la uniformidad de la llanura; algunos son tan considerables, que excede su diámetro de veinte piés; su posición en medio de aquellos campos de obsidianas, no puede ser originada sino por la explosión de antiguos volcanes.

Antes de entrar en las *Gargantas* pasamos muy cerca de un cráter que parecía haber estado en actividad en una época muy cercana; nuestros caballos resbalaban á cada paso; uno de ellos dió un tropezón que hizo rodar al que le montaba, accidente que no tuvo otro resultado lamentable que la rotura de un barómetro; así pues, redoblamos nuestras precauciones, tardando por este motivo una hora en franquear este paso. Desde el centro de las *Gargantas* descubrimos el inmenso basamento del Pico, de cuyos lados sobresalían enormes peñascos de basalto, superpuestos de modo que nos trajó á la memoria los trabajos de los Titanes. Estas enormes masas, suspendidas sobre nuestras cabezas, nos ocultaron muchas veces el cono, á cuyo pié llegamos á las tres y media; asaltámosle con decisión por una senda muy escarpada, obstruida de obsidianas amarillentas y de piedras pomez, que cediendo bajo los piés de nuestros caballos, hacían difícil la ascensión no obstante que giraba alrededor de la posición.

Al cabo de tres cuartos de hora de marcha muy penosa llegamos al plano de la *Estancia de los ingleses*, término de nuestra jornada; en aquel sitio hay aglomeradas grandes masas de basalto que forman un abrigo natural: el *spartium supra nubium* se encuentra en sobrada abundancia para alimentar el indispensable fuego que hay que encender. Al punto tomamos posesion de uno de estos abrigos; el viento Norte que soplabá, á punto de sentirse mucho frio, nos prometia un descanso considerable de temperatura. Nos hallábamós en un verdadero desierto, aislados del mundo entero y á mil seiscientas toesas de elevacion; las nubes que dejábamós ya bajo de nosotros, antes de entrar en las Gargantas, nos ocultaban una gran parte de la isla; de tiempo en tiempo nos dejaban ver algunas cúspides fuera del recinto de crestas volcánicas que rodean el gran cráter que acabábamós de atravesar.

Ansiosos de reconocer aquellos sitios, aprovechamos las dos horas de dia que restaban para subir por la montaña hasta *Alta-vista*. Una media hora empleamos en llegar hasta la planicie, situada en la cúspide de una eminencia de obsidianas que nos separaba de la senda en que estaban los peñascos de basalto suspendidos sobre nuestras cabezas. Como la estacion de *Alta-vista* se halla mas próxima al Pico, acontece que los viajeros la escogen alguna vez para pasar la noche, pero este sitio es menos abrigado que el de *Estancia*, y es menester llevar consigo mucha leña si ha de hacerse lumbre. No intentamos pasar mucho mas adelante por temor de perder el camino si se nos hacia de noche; pero sin embargo, llegamos hasta descubrir el Pico, cuyo vértice nos parecia tocar con la mano, á pesar de estar aún muy distante.

La bajada nos costó mucho mas trabajo que la subida; pero regresamos con felicidad despues de haber recogido muestras de las rocas mas notables que encontramos; entre ellas habia trácitas, basaltos y lavas de diferentes edades, mas ó menos alteradas por el aire, el fuego, las lluvias, y que ofrecian diferentes estados de cristalización. Cuando llegamos á las siete á la *Estancia*, nos aguardaba una buena comida y una vivísima hoguera; la jugetona llama esparcia una claridad que animaba todo cuanto nos rodeaba.

Al amparo de las rocas, abrigados con nuestros capotones y engranando como mejor se podia nuestros huesos con los duros cantos del suelo, tratamos de dormir haciendo de cabecera nuestras maletas, pero fué diligencia vana; el ruido de los caballos, el del hombre encargado de atizar la lumbre y el que hacian nuestros guias conversando entre sí el amor de otra hoguera que ardia á corta distancia de la nuestra, nos tuvieron constantemente desvelados. Tambien teniamos que luchar con otra especie de enemigos. Las pulgas, naturalizadas se conoce que de mucho tiempo en esta estacion, y á la cual no habrian venido por sí, se despertaron al dulce calor de nuestra lumbre y comenzaron á hacernos una guerra á muerte. En vano quise oponer una resignacion estoica á sus picaduras, pues era mayor que esta la molestia que me producian teniéndome

despierto. Por fin, á media noche, viendo que no podia conciliar el sueño, decidí salir á tomar el aire fuera de nuestro recinto; pero apenas me habia separado de la lumbre tuve ocasion de conocer cuánto habia disminuido la temperatura; miré el termómetro que á las ocho tenia catorce grados y que habia descendido hasta ocho; sin embargo, con dificultad podria haber noche mas bella. El cielo, de una pureza extraordinaria, estaba sembrado de innumerables estrellas que esparcian tal claridad en la atmósfera, que podia creerse al pronto que aún alumbraba la luna traspuesta ya de aquel horizonte. Las montañas, que me robaban una gran parte del cielo, se destacaban con tintas oscuras, bastante pronunciadas para que se marcasen claramente sus contornos. A algunos pasos de nuestro campo reinaba el silencio mas profundo; fácilmente me podia hacer ilusion de estar aislado en aquella soledad y entregarme á mi gusto al recogimiento y meditacion que inspiraba. Una multitud de reflexiones asaltaron mi mente en aquellos instantes; pensaba en mi país, en mi familia, en mis amigos y en las eventualidades dichas ó menguadas de un viaje que se estrenaba con aquella interesante ascension que tan gratas emociones me causaba. De estos sueños salia lleno de confianza para el porvenir; admiraba en la naturaleza una de sus más grandes maravillas; el deseo de estudiarla me habia conducido hasta allí, y aunque para satisfacer cumplidamente este propósito me faltaba estar iniciado en las ciencias, me compensaba en cierto modo la influencia que ejercia en mi espíritu tornándole al pasado y anticipándole al porvenir.

Despues de una media hora de paseo, regresé á nuestro campo escitado por el frio, y hallé á mis camaradas procurando buscar en la inmovilidad el descanso que les negaba el sueño; tomé asiento al rededor del fuego, y mientras llegaba el dia me entretuve en comenzar algunas cartas para mi familia y amigos. De este modo pasé hasta las tres, hora en que mis expedicionarios se incorporaron para acercarse mas á la lumbre á causa de lo intenso que se iba haciendo el frio; entonces nos pusimos á discutir acerca de la mala noche, conviniendo en que seria forzar el sentido de las palabras llamar á aquello descanso. El termómetro habia bajado á cinco grados. Conviniómos no partir antes de las cuatro y media, con objeto de no pasar antes de amanecer por *Alta-vista*, donde el camino es impracticable por la noche. Cuando llegó aquella hora nos pusimos en camino, llevando por delante un guia y dos caballerías que portaban los instrumentos, los víveres y una soberbia empanada que destinábamós á comer solemnemente en la cúspide del cráter. Azotábanos el rostro una brisa norte glacial, que era mas sensible que una helada intensa; el aire era de una sequedad tan extraordinaria que se me habian abierto los lábios y sentia dolor de oídos; por espacio de media hora tuve que caminar á pié, á pesar del mal terreno, para entrar en calor con el ejercicio. Apenas era de dia cuando llegamos á *Alta-vista*, no deteniéndonos en este sitio mas que el tiempo necesario para cobrar ánimo. Al

cabo de media hora llegamos á la *Cueva de las Nieves*, especie de gruta en que todo el año se mantiene el agua congelada y adonde vienen á buscar hielo de Orotava.

En este punto presenciámos uno de los espectáculos mas magníficos á que se puede asistir en los países montañosos, que es la salida del sol. De entre los vapores que cubrian el Océano, salia entonces radiante, y al parecer agrandado y aplanado mas allá de toda idea, á causa de la refraccion. Los efectos de radiacion le prestaban algo de fantástico; difícilmente podria representarlo el pincel cuanto mas describirlo la pluma; yo solo me limitaré á señalar este fenómeno á los curiosos observadores como digno de empeñarlos en ascender á montañas elevadas. El termómetro señalaba 5.° 8 y el barómetro habia bajado á 0. m 4994.

A poco divisamos el cono llamado *Pilon*, sin duda á causa de su semejanza con los formados de azúcar, el cual se elevaba magestuosamente del centro del plano culminante de la montaña. Mas de una hora empleamos en montar la especie de pedestal en que se asienta; gracias á la estacion no tenia nieve el sendero; cuando está cubierto de ella, es preciso redoblar la prudencia; pero, sin embargo, no puede decirse nunca que ofrece peligros de entidad. Un poco antes de llegar á la planicie de donde parte el *Pilon*, recogimos al pasar musgo del que tapizan ciertas grietas que despiden vapores acuosos muy cálidos. Detuvimonos algunos momentos antes de emprender nuestra última ascension, midiendo primero con la vista las dificultades.

Por fin nos pusimos en marcha; la base y los costados del cono están cubiertos de obsidianas movilizadas, en las cuales nos hundimos hasta media pierna, cediendo de tal modo, que apenas avanzábamós un paso cada tres. Casi continuamente nos era menester detenernos para tomar aliento, experimentando opresiones mas ó menos penosas, ocasionadas por la gran rarefaccion del aire; esta opresion produjo á algunos el efecto de sangrar por la nariz. Ultimamente, del mejor modo que pudimos llegamos arriba, y abordamos al cráter, cuyas paredes unidas y ligeramente inclinadas, se elevan á alturas desiguales; sus contornos despedian en abundancia de cuando en cuando vapores sulfurosos; el fondo del cráter parecia apagado enteramente. Dimos vuelta á aquella ancha boca apoyándonos en los picos de basalto de las paredes del cráter, blanqueados por el humo, y que esparcidos muy irregularmente permiten acceso solamente por el lado que nosotros le habiamos abordado. Probablemente su destino será encenderse un dia para dar curso á alguna otra erupcion que produzca un nuevo cono.

Los bordes de las concavidades que eschalan vapores están tapizados de cristalizaciones de azufre y de eflorescencias de alúminas reblandecidas; en su interior se experimentaba un calor bastante vivo; recogimos muestras de diversas sustancias y algunos fragmentos de obsidianas nitrosas. El cielo se mostraba puro, sin nubes y de azul oscuro; el aire soplabá moderadamente de Nordeste; la temperatura estaba á catorce grados, y ascendia á nueve á la

sombra. Hacia las diez nos molestaba el calor; algunos experimentaron dolor de cabeza. Despues de recorrer el cráter y sus contornos en todos sentidos, me detuve para contemplar el imponente golpe de vista que me ofrecia la parte del pico de Teyda que sobre la region de las nubes parecia aislado del mundo entero: disipándose de cuando en cuando aquellos vapores, me permitian descubrir tambien la cadena de cráteres que gradualmente descenden hasta el mar. La hora del desayuno se echaba encima, antes de la cual ya todos experimentábamós excelente apetito: colocamos la empanada en el punto culminante del Pico, y al rededor todas las demas provisiones; á poco todo habia desaparecido: nunca almuerzo alguno pudo encontrarse mas exquisito; estábamós muy orgullosos de hallarnos en tal convite á mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar; y aún pensaba en las gentes que envidiarían nuestra expedicion.

Terminado el almuerzo se ocuparon los mas en completar su coleccion mineralógica, y á medio dia cargados de piedras y de nuestros útiles comenzamos á descender del *Pilon*, operacion que se hace con mas rapidez que se desea, y que dura escasamente diez minutos. Sin detenernos seguimos hasta *Estancia* donde llegamos á las dos en punto. Despues que todos los sabios de primer orden han visitado el pico de Teyda, y de sus descripciones tan claras y satisfactorias acerca de su formacion, seria una temeridad aventurar ideas á este propósito, cuando ni aún tiempo tuvimos para examinarlo. Nuestro objeto fué medir con exactitud la altura de la montaña y hacer algunas observaciones de intensidad magnética.

Abandonamos la *Estancia* y continuamos rápidamente por las Gargantas, que no tenian ya para nosotros el interés que cuando subimos. A medida que descendiamos experimentábamós un cambio de temperatura y de atmósfera que nos causaba una sensacion muy agradable. Sin embargo, por mas que aligeramos el paso, nos sorprendió la noche en las regiones despobladas, siendo mas de las ocho cuando entramos en Orotava totalmente cansados, que apenas tuvimos ánimo para tomar un bocado antes de acostarnos.

Al dia siguiente partimos para Santa Cruz; nos detuvimos en Laguna para visitar dos iglesias bastante notables, y al medio dia entramos en Santa Cruz, término de nuestro viaje, muy satisfechos de nuestra expedicion aunque muy cansados.

V.

NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

A consecuencia de haber restituido á la Francia en virtud de los tratados de 1814 y 1815, los establecimientos que poseia en el Senegal, dispúsose de Mr. de Chaumareys, compuesta de la fragata *Medusa*, mandada por este oficial; de la corbeta *Eco*, de la

Al cabo de tres cuartos de hora de marcha muy penosa llegamos al plano de la *Estancia de los ingleses*, término de nuestra jornada; en aquel sitio hay aglomeradas grandes masas de basalto que forman un abrigo natural: el *spartium supra nubium* se encuentra en sobrada abundancia para alimentar el indispensable fuego que hay que encender. Al punto tomamos posesion de uno de estos abrigos; el viento Norte que soplabá, á punto de sentirse mucho frio, nos prometia un descanso considerable de temperatura. Nos hallábamós en un verdadero desierto, aislados del mundo entero y á mil seiscientas toesas de elevacion; las nubes que dejábamós ya bajo de nosotros, antes de entrar en las Gargantas, nos ocultaban una gran parte de la isla; de tiempo en tiempo nos dejaban ver algunas cúspides fuera del recinto de crestas volcánicas que rodean el gran cráter que acabábamós de atravesar.

Ansiosos de reconocer aquellos sitios, aprovechamos las dos horas de dia que restaban para subir por la montaña hasta *Alta-vista*. Una media hora empleamos en llegar hasta la planicie, situada en la cúspide de una eminencia de obsidianas que nos separaba de la senda en que estaban los peñascos de basalto suspendidos sobre nuestras cabezas. Como la estacion de *Alta-vista* se halla mas próxima al Pico, acontece que los viajeros la escogen alguna vez para pasar la noche, pero este sitio es menos abrigado que el de *Estancia*, y es menester llevar consigo mucha leña si ha de hacerse lumbre. No intentamos pasar mucho mas adelante por temor de perder el camino si se nos hacia de noche; pero sin embargo, llegamos hasta descubrir el Pico, cuyo vértice nos parecia tocar con la mano, á pesar de estar aún muy distante.

La bajada nos costó mucho mas trabajo que la subida; pero regresamos con felicidad despues de haber recogido muestras de las rocas mas notables que encontramos; entre ellas habia trácitas, basaltos y lavas de diferentes edades, mas ó menos alteradas por el aire, el fuego, las lluvias, y que ofrecian diferentes estados de cristalización. Cuando llegamos á las siete á la *Estancia*, nos aguardaba una buena comida y una vivísima hoguera; la jugetona llama esparcia una claridad que animaba todo cuanto nos rodeaba.

Al amparo de las rocas, abrigados con nuestros capotones y engranando como mejor se podia nuestros huesos con los duros cantos del suelo, tratamos de dormir haciendo de cabecera nuestras maletas, pero fué diligencia vana; el ruido de los caballos, el del hombre encargado de atizar la lumbre y el que hacian nuestros guias conversando entre sí el amor de otra hoguera que ardia á corta distancia de la nuestra, nos tuvieron constantemente desvelados. Tambien teniamos que luchar con otra especie de enemigos. Las pulgas, naturalizadas se conoce que de mucho tiempo en esta estacion, y á la cual no habrian venido por sí, se despertaron al dulce calor de nuestra lumbre y comenzaron á hacernos una guerra á muerte. En vano quise oponer una resignacion estoica á sus picaduras, pues era mayor que esta la molestia que me producian teniéndome

despierto. Por fin, á media noche, viendo que no podia conciliar el sueño, decidí salir á tomar el aire fuera de nuestro recinto; pero apenas me habia separado de la lumbre tuve ocasion de conocer cuánto habia disminuido la temperatura; miré el termómetro que á las ocho tenia catorce grados y que habia descendido hasta ocho; sin embargo, con dificultad podria haber noche mas bella. El cielo, de una pureza extraordinaria, estaba sembrado de innumerables estrellas que esparcian tal claridad en la atmósfera, que podia creerse al pronto que aún alumbraba la luna traspuesta ya de aquel horizonte. Las montañas, que me robaban una gran parte del cielo, se destacaban con tintas oscuras, bastante pronunciadas para que se marcasen claramente sus contornos. A algunos pasos de nuestro campo reinaba el silencio mas profundo; fácilmente me podia hacer ilusion de estar aislado en aquella soledad y entregarme á mi gusto al recogimiento y meditacion que inspiraba. Una multitud de reflexiones asaltaron mi mente en aquellos instantes; pensaba en mi país, en mi familia, en mis amigos y en las eventualidades dichas ó menguadas de un viaje que se estrenaba con aquella interesante ascension que tan gratas emociones me causaba. De estos sueños salia lleno de confianza para el porvenir; admiraba en la naturaleza una de sus más grandes maravillas; el deseo de estudiarla me habia conducido hasta allí, y aunque para satisfacer cumplidamente este propósito me faltaba estar iniciado en las ciencias, me compensaba en cierto modo la influencia que ejercia en mi espíritu tornándole al pasado y anticipándole al porvenir.

Despues de una media hora de paseo, regresé á nuestro campo escitado por el frio, y hallé á mis camaradas procurando buscar en la inmovilidad el descanso que les negaba el sueño; tomé asiento al rededor del fuego, y mientras llegaba el dia me entretuve en comenzar algunas cartas para mi familia y amigos. De este modo pasé hasta las tres, hora en que mis expedicionarios se incorporaron para acercarse mas á la lumbre á causa de lo intenso que se iba haciendo el frio; entonces nos pusimos á discutir acerca de la mala noche, conviniendo en que seria forzar el sentido de las palabras llamar á aquello descanso. El termómetro habia bajado á cinco grados. Convinimos no partir antes de las cuatro y media, con objeto de no pasar antes de amanecer por *Alta-vista*, donde el camino es impracticable por la noche. Cuando llegó aquella hora nos pusimos en camino, llevando por delante un guia y dos caballerías que portaban los instrumentos, los víveres y una soberbia empanada que destinábamós á comer solemnemente en la cúspide del cráter. Azotábanos el rostro una brisa norte glacial, que era mas sensible que una helada intensa; el aire era de una sequedad tan extraordinaria que se me habian abierto los lábios y sentia dolor de oídos; por espacio de media hora tuve que caminar á pié, á pesar del mal terreno, para entrar en calor con el ejercicio. Apenas era de dia cuando llegamos á *Alta-vista*, no deteniéndonos en este sitio mas que el tiempo necesario para cobrar ánimo. Al

cabo de media hora llegamos á la *Cueva de las Nieves*, especie de gruta en que todo el año se mantiene el agua congelada y adonde vienen á buscar hielo de Orotava.

En este punto presenciámos uno de los espectáculos mas magníficos á que se puede asistir en los países montañosos, que es la salida del sol. De entre los vapores que cubrian el Océano, salia entonces radiante, y al parecer agrandado y aplanado mas allá de toda idea, á causa de la refraccion. Los efectos de radiacion le prestaban algo de fantástico; difícilmente podria representarlo el pincel cuanto mas describirlo la pluma; yo solo me limitaré á señalar este fenómeno á los curiosos observadores como digno de empeñarlos en ascender á montañas elevadas. El termómetro señalaba 5.° 8 y el barómetro habia bajado á 0. m 4994.

A poco divisamos el cono llamado *Pilon*, sin duda á causa de su semejanza con los formados de azúcar, el cual se elevaba magestuosamente del centro del plano culminante de la montaña. Mas de una hora empleamos en montar la especie de pedestal en que se asienta; gracias á la estacion no tenia nieve el sendero; cuando está cubierto de ella, es preciso redoblar la prudencia; pero, sin embargo, no puede decirse nunca que ofrece peligros de entidad. Un poco antes de llegar á la planicie de donde parte el *Pilon*, recogimos al pasar musgo del que tapizan ciertas grietas que despiden vapores acuosos muy cálidos. Detuvimonos algunos momentos antes de emprender nuestra última ascension, midiendo primero con la vista las dificultades.

Por fin nos pusimos en marcha; la base y los costados del cono están cubiertos de obsidianas movilizadas, en las cuales nos hundimos hasta media pierna, cediendo de tal modo, que apenas avanzábamós un paso cada tres. Casi continuamente nos era menester detenernos para tomar aliento, experimentando opresiones mas ó menos penosas, ocasionadas por la gran rarefaccion del aire; esta opresion produjo á algunos el efecto de sangrar por la nariz. Ultimamente, del mejor modo que pudimos llegamos arriba, y abordamos al cráter, cuyas paredes unidas y ligeramente inclinadas, se elevan á alturas desiguales; sus contornos despedian en abundancia de cuando en cuando vapores sulfurosos; el fondo del cráter parecia apagado enteramente. Dimos vuelta á aquella ancha boca apoyándonos en los picos de basalto de las paredes del cráter, blanqueados por el humo, y que esparcidos muy irregularmente permiten acceso solamente por el lado que nosotros le habiamos abordado. Probablemente su destino será encenderse un dia para dar curso á alguna otra erupcion que produzca un nuevo cono.

Los bordes de las concavidades que eschalan vapores están tapizados de cristalizaciones de azufre y de eflorescencias de alúminas reblandecidas; en su interior se experimentaba un calor bastante vivo; recogimos muestras de diversas sustancias y algunos fragmentos de obsidianas nitrosas. El cielo se mostraba puro, sin nubes y de azul oscuro; el aire soplabá moderadamente de Nordeste; la temperatura estaba á catorce grados, y ascendia á nueve á la

sombra. Hacia las diez nos molestaba el calor; algunos experimentaron dolor de cabeza. Despues de recorrer el cráter y sus contornos en todos sentidos, me detuve para contemplar el imponente golpe de vista que me ofrecia la parte del pico de Teyda que sobre la region de las nubes parecia aislado del mundo entero: disipándose de cuando en cuando aquellos vapores, me permitian descubrir tambien la cadena de cráteres que gradualmente descenden hasta el mar. La hora del desayuno se echaba encima, antes de la cual ya todos experimentábamós excelente apetito: colocamos la empanada en el punto culminante del Pico, y al rededor todas las demas provisiones; á poco todo habia desaparecido: nunca almuerzo alguno pudo encontrarse mas esquisito; estábamós muy orgullosos de hallarnos en tal convite á mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar; y aún pensaba en las gentes que envidiarían nuestra expedicion.

Terminado el almuerzo se ocuparon los mas en completar su coleccion mineralógica, y á medio dia cargados de piedras y de nuestros útiles comenzamos á descender del *Pilon*, operacion que se hace con mas rapidez que se desea, y que dura escasamente diez minutos. Sin detenernos seguimos hasta *Estancia* donde llegamos á las dos en punto. Despues que todos los sabios de primer orden han visitado el pico de Teyda, y de sus descripciones tan claras y satisfactorias acerca de su formacion, seria una temeridad aventurar ideas á este propósito, cuando ni aún tiempo tuvimos para examinarlo. Nuestro objeto fué medir con exactitud la altura de la montaña y hacer algunas observaciones de intensidad magnética.

Abandonamos la *Estancia* y continuamos rápidamente por las Gargantas, que no tenian ya para nosotros el interés que cuando subimos. A medida que descendiamos experimentábamós un cambio de temperatura y de atmósfera que nos causaba una sensacion muy agradable. Sin embargo, por mas que aligeramos el paso, nos sorprendió la noche en las regiones despobladas, siendo mas de las ocho cuando entramos en Orotava totalmente cansados, que apenas tuvimos ánimo para tomar un bocado antes de acostarnos.

Al dia siguiente partimos para Santa Cruz; nos detuvimos en Laguna para visitar dos iglesias bastante notables, y al medio dia entramos en Santa Cruz, término de nuestro viaje, muy satisfechos de nuestra expedicion aunque muy cansados.

V.

NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

A consecuencia de haber restituido á la Francia en virtud de los tratados de 1814 y 1815, los establecimientos que poseia en el Senegal, dispúsose de Mr. de Chaumareys, compuesta de la fragata *Medusa*, mandada por este oficial; de la corbeta *Eco*, de la

gabarra Loire y del brick Argos, que partieron el 17 de Junio de 1816.

Estos buques marcharon al principio en conserva; pero habiéndose adelantado á todos la Medusa, se encontró el 1.º de Julio próxima al desierto de la costa de Sahara; pasó el trópico y siguió un rumbo que la aproximaba demasiado á tierra, aunque para ello se pretestaba que lo favorable de los vientos dejaban al comandante libre en su maniobra, y que el modo de hacer una travesía rápida era seguir la playa de tan cerca como fuera posible. Al deseo de llegar mas pronto iba unido el sentimiento de gloria de mostrar mas atrevimiento que los demas marinos, lo cual fué causa de que Chaumareys se empeñase irreflexivamente en el golfo de San Ciprian, no obstante los prudentes consejos de su teniente y de otros oficiales que le demostraban en presencia del mapa, que el camino que seguía habia de conducirle al banco de Arguin.

Mr. de Chaumareys sirvió en la marina desde muy jóven; despues emigró, y pasó en la emigracion el tiempo que debió emplear en hacerse diestro navegante. En la época de la Restauracion fué repentinamente ascendido al grado de capitán de fragata, sin tener en cuenta su falta de práctica, imprudencia que debia dar su fruto.

El 2 de Julio á las tres de la tarde, encalló la fragata, suceso que exaltó extraordinariamente el ánimo de las personas que habian previsto esta desgracia. Es verdad que Mr. Chaumareys desplegó mucha actividad para desencallar el buque; que se practicaron los mas grandes esfuerzos; que todo el mundo cumplia su deber con valor, y que la fuerza de la tripulacion estaba casi duplicada con la concurrencia de los pasajeros y soldados destinados á la guarnicion de Gorea; pero á pesar de todo, era aún para aquella situacion demasiado limitada la fuerza humana: así que luchó en vano contra los vientos que estorbaban la maniobra de las lanchas, y contra la rapidez de las corrientes que paralizaban la ejecucion de las órdenes de establecer las lanchas de modo que se pudiera por su medio traer la fragata sobre los costados del banco donde hubiera flotado de nuevo. Despues de mil pruebas infructuosas, de mil trabajos, angustias y esperanzas defraudadas, obligó el extremo cansancio á dar treguas á todo. Durante la noche del 3 al 4 refrescó un poco el viento, y las oscilaciones de la mar contrariada por la direccion de las corrientes, formaban enormes olas que rodaban amenazando el banco Arguin. La fragata estaba aprisionada en un sitio elevado, contra el cual venia á estrellarse la ola, la que casi siempre pasaba por encima, empapando constantemente á la tripulacion y obligándola á cada instante á abandonar sus trabajos para asirse á un palo, de un cabo ó de lo primero que encontraba á mano para no ser arrebatados al mar.

Durante esta triste noche se entreabrió la fragata, y fué menester renunciar á toda esperanza de sacarla de allí, y no ocuparse mas que de la salvacion de la gente que tenia á bordo.

Se pensó en construir una balsa, idea buena, pero

cuya ejecucion requeria mas disciplina y obediencia que la que reinaba á bordo, donde no inspiraba el carácter del gefe el respeto tan necesario en aquellas críticas circunstancias: por todas partes se oían exclamaciones de furor y desesperacion, que solo la presencia de espíritu del comandante hubiera podido reprimir á unos y avergonzar á otros: desgraciadamente los náufragos de la Medusa carecieron de este elemento indispensable de salvacion.

Entretanto, en medio de aquella anarquía, intentaron algunos hombres intrépidos y generosos organizar los trabajos; pero como carecian de la unidad que infunde la voluntad de un gefe, resultó mal liada y dispuesta la balsa, y que no se proveyera convenientemente. Efecto de una precipitacion mal entendida, cayeron al mar muchos sacos de galleta, que fueron muy echados de menos cuando comenzó á sentirse la escasez. Esta precipitacion innecesaria, fué la que mas contribuyó á completar la desgracia. Interin subsistiese la enorme masa de la fragata, sirviendo de abrigo contra la impetuosidad del mar, ¿no habria tiempo de precaverse con sangre fria contra los peligros del porvenir? La balsa amarrada con anclas y sujeta á un costado de la fragata, ¿no hubiera podido proveerse en ella de las piezas necesarias y de los víveres que cada dia podian extraerse de su cala sumergida? De este modo se hubiera construido una especie de isla flotante, cuya presencia hubiera reanimado el valor de la tripulacion y dado tiempo á esperar la completa destrucción de la fragata para refugiarse ya en la balsa ó en las lanchas.

La idea de que marchara aquella pesada máquina, necesariamente mal dispuesta para surcar las olas, fué empresa loca que no podia nacer sino de cerebros incapacitados de tomar una determinacion sólida. Hubiera sido menester en los primeros momentos espedir á Gorea bajo las órdenes de un oficial una embarcacion que no hubiera tardado en regresar, con socorros para los náufragos. Entretanto el comandante debia permanecer á bordo de la fragata, y el teniente á bordo de la balsa, donde su presencia hubiera sido conveniente para mantener la decencia, la sangre fria y la obediencia. Lo que apoya esta proposicion, mas que todo, es que la fragata se encontró cincuenta dias despues del infuasto suceso habitada aún por algunos hombres. El brick Argos perdió un tiempo precioso en busca de la balsa cuya posiccion no podia calcular, y si hubiera permanecido anclada, hubiera acudido al banco en que ocurrió el naufragio, y recogido los que permanecieran en la fragata ó en la balsa.

Muy lejos de adoptar estas medidas previsoras, que no podian ser sino resultado de presencia de espíritu, trataron de abandonar la embarcacion y de que las lanchas remolcaseen la balsa, sin reflexionar la fatiga que ocasionaria aquella pesada máquina arrastrada á fuerza de remo en tiempo de calma. El auxilio de una vela disminuía estos inconvenientes, pero aún así y todo debia retardarse mucho la marcha de las embarcaciones, y de consiguiente la salvacion de la tripulacion.

Ahora bien, ¿es presumible, que hombres razona-

bles tuviesen la intencion sincera de llevar á cabo esta empresa? ¿No seria un recurso sugerido para diferir las amenazas de hombres escasperados, á los cuales se hacia concebir esperanzas de que no podia participarse? ¿No habria tal vez por un horrible sentimiento de egoismo, el pensamiento de escapar tan pronto como la ocasion se presentase? De cualquier modo que sea, fué el caso que en la lancha principal montaron treinta y cinco personas, entre las cuales se contaba el gobernador nombrado para el Senegal con su familia; en otra un poco mas pequeña se agruparon hasta cuarenta y dos; la lancha del comandante recibió veinte y ocho; la chalupa, á pesar de su mal estado, embarcó ochenta y ocho marineros, y en otra de ocho remos veinte y cinco. El secretario del gobierno de la colonia con su familia se refugió á bordo de una yola ó barca chata. La balsa, tan mal construida y dispuesta como estaba, acogió ciento cincuenta y dos personas, y la mandaba un aspirante de marina de primera clase (1); en la fragata, rasa como un pontón é inclinada sobre la banda de babor, quedaron diez y siete personas que no quisieron embarcarse.

Se hizo la señal de partida, y se partió, pero sucesivamente largaron las dos lanchas principales las amarras que les enlazaban á la balsa, quedando de remolque tan solo una lancha. A esta tambien se le rompieron aquellas, ó mas bien, á pensar como los historiadores de este naufragio, fueron cortadas por órden del que mandaba la embarcacion. Evidentemente este frágil esquife debia por sí solo ser impotente para remolcar aquella pesadísima masa, y por el contrario debia arrastrarlo á él. Debía esperarse en efecto la inutilidad de las tentativas practicadas para la marcha de la balsa, pero que no fuese abandonada en medio del Océano, sin esperanza de socorro. Se escusa este proceder diciendo que el ejemplo de la lancha comandante que se alejó precipitadamente, fué causa de la defeccion de las demás; ¿pero queda así á cubierto la responsabilidad de aquellos en quienes declinaba la autoridad de comandante despues de la ausencia de éste?

Las dos embarcaciones que montaban el gobernador y el comandante de la fragata, ganaron sin accidente alguno el Senegal y se instalaron á bordo de la corbeta Eco, que hacia ya muchos dias estaba en la rada de San Luis. Al momento se celebró un consejo con el fin de convenir en los medios mas rápidos y seguros de socorrer á los náufragos abandonados en las embarcaciones, en la balsa y en el casco de la fragata.

La chalupa, tan sobrecargada de gente, no pudo hacer uso de los remos y las velas, porque á las perseverantes calmas habia reemplazado un viento bastante fresco, y la violencia de las corrientes, de gran fuerza en aquellas regiones, la arrastraron hácia tierra. Muchos de aquellos infelices decidieron desembarcar antes que continuar una navegacion tan incierta, y así lo efectuaron hasta sesenta y tres que tomaron tierra provistos de armas y de toda la galleta que pudieron, á una legua Norte, del cabo de

(1) Coudin era su nombre, digno de memoria.

Mirick, y á noventa de de la isla San Luis. La chalupa se incorporó una hora despues á las demás embarcaciones, pero mas tarde, atormentados por la sed, les fué menester tomar el mismo partido que sus camaradas, cuyo ejemplo siguieron otras dos lanchas y la yola que caminaban juntas á la vista. Toda esta gente desembarcó á cuarenta leguas de la isla de San Luis. Todos los náufragos de estas diversas embarcaciones, constituyeron una caravana que se puso en marcha para ganar el Senegal, pero al atravesar el desierto pasaron muchos trabajos por efecto de la perfidia de los moros, de la escasez de víveres y del cansancio y calor que experimentaron. Probablemente hubieran sucumbido, á no ser por el Argos que los divisió sobre la costa, y envió algunos socorros; y por los ingleses que enviaron por tierra á su encuentro algunos camellos con subsistencias y cuanto podia serles útil para continuar su camino. El 12 á las siete de la tarde llegaron á San Luis sin nuevo accidente ni perder ninguno de los suyos.

Pero volvamos hácia los que quedaron abandonados en la funesta balsa. Cuando perdieron de vista las embarcaciones, quedaron petrificados de estupor, y su desesperacion estalló en imprecaciones contra los que les habian engañado para abandonarlos. Sin embargo, la necesidad infundió un poco de calma y subordinacion, á fin de establecer algun órden en la distribucion de los pocos víveres que quedaban; pero toda la galleta empapada de agua como estaba la devoraron en un solo dia. Las esperanzas que forjaban respecto del pronto socorro que les suministrarían las embarcaciones, les hizo poco cautos para el porvenir. La noche que siguió á su abandono la pasaron toda zarandeados por las olas, las cuales les hacian chocar unos contra otros ó caer entre los mal unidos maderos que formaban la balsa. Muchos perecieron y se mutilaron por esta causa; otros fueron arrebatados por el mar, á causa de la violencia de las sacudidas, y otros se tiraron á él para terminar voluntariamente sus padecimientos. Al dia siguiente, se echaron veinte hombres de menos al distribuir los víveres. La noche de aquel dia fué aún mas horrible; sopló el viento con violencia y enormes montañas de agua pasaban por encima de los desventurados náufragos, estrellándose en ellos con furor. Agrupáronse cuanto pudieron al centro de la balsa, punto de ella mas sólido, pereciendo casi todos los que no pudieron alcanzar aquel puerto. Tan desesperadamente se apiñaban, que muchos desgraciados perecieron tambien ahogados bajo el peso de sus mismos camaradas. Los soldados y marineros creyendo firmemente que iban á abismarse, decidieron dulcificar sus últimos momentos bebiendo hasta perder la razon: hicieron un agujero á una barrica de vino, la cual rodearon sin obstáculo de parte de los oficiales, que participaban ya de su desaliento, y trataron de emborracharse. El agua del mar que se mezclaba al chorro de vino, les obligó á ceder de su propósito; pero esto no fué tan pronto que estorbara que sus vapores trastornasen aquellos cerebros debilitados por fatigas sin tregua, por el temor de la muerte y la falta de alimento. Sordos á la voz de la razon, concibieron el pen-

samiento de cortar las ligaduras de la balsa y hundirse de este modo en las olas con sus compañeros de infortunio. Manifestaron en voz alta la intencion de deshacerse de los gefes que podian oponerse á sus designios, al tiempo mismo que enarbolaron los sables y cargaron furiosamente sobre ellos, combinando como un placer esta á las demas causas de destruccion que por todas partes les asediaban. Los frágiles maderos que les sostenian apenas se tuvieron de sangre, y una vez iniciado el crimen no se detuvieron en su camino. Aquellos que en todas ocasiones hubieran tenido el derecho de hacerse obedecer, se hallaban á merced de aquella desesperada turba, entre la que habia hombres marcados ya con el hierro reprobador de la sociedad, y que entonces dando rienda suelta á sus malvados pensamientos se complacian en el goce infenal de hacer en la tierra impunemente, antes de sucumbir, todo el mal posible. Los oficiales y pasajeros que conservaban aún sangre fria, que estaban bien armados y sin el inconveniente de la embriaguez, se retiraron á un extremo de la balsa en el que se defendieron de sus furiosos enemigos matando gran número de ellos y precipitando al agua sus cadáveres. A pesar de todo, el hambre, la escasez de provisiones fué entre los que sobrevivieron manantial de disensiones continuas. La ecesasperacion y el furor producido por tantos padecimientos, aniquilaron todo sentimiento de humanidad. La pluma se resiste á describir las repugnantes y horrosas escenas por que pasaron los que aún sobrevivian. Estos desgraciados á quienes un prolongado ayuno tenia reducidos á una estrema estenuacion, y cuyas heridas ensangrentadas se abrian á cada paso por efecto de las sacudidas de las olas, lanzaban gritos dolorosos, y para prolongar por algunas horas tan miserable existencia bebian sus propios orines y se alimentaban con las carnes de los camaradas que habian perecido. De ciento cincuenta y dos que entraron en la balsa no quedaban mas que treinta. Dos hombres á quienes encontraron bebiendo fraudulentamente de la única barrica de vino que quedaba, fueron arrojados al mar. La vida de un niño de doce años, discípulo de marina, objeto de la ternura y cuidado de toda la tripulacion por su figura angelical, su voz dulce, su excelente carácter y valor, se distinguió como una luz falta de alimento. Quedaban veinte y siete, dice la relacion de uno de los actores de esta terrible escena (1), y de ellos solo quince parecian destinados á poder prolongar su existencia algunos dias; los restantes estaban cubiertos de heridas y llagas y habian perdido la razon. Sin embargo, como aún se les contaba para la distribucion de nuestras provisiones, y podian consumir antes de morir treinta ó cuarenta botellas de vino que nos eran de un valor inestimable, se puso á deliberacion lo que debia hacerse, y se tomó la execrable resolucion de que los quince mas fuertes arrojarian al mar á los otros quince mas débiles, lo que fué al punto ejecutado.

Seis dias despues fueron divisados y recogidos por el Argos los quince desgraciados que sobrevivieron

(1) Correard, quinta edicion, página 140.

en la balsa, los cuales parecian, mejor que hombres, cadáveres á quienes se hubiera arrancado la epidermis. Una vez en la isla de San Luis, sucumbieron aún cinco, á pesar de los esmerados cuidados que se les prodigaron, salvándose por lo tanto diez tan solamente de los ciento cincuenta y dos refugiados en la balsa, los cuales, en sus horribles descripciones, enseñaron cuántos crímenes y padecimientos puede acumular y soportar el hombre en el corto espacio de quince dias.

La naturaleza muchas veces procura en el esceso de nuestros males un alivio y hasta una compensacion de ellos mismos; los desgraciados de la balsa perdian con la razon el sentimiento de su horrosa situacion. La debilidad les hacia aletargarse en una especie de somnolencia, de la cual despertaban con la mirada radiante, y poseidos de las mas dulces ilusiones. Mr. Correard, afectado de este mal que hace prorumpir en gozosas exclamaciones y en deseos de arrojarse al mar para ganar las hermosas praderas que se cree distinguir ya á un paso, se figuraba hallarse en los vergeles de Italia; otros en su delirio se creian aún á bordo de la Medusa, navegando pacifica y sosegadamente, y otros llamaban á los navíos que se les figuraba venir en su socorro.

Hallada la balsa, se trató de acudir en busca de las lanchas que no habian llegado con la del gobernador, puesto que sin víveres, su posicion debia ser aún mas crítica que la de los náufragos de la fragata, los cuales, si el mar no la habia deshecho, subsistirian tal vez con los víveres que quedasen.

Sin embargo, como la fragata traia á bordo, para las necesidades de la colonia, una suma de cien mil francos, que nunca se pudo hallar, se dispuso, aunque tarde, para proveer á las ecesigencias de la humanidad, enviar una goleta encargada de socorrer los que hallara, y de registrar el interior del buque, á fin de descubrir el dinero. Dos veces se hizo á la vela, y dos veces, por efecto de temporales, tuvo que regresar al punto de partida, despues de navegar inútilmente por espacio de algunos dias; por fin, á la tercera, llegó hasta la Medusa, cincuenta y dos dias despues de su abandono. Las diez y siete personas que quedaron dentro de ella, reunieron al principio todos los víveres que pudieron estraer de la cala, y en tanto que duraron reinó la paz; pero pasaron cuarenta dias sin que llegase el socorro que aguardaban, y entonces, doce de los mas valerosos é intrépidos resolvieron ganar la tierra, para cuyo efecto construyeron una balsa con algunos despojos del buque. Debieron ser víctimas de su temeridad, á juzgar por los restos de la balsa que fueron hallados por los moros en la costa del desierto de Sahara. Algunos dias despues de la partida de esta balsa, quiso tambien un marinero ganar la costa, asido á otro fragmento de la fragata, y pereció á vista de esta. Aquellos desgraciados si no hubieran perecido á merced de las olas, es casi seguro que ellos y sus compañeros hubieran sido víctimas del hambre. Los cuatro que quedaron á bordo decidieron morir allí, antes que esponerse á peligros que creian imposible superar. Uno de los cuatro murió de hambre poco antes de llegar la goleta. Los tres restan-

tes estaban en malísimo estado de estenuacion: con dos dias mas que hubiera tardado el socorro, no hubieran hallado mas que cadáveres. Estos desventurados ocupaban cada uno un nicho separado, del que no salian sino para buscar víveres, que en los últimos dias consistian en un poco de aguardiente, sebo, y tocino salado. Cuando encontraban algo se perseguian entre sí, cuchillo en mano. Mientras no faltó el vino y algunas otras provisiones, pudieron sostenerse medianamente, pero cuando solo les quedó aguardiente, se debilitaron mas cada dia. Por fin hallaron reunidos á su llegada á la isla de San Luis, á todos los que se habian librado de aquellos desastres.

Los sesenta y tres hombres que hemos dicho que desembarcaron cerca del cabo de Minick, confiaron el mando y direccion de la caravana á un sargento llamado Petit, jóven de veintiocho años, enérgico é inteligente. Antes de ponerse en marcha se contó los que habia, y no se encontraron mas que cincuenta y siete. Al tocar en tierra se habian separado seis individuos de sus compañeros de infortunio: de este número era el naturalista Kummer, que se alejó con la esperanza de que los moros le suministrarían con qué satisfacer la sed y el hambre.

Púsose en camino la caravana de los cincuenta y siete, sufriendo el rigor de un sol abrasador, y sin hallar recurso que mitigara su sed. Por la tarde llegaron á unas colinas de arena próximas al mar, donde encontraron algunos chozos deshabitados, alrededor de los que se veian restos de langosta y despojos de algunas comidas.

El 7, aprovechando la frescura de la mañana, se pusieron en marcha á las dos: la sed les mortificaba mucho; probaron algunos beber agua del mar, pero les produjo cólicos y vómitos horribles; bebieron los orines, pero este recurso se les agotó muy en breve; otros tuvieron la feliz idea de abrir en la tierra, próximo al mar, pozas, que les suministró agua fangosa, pero menos salada y nociva que la del Océano. No obstante estas disposiciones, deseaban la mayor parte les redujesen los moros á la esclavitud, pues no se descubrian plantas ni animal que pudiese servir de alimento, como no fuesen langostas, cuya carne produce fuertes cólicos si se come cruda. La tercera noche se pasó como la precedente, interrumpiendo tan solo el solemne silencio que les rodeaba, los silbidos de las serpientes, único rumor que turbaba los sueños seductores de aquellos desgraciados, tendidos en la arena y disfrutando del letargo de la fiebre. A las dos de la mañana se pusieron de nuevo en marcha. Este dia fué uno de los mas crueles que pasaron en el desierto: la muger de un cabo se dejó caer en el suelo y declaró no poder andar mas. Su marido, desesperado, trató de reanimar su valor con amenazas: "Hiere, dijo, así cesará de padecer." Con mil trabajos consiguió trasladarla hasta una charca de agua salada, en cuyo sitio tuvo el desconsuelo de verla espirar. La narracion de este episodio no cuenta que fuese enterrada, pero sí que en aquel mismo lugar pasaron la tercera noche, en la que no les dejó conciliar el sueño el graznido de las aves, la agitacion de los reptiles, y los rugi-

dos de los leones. El 10, la mitad de los que componian la caravana no pudieron incorporarse: grandes hinchazones y agudísimos dolores paralizaban el uso de sus miembros, lo que hacia que pidiesen por gracia que los fusilasen. El calor del sol les reanimó algun tanto, y durante la noche siguiente, que fué la undécima que pasaron en el desierto, acometió á todos el delirio, y se hablaban por señas en atencion á que su lengua desecada no les permitia articular palabra alguna: uno de ellos imaginó hacerse cortaduras en las yemas de los dedos para chupar la sangre, ejemplo que imitaron muchos; pero este recurso no impidió que sucumbieran algunos durante esta noche misma. El 11 hacía las dos de la mañana acababa Petit de ponerse en marcha con los que componian la vanguardia, cuando descubrieron unas cabañas, de donde al percibirlos, salieron corriendo hasta unos cuarenta moros blandiendo puñales: estos bárbaros cogieron á los que iban con Petit; pero este consiguió escapar incorporarse al resto de la caravana. Propuso al punto se aprestaran á defenderse, pero una voz gritó: "¿Para qué? los moros nos darán de beber;" caminaron hacia donde se hallaban aquellos, los que se arrojaron sobre los pobres náufragos como aves de rapiña; en un abrir y cerrar de ojos les despojaron de sus vestidos, espoliacion á que se prestaban ellos mismos, suplicando les diesen un poco de agua; por fin les condujeron á orilla de un pozo, que les suministró una agua amarga y cubierta de mugre, que rechazó el estómago debilitado de aquellos hombres. El gefe de los salvages tomó de la mano á Petit y le sentó á su lado. En seguida procuró informarse del pais de los náufragos, á dónde iban, y de dónde venian, cómo habian llegado á la costa; lo que contenia su barco, y lo que habia sido de él. Interin este interrogatorio, se distribuyeron las mugeres el botín, y los hombres bailaban y gritaban en muestra de alegría.

Este gefe consintió en conducir los náufragos al Senegal, á condicion de que se les darian telas de Guinea, pólvora, fusiles y tabaco. Les hizo distribuir un poco de pescado, y dió la señal de partida.

El 12, al cabo de algunas horas de marcha, encontraron una segunda banda de moros mas numerosa que la que les habia apresado: esta quiso resistir, pero fué derrotada, y su gefe con la barba y los cabellos cortados. Hamel era el nombre del vencedor, que dijo en mal inglés, ser príncipe de los pescadores: llegaron cerca de anochecer á un sitio en que habia algunos chozos, y mugeres y niños guardando ganado: les dieron por toda bebida un poco de agua amarga y fangosa, y por alimento langostas crudas y algunas raices filamentosas. Obligaron á los cautivos á arrancar raices, cargar y descargar camellos y curar á las bestias. Cuando el sueño, mas poderoso que sus padecimientos, conseguia cerrar sus párpados, se distraian las mugeres y niños del aduar en pincharles, hasta hacerles brotar sangre; en arrancarles los cabellos de la barba, que en echar arenas en sus llagas, deleitándose mucho con sus quejas y gemidos.

El dia 16 les dieron los moros mejor alimento y

bebida, y les preguntaron lo que darian por su conduccion al Senegal. Se les ofreció aún mas de lo que pidieron, y al punto nos pusimos en marcha.

El 17 al despuntar el sol divisaron los cautivos un barco que se aproximó rápidamente; reconocieron el pabellon francés, lo que hizo palpar su corazón de alegría y esperanza; pero desapareció á poco: era el Argos que buscaba los naufragos para conducirlos al Senegal; pero no percibió las señales que le hacian, lo cual fué una fortuna para los desdichados de la balsa, puesto que por haber continuado en su derrotero, los halló á punto ya de espirar.

Por fin, el 19 encontraron un marabut que anunció la próxima llegada de un enviado de la colonia: Mr. Karnet, en traje de moro y montado sobre un camello, apareció acompañado de otros cuatro marabus. Este filántropo irlandés acababa de arrostrar grandes peligros por buscar á los naufragos, para distribuirles los víveres que traía consigo. Ninguno tuvo paciencia para dejar cocer el arroz, sino que lo deboraron crudo, añadiendo á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones, que no fueron obstáculo que estorbaba comprar un becerro y componerlo á estilo de los moros. Por mas esfuerzos que hicieron Mr. Karnet, Petit y otros, no fué posible contener á aquellos desgraciados, que pagaron muy caro, algunos hasta con la vida, su temeridad en comer.

El mismo dia reapareció el Argos á distancia de una legua; los naufragos dispararon algunos tiros, y los del mar enviaron una lancha que se acercó cuanto pudo á tierra. Mr. Karnet, Hamel y su hermano llegaron á ella, en la que se trasladaron á bordo. El capitán les envió con otra lancha una barrica de galleta y algunas botellas de aguardiente; pero como no pudo aproximarse la lancha, se echaron al agua con esta carga y consiguieron depositarla en tierra. Petit distribuyó una parte de la galleta y del aguardiente, y cargó el resto en los camellos. Entonces fué cuando los de la caravana se enteraron de la triste suerte de los de la balsa. No distaban ya de la colonia del Senegal mas que veinte leguas. La caravana llegó por fin el 23 de Julio á medio dia. A pesar de los padecimientos de tan penosa travesía, solamente perecieron una muger y cinco hombres; tres se perdieron en el desierto, y entre ellos un militar, á quien cogieron los moros y condujeron á la isla de San Luis, despues de retenerlo un mes.

El naturalista Kummer, uno de los seis individuos que creyeron deber abandonar á sus camaradas, fué tambien apresado por los moros, pero como sabia el árabe y conocia sus ceremonias, le trataron magníficamente, y consiguió lo mismo para otro compañero de naufragio que habia sido tambien apresado y conducido donde Kummer. Ambos fueron conducidos á la isla de San Luis por el gefe principal de uno de aquellos aduares.

VI.

PRINCIPALES AVENTURAS DE MUNGO-PARK, EN EL INTERIOR DE AFRICA.

Mungo-Park no es bajo ningun punto de vista un viajero vulgar, pues muy distante de entrar en sus miras la especulacion, lo emprende todo por amor á la humanidad y á las ciencias.

Procuraremos dar á conocer algunas circunstancias de su viage.

Aceptados sus servicios por la Sociedad de Londres de descubrimientos en Africa, se dió á la vela en un buque que ancló en Gillifria, ciudad situada en la orilla septentrional de Gambia.

Despues de procurarse un caballo, emprendió su expedicion segun las instrucciones que llevaba, las cuales consistian en recorrer el curso del rio Niger, visitando las principales ciudades por que pasa.

Una caravana que iba á partir en la misma direccion no tuvo por conveniente convenir en que Mungo-Park formase parte de ella, y por lo tanto se vió precisado á marchar solo, acompañado de un intérprete llamado Johnson y un criado negro que tenia por nombre Demba. Mungo-Park montaba un caballo vivo y nervioso, y sus dos compañeros de viage le seguian en asnos; su equipage se componia de provisiones de boca para dos dias, y de un ligero surtido de cuentas de vidrio, ámbar y tabaco; llevaba un poco de ropa blanca para su uso, un quitasol, un cuadrante de círculo, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madiba, dos comerciantes de esclavos y otro negro, de oficio herrero, que habia estado al servicio de un doctor inglés, establecido en Pisanía á orillas de Gambia, se ofrecian á acompañarle mientras siguieran el mismo camino.

Tuvo un viage bastante feliz mientras transitó por los reinos de Walli, de Wuli y de Budon; su viage comenzó á dificultarse en Joag, primera ciudad del reino de Kakgaaga fronteriza al reino de Budon.

Aquí llegaron algunos hombres á caballo que entraron en la ciudad, despertaron al patron de la casa en que me habia alojado y se acercaron hasta mí; uno de ellos, creyéndome dormido trató de apoderarse de mi fusil. Madiba y el herrero habian ido á otra poblacion, y regresaron antes que yo pensaba para informarme anticipadamente que de orden del rey se dirigian en busca del hombre blanco, diez hombres á caballo. En tanto que me daban este aviso llegaron, y estos y los de la noche anterior me rodearon teniendo cada uno un fusil entre sus manos.

Pedí que se me hablase en *mandinga* que comprendia yo, y convenido en ello, tomó la palabra un hombre pequenuelo, y me dirigió una arenga diciendo habia entrado en los dominios de su rey sin pagar los derechos ni hacerle ningun regalo, y que en su virtud, por las leyes del país, quedaban embargados mis criados, mis bestias y equipages; ademas traian orden de trasladarme á Maana residen-

cia del rey. Tuve que consentir en obedecer esta orden.

El herrero, creyendo sincero mi consentimiento, me llamó aparte y me dijo que estando para declararse la guerra entre su país y el que pisaban, le perdía sin remedio pues iban á apoderarse de su pequenito equipage, en el que llevaba el fruto de cuatro años de economías. Deseando ser útil á aquel excelente hombre llamé al de la arenga, que era hijo del rey, y le dije no consentia en marchar con él, á menos que se dejase libre al herrero, proposicion que no aceptó. Pregunté á mi patron, despues de hacerle algunos regalos, qué debia de hacer, y contestó no debia aventurar llegar hasta la presencia del rey, porque su intencion formal era la de apropiarse cuanto yo poseia.

Por último, instados en que si habia faltado era á causa de ignorar los usos y costumbres del país, tomaron cinco draemas de oro y registraron mi equipage, y se apoderaron de la mitad de él, estrañando al mismo tiempo no encontrar tanto oro y ámbar como suponian.

Esta manera tiránica de obrar con los extranjeros, asustó á los negros que me acompañaban, invitándome todos á retroceder: nuestra posicion era crítica, pues la falta de dinero nos imposibilitaba pagar las provisiones: yo sabia que si mostraba el ámbar y las cuentas de vidrio que habia podido ocultar informarian al rey de ello y me las quitarian.

Cerca de anochecer estaba sentado y lleno de tristeza, cuando acertó á pasar á mi lado una vieja esclava y me preguntó si habia comido. Yo creí que pensaba burlarse y no la contesté, pero el herrero lo hizo por mí, diciendo que el rey nos habia quitado cuanto poseiamos. Pareció muy conmovida y regresó pronto, trayendo algunos puñados de alfonsigos, retirándose antes de que pudiera darla las gracias. Su conducta me conmovió mucho.

Enterado de que habia un blanco en Joag vino á visitarme poco despues que la esclava un sobrino del rey de Kasson, que venia de embajador de su tío para arreglar las diferencias suscitadas entre ambos reinos. Entonces le hablé de la inicua conducta del rey de Kakgaaga, y me ofreció su proteccion y guia hasta el reino de su tío.

Al amanecer nos pusimos en camino con el embajador y hasta treinta personas de su comitiva, y antes de ponerse el sol estábamos en Samia á orillas del Senegal. El 28 de Diciembre abandonamos á Samia y llegamos á Flagea, por donde debiamos pasar aquel rio, que en este parage tenia un lecho muy profundo. Los caballos y algunos hombres le pasaron á nado, aunque costó mucho trabajo y mucho tiempo para hacer entrar las bestias en el agua; nosotros en una canoa.

Demba Sego dijo así que pusimos pié en tierra, que estábamos en los estados de su tío y fuera ya de todo peligro, y que esperaba que en testimonio de mi agradecimiento le haria un buen regalo.

Semejante modo de insinuarse despues que sabia el espolio de que habia sido víctima en Joag me sorprendió sobremanera; pero no tuve otro remedio que enviarle siete barras de ámbar y un poco de

tabaco, con lo cual quedó satisfecho al parecer. Despues de una jornada muy larga, llegamos á Tiesia, donde nos presentó Demba á su padre, hermano del rey de Kasson y comandante de la ciudad. Era anciano ya y me acogió con mucha cordialidad, diciendo que era el segundo blanco que veia, pero cuando fuí á anunciarle que me disponia á partir, me advirtió con muchos rodeos de que no podia alejarme sin pagar los derechos á que estaban sometidos todos los viajeros. Conociendo que seria locura resistir, le dí lo que me pareció, y como creyera que aún era poco se apoderó de mi equipage y se despachó á su placer. En Joag me habian quitado la mitad de lo que poseia y en Tiesia la otra mitad.

Partimos, y despues de pasar por Joembo, pueblo natal del herrero, donde fuimos por esta razon muy obsequiados, y donde no se cansaban de mirarme, pasamos al reino moro de Ludamar, por donde creian mas fácil nuestra llegada á Bambara á que yo me dirigia. Envié un presente á Alí, rey de esta region, pero cuando ya me creia al abrigo de toda vejacion, por estar casi tocando á Gombe, primera ciudad de Bambara, fué cuando me detuvieron para hacerme víctima de su barbárie.

Llevaronme á la presencia de Fátima esposa de Alí, despues de asegurarme que no habia en ello otro objeto que satisfacer la curiosidad de su reina que queria ver un hombre blanco. Introducido á la presencia de Alí, se apiñaban en derredor mio para examinarle, sin causarse de darme vueltas y de hacerme abrochar y desabrochar el chaleco para reparar la blancura de mi piel y el uso de los botones, que les estrañaba mucho. Cuando llegó la hora de sus oraciones mandó Alí que me diesen de comer, y para el efecto condujeron un cerdo salvaje con objeto de matarlo y prepararlo. No me pareció prudente en presencia de los moros comer de un animal por el que sienten tanto horror; así que no le dieron muerte, sino que por el contrario, le soltaron para que se tirara á mí, porque en su concepto, tienen aquellos animales una antipatia marcada hacia los cristianos. Cuando el cerdo se vió en libertad, acometió á todos indistintamente como era natural.

Alí me hizo preparar una choza para que estuviera al abrigo del sol, á la cual mandó atar el cerdo, lo que me probaba su deseo de tornar en ridiculo al cristiano.

Durante la noche mantuvieron los moros á mi puerta centinelas; pero á pesar de ello penetró un hombre con intento sin duda de robarme alguna cosa ó de asesinarme. Cuando desperté traté de huir; pero tropezó con mi fiel herrero, y fué á caer sobre el cerdo salvaje que le mordió un brazo. A los gritos que dió corrieron todos á mi choza, pensando que trataba de escaparme. Observé en esta ocasion que Alí no habia pasado la noche en su tienda: aquel tirano desconfiaba de tal modo de los que le rodeaban que nunca se sabia donde dormia.

El 13 de Marzo fuí insultado y maltratado como la vispera; pero sin embargo, en el firme propósito de no dar ningun pretexto á su malevolencia, hacia

bebida, y les preguntaron lo que darian por su conduccion al Senegal. Se les ofreció aún mas de lo que pidieron, y al punto nos pusimos en marcha.

El 17 al despuntar el sol divisaron los cautivos un barco que se aproximó rápidamente; reconocieron el pabellon francés, lo que hizo palpar su corazón de alegría y esperanza; pero desapareció á poco: era el Argos que buscaba los naufragos para conducirlos al Senegal; pero no percibió las señales que le hacian, lo cual fué una fortuna para los desdichados de la balsa, puesto que por haber continuado en su derrotero, los halló á punto ya de espirar.

Por fin, el 19 encontraron un marabut que anunció la próxima llegada de un enviado de la colonia: Mr. Karnet, en traje de moro y montado sobre un camello, apareció acompañado de otros cuatro marabus. Este filántropo irlandés acababa de arrostrar grandes peligros por buscar á los naufragos, para distribuirles los víveres que traía consigo. Ninguno tuvo paciencia para dejar cocer el arroz, sino que lo deboraron crudo, añadiendo á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones, que no fueron obstáculo que estorbaba comprar un becerro y componerlo á estilo de los moros. Por mas esfuerzos que hicieron Mr. Karnet, Petit y otros, no fué posible contener á aquellos desgraciados, que pagaron muy caro, algunos hasta con la vida, su temeridad en comer.

El mismo dia reapareció el Argos á distancia de una legua; los naufragos dispararon algunos tiros, y los del mar enviaron una lancha que se acercó cuanto pudo á tierra. Mr. Karnet, Hamel y su hermano llegaron á ella, en la que se trasladaron á bordo. El capitán les envió con otra lancha una barrica de galleta y algunas botellas de aguardiente; pero como no pudo aproximarse la lancha, se echaron al agua con esta carga y consiguieron depositarla en tierra. Petit distribuyó una parte de la galleta y del aguardiente, y cargó el resto en los camellos. Entonces fué cuando los de la carabana se enteraron de la triste suerte de los de la balsa. No distaban ya de la colonia del Senegal mas que veinte leguas. La carabana llegó por fin el 23 de Julio á medio dia. A pesar de los padecimientos de tan penosa travesía, solamente perecieron una muger y cinco hombres; tres se perdieron en el desierto, y entre ellos un militar, á quien cogieron los moros y condujeron á la isla de San Luis, despues de retenerlo un mes.

El naturalista Kummer, uno de los seis individuos que creyeron deber abandonar á sus camaradas, fué tambien apresado por los moros, pero como sabia el árabe y conocia sus ceremonias, le trataron magníficamente, y consiguió lo mismo para otro compañero de naufragio que habia sido tambien apresado y conducido donde Kummer. Ambos fueron conducidos á la isla de San Luis por el gefe principal de uno de aquellos aduares.

VI.

PRINCIPALES AVENTURAS DE MUNGO-PARK, EN EL INTERIOR DE AFRICA.

Mungo-Park no es bajo ningun punto de vista un viajero vulgar, pues muy distante de entrar en sus miras la especulacion, lo emprende todo por amor á la humanidad y á las ciencias.

Procuraremos dar á conocer algunas circunstancias de su viage.

Aceptados sus servicios por la Sociedad de Londres de descubrimientos en Africa, se dió á la vela en un buque que ancló en Gillifria, ciudad situada en la orilla septentrional de Gambia.

Despues de procurarse un caballo, emprendió su expedicion segun las instrucciones que llevaba, las cuales consistían en recorrer el curso del rio Niger, visitando las principales ciudades por que pasa.

Una caravana que iba á partir en la misma direccion no tuvo por conveniente convenir en que Mungo-Park formase parte de ella, y por lo tanto se vió precisado á marchar solo, acompañado de un intérprete llamado Johnson y un criado negro que tenia por nombre Demba. Mungo-Park montaba un caballo vivo y nervioso, y sus dos compañeros de viage le seguian en asnos; su equipage se componia de provisiones de boca para dos dias, y de un ligero surtido de cuentas de vidrio, ámbar y tabaco; llevaba un poco de ropa blanca para su uso, un quitasol, un cuadrante de círculo, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madiba, dos comerciantes de esclavos y otro negro, de oficio herrero, que habia estado al servicio de un doctor inglés, establecido en Pisanía á orillas de Gambia, se ofrecian á acompañarle mientras siguieran el mismo camino.

Tuvo un viage bastante feliz mientras transitó por los reinos de Walli, de Wuli y de Budon; su viage comenzó á dificultarse en Joag, primera ciudad del reino de Kakgaaga fronteriza al reino de Budon.

Aquí llegaron algunos hombres á caballo que entraron en la ciudad, despertaron al patron de la casa en que me habia alojado y se acercaron hasta mí; uno de ellos, creyéndome dormido trató de apoderarse de mi fusil. Madiba y el herrero habian ido á otra poblacion, y regresaron antes que yo pensaba para informarme anticipadamente que de orden del rey se dirigian en busca del hombre blanco, diez hombres á caballo. En tanto que me daban este aviso llegaron, y estos y los de la noche anterior me rodearon teniendo cada uno un fusil entre sus manos.

Pedí que se me hablase en *mandinga* que comprendia yo, y convenido en ello, tomó la palabra un hombre pequenuelo, y me dirigió una arenga diciendo habia entrado en los dominios de su rey sin pagar los derechos ni hacerle ningun regalo, y que en su virtud, por las leyes del país, quedaban embargados mis criados, mis bestias y equipages; ademas traian orden de trasladarme á Maana residen-

cia del rey. Tuve que consentir en obedecer esta orden.

El herrero, creyendo sincero mi consentimiento, me llamó aparte y me dijo que estando para declararse la guerra entre su país y el que pisaban, le perdía sin remedio pues iban á apoderarse de su pequeno equipage, en el que llevaba el fruto de cuatro años de economías. Deseando ser útil á aquel escelente hombre llamé al de la arenga, que era hijo del rey, y le dije no consentia en marchar con él, á menos que se dejase libre al herrero, proposicion que no aceptó. Pregunté á mi patron, despues de hacerle algunos regalos, qué debia de hacer, y contestó no debia aventurar llegar hasta la presencia del rey, porque su intencion formal era la de apropiarse cuanto yo poseia.

Por último, instados en que si habia faltado era á causa de ignorar los usos y costumbres del país, tomaron cinco draemas de oro y registraron mi equipage, y se apoderaron de la mitad de él, estrañando al mismo tiempo no encontrar tanto oro y ámbar como suponian.

Esta manera tiránica de obrar con los estrangeros, asustó á los negros que me acompañaban, invitándome todos á retroceder: nuestra posicion era crítica, pues la falta de dinero nos imposibilitaba pagar las provisiones: yo sabia que si mostraba el ámbar y las cuentas de vidrio que habia podido ocultar informarian al rey de ello y me las quitarian.

Cerca de anochecer estaba sentado y lleno de tristeza, cuando acertó á pasar á mi lado una vieja esclava y me preguntó si habia comido. Yo creí que pensaba burlarse y no la contesté, pero el herrero lo hizo por mí, diciendo que el rey nos habia quitado cuanto poseiamos. Pareció muy conmovida y regresó pronto, trayendo algunos puñados de alfonsigos, retirándose antes de que pudiera darla las gracias. Su conducta me conmovió mucho.

Enterado de que habia un blanco en Joag vino á visitarme poco despues que la esclava un sobrino del rey de Kasson, que venia de embajador de su tío para arreglar las diferencias suscitadas entre ambos reinos. Entonces le hablé de la inicua conducta del rey de Kakgaaga, y me ofreció su proteccion y guia hasta el reino de su tío.

Al amanecer nos pusimos en camino con el embajador y hasta treinta personas de su comitiva, y antes de ponerse el sol estábamos en Samia á orillas del Senegal. El 28 de Diciembre abandonamos á Samia y llegamos á Flagea, por donde debiamos pasar aquel rio, que en este parage tenia un lecho muy profundo. Los caballos y algunos hombres le pasaron á nado, aunque costó mucho trabajo y mucho tiempo para hacer entrar las bestias en el agua; nosotros en una canoa.

Demba Sego dijo así que pusimos pié en tierra, que estábamos en los estados de su tío y fuera ya de todo peligro, y que esperaba que en testimonio de mi agradecimiento le haria un buen regalo.

Semejante modo de insinuarse despues que sabia el espolio de que habia sido víctima en Joag me sorprendió sobremanera; pero no tuve otro remedio que enviarle siete barras de ámbar y un poco de

tabaco, con lo cual quedó satisfecho al parecer. Despues de una jornada muy larga, llegamos á Tiesia, donde nos presentó Demba á su padre, hermano del rey de Kasson y comandante de la ciudad. Era anciano ya y me acogió con mucha cordialidad, diciendo que era el segundo blanco que veia, pero cuando fuí á anunciarle que me disponia á partir, me advirtió con muchos rodeos de que no podia alejarme sin pagar los derechos á que estaban sometidos todos los viajeros. Conociendo que seria locura resistir, le dí lo que me pareció, y como creyera que aún era poco se apoderó de mi equipage y se despachó á su placer. En Joag me habian quitado la mitad de lo que poseia y en Tiesia la otra mitad.

Partimos, y despues de pasar por Joembo, pueblo natal del herrero, donde fuimos por esta razon muy obsequiados, y donde no se cansaban de mirarme, pasamos al reino moro de Ludamar, por donde creian mas fácil nuestra llegada á Bambara á que yo me dirigia. Envié un presente á Alí, rey de esta region, pero cuando ya me creia al abrigo de toda vejacion, por estar casi tocando á Gombe, primera ciudad de Bambara, fué cuando me detuvieron para hacerme víctima de su barbárie.

Llevaronme á la presencia de Fátima esposa de Alí, despues de asegurarme que no habia en ello otro objeto que satisfacer la curiosidad de su reina que queria ver un hombre blanco. Introducido á la presencia de Alí, se apiñaban en derredor mio para examinarle, sin causarse de darme vueltas y de hacerme abrochar y desabrochar el chaleco para reparar la blancura de mi piel y el uso de los botones, que les estrañaba mucho. Cuando llegó la hora de sus oraciones mandó Alí que me diesen de comer, y para el efecto condujeron un cerdo salvaje con objeto de matarlo y prepararlo. No me pareció prudente en presencia de los moros comer de un animal por el que sienten tanto horror; así que no le dieron muerte, sino que por el contrario, le soltaron para que se tirara á mí, porque en su concepto, tienen aquellos animales una antipatia marcada hácia los cristianos. Cuando el cerdo se vió en libertad, acometió á todos indistintamente como era natural.

Alí me hizo preparar una choza para que estuviera al abrigo del sol, á la cual mandó atar el cerdo, lo que me probaba su deseo de tornar en ridiculo al cristiano.

Durante la noche mantuvieron los moros á mi puerta centinelas; pero á pesar de ello penetró un hombre con intento sin duda de robarme alguna cosa ó de asesinarme. Cuando desperté traté de huir; pero tropezó con mi fiel herrero, y fué á caer sobre el cerdo salvaje que le mordió un brazo. A los gritos que dió corrieron todos á mi choza, pensando que trataba de escaparme. Observé en esta ocasion que Alí no habia pasado la noche en su tienda: aquel tirano desconfiaba de tal modo de los que le rodeaban que nunca se sabia donde dormia.

El 13 de Marzo fuí insultado y maltratado como la vispera; pero sin embargo, en el firme propósito de no dar ningun pretexto á su malevolencia, hacia

cuanto me mandaban y soportaba los ultrages con ademan tranquilo.

Los moros, aunque de suyo perezosos, hacen trabajar rigurosamente á cuantos les están sometidos, por lo que enviaron á mi negro Demba á coger yerba para los caballos de Alí, y á mí al tratar de darme una ocupacion, escogieron la de barbero. Al efecto, me fué confiado rasurar la cabeza del jóven príncipe de Ludamar. Yo no sé si por torpeza ó por la mala forma de la navaja, hube de hacerle una cortadura, y en su virtud se me juzgó inhábil para el oficio. Miré este caso de buen prelude, pues cuanto mas inútil me consideraran, mas pronto me dejarían en libertad. Con diversos pretextos se apoderó Alí de cuanto me pertenecía, no quedándome mas que una brújula que habia enterrado la noche anterior y la ropa que tenia puesta. Otra brújula que tenia fué á parar á su poder, y me preguntó por qué aquel pedazo de hierro como él le llamaba, se dirigia siempre del lado del desierto: yo le contesté que interin mi madre viviese se inclinaria á la parte en que se hallaba, y que cuando muriese se volveria hácia su tumba. Alí admirado de aquel instrumento me lo volvió diciendo que no queria guardar un objeto mágico.

El 20 de Marzo vino á mí un hijo de Alí, y me informó con mucho interés de que su tío habia aconsejado á su padre que me sacasen los ojos, porque parecian los de un gato; yo, inquieto, pedí al momento permiso para seguir mi viage, lo cual, junto con mi caballo, se me daría despues que me hubiesen visto las mugeres de Alí.

Con este objeto me invitó Alí á ir á caballo en su compañía; pero al hacerlo, se suscitó una dificultad no pequeña, y era que mis pantalones de nankin les parecian demasiado estrechos para ser decentes. Alí mandó que me pusiera un sobre todo que habia llevado siempre conmigo.

Un mes entero habia transcurrido desde mi aparicion en el campo de los moros; Johnson y Demba participaban de los males y miserias que yo les habia atraído. El mas leve de nuestros padecimientos era la dieta. Estábamos por la época del Ramadán, y como los moros guardan religiosamente el ayuno, nos le hacian tambien guardar á nosotros.

Traté de aprender á escribir el árabe, y con los caracteres que trazaba en la arena, entretenia á mis visitantes consiguiendo de este modo que no me mortificasen.

Como Fátima no viniese, determinó Alí ir en persona á buscarla, y durante su ausencia fué nuestra situacion mucho mas penosa, porque llegaron á transcurrir dos dias sin traernos nuestra escasa racion. Johnson y Demba estaban sumamente abatidos á causa de la debilidad, y yo conocia que se me turbaba hasta la vista. Esperábamos con ansia el regreso de Alí y Fátima, á pesar de sus malos tratamientos.

Durante la ausencia del rey se suscitó una disension con Mansoug, rey de Bambara, de resultas de la que se declararon la guerra, y en su consecuencia ordenó el hijo de Alí retirar los ganados y levantar

las tiendas para partir al dia siguiente al amanecer á reunirse con su padre.

A nuestra llegada me dirigí á saludar á Alí al que hallé con Fátima, la cual me acogió con admiracion dándome á beber una taza de leche; por medio de mi intérprete que hablaba el árabe y la mandinga, me hizo muchas preguntas acerca del pais de los cristianos. Alí mismo me recibió mejor que de costumbre, lo cual se explicaba por la utilidad que le podia reportar peleando.

El calor era estremado; el pais arenoso y árido; los ganados hambrientos se disputaban algun poco de yerba marchita, y combatian por acercarse á los abrevaderos; el esceso de sed ponía muchos toros en estado de furia.

Esta escasez de agua abrumaba á todos; pero á nadie tanto como á mí, que pasaba el suplicio de Tántalo; por la noche, la imaginacion me trasladaba al lado de los rios y arroyuelos de mi patria; me parecia pasear por sus orillas amenas; me echaba á beber, y entonces huía el agua de mis lábios y desperataba. Cuando Demba se acercaba á los pozos para extraerla, le rechazaban los moros á palos.

Estábamos á fin de Mayo, y presentia que no debia tardar en cambiar mi suerte; los acontecimientos que sobrevinieron obraron en mi favor antes de lo que yo habia previsto. Viendo algunos tráfugas de Kaartas que los moros se disponian á abandonarlos, y temiendo el resentimiento del rey de Aisy, de quien habian desertado, propusieron ir con doscientos caballos moros al encuentro de este rey, y yo aproveché esta ocasion para pedir á Fátima y á Alí el favor de acompañarlos, lo que me fué concedido con dulzura. Partí con el hijo de Alí á Sarra, para lo cual me restituyeron una parte de mis efectos y el caballo con todos sus arneses.

El 26 de Mayo abandoné de madrugada á Rubiquer, donde estaba el nuevo campo de Alí, acompañado de Johnson, Demba, y muchos moros á caballo.

El 28 de Mayo, al montar á caballo, detuvieron á Demba, para que volviera al campo de Alí, porque decian le pertenecía; acompañéle yo hasta la presencia del tirano, y por mas razones y súplicas que interpusé, me ví precisado á trueque de ser sacrificados ambos, á abandonarle, no sin que se mezclasen nuestras lágrimas y sin ofrecerle hacer cuanto dependiera de mí por rescatarle.

El 1.º de Junio nos pusimos de nuevo en marcha; nuestra tropa se componia de doscientos hombres á caballo, porque los moros no hacen nunca la guerra á pié.

En Sarra decidí librarme de aquella peligrosa escolta, y á tiempo que los habitantes evacuaban el pueblo á causa de la aproximacion del ejército de Aisy, me retiré con ellos. Al dia siguiente habia pastar mi caballo en los campos cercanos á Queira, cuando el primer esclavo Alí con otros cuatro moros, se apearon en casa del duty. Desconfiando Johnson del motivo de la visita, encargó á dos muchachos escuchasen la conversacion, adquiriendo así la certidumbre de que venian en busca nuestra. Decidí partir á Bambara, pero Johnson

declaró que no me podia seguir, porque le habian propuesto ayudar á conducir una caravana á orillas de Gambia, ocasion que aprovechaba para regresar al lado de su muger y familia. Me determiné á partir solo, y arreglé mi equipage, el que la rapacidad de los moros habia reducido á dos camisas, dos pares de pantalones, dos pañuelos, un levitín, un sombrero y un sobretodo.

Al rayar el alba burlamos la vigilancia de los moros, y escapamos, y nos despedimos recomendándole yo mucho los papeles que le entregué para mis amigos.

A poco mas de una legua me ví perseguido por tres moros que venian sobre mí al galope apuntándome con sus fusiles. Aquellos moros eran ladrones, que registraron mi equipage, en el que no hallaron nada que les conviniera, mas que mi sobretodo, que me servia para guarecerme de la lluvia.

Procuré internarme en el desierto dirigiendo mi rumbo, segun la brújula, hácia el Este-sud-este, con intento de llegar lo mas pronto posible á cualquier ciudad del reino de Bambara. Mi situacion era deplorable, porque carecia de medios para comprar víveres, y no tenia seguridad de encontrar agua.

Hallé una manada de cabras, guardadas por dos moros muy súbditos de Alí, los cuales faltos tambien de agua, se dirigian á toda prisa á Dena, donde solia haberla. No me quedaba mas partido que seguir mi camino con la esperanza de tener mas fortuna que los pastores. La sed que padecia, era insoportable.

Por todas partes no veia mas que un arenal uniforme sembrado de arbustos; mi caballo apenas tenia fuerzas para comer de las matas, y yo vine al suelo completamente desvanecido. Cuando volví en mi acuerdo, el sol detrás de los árboles se ocultaba; procuré recoger toda mi energía, debida mas á la frescura de la noche que á mis propios ánimos; hice marchar delante de mí al caballo, y decidí caminar á pié en busca de agua, tanto como fuera posible. Cosa de una hora llevaria de marcha, cuando observé que hácia el Nordeste empezaba á relampaguear, lo cual reanimó mi esperanza, porque me prometia tener agua de la que arrojase las nubes. En efecto, conseguí aliviar la sed, estendiendo una de mis camisas en la arena, dejándola empapar de agua, torciéndola y chupándola despues. A la luz de los relámpagos observaba la brújula, á favor de la cual enderezaba mi camino; pero á media noche empezaron á ser menos frecuentes, y ya tuve que dirigirme á tiendas con grave riesgo de mis manos y mis ojos. Hácia las dos de la mañana se detuvo mi caballo, y queriendo investigar la causa, reparé en torno mio y divisé entre los árboles algunos resplandores poco perceptibles y cercanos. Temia caer en poder de los moros, y así traté de ver si podia sin peligro descubrir indicio de la gente que allí se abrigaba. El afán de calmar la sed, me hizo llegar á un pozo demasiado próximo á una de las tiendas, y habiéndome dividido una muger comenzó á dar gritos. Dos hombres que salieron pasaron tan cerca de mí, que me creí

descubierto; pero afortunadamente iban corriendo, y dejándome la ocasion de internarme en los bosques.

Una milla mas allá encontré unas charcas, hácia las cuales me encaminó el rumor del canto de un sinnúmero de ranas que habia en ellas. Apagada la sed mia y de mi caballo, subí á un árbol por descubrir campo, y divisé la columna de humo que despedian las tiendas junto de las que habia pasado aquella noche, y mas allá doce ó catorce millas hácia el Este-sudeste, otra que indicaba tambien ser recinto de habitaciones. Dirigiéndome hácia este lado, entré por campos bien cultivados, en los que se veian multitud de negros ocupados en sembrar maiz. Informándome del nombre de la poblacion inmediata, supe que se llamaba Schrilla, y que sus habitantes eran negros fulahs súbditos de Alí.

Este nombre me detuvo un momento; pero como mi caballo estaba estenuado y me atormentaba el hambre demasiado, decidí aventurarlo todo llegando á la casa del duty, donde no quisieron recibirme. Me alejaba tristemente de la poblacion, cuando reparé en algunas chozas diseminadas que habia fuera de su recinto, y acordándome que en Africa como en Europa la caridad no habita muchas veces en las casas opulentas, me dirigí á aquellas pobres habitaciones, y dí á entender por señas á una muger anciana que hilaba algodón, que moria de hambre. Dióme al punto un plato de alucuz y un poco de maiz para mi caballo, regalándola yo en cambio uno de mis pañuelos de bolsillo.

En tanto que comia mi caballo, comenzaron á rodearme una porcion de gentes, que no dudé tratasen de mí; y temiendo supieran mi fuga del campo de Alí y que tal vez intentasen conducirme á él, recogí el maiz que me habia proporcionado la pobre muger, y tomé el camino del Norte, á fin de que no pensasen escusaba dirigirme al campo de aquel rey.

Cuando estaba dos millas de distancia, lejos de las miradas de gran número de habitantes que me habian seguido, me interné en los bosques, donde pude hacer un descanso.

El 4 de Julio todavía seguia caminando de bosque en bosque; y hasta el 20 del mismo mes, no llegué á las cercanías de la ciudad de Segó, donde se cumplia el objeto de mi mision. Viajaba hacia algun tiempo con kaartanes fugitivos, que me habian prometido presentarme al rey del pais.

FORMENORES SOBRE SEGO.—REGRESO DE MUNGO-PARK.

Hé aquí pormenores sobre Segó, capital de Bambara en Africa. Consta de cuatro ciudades distintas: dos de ellas situadas en la orilla septentrional del Níger, que llaman Segó-Kono y Segó-Bou; y las otras dos en la orilla meridional, nombrándose Segó-Sou-Kono y Segó-Sec-Kono. Las cuatro se hallan circundadas de espesas murallas; las casas construidas de arcilla son de forma cuadrada, y sus techos chatos como los terrados; algunas tienen dos

pisos y están blanqueadas. Su aspecto recuerda las antiguas habitaciones que se conservan entre nosotros del tiempo de los moros. Las calles son bastante anchas para una ciudad en que los carruajes son enteramente desconocidos.

El rey de Bambara reside en Segó-Sec-Kono, y emplea gran número de esclavos en el transporte de los habitantes de un lado á otro del río. El salario que recibe es una especie de impuesto que le suministra una cantidad considerable.

Las canoas de que se sirven en Segó, son de una construcción muy particular. Dos árboles se hallan unidos no lado con lado, sino extremo con extremo: de modo que la juntura se encuentra precisamente en el punto de reunión de estos dos troncos huecos, resultando así que estas embarcaciones tienen una longitud extraordinaria, al paso que una anchura muy poco considerable.

Al llegar á este paso encontramos una multitud compacta que aguardaba el momento de hacerse trasladar á la orilla. Todos me miraban silenciosos, y observé con inquietud en el número de curiosos á muchos moros. Se embarcaban en tres sitios diferentes; los barqueros eran activos y diligentes, pero la multitud era tal, que nos fué menester esperar llegara el turno; yo me senté á la orilla.

El aspecto de esta gran ciudad; las numerosas embarcaciones que cubrían el río; aquella población activa; aquellas tierras cultivadas que se estienden á lo lejos, me ofrecían un cuadro de opulencia y de civilización, el cual no esperaba ver en el centro de Africa.

Esperé mas de dos horas á que me llegara el turno: durante este tiempo el rey Mansong advirtió que un blanco esperaba ocasion de pasar para llegar á visitarle. Envióme al punto uno de sus primeros esclavos, quien me dijo que no podía el rey recibirme hasta que supiera qué asuntos me traían al país; además, añadía que no debía pasar el río sin permiso del rey. En su virtud, me aconsejó ir á buscar en una aldea lejana que me señaló, un alojamiento para la noche, y me dijo que á la mañana siguiente me traería nuevas instrucciones. Esto era para mí un contratiempo hácia el cual no veía remedio. Me dirigí á la aldea, donde nadie quiso recibirme; el terror y la sorpresa estaban retratados en todos los semblantes. Permanecí, pues, todo el día sin comer, y sentado tristemente bajo de un árbol; y para colmo de desventura se presentaba muy mal la noche, pues amenazaba diluviar. En este canton abundan tanto los animales feroces, que hubiera tenido necesidad de encaramarme á un árbol, y por consiguiente dormir poco, si la Providencia no hubiera venido en mi auxilio. Una negra que venia del trabajo se detuvo delante de mí, y observando que estaba abatido y fatigado, trató de informarme de mi posición, la cual le expliqué en breves palabras. Tomó entonces mi silla y mi brida, y despues con ademán compasivo me invitó á seguirla. Me condujo á su cabaña, encendió una luz, estendió en el suelo una alfombra y me dijo que allí debía esperar. Salí, y regresé con un magnífico pescado que hizo medio cocer y que me ofre-

ció por alimento. Se volvió en seguida hácia sus compañeros, que desde mi llegada no habian cesado de considerarme, y les dije prosiguieran su tarea, que consistía en hilar algodón, en lo cual se ocuparon gran parte de la noche. Para distraer las horas de esta velada se pusieron á cantar, y una de sus canciones la improvisaron para mí, ó á lo menos era yo el objeto. Una de las mugeres comenzaba, y las demas la acompañaban á manera de coro, cantando de este modo, segun sus palabras traducidas literalmente: *Los vientos braman y la lluvia cae. El pobre hombre blanco, débil y fatigado, viene á sentarse bajo nuestro árbol. Carece de madre que le traiga leche y de muger para moler su grano: compadecemos al hombre blanco que carece de madre, &c., &c.* Estos pormenores parecerán tal vez de poca importancia para el lector, pero en la situación en que me encontraba me conmovieron mucho! Al día siguiente regalé á mi generosa patrona dos de los cuatro botones que me quedaban en mi vestido, única cosa que podía ofrecerla.

Permanecí todo el día siguiente en la aldea, durante el cual recibí un mensaje del rey, el que me enteraba de que no me admitía en su presencia; pero me remitía de paso cinco mil kauris, conchitas que hacen oficio de monedas en el país: esto era para que pudiese continuar mi camino y comprar los víveres que me fueran menester.

Las dificultades del terreno y los ladrones que infestaban aquellos sitios, estorbaron que pudiera seguir el curso del río hácia Oriente, segun mis instrucciones, y tuve que volver hácia el Oeste, despues de recoger los pormenores siguientes:

A dos jornadas cortas de Silla está la ciudad de Jenné, situada sobre una isleta de corta estension; dos mas allá forma el río un lago considerable llamado *Dibia* (ó Lago oscuro). El río se subdivide en dos grandes brazos que se reúnen en Kabra, á una jornada de marcha al Sur de Tembuctu. A once jornadas, por bajo de Kabra, pasa el río por el Sur de Husa á dos jornadas de ella. En cuanto á la dirección del río, mas allá de este punto, se ignora absolutamente; porque las gentes á quienes asuntos de comercio guían hasta allí, pasan rara vez de Tembuctu y Husa; y como el amor á la ganancia es su único móvil, se cuidan poco del curso del río y de la geografía de los lugares que recorren. Probablemente el Níger suministrará comunicación segura y fácil á pueblos muy distantes unos de otros. Todos convienen en que suben por él hasta Tembuctu y Husa, negros mercaderes que hablan distinto idioma que los de Bambara; pero estos mismos ignoran dónde termina su curso, que segun su creencia se pierde en el confín del mundo.

Uno de los sucesos mas inesperados, dice Mungo-Park, fué el hallazgo de mi pobre caballo, que me ví precisado á abandonar en los bosques, estenuado de hambre y de cansancio. Hablaba con el duty de Modibu, y me condolia de los tratamientos de su desleal hermano, cuando oí relinchar un caballo en una choza inmediata; el duty me preguntó si sabía con quién hablaba, explicándome cómo ha-

bían hallado mi caballo, y que bien cuidado y mantenido podía prestarme nuevos servicios.

El 25 de Agosto me puse en camino acompañado de dos pastores, que como yo, iban del lado de Sibidulo. El terreno era áspero, y por lo tanto caminaba despacio, llevando de la brida á mi caballo. Hácia las once de la noche sentí rumor de gente y un grito como de una persona que se halla á presencia de un gran peligro. Me dirigí al lugar donde se alzaba aquel rumor, y al cabo de algunos momentos divisé á uno de los pastores echado en el suelo, y al acercarme me dijo al oído que una cuadrilla de hombres armados se habia apoderado de su compañero, y que á él le habian alcanzado dos flechas al tiempo de huir. Cuando quise aperebirme me ví rodeado de siete hombres que me apuntaban con sus mosquetes; no pudiendo escapar, me decidí ir á su encuentro, fingiendo tomarlos por cazadores de elefantes. Para entablar conversacion, les pregunté si habia sido feliz su expedicion, y por toda respuesta uno de ellos me mandó apearse del caballo; en seguida, despues de algunos momentos de reflexión, me ordenaron continuar mi camino, y cuando me congratulaba de que me dieran libertad tan generosamente, observé con gran admiración que me seguían; al cabo de poco rato me mandaron volver. Me dijeron que el rey de los fulas les habia encargado conducirme á su presencia; y fiel á mis pacientes costumbres, no titubeé en seguirlos: al cabo de un cuarto de milla exclamó uno de ellos en lengua mandinga, al llegar á un sitio umbrío. Aquí estamos bien, y en el mismo momento me despojó del sombrero; yo les supliqué que me le restituyesen; la copa del sombrero contenía mis apuntes de viage; sin embargo, me despojaron de todo, menos de dos camisas, un pantalon y el sombrero. Cuando se alejaron me hallé en una posición poco grata: estaba en un desierto inmenso, en la estación lluviosa y en un país poblado de animales feroces y de hombres no menos salvajes. Por último, me hallaba á quinientas leguas del establecimiento mas cercano.

Sin embargo, no era ocasion de lamentarse; yo lo conocí así y enderecé resignadamente por mi camino; poco despues llegué á una aldea, donde me reuní con los dos pastores, que se sorprendieron al verme; porque dudaban que los fulas se contentaran con robarme tan solamente. Me quejé al mansah ó jefe de la provincia, de las circunstancias del asalto que habia sufrido, y me contestó lleno de indignación: "Tranquilizaos, que todo os será devuelto, lo he jurado." En seguida, dirigiéndose hácia un criado, dijo: "Dad de beber al hombre blanco, y al rayar el día os dirigireis á las montañas y direis al duty de Baminaku que un pobre blanco, el extranjero del rey de Bambara, ha sido robado por las gentes del rey de Fuladu."

Me dirigí á esperar el efecto de esta orden á una ciudad llamada Vuda, donde permanecí nueve dias atacado de fiebre. El 10 de Diciembre llegaron á Sibidulo dos personas que me restituyeron el caballo y mis vestidos; pero la brújula de bolsillo estaba rota, y esta era una pérdida irreparable para mí.

Mi caballo no me fué por mucho tiempo de gran utilidad; la desgracia perseguía á este pobre animal, que mientras pastaba á orillas de un pozo se hundió la tierra bajo sus piés, cayendo á una gran profundidad. Sin embargo, con auxilio de las gentes del país conseguimos sacarlo, pero en tan mal estado, que por ello y su gran estenuación juzgué no podia serme por mucho tiempo de gran utilidad. Deseando confiarle á alguno que cuidase de él se le regalé á mi patron, suplicando remitiese la silla y la brida al mansah de Sibidulo, como único modo con que podia mostrar mi agradecimiento por la justicia que acababa de hacerme.

El 8 de Setiembre me despedí de mi generoso patron, y en prueba de cariño me dió su lanza y su saco de cuero, que me fué muy útil para guardar mis efectos. Convertidas mis botas en sandalias caminaba con mucha mas facilidad.

Despues de atravesar algunas ciudades, llegué á Manzia; el mansah de esta ciudad pasaba por poco hospitalario; pero sin embargo, me hizo servir de comer, aunque en cambio me dijo le diera algo de lo que llevaba. Aunque le aseguré que nada tenia que poder ofrecerle, no me creyó; se apoderó de mi lanza, y me condujo á su chozo donde debía pasar la noche.

Al día siguiente un habitante que me habia manifestado alguna benevolencia, fué á casa del mansah para recoger mi lanza, aconsejándome despues que abandonase aquel lugar lo mas pronto que me fuese posible.

A mi llegada á Kanalia me llevaron á casa de un buschream llamado Karfa-Taura, que se ocupaba en reunir una cuadrilla de esclavos que se proponia vender á los europeos en Gambia. Pasaba por erudito, y cuando supo que era inglés, manifestó mucho contento, y hasta me dió á leer un libro de oraciones escrito en inglés. Propúsome, y aún me aconsejó le acompañase, encargándose de mi manutención hasta tanto que llegáramos á Gambia, donde le daría en pago lo que quisiera. Le pregunté si le bastaria el valor de un esclavo, y despues de una respuesta afirmativa mandó prepararme una choza y que me trajeran víveres.

Llegó por fin el día tan deseado de nuestra partida, que fué el 19 de Abril; despojaron á los esclavos de los hierros, y cada uno tomó la carga que le asignaron.

La caravana se componia de setenta y tres personas, y durante una media milla nos vino acompañando casi la totalidad de la población de Kanalia para despedirnos. Despues de permanecer tres dias en Kenytakuro, ciudad considerable, entramos el 23 de Abril en el desierto de Jallonka. El camino era penosísimo y temí no poder seguir la caravana; pero me consolé el considerar que casi todos estaban tan abatidos como yo.

Hácia las once nos detuvimos á descansar cerca de un arroyuelo, y una pobre negra que el día anterior habia quedado aspeada se negó obstinadamente á caminar. Hubo necesidad de recurrir á los golpes, merced á los cuales se incorporó bruscamente, y marchó vigorosamente durante cuatro ó cinco ho-

ras seguidas. Por último, maltratada é imposibilitada para dar un paso, fué preciso conducirla en una especie de litera, improvisada sobre la marcha.

Como no habíamos comido desde la víspera mas que un poco de harina, y caminábamos todo el día con un sol abrasador, se cansaron mucho algunos esclavos, pero habiéndoles descargado algun tanto, cobraron ánimo de nuevo. En cuanto á la pobre negra, sus miembros estaban tan rígidos y doloridos, que no podia ni aún tenerse en pié: se la colocó sobre una acémila, pero esta era tan indócil que rehusó marchar con aquella nueva carga. Entonces de toda la caravana se alzó un grito general de: *Kang-tegi! Kang-tegi!* (degollarla!) y no queriendo ser testigo de aquella escena, apresuré el paso. No había andado una milla, cuando ví venir un esclavo que traía en su arco el vestido de la pobre Nealea. Su amo la dejó abandonada.

En Manna, ciudad murada que atravesamos el 28 de abril, nos acompañó el jefe con muchas de sus gentes hasta la orilla del río Negro, brazo principal del Senegal, donde pasamos sobre un puente de bambúes de muy singular construcción. El río en este sitio es bastante ancho; dos árboles corpulentos enlazados por la copa vienen á juntarse en el centro del río; y están guarnecidos de bambúes colocados á lo largo y á través, constituyendo en conjunto un puente suspendido, que comunica con las orillas del río por medio de planos muy inclinados. Los habitantes de Manna que sostienen este singular pasaje, exigen de los viajeros una módica retribucion.

Poco apartados de las orillas de Gambia en Macotta recogimos pormenores bastante singulares acerca de una guerra suscitada entre Almani Abdul-Kader, rey de Futa-Taura, y Damel, rey de los jannofs, á propósito de motivos religiosos. El primero envió al segundo un embajador, que le habló en estos términos: "Con este cuchillo, dijo, mostrándole uno, no desdenará Abdul-Kader rasar la cabeza de Damel si Damel quiere abrazar la fé de Mahoma, y con este, mostrándole otro, Abdul-Kader cortará la cabeza de Damel si Damel rehúsa: que escoja." El rey de los jannofs contestó que no queria rasarse la cabeza ni que se la cortasen: en su consecuencia Abdul-Kader penetró en el reino de Damel al frente de un poderoso ejército, pero fué derrotado y hecho prisionero. Damel le habló en estos términos: "Si yo hubiera caído en vuestras manos, ¿cómo me hubierais tratado?—Os atravesara el corazon con mi lanza, replicó Abdul-Kader: sé la suerte que me aguarda.—Mi lanza se ha teñido en la pelea con sangre de vuestros súbditos, repuso Damel; ahora podría á mi placer enrojecerla de nuevo con la vuestra; pero esto no reconstruiria mis ciudades ni volveria la vida á los hombres que han perecido: os retengo como mi esclavo." Al cabo de tres meses Damel envió al rey de Futa-Taura á sus estados. ¿Nuestros héroes de Europa serian mas grandes que el generoso Damel?

Nos adelantábamos hácia el término de nuestro viaje; al pasar por Baniserila dejamos á uno de nuestros sateas natural de aquel lugar. Este hom-

bre nos invitó á ir á su casa: sus amigos le acogieron con grandes demostraciones de alegría.

El 12 de Junio á cosa de medio día abrazaba al doctor Laidley en Pisania, el cual me recibió con tanta alegría y sorpresa, que no parecia sino que habia resucitado de entre los muertos. Los efectos que le habia dejado no habian sido ni vendidos ni enviados á Inglaterra, por lo que me apresuré á tomar el traje inglés y á arreglar mi barba.

Karfa reparó con mucho gusto mis nuevos vestidos; pero deploró que me hubiese cortado la barba, cuya pérdida, decia, me quitaba la figura de hombre para darme la de un niño.

El doctor Laidley tomó á su cargo satisfacer los empeños pecuniarios que habia contraído desde mi partida de Gambia, y sobre todo los que me ligaban á Karfa.

Hacia dos meses que no habia llegado á Gambia ningun barco europeo, y como hubiese comenzado la estación de las lluvias, rogué á Karfa volviese hácia sus gentes que habia dejado atrás por acompañarme hasta Pisania. Con mucho sentimiento me abandonó el 14; pero como yo no tratase de abandonar á Africa antes de fin de año, le dije que esperaba volver á verle antes de mi partida. En esto me engañé: el 15 el Charlestown, barco americano, entró en el río, lo que me permitió poco tiempo despues pasar á América, de donde me hice á la vela para Inglaterra.

NOTA ACERCA DE LA MUERTE DE MUNGO-PARK.

Mungo-Park se habia casado de vuelta de su primer viaje y vivia hacia algunos años con su familia, cuando el conde de Buckingham la escribió invitándole que pasara á Londres, donde le informaron de la intencion del gobierno, acerca de confiarle la direccion de una expedicion que debian penetrar en el interior de Africa. Mungo-Park aceptó; pero algunos cambios de política demoraron el viaje; se le dió á entender lo conveniente que seria que se ocupase del estudio de instrumentos artrómicos y de la lengua árabe, lo que practicó en seguida con un celo digno de los mayores elogios.

Durante el año 1804 hizo Mungo-Park conocimiento con Walter Scott, que pasaba entonces la estación de verano con su familia en las cereanías de la granja de Fowlshiel que habitaba Mungo-Park. Sus paseos los conducian muchas veces á orillas del Yarrow; Walter Scott encontró muchas veces á su nuevo amigo, meditando sobre su futura empresa.

La órden de partida llegó al gobierno de las colonias á últimos de Setiembre de 1804, y se decidió que la expedicion se compondría de Mungo-Park, que recibió el nombramiento de capitán de Africa; de su cuñado Mr. Anderson, que fué nombrado teniente; de Mr. Scott, empleado como dibujante, y de algunos carpinteros y otros obreros. La instruccion ministerial daba ademas á Mungo-Park, facultades para llevar consigo hasta cuarenta y cinco hombres

de la guarnicion de Gorea, y de tomar del tesoro real hasta la suma de cinco mil libras esterlinas.

La expedicion partió de Inglaterra el 30 de Enero de 1805, y entró el 8 de Marzo en el puerto de Cayá, islas del Cabo Verde, despues de una travesía peligrosa.

Poco tiempo despues las gentes de la expedicion se hallaban reunidas en Kay, pequeña ciudad situada sobre Gambia, un poco mas abajo de Pisania: allí se reunió á la caravana un marabú mandinga llamado Isaac, que mas tarde habia de librarse con tanta sangre fria como destreza de los dientes de un cocodrilo, y hombre habituado á largas escursiones en el interior (1).

En su última carta escrita á Mr. Eduardo Kooke subsecretario de estado del departamento de las colonias, se observa que Mungo-Park tenia confianza en el écsito de su empresa, aunque su situacion era ya á propósito para darle inquietud del porvenir. La estación de las lluvias, que debia sorprenderle durante el viaje, y el mal estado de la gente que debia acompañarle, eran motivos bastantes á hacerle diferir por algun tiempo la realizacion de sus proyectos; pero tuvo la debilidad de temer la censura del gobierno, y abandonó á Pisania el 9 de Abril de 1805.

El 9 de Agosto de 1805 que llegó á Bammalsu, á orillas del Níger, no le quedaban mas que once hombres: habiendo ocasiones en que toda la caravana, excepto una persona, estuviera enferma. Mr. Anderson y el teniente Martyn, estaban enfermos, y Mr. Scott se habia visto obligado á quedar razagado en Kul-Kuli, donde murió antes de ver el Joliba.

Obtenido permiso del rey de Segá para ir á Sausandig, se proveyó Mungo-Park en esta ciudad de dos malas canoas que construyó él mismo de una sola, y de tres soldados que sobrevivieron á sus camaradas.

La muerte de Mr. Anderson produjo gran sentimiento. El 6 de Noviembre dió de mano su relacion, escribiendo á su suegro, á sir José Bank, y á su muger: estas cartas muestran toda la estension de su cariño, poniéndolas con su diario en manos de Issac.

Tales fueron las últimas noticias auténticas recibidas del célebre viajero.

La desgraciada catástrofe que terminó sus dias, es tanto mas deplorable, cuanto que si son exactos los indicios recogidos, habia conseguido bajar el Joliba hasta mas allá de Tembuetu, y pereció en este río, bien á causa de naufragio ó á mano airada. Segun noticias, llegaron á la ciudad de Yauri, en el reino de Yaur, donde compraron provisiones; el rey, segun parece, les invitó á guardar su mensaje, pero llenos de pavor por su respuesta, se embarcaron á toda prisa, y bajaron por el río hasta Bosa ó Bousa. Allí su embarcacion se estrelló contra una roca, y perecieron todos en las olas. Segun otros, hay motivos para creer que perseguidos tal vez por la

venganza de rey de Yauri, Mungo-Park y los suyos, debieron ser atacados por natifs, situados en emboscada sobre alguna roca.

Los cristianos lanzados al río, se ahogarian arrastrados por la rapidez de la corriente. Esta relacion hecha por un testigo desinteresado, conviene con la de la narracion mas detallada hecha á Issac por Amadi Fatuma, negro al servicio de Mungo-Park, en el momento de la catástrofe que termina su vida.

VII.

VIAGES, ESCLAVITUD Y SALVACION DE BEN SALOMON, PRINCIPE DE BUNDA (1).

La interesante historia que vamos á referir, viene como de molde hoy que tanto se agita en los países civilizados la cuestion del tráfico de negros.

En 1734 habia en Londres un negro llamado Jobben Salomon, á quien sus desgracias habian conducido allí. Habia nacido en la ciudad de Bunda, país de los jolofes (2), en Africa. Su abuelo Hibrhema, Ibrahim ó Abraham, era el fundador de Bunda, en tiempo del reinado de Abubeker, entonces rey de Foota. Abubeker le concedió la propiedad y gobernacion de esta ciudad, con el título de alfa ó gran sacerdote, y el poder de crear leyes para este nuevo establecimiento. Una de las principales, declarar libres de esclavitud á todos los que vinieran á buscar un asilo. Este privilegio, que no concernia mas que á los mahometanos, contribuyó mucho á poblar la ciudad de Ibrahim. Despues de su muerte, las dignidades de gran sacerdote y príncipe, que eran hereditarias en su familia, pasaron al padre de Job. Muerto por esta misma época el rey Abubeker, tuvo por sucesor al príncipe Jelazi, su hermano, que encontrándose ya padre de un hijo, le confió á los cuidados de Salomon, padre de Job, para hacerle aprender el alcoran y el árabe. Job fué por esta causa el camarada y condiscípulo del jóven príncipe. Jelazi vivió poco, le sucedió su hijo que reinaba aún en 1735. Job no habia aún cumplido quince años, y asistia ya á su padre en calidad de iman ó sub-sacerdote. Casó al mismo tiempo con la hija del alfa de Tembuetu, que tenia á la sazón once años. A los trece le dió un hijo, á quien pusieron de nombre Abdalla, y dos mas en seguida que recibieron los nombres de Ibrahim y de Sansbo. Dos años antes de su cautiverio, tomó una segunda muger, hija del alfa de Tomga, de la que tuvo una hija llamada Fátima. Sus dos mugeres y cuatro niños disfrutaban de la mejor salud cuando partieron de Bunda.

En el mes de Febrero de 1730, sabiendo el padre de Job que habia llegado á Gamba ó Gambia (3)

(1) Extracto de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

(2) O. Yollofes.

(3) Una diversa manera de escribir los viajeros los nombres de un mismo lugar, respecto de Africa sobre todo, producen una confusion verdadera en el estudio de la geografía, inconveniente que es preciso salvar al leer las relaciones de los viajeros.

ras seguidas. Por último, maltratada é imposibilitada para dar un paso, fué preciso conducirla en una especie de litera, improvisada sobre la marcha.

Como no habíamos comido desde la víspera mas que un poco de harina, y caminábamos todo el día con un sol abrasador, se cansaron mucho algunos esclavos, pero habiéndoles descargado algun tanto, cobraron ánimo de nuevo. En cuanto á la pobre negra, sus miembros estaban tan rígidos y doloridos, que no podia ni aún tenerse en pié: se la colocó sobre una acémila, pero esta era tan indócil que rehusó marchar con aquella nueva carga. Entonces de toda la caravana se alzó un grito general de: *Kang-tegi! Kang-tegi!* (¡degollarla!) y no queriendo ser testigo de aquella escena, apresuré el paso. No había andado una milla, cuando vi venir un esclavo que traía en su arco el vestido de la pobre Nealea. Su amo la dejó abandonada.

En Manna, ciudad murada que atravesamos el 28 de abril, nos acompañó el jefe con muchas de sus gentes hasta la orilla del río Negro, brazo principal del Senegal, donde pasamos sobre un puente de bambúes de muy singular construcción. El río en este sitio es bastante ancho; dos árboles corpulentos enlazados por la copa vienen á juntarse en el centro del río; y están guarnecidos de bambúes colocados á lo largo y á través, constituyendo en conjunto un puente suspendido, que comunica con las orillas del río por medio de planos muy inclinados. Los habitantes de Manna que sostienen este singular pasaje, exigen de los viajeros una módica retribucion.

Poco apartados de las orillas de Gambia en Macotta recogimos pormenores bastante singulares acerca de una guerra suscitada entre Almani Abdul-Kader, rey de Futa-Taura, y Damel, rey de los jannofs, á propósito de motivos religiosos. El primero envió al segundo un embajador, que le habló en estos términos: "Con este cuchillo, dijo, mostrándole uno, no desdenará Abdul-Kader rasar la cabeza de Damel si Damel quiere abrazar la fé de Mahoma, y con este, mostrándole otro, Abdul-Kader cortará la cabeza de Damel si Damel rehúsa: que escoja." El rey de los jannofs contestó que no queria rasarse la cabeza ni que se la cortasen: en su consecuencia Abdul-Kader penetró en el reino de Damel al frente de un poderoso ejército, pero fué derrotado y hecho prisionero. Damel le habló en estos términos: "Si yo hubiera caído en vuestras manos, ¿cómo me hubierais tratado?—Os atravesara el corazon con mi lanza, replicó Abdul-Kader: sé la suerte que me aguarda.—Mi lanza se ha teñido en la pelea con sangre de vuestros súbditos, repuso Damel; ahora podría á mi placer enrojecerla de nuevo con la vuestra; pero esto no reconstruiria mis ciudades ni volveria la vida á los hombres que han perecido: os retengo como mi esclavo." Al cabo de tres meses Damel envió al rey de Futa-Taura á sus estados. ¿Nuestros héroes de Europa serian mas grandes que el generoso Damel?

Nos adelantábamos hácia el término de nuestro viaje; al pasar por Baniserila dejamos á uno de nuestros sateas natural de aquel lugar. Este hom-

bre nos invitó á ir á su casa: sus amigos le acogieron con grandes demostraciones de alegría.

El 12 de Junio á cosa de medio día abrazaba al doctor Laidley en Pisania, el cual me recibió con tanta alegría y sorpresa, que no parecia sino que habia resucitado de entre los muertos. Los efectos que le habia dejado no habian sido ni vendidos ni enviados á Inglaterra, por lo que me apresuré á tomar el traje inglés y á arreglar mi barba.

Karfa reparó con mucho gusto mis nuevos vestidos; pero deploró que me hubiese cortado la barba, cuya pérdida, decia, me quitaba la figura de hombre para darme la de un niño.

El doctor Laidley tomó á su cargo satisfacer los empeños pecuniarios que habia contraído desde mi partida de Gambia, y sobre todo los que me ligaban á Karfa.

Hacia dos meses que no habia llegado á Gambia ningun barco europeo, y como hubiese comenzado la estación de las lluvias, rogué á Karfa volviese hácia sus gentes que habia dejado atrás por acompañarme hasta Pisania. Con mucho sentimiento me abandonó el 14; pero como yo no tratase de abandonar á Africa antes de fin de año, le dije que esperaba volver á verle antes de mi partida. En esto me engañé: el 15 el Charlestown, barco americano, entró en el río, lo que me permitió poco tiempo despues pasar á América, de donde me hice á la vela para Inglaterra.

NOTA ACERCA DE LA MUERTE DE MUNGO-PARK.

Mungo-Park se habia casado de vuelta de su primer viaje y vivia hacia algunos años con su familia, cuando el conde de Buckingham la escribió invitándole que pasara á Londres, donde le informaron de la intencion del gobierno, acerca de confiarle la direccion de una expedicion que debian penetrar en el interior de Africa. Mungo-Park aceptó; pero algunos cambios de política demoraron el viaje; se le dió á entender lo conveniente que seria que se ocupase del estudio de instrumentos artrómicos y de la lengua árabe, lo que practicó en seguida con un celo digno de los mayores elogios.

Durante el año 1804 hizo Mungo-Park conocimiento con Walter Scott, que pasaba entonces la estación de verano con su familia en las cereanías de la granja de Fowlshiel que habitaba Mungo-Park. Sus paseos los conducian muchas veces á orillas del Yarrow; Walter Scott encontró muchas veces á su nuevo amigo, meditando sobre su futura empresa.

La órden de partida llegó al gobierno de las colonias á últimos de Setiembre de 1804, y se decidió que la expedicion se compondría de Mungo-Park, que recibió el nombramiento de capitán de Africa; de su cuñado Mr. Anderson, que fué nombrado teniente; de Mr. Scott, empleado como dibujante, y de algunos carpinteros y otros obreros. La instruccion ministerial daba ademas á Mungo-Park, facultades para llevar consigo hasta cuarenta y cinco hombres

de la guarnicion de Gorea, y de tomar del tesoro real hasta la suma de cinco mil libras esterlinas.

La expedicion partió de Inglaterra el 30 de Enero de 1805, y entró el 8 de Marzo en el puerto de Cayá, islas del Cabo Verde, despues de una travesía peligrosa.

Poco tiempo despues las gentes de la expedicion se hallaban reunidas en Kay, pequeña ciudad situada sobre Gambia, un poco mas abajo de Pisania: allí se reunió á la caravana un marabú mandinga llamado Isaac, que mas tarde habia de librarse con tanta sangre fria como destreza de los dientes de un cocodrilo, y hombre habituado á largas escursiones en el interior (1).

En su última carta escrita á Mr. Eduardo Kooke subsecretario de estado del departamento de las colonias, se observa que Mungo-Park tenia confianza en el écsito de su empresa, aunque su situacion era ya á propósito para darle inquietud del porvenir. La estación de las lluvias, que debia sorprenderle durante el viaje, y el mal estado de la gente que debia acompañarle, eran motivos bastantes á hacerle diferir por algun tiempo la realizacion de sus proyectos; pero tuvo la debilidad de temer la censura del gobierno, y abandonó á Pisania el 9 de Abril de 1805.

El 9 de Agosto de 1805 que llegó á Bammalsu, á orillas del Níger, no le quedaban mas que once hombres: habiendo ocasiones en que toda la caravana, excepto una persona, estuviera enferma. Mr. Anderson y el teniente Martyn, estaban enfermos, y Mr. Scott se habia visto obligado á quedar razagado en Kul-Kuli, donde murió antes de ver el Joliba.

Obtenido permiso del rey de Segá para ir á Sausandig, se proveyó Mungo-Park en esta ciudad de dos malas canoas que construyó él mismo de una sola, y de tres soldados que sobrevivieron á sus camaradas.

La muerte de Mr. Anderson produjo gran sentimiento. El 6 de Noviembre dió de mano su relacion, escribiendo á su suegro, á sir José Bank, y á su muger: estas cartas muestran toda la estension de su cariño, poniéndolas con su diario en manos de Issac.

Tales fueron las últimas noticias auténticas recibidas del célebre viajero.

La desgraciada catástrofe que terminó sus dias, es tanto mas deplorable, cuanto que si son exactos los indicios recogidos, habia conseguido bajar el Joliba hasta mas allá de Tembuetu, y pereció en este río, bien á causa de naufragio ó á mano airada. Segun noticias, llegaron á la ciudad de Yauri, en el reino de Yaur, donde compraron provisiones; el rey, segun parece, les invitó á guardar su mensaje, pero llenos de pavor por su respuesta, se embarcaron á toda prisa, y bajaron por el río hasta Bosa ó Bousa. Allí su embarcacion se estrelló contra una roca, y perecieron todos en las olas. Segun otros, hay motivos para creer que perseguidos tal vez por la

venganza de rey de Yauri, Mungo-Park y los suyos, debieron ser atacados por natifs, situados en emboscada sobre alguna roca.

Los cristianos lanzados al río, se ahogarian arrastrados por la rapidez de la corriente. Esta relacion hecha por un testigo desinteresado, conviene con la de la narracion mas detallada hecha á Issac por Amadi Fatuma, negro al servicio de Mungo-Park, en el momento de la catástrofe que termina su vida.

VII.

VIAGES, ESCLAVITUD Y SALVACION DE BEN SALOMON, PRINCIPE DE BUNDA (1).

La interesante historia que vamos á referir, viene como de molde hoy que tanto se agita en los países civilizados la cuestion del tráfico de negros.

En 1734 habia en Londres un negro llamado Jobben Salomon, á quien sus desgracias habian conducido allí. Habia nacido en la ciudad de Bunda, país de los jolofes (2), en Africa. Su abuelo Hibrhema, Ibrahim ó Abraham, era el fundador de Bunda, en tiempo del reinado de Abubeker, entonces rey de Foota. Abubeker le concedió la propiedad y gobernacion de esta ciudad, con el título de alfa ó gran sacerdote, y el poder de crear leyes para este nuevo establecimiento. Una de las principales, declarar libres de esclavitud á todos los que vinieran á buscar un asilo. Este privilegio, que no concernia mas que á los mahometanos, contribuyó mucho á poblar la ciudad de Ibrahim. Despues de su muerte, las dignidades de gran sacerdote y príncipe, que eran hereditarias en su familia, pasaron al padre de Job. Muerto por esta misma época el rey Abubeker, tuvo por sucesor al príncipe Jelazi, su hermano, que encontrándose ya padre de un hijo, le confió á los cuidados de Salomon, padre de Job, para hacerle aprender el alcoran y el árabe. Job fué por esta causa el camarada y condiscípulo del jóven príncipe. Jelazi vivió poco, le sucedió su hijo que reinaba aún en 1735. Job no habia aún cumplido quince años, y asistia ya á su padre en calidad de iman ó sub-sacerdote. Casó al mismo tiempo con la hija del alfa de Tembuetu, que tenia á la sazón once años. A los trece le dió un hijo, á quien pusieron de nombre Abdalla, y dos mas en seguida que recibieron los nombres de Ibrahim y de Sansbo. Dos años antes de su cautiverio, tomó una segunda muger, hija del alfa de Tomga, de la que tuvo una hija llamada Fátima. Sus dos mugeres y cuatro niños disfrutaban de la mejor salud cuando partieron de Bunda.

En el mes de Febrero de 1730, sabiendo el padre de Job que habia llegado á Gamba ó Gambia (3)

(1) Extracto de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

(2) O. Yollofes.

(3) Una diversa manera de escribir los viajeros los nombres de un mismo lugar, respecto de Africa sobre todo, producen una confusion verdadera en el estudio de la geografía, inconveniente que es preciso salvar al leer las relaciones de los viajeros.

un barco mercante, envió á su hijo con dos criados para vender algunos esclavos, y proveerse de mercancías de Europa, encargándole mucho que no pasase el río, porque los habitantes de la otra orilla eran mandingas, enemigos del reino de Foota. No habiendo podido ponerse de acuerdo con el capitán Pike, comandante del negrero inglés, envió sus dos criados á Bunda, para que informasen de ello á su padre, declarando al mismo tiempo que su curiosidad le inducía á viajar mas lejos. Con este propósito se arregló con un negociante negro llamado *Laumein Yoa*, que hablaba el idioma de los mandingas, á fin de que le sirviera de guía é intérprete. Cuando hubo atravesado el río vendió sus negros por algunas vacas.

Un día el calor les obligó á descansar, para lo cual colgó de un árbol sus armas, que se componían de un sable con empuñadura de oro, un puñal del mismo metal, y un carcax lleno de flechas que le habia regalado el rey Sambo, hijo de Jelazi. Su desgracia hizo que una cuadrilla de salteadores mandingas pasase por su lado y lo viese desarmado. Siete ú ocho de aquellos malhechores se echaron sobre él y sobre su intérprete, spjetando fuertemente á ambos con ligaduras. Comenzaron por cortar el cabello y la barba, lo que consideró Job como el mayor ultrage, aunque no era su intento insultarle tanto como hacerle pasar por un esclavo hecho en la guerra.

El 27 de Febrero vendieron á Job y á su intérprete al capitán Pike. Este, informado de que el esclavo recién comprado era el mismo que hacia pocos dias habia estado en tratos con él, y que habia sido hecho esclavo por una traicion infame, consintió en que le rescatasen con su compañero. Job envió al momento á casa de un amigo de su padre que vivia cerca de Joar, con objeto de que informase de su infortunio á su padre que estaba en Bunda. Desgraciadamente la distancia hasta este punto era de quince jornadas, y el capitán, obligado á hacerse antes á la vela, condujo á Job á Maryland, en América, y le entregó á Michel Denton, factor de Mr. Hunt, rico negociante de Londres. Entonces perdió la esperanza de ver otra vez á su anciano padre! Sus jóvenes esposas y sus tiernos hijos no podían ofrecerse á sus ojos mas que como objetos de tristes y dolorosos recuerdos. El único consuelo que esperó, fué hallar compatriotas que le informaron de que su padre habia enviado por su rescate muchos esclavos, y que Sambo, rey de Foota, habia declarado la guerra á los mandingas, con el solo fin de vengarle.

El factor Denton vendió á Job á un mercader de Maryland, llamado Tolsey. Este le dedicó al principio al cultivo del tabaco; pero observando que era poco á propósito para resistir las fatigas del trabajo, le encargó el cuidado del ganado, ocupacion que le dejaba algun tiempo de mas, durante el cual se retiraba á los bosques, donde se consagraba á sus oraciones. En una ocasion acertó á descubrirle en su retiro un muchacho blanco que tomó á placer el mortificarle y hasta arrojarle lodo al rostro, tratamiento que le pareció tanto mas cruel, cuanto que

ignorando el idioma, no podia quejarse á nadie: en su virtud, pensando en su desesperacion, que no tenia que temer padecimientos mas horribles, resolvió escaparse. Cruzó los bosques á la ventura hasta el condado de Kent, en la bahía de Lawara, donde fué detenido hácia el mes de Julio de 1731, y como carecia de pasaporte y no podia explicarse, le redujeron á prision en virtud de la ley espedita contra los negros fugitivos.

Después de algunas señas que le hicieron, trazó Job algunas líneas en árabe, y leyéndolas pronunció las palabras *Allah* y *Mahomet* que distinguieron claramente los que le escuchaban. Este testimonio de su religion junto á la repulsa de un vaso de vino que le presentaron, dió á entender que era mahometano, pero no por eso adivinaron mejor quién era y cómo se hallaba en el canton. Su fisonomía y sus maneras revelaban mas distincion que en la generalidad de los esclavos. Entre los negros que habia en el país, se encontró por fin un viejo Jolof, que entendia el idioma del esclavo; y después de una larga conferencia con él, informó á los ingleses de las razones de su fuga y del nombre de su amo. Se escribió al lugar de que se habia escapado, y Tolsey mismo en persona acudió por él, tratándole después con mucha dulzura; le condujo de nuevo á su casa, donde le destinó un lugar cómodo para sus ejercicios religiosos, prodigándole ademas cuanto podia dulcificar su estado de esclavitud. Job, aprovechando las bondades de su amo, escribió á su padre una carta que se remitió á Michel Denton, para que la entregara al capitán Pike, el cual debia encargarse de ella en su primer viage á Africa. Por desgracia Pike habia partido entonces para Inglaterra; Denton remitió la carta á Mr. Hunt; pero para colmo de contrariedad, cuando llegó aquella se habia dado ya á la vela para Africa el barco del capitán que debia llevarla. Esto hacia necesario aguardar á otra ocasion.

En este intervalo llegó la carta de Job á manos del célebre Oglethorpe, el cual tomó á su cargo traducirla, después de lo cual se escitó su compasion tan vivamente, que empeñó á Mr. Hunt á que hiciera venir á Job á Inglaterra, para cuyo fin le hizo entrega de una cantidad considerable. Mr. Hunt escribió al punto á América; su favor rescató á Job de la servidumbre de Tolsey, y le hizo ponerse en marcha en el *William* mandado por el capitán Wright.

Bluet, autor de su historia, hizo el viage en el mismo buque.

Durante la travesía, se perfeccionó Job en hablar bastante inglés para hacerse entender; su conducta y maneras le grangearon la estimacion y amistad de todos. Era un negro de aventajada estatura, bien formado y de buena constitucion, á pesar de parecer algo endeble y demacrado por los trabajos que habia pasado y sus abstinencias religiosas, que observaba escrupulosamente. Su fisonomía era muy agradable, y sus cabellos negros, sedosos, largos y bien rizados, se diferenciaban mucho de los de la generalidad de los negros. Sus cualidades naturales eran bellísimas: poseia un raciocinio

sólido, memoria fácil, y nitidez de ideas. A pesar de sus preocupaciones religiosas, discurría con moderacion é imparcialidad; sus observaciones ofrecían todas caracteres de buen sentido, buena fé y amor ardiente hácia la verdad. Concebia rápidamente el mecanismo de los instrumentos, los cuales armaba y desarmaba sin auxilio de nadie, después de repararlos minuciosamente.

Su memoria era tan extraordinaria, que hizo en Inglaterra por su mano tres copias del Alcoran, que lo habia aprendido cuando tenia quince años, las cuales escribió sin valerse de modelo alguno. Siempre que se le hablaba de olvido, sonreía como de una debilidad de que no tenia nocion. Su genial era grave á la par que jovial, y constantemente dulce, y sensible, y vivo.

Su aversion por las pinturas era estremada, costándole mucho trabajo obtener que se dejara retratar. Cuando estuvo concluida la cabeza, se le preguntó que en qué trage queria parecer; y como escogiese el de su país, se le hizo reparar que no era posible sin haberlo visto antes. A tal observacion, replicó prontamente: "¿Por qué vuestros pintores se empeñan en representar á Dios, que no han visto nunca?"

Su religion era el mahometismo, pero rechazaba las nociones de un paraíso sensual, y otras tradiciones como esta, admitidas entre los turcos. La base de sus principios era la unidad de Dios, cuyo nombre nunca pronunciaba sin hacer alguna señal particular de respeto. Las ideas que tenia acerca del Ser Supremo y de su estado futuro, parecieron muy razonables á los ingleses; pero su conviccion hácia la unidad divina era tan profunda, que no fué posible hacerle discutir pacíficamente respecto de la Trinidad.

A su llegada á Londres en el mes de Abril de 1733, no encontró ya al generoso Oglethorpe, que habia partido para Georgia; pero Mr. Hunt le proporcionó alojamiento en *Limehouse*. Mr. Bluet fué al campo á pasar una temporada, y cuando de regreso fué á visitarle, le halló con semblante abatido. Este abatimiento nacia de la inquietud de que cesarían demasiado por su rescate, ó de pasar á poder de nuevos amos que le llevaran á algun país lejano. Bluet obtuvo permiso de Mr. Hunt para llevarlo consigo á su casa de Cheshunt, en el condado de Hertfort, prometiendo no disponer de él sin consentimiento de su amo.

Job fué muy bien acogido de las gentes del país, á quienes complacia su conversacion é interesaban sus infortunios. Colmáronle de regalos y abrieron una suscripcion, con la cual se proveyó á pagar su rescate, convirtiéndole de este modo en hombre libre. La compañía de Africa se hizo cargo de abonar hasta su partida los gastos que ocasionase.

Vivió así algun tiempo en una situacion tranquila, ocupándose de visitar á sus amigos y bienhechores. El caballero Haus-Sloana, que era de este número, le empleaba con frecuencia en traducir manuscritos árabes é inscripciones de medallas. Un día en su casa manifestó Job vivos deseos de conocer la familia real, lo cual prometió proporcionarle tan pronto como se le habilitase de trage conve-

niente para presentarse en la corte. Los amigos de Job le mandaron hacer un rico vestido de seda á estilo de su país, y de este modo fué presentado al rey, á la reina y á los príncipes. La reina le regaló un magnífico reloj de oro; aquel mismo día le convidaron á comer el duque de Montagu y otros señores, después de lo que reunieron y ofrecieron entre todos una regular cantidad de dinero. El duque de Montagu le llevó muchas veces á su casa de campo para manifestarle los útiles de labor y jardinería, acerca de los que encargó á sus gentes le enseñasen su aplicacion. El mismo personaje, cuando Job estuvo próximo á embarcarse, mandó hacer para él gran número de estos útiles, recibiendo tambien crecidos regalos de otros muchos señores. Ultimamente, después de catorce meses de estancia en Londres, se embarcó en Julio de 1734, en un navío de la compañía que se daba á la vela para las márgenes de Gambia.

Job llegó al fuerte inglés el 8 de Agosto, para donde llevaba recomendaciones particulares de la compañía para el gobernador y factores del país, que le trataron con obsequio y cortesania. La esperanza de hallar algun compatriota en Joar, que no dista mas que siete jornadas de Bunda, le indujo á partir el 23 en la chalupa *Renombrada*, acompañado de Mr. Moore que iba á tomar la direccion de aquella factoría, y que dió la continuacion de las memorias de Job.

El 26 por la tarde llegaron al ancon de Dama-seusa. Job sentado bajo un árbol con algunos ingleses, diviso siete ú ocho negros pertenecientes á la nacion de los que le habian reducido á la esclavitud; y á pesar de su carácter moderado pudo apenas contenerse, siendo su primer impulso matarlos. Job iba siempre armado de un sable y un par de pistolas. Mr. Moore le disuadió de su intento haciéndole cargo de lo imprudente y peligroso de su desig-nio. Hicieron comparecer á aquellos negros para hacerles algunas preguntas, y sobre todo particularmente, para saber qué habia sido de su rey, uno de los asaltadores de Job. Contestaron que habia muerto de un pistoletazo: tenia la costumbre de llevar una de estas armas colgada del cuello, y la casualidad hizo que se disparase una vez y lo dejara muerto. Esta pistola habia sido adquirida entre los demás objetos que el capitán Pike le habia dado en pago de Job. Al saber esta noticia, no tuvo límites la alegría de Job, el cual cayó al suelo de rodillas dando gracias á Mahoma por haber aniquilado á su enemigo con los bienes adquiridos en premio de su crimen. Ya veis, dijo á Mr. Moore, que Dios no ha aprobado que me hiciera esclavo; pero sin embargo, le perdono; porque si no me hubiera vendido, no sabria la lengua inglesa ni poseeria las mil cosas útiles y preciosas que poseo, ni habria visto la Inglaterra y conocido tan generosos amigos.

La chalupa llegó á Joar el 1.º de Setiembre, y al punto despachó Job á Bunda un emisario anunciando su regreso. Este mensaje lo confió á un fudá, á quien conocia ya de antemano, el cual mostró al verle una sorpresa y alegría extraordinarias. Era casi el único africano que se hubiera visto volver de

la esclavitud. Job encargaba á su padre que no saliera á su encuentro, puesto que, decia, segun el órden de la naturaleza, los jóvenes deben ir en busca de los ancianos; tambien encargó al fuli que trajera consigo á su regreso el mas pequeño de sus hijos, hácia el cual tenia una afición particularísima.

Cinco meses tardó en volver el mensajero, y esto para traer malas nuevas. El padre de Job habia muerto, aunque con el consuelo de saber antes de espirar el pronto regreso de su hijo y la excelente acogida que habia tenido en Inglaterra. Una de sus mugeres se habia casado durante la ausencia de Job, y su nuevo marido se habia fugado al saber el regreso del primero. Las guerras hacia tres ó cuatro años que desolaban su país.

Acompañado del mensajero llegó uno de los antiguos amigos de Job, con el cual pasó hablando tres ó cuatro dias sin otro intervalo que el necesario para comer y entregarse al descanso. Job se puso en camino con el gobernador inglés Hull, destinado á un establecimiento mas próximo á Bunda. Job, antes de separarse de los europeos, escribió muchas cartas á sus bienhechores de Londres. Por último, partió definitivamente, sin que despues se haya vuelto á saber nada de él, ó á lo ménos, sin haber tenido el público noticia suya.

VIII.

CAMINO DE KAERA A TEMBUCTU. DESCRIPCION DE ESTA CIUDAD.

El 10 de Abril de 1820 me puse en camino para Tembuctu con los criados de Sidi-Abdallahi-Chebir y sus esclavos (1). Durante el tránsito, siguiónos un tuarick (2) montado en un soberbio caballo, el cual trató de apoderarse de un esclavo negro; los criados de Sidi-Abdallahi le hicieron cesar de sus importunidades, asegurándole que si al llegar á la ciudad iba á ver á su amo, le regalaría alguna cosa. Esta esperanza le tranquilizó algun tanto; pero su atención se fijó en mí, preguntando muchas veces á los criados que me acompañaban, quién era, y á dónde iba, y de dónde venia. Cuando le hubieron asegurado que no era rico, renunció á la esperanza de sacar partido de mí.

Por fin llegamos á Tembuctu en el momento en que se ocultaba el sol. Estaba, pues, á la vista de la capital de Sudan, que hacia tanto tiempo era objeto de mis deseos. Sentia una alegría extraordinaria, pero recobrado de mi entusiasmo, hallé que el espectáculo que tenia ante mis ojos no correspondia á lo que me habia prometido: la ciudad al primer golpe de vista no ofrecia sino un entazamiento de casas de tierra mal construidas. Los alrededores son áridos, el terreno arenisco é ingrato; el cielo que limita el horizonte se ofrece de un color

(1) Hombron; extractado del *Viage á Tembuctu*, por Caillé, tomo II.

(2) Merodeador.

rojizo pálido; todo anuncia tristeza; no se oye el canto de ningún pájaro; pero sin embargo, esta ciudad de negros, su movimiento en medio del desierto ofrece algo de imponente.

Fuí á alojarme en casa de Sidi-Abdallahi, el cual me recibió de un modo paternal, porque estaba prevenido indirectamente de los supuestos motivos de mi viage; me llamó para comer con él, pero no me hizo ninguna pregunta segun las malas costumbres de sus compatriotas; me pareció de un carácter dulce y reservado, como de cuarenta á cincuenta años de edad, de regular estatura, grueso y hoyoso de viruelas; hablaba poco y con calma, y de nada mas se le podia reconvenir que de su fanatismo religioso.

Despedime de Sidi-Abdallahi para retirarme á descansar sobre una esterilla que se habia dispuesto con esta intencion; pero como en Tembuctu las noches son tan cálidas como los dias, no pude permanecer en el cuarto que se me habia preparado, y me instalé en el patio, donde tambien me fué imposible reposar.

Al dia siguiente me dirigí á saludar á Sidi-Abdallahi, y despues á recorrer la ciudad, la cual no encontré tan grande ni tan poblada como habia creído: el comercio no corresponde á su pública nombradía; no habia como en Jené la gran concurrencia de extranjeros procedentes de todas partes del Sudan; admirábame la poca actividad que reinaba; sus calles ofrecian poco movimiento; algunos de sus vecinos sentados en el suelo sobre esterillas hablaban á la puerta de sus casas; en fin, todo inspiraba la mas profunda tristeza.

Hácia las cuatro de la tarde, cuando declinaba el calor, ví dirigirse al paseo muchos negociantes negros, bien vestidos y montados en magníficos caballos ricamente enjaezados; pero observé que se apartaban poco de la ciudad por temor de tropezar con los tuaricks.

El calor era excesivo; el mercado, al cual acuden los moros de la tribu de Jauat, próxima á Tembuctu, parece casi desierto comparado con el de Jené.

En Tembuctu no se hallan otras mercancías que las que vienen por mar; entre ellas, procedentes de Europa algunas, tales como bujerías de vidrio, ámbar, coral, saúfre, papel, &c. Mi hospitalario amigo, tuvo la complacencia de mostrarme uno de los almacenes en que guardaban las mercancías europeas; en él habia muchos fusiles franceses, armas que tienen en mucha estima, y magníficos colmillos de elefante.

Tres dias despues de mi llegada á Tembuctu, Sidi-Moark, al cual habia hecho un regalo para tenerle propicio, me dijo que era menester estar pronto para seguir una caravana que partiría para Tafilét de allí á dos dias. Por la noche referí este ofrecimiento á mi huésped, añadiendo que estaba muy fatigado del camino que habia hecho á través del Sudan, y que deseaba descansar quince dias en Tembuctu. "Puedes permanecer aquí, me dijo, tanto tiempo como desees; en ello tendré gusto y nada te faltará."

En aquellos dias pasé ratos sentado á la puerta de su casa, en los cuales mi imaginacion me sugeria reflexiones muy tristes acerca de los peligros á que se espone el viajero en aquellas regiones; en estos momentos no me hallaba esento de temor pensando en que podrian descubrirme y sufrir la dura ley de la esclavitud.

La ciudad de Tembuctu está habitada por negros de la nacion Kissans; algunos moros hay establecidos en ella, á los cuales comparaba yo con los europeos que van á colonizar en busca de fortuna, y tienen mucha influencia sobre los indígenas; sin embargo, el rey ó gobernador es negro.

Este príncipe se llamaba Osman; es muy respetado de sus súbditos y muy sencillo en sus costumbres; su traje es semejante al de los moros de Marruecos; es comerciante, y sus hijos hacen el comercio de Jené; es muy rico, tiene una infinidad de esclavos, y es mahometano muy celoso. Su dignidad es hereditaria; no percibe ningún tributo del pueblo, ni de los mercaderes extranjeros; sin embargo, recibe muchos regalos. Es justo y bueno, y guarda las costumbres apacibles y sencillas de los antiguos patriarcas.

Los moros reconocian entre ellos un superior, pero no son justiciables sino por las autoridades del país.

A petición mia me presentó Sidi al rey, que estaba sentado sobre una rica esterilla y reclinado en un rico almohadon. Sidi le anunció que venia á ofrecerle mis homenajes y le refirió mis aventuras; el rey me dirigíó la palabra en árabe haciéndome algunas preguntas acerca de los cristianos; me pareció afable de carácter y como de cincuenta y cinco años de edad; vestia como los moros y llevaba en la cabeza un gorro encarnado rodeado de muselina, en forma de turbante.

Hay establecidos en Tembuctu muchos moros que poseen muy bellas casas, á quien el comercio enriquece rápidamente. Tembuctu es el depósito de toda la sal procedente de las minas de Tendeyni, sal que trasladan en camellos y en grandes carabanas.

Los esclavos en general son menos desgraciados en Tembuctu que en otras comarcas; los tratan con dulzura; pero no por eso dejan de estar considerados como mercancía.

Estando en la mezquita, se aproximó á mí gravemente un moro, y sin hablarme me puso en el bolsillo un puñado de coris, moneda del país. Tan rápidamente se alejó, que no tuve tiempo de darle gracias; sin embargo, me sorprendió el modo delicado de dar limosna.

La ciudad de Tembuctu tiene como tres millas de circunferencia, y forma una especie de triángulo. Las casas son grandes, pero de poca elevacion, y en general están construidas de adobes de forma circular, desecados al sol.

Tembuctu contiene siete mezquitas; dos de ellas con su correspondiente torre de ladrillos, á las que se sube por una escalera interior.

Esta ciudad misteriosa, acerca de cuya poblacion como de su civilizacion y comercio, se tienen ideas

tan cesageradas, contendrá unos diez ó doce mil habitantes incluso los moros establecidos, y todos dedicados al comercio.

Aunque una de las capitales mas considerables de Africa no tiene otro recurso propio que su comercio de sal, de Jené extrae cuanto necesita para su consumo; el carbon es artículo muy escaso en las cercanías; tienen que traerlo de muy lejos, lo que hace que solo puedan emplearlo los que cuentan con una fortuna regular.

En un extremo de la ciudad tienen practicadas anchas escavaciones de treinta y cinco á cuarenta piés de profundidad, que contienen gran cantidad de agua procedente de las llovedizas; es bastante clara, pero tiene gusto desagradable y una temperatura elevada. Al rededor de estas albercas hay algunas pequeñas plantaciones de tabaco que por cierto no le producen del mejor. Las personas ricas no compran sino tabaco de Marruecos. Los habitantes de Tembuctu no fuman, pero los moros nómadas que habitan las cercanías usan pipa.

Los comerciantes de Tembuctu compran á los habitantes de Busbechey, poblacion pequeña, á dos jornadas de Tembuctu, los ganados, dando en cambio mijo y arroz.

Los negros y los moros no se ocupan mas que del comercio, y tienen muy escasos conocimientos en geografía. A todos los que he pedido informes acerca del curso del rio, me han contestado que pasa por Haouss, y va á perderse en el Nilo; pero no he podido inquirir datos mas exactos acerca del gran problema de la desembocadura del Dhioliba, el cual resolverá algun viajero mas dichoso.

Los naturales de Tembuctu poseen cuatro mugeres, como los árabes, pero no tienen como los mandingas la crueldad de castigarlas, lo que debe atribuirse á sus relaciones con los pueblos del Mediterráneo, las cuales les han hecho adquirir algunas ideas acerca de la dignidad del hombre.

En Tembuctu no tienen encerradas á las mugeres como en el imperio de Marruecos; salen cuando quieren y son libres de ver á todo el mundo. Los habitantes son afables con los extranjeros, industrioses é inteligentes en el comercio, y guardan en su persona y habitaciones un aseo excesivo. Sus utensilios de cocina consisten en algunas calabazas y platos de madera; no conocen el uso de la cuchara y el tenedor; no tienen mas mueblage que algunas esterillas para sentarse, y forman su cama con cuatro piquetes clavados en el suelo, á los que enlazan una esterilla ó piel de becerro. Los ricos tienen una manta de algodón y un cobertor fabricado por los moros de las cercanías, con pelo de camello y lana de sus corderos.

Los moros ocupan las mugeres en vender sus mercancías por las calles, y tambien las envian al mercado á establecer sus tenderetes. Estas mugeres visten con cierto arte y aseo; su traje principalmente consta de un sayo como el de los hombres, sin mas diferencia que carecer de mangas. Para las tocas adoptan modas diversas, pero generalmente se componen de un *fatara* de muselina ó de otra tela de algodón procedente de Europa. Aderezan con

la esclavitud. Job encargaba á su padre que no saliera á su encuentro, puesto que, decia, segun el órden de la naturaleza, los jóvenes deben ir en busca de los ancianos; tambien encargó al fuli que trajera consigo á su regreso el mas pequeño de sus hijos, hácia el cual tenia una afición particularísima.

Cinco meses tardó en volver el mensajero, y esto para traer malas nuevas. El padre de Job habia muerto, aunque con el consuelo de saber antes de espirar el pronto regreso de su hijo y la excelente acogida que habia tenido en Inglaterra. Una de sus mugeres se habia casado durante la ausencia de Job, y su nuevo marido se habia fugado al saber el regreso del primero. Las guerras hacia tres ó cuatro años que desolaban su pais.

Acompañado del mensajero llegó uno de los antiguos amigos de Job, con el cual pasó hablando tres ó cuatro dias sin otro intervalo que el necesario para comer y entregarse al descanso. Job se puso en camino con el gobernador inglés Hull, destinado á un establecimiento mas próximo á Bunda. Job, antes de separarse de los europeos, escribió muchas cartas á sus bienhechores de Londres. Por último, partió definitivamente, sin que despues se haya vuelto á saber nada de él, ó á lo ménos, sin haber tenido el público noticia suya.

VIII.

CAMINO DE KAERA A TEMBUCTU. DESCRIPCION DE ESTA CIUDAD.

El 10 de Abril de 1820 me puse en camino para Tembuctu con los criados de Sidi-Abdallahi-Chebir y sus esclavos (1). Durante el tránsito, siguiónos un tuarick (2) montado en un soberbio caballo, el cual trató de apoderarse de un esclavo negro; los criados de Sidi-Abdallahi le hicieron cesar de sus importunidades, asegurándole que si al llegar á la ciudad iba á ver á su amo, le regalaría alguna cosa. Esta esperanza le tranquilizó algun tanto; pero su atención se fijó en mí, preguntando muchas veces á los criados que me acompañaban, quién era, y á dónde iba, y de dónde venia. Cuando le hubieron asegurado que no era rico, renunció á la esperanza de sacar partido de mí.

Por fin llegamos á Tembuctu en el momento en que se ocultaba el sol. Estaba, pues, á la vista de la capital de Sudan, que hacia tanto tiempo era objeto de mis deseos. Sentia una alegría extraordinaria, pero recobrado de mi entusiasmo, hallé que el espectáculo que tenia ante mis ojos no correspondia á lo que me habia prometido: la ciudad al primer golpe de vista no ofrecia sino un entazamiento de casas de tierra mal construidas. Los alrededores son áridos, el terreno arenisco é ingrato; el cielo que limita el horizonte se ofrece de un color

(1) Hombron; extractado del *Viage á Tembuctu*, por Caillé, tomo II.

(2) Merodeador.

rojizo pálido; todo anuncia tristeza; no se oye el canto de ningún pájaro; pero sin embargo, esta ciudad de negros, su movimiento en medio del desierto ofrece algo de imponente.

Fuí á alojarme en casa de Sidi-Abdallahi, el cual me recibió de un modo paternal, porque estaba prevenido indirectamente de los supuestos motivos de mi viage; me llamó para comer con él, pero no me hizo ninguna pregunta segun las malas costumbres de sus compatriotas; me pareció de un carácter dulce y reservado, como de cuarenta á cincuenta años de edad, de regular estatura, grueso y hoyoso de viruelas; hablaba poco y con calma, y de nada mas se le podia reconvenir que de su fanatismo religioso.

Despedime de Sidi-Abdallahi para retirarme á descansar sobre una esterilla que se habia dispuesto con esta intencion; pero como en Tembuctu las noches son tan cálidas como los dias, no pude permanecer en el cuarto que se me habia preparado, y me instalé en el patio, donde tambien me fué imposible reposar.

Al dia siguiente me dirigí á saludar á Sidi-Abdallahi, y despues á recorrer la ciudad, la cual no encontré tan grande ni tan poblada como habia creído: el comercio no corresponde á su pública nombradía; no habia como en Jené la gran concurrencia de extranjeros procedentes de todas partes del Sudan; admirábame la poca actividad que reinaba; sus calles ofrecian poco movimiento; algunos de sus vecinos sentados en el suelo sobre esterillas hablaban á la puerta de sus casas; en fin, todo inspiraba la mas profunda tristeza.

Hácia las cuatro de la tarde, cuando declinaba el calor, ví dirigirse al paseo muchos negociantes negros, bien vestidos y montados en magníficos caballos ricamente enjaezados; pero observé que se apartaban poco de la ciudad por temor de tropezar con los tuaricks.

El calor era excesivo; el mercado, al cual acuden los moros de la tribu de Jauat, próxima á Tembuctu, parece casi desierto comparado con el de Jené.

En Tembuctu no se hallan otras mercancías que las que vienen por mar; entre ellas, procedentes de Europa algunas, tales como bujerías de vidrio, ámbar, coral, saúfre, papel, &c. Mi hospitalario amigo, tuvo la complacencia de mostrarme uno de los almacenes en que guardaban las mercancías europeas; en él habia muchos fusiles franceses, armas que tienen en mucha estima, y magníficos colmillos de elefante.

Tres dias despues de mi llegada á Tembuctu, Sidi-Moark, al cual habia hecho un regalo para tenerle propicio, me dijo que era menester estar pronto para seguir una caravana que partiría para Tafilet de allí á dos dias. Por la noche referí este ofrecimiento á mi huésped, añadiendo que estaba muy fatigado del camino que habia hecho á través del Sudan, y que deseaba descansar quince dias en Tembuctu. "Puedes permanecer aquí, me dijo, tanto tiempo como desees; en ello tendré gusto y nada te faltará."

En aquellos dias pasé ratos sentado á la puerta de su casa, en los cuales mi imaginacion me sugeria reflexiones muy tristes acerca de los peligros á que se espone el viajero en aquellas regiones; en estos momentos no me hallaba esento de temor pensando en que podrian descubrirme y sufrir la dura ley de la esclavitud.

La ciudad de Tembuctu está habitada por negros de la nacion Kissans; algunos moros hay establecidos en ella, á los cuales comparaba yo con los europeos que van á colonizar en busca de fortuna, y tienen mucha influencia sobre los indígenas; sin embargo, el rey ó gobernador es negro.

Este príncipe se llamaba Osman; es muy respetado de sus súbditos y muy sencillo en sus costumbres; su traje es semejante al de los moros de Marruecos; es comerciante, y sus hijos hacen el comercio de Jené; es muy rico, tiene una infinidad de esclavos, y es mahometano muy celoso. Su dignidad es hereditaria; no percibe ningún tributo del pueblo, ni de los mercaderes extranjeros; sin embargo, recibe muchos regalos. Es justo y bueno, y guarda las costumbres apacibles y sencillas de los antiguos patriarcas.

Los moros reconocian entre ellos un superior, pero no son justiciables sino por las autoridades del pais.

A petición mia me presentó Sidi al rey, que estaba sentado sobre una rica esterilla y reclinado en un rico almohadon. Sidi le anunció que venia á ofrecerle mis homenajes y le refirió mis aventuras; el rey me dirigíó la palabra en árabe haciéndome algunas preguntas acerca de los cristianos; me pareció afable de carácter y como de cincuenta y cinco años de edad; vestia como los moros y llevaba en la cabeza un gorro encarnado rodeado de muselina, en forma de turbante.

Hay establecidos en Tembuctu muchos moros que poseen muy bellas casas, á quien el comercio enriquece rápidamente. Tembuctu es el depósito de toda la sal procedente de las minas de Tendejni, sal que trasladan en camellos y en grandes carabanas.

Los esclavos en general son menos desgraciados en Tembuctu que en otras comarcas; los tratan con dulzura; pero no por eso dejan de estar considerados como mercancía.

Estando en la mezquita, se aproximó á mí gravemente un moro, y sin hablarme me puso en el bolsillo un puñado de coris, moneda del pais. Tan rápidamente se alejó, que no tuve tiempo de darle gracias; sin embargo, me sorprendió el modo delicado de dar limosna.

La ciudad de Tembuctu tiene como tres millas de circunferencia, y forma una especie de triángulo. Las casas son grandes, pero de poca elevacion, y en general están construidas de adobes de forma circular, desecados al sol.

Tembuctu contiene siete mezquitas; dos de ellas con su correspondiente torre de ladrillos, á las que se sube por una escalera interior.

Esta ciudad misteriosa, acerca de cuya poblacion como de su civilizacion y comercio, se tienen ideas

tan cesageradas, contendrá unos diez ó doce mil habitantes incluso los moros establecidos, y todos dedicados al comercio.

Aunque una de las capitales mas considerables de Africa no tiene otro recurso propio que su comercio de sal, de Jené extrae cuanto necesita para su consumo; el carbon es artículo muy escaso en las cercanías; tienen que traerlo de muy lejos, lo que hace que solo puedan emplearlo los que cuentan con una fortuna regular.

En un extremo de la ciudad tienen practicadas anchas escavaciones de treinta y cinco á cuarenta piés de profundidad, que contienen gran cantidad de agua procedente de las llovedizas; es bastante clara, pero tiene gusto desagradable y una temperatura elevada. Al rededor de estas albercas hay algunas pequeñas plantaciones de tabaco que por cierto no le producen del mejor. Las personas ricas no compran sino tabaco de Marruecos. Los habitantes de Tembuctu no fuman, pero los moros nómadas que habitan las cercanías usan pipa.

Los comerciantes de Tembuctu compran á los habitantes de Busbechey, poblacion pequeña, á dos jornadas de Tembuctu, los ganados, dando en cambio mijo y arroz.

Los negros y los moros no se ocupan mas que del comercio, y tienen muy escasos conocimientos en geografía. A todos los que he pedido informes acerca del curso del rio, me han contestado que pasa por Haouss, y va á perderse en el Nilo; pero no he podido inquirir datos mas exactos acerca del gran problema de la desembocadura del Dhioliba, el cual resolverá algun viajero mas dichoso.

Los naturales de Tembuctu poseen cuatro mugeres, como los árabes, pero no tienen como los mandingas la crueldad de castigarlas, lo que debe atribuirse á sus relaciones con los pueblos del Mediterráneo, las cuales les han hecho adquirir algunas ideas acerca de la dignidad del hombre.

En Tembuctu no tienen encerradas á las mugeres como en el imperio de Marruecos; salen cuando quieren y son libres de ver á todo el mundo. Los habitantes son afables con los extranjeros, industrioses é inteligentes en el comercio, y guardan en su persona y habitaciones un aseo excesivo. Sus utensilios de cocina consisten en algunas calabazas y platos de madera; no conocen el uso de la cuchara y el tenedor; no tienen mas mueblage que algunas esterillas para sentarse, y forman su cama con cuatro piquetes clavados en el suelo, á los que enlazan una esterilla ó piel de becerro. Los ricos tienen una manta de algodón y un cobertor fabricado por los moros de las cercanías, con pelo de camello y lana de sus corderos.

Los moros ocupan las mugeres en vender sus mercancías por las calles, y tambien las envian al mercado á establecer sus tenderetes. Estas mugeres visten con cierto arte y aseo; su traje principalmente consta de un sayo como el de los hombres, sin mas diferencia que carecer de mangas. Para las tocas adoptan modas diversas, pero generalmente se componen de un *fatara* de muselina ó de otra tela de algodón procedente de Europa. Aderezan con

mucha gracia sus cabellos; la trenza matriz, del grueso del pulgar, arranca de la parte posterior de la cabeza y la colocan inclinada hácia la frente, rematándola en una sortija de cornerina. Para sostener el pelo en esta posición, gastan almohadillas y además le prenden con cuentas de coral, de ámbar, &c. Se untan de grasa el cuerpo y la cabeza, y además se adornan con muchos collares y un anillo que les atraviesa la nariz.

Todos los negros de Tembuctu están en estado de leer el Alcoran y hasta le tienen imbuido en el corazón, pues lo aprenden desde la niñez.

Los víveres son muy caros en Tembuctu, y me encontrara en grande apuro, si como en Tíme hubiera estado en el caso de proveer á mi subsistencia. Al bueno y generoso Sidi-Abdallahi debo mi regreso por el gran desierto, pues no poseía mas que un valor en mercancías, de 25 piastras, que reservaba para comprarme un caballo, á fin de trasladarme hasta el mar, bien pasando por el desierto, ó volviendo hácia el Oeste. Confieso que la travesía del Sahara en una estación tan seca me asustaba mucho, pues tenía no poder soportar con tan escasos recursos las privaciones y fatigas del viage, acrecidas por el viento abrasador que reina continuamente y que hace intolerable el calor. Sin embargo, después de maduras reflexiones, me decidí definitivamente á sobrellevar los grandes peligros á que me esponía la gran sequía, aventurándome con una caravana en las movedizas arenas del desierto. Pensaba que si efectuaba mi regreso por Segó, Samandain y nuestros establecimientos de Galam, pondrían en duda mi llegada y mansion en Tembuctu los envidiosos del éxito de mi viage, en tanto que regresando por los estados berberiscos impondrían silencio el punto de mi llegada.

Sidi-Abdallahi me daba cada día nuevas pruebas de su buen corazón, pues hasta me ofrecía, si me quedaba en Tembuctu, mercancías con que hacer el comercio de mi cuenta y poderme hacer con fondos para regresar á mi país sin auxilio de nadie. El temor de ser descubierto, junto al deseo de volver á mi patria, me obligaron á rehusar sus generosas proposiciones. Además, mi viage por el interior de Africa no era conocido auténticamente y se hubiera olvidado si perecía, perdiéndose así para mi país las observaciones que había recogido. Estas consideraciones me empeñaron á efectuar mi regreso lo mas pronto que me fuera posible.

Me dirigí á visitar la gran mezquita de Oeste, mas estensa que la situada al Este, pero muy destruida: subí á la torre, cuya escalera situada interiormente, se halla casi demolida; á aquel sitio fui muchas veces á escribir mis notas para no despertar la atención de los musulmanes. Durante mi viage siempre había cuidado escribir mis observaciones al abrigo de los bosques ó de algun matorral.

Esta mezquita tiene cinco puertas al Este de diferente magnitud, tres al Sur y dos al Norte. Para sacar un bosquejo de ella me sentaba en la calle, con la capa plegada á las rodillas, y tenía una hoja de papel blanco, á la cual unía una página del Alcoran, y cuando se me acrecaba alguno, ocultaba mi

dibujo y hacia como que leía las oraciones. De este modo los transeúntes pasaban sin reparar mas que en mi devoción.

Hablaba frecuentemente con moros que se interesaban en mi situación, y que me preguntaban acerca de las costumbres europeas y del tratamiento que había tenido con los cristianos. En cambio procuraba á mi vez obtener de su parte pormenores de las poblaciones cercanas y de sus distancias á Tembuctu; pero siempre se hacían los desentendidos, á causa, sin duda, de que mi situación no era la mas á propósito para compensar aquel servicio. Los pocos informes que pude recoger de Tembuctu los debí á Sidi-Abdallahi-Chebir y á algunos negros hisurs, que tuvieron la complacencia de contestar á mis preguntas. No tienen noción alguna acerca del curso del río al Este de la ciudad: Sidi-Abdallahi me aseguró que pasa por Hausa y desemboca en el Nilo. Esta también es la opinión general de los árabes que habitan el país. A este río le designan en Tembuctu con el nombre de Baharel-Nil.

La casa que me habían destinado para habitación no estaba aún acabada, y por lo tanto tuve ocasión de observar su modo de construcción. A algunos pies de profundidad del nivel del suelo, encuentran arena de color gris mezclada con arcilla, con la cual fabrican ladrillos de forma circular que se secan al sol. Algunos muchachos de la clase de esclavos los trasladan en la cabeza en malas calabazas, lo mismo que el mortero; compuesto del material que los ladrillos. Los albañiles son esclavos, y trabajan con tanta inteligencia como los de Jené, y hasta me parecía que establecían los muros mas en regla. La obra de madera, como puertas &c., es sólida y bien trabajada; en general, las cerraduras y la llave son de madera, y no cierran interiormente; para este fin se valen de una barra ó una cadena. La cubierta de las casas que ninguna tiene mas de un piso, se halla como la de la mezquita, sustentada sobre pies derechos. Su planta es cuadrada, y contiene dos patios interiores, á cuyo derredor se hallan distribuidas las habitaciones; estas afectan la forma de rectángulos prolongados, y les sirven al mismo tiempo de almacenes y de alcoba: estas habitaciones no reciben luz mas que por la puerta de entrada, y otra mas pequeña que dá al patio interior; no tienen ni ventanas ni chimeneas. Algunos construyen en el patio con esterillas una estancia en la cual pasan el día y la noche durante la estación del calor.

Para defenderme del calor, me refugiaba en una mezquita, como sitio mas aéreo y mas fresco; los naturales permanecen en sus casas, las que abandonan tan solo por la mañana y la noche. Durante esta se siente una calma abrumadora, y si se levanta un poco de aire, es como un vapor abrasador que deseca los pulmones. Esto me hacía experimentar un malestar continuo.

La caravana destinada á Tafilét no debía partir hasta después de algunos días, y como no se dispusiera otra expedición hasta pasados tres meses, decidí aprovechar la ocasión de la primera. Temía per-

manecer en Tembuctu, á pesar de las reiteradas instancias de Sidi-Abdallahi, para aguardar á emprender el camino de Trípoli y Ardamas antes que el de Marruecos, y aún me anunció que tenía el proyecto de hacer una colecta en mi favor; sin embargo á pesar de que me veía embarazado para escusarme de tanto favor, no cambié un punto de mi resolución, visto lo cual, todavía mi generoso amigo se ocupó en proporcionarme un guía de confianza para mi traslación de Tafilét.

Los moros con quienes iba á viajar, no eran tan agradables ni tan civilizados como los establecidos en la ciudad: pertenecían á una clase designada con el nombre de *zenagués* (tributarios), clase tan ignorante que apenas conocen los principales rezos del Alcoran. Por lo tanto, era para ellos muy poco recomendable mi posición escasa de recursos, y mi calidad de extranjero. Sidi-Abdallahi me proporcionó un camello, cuyo alquiler satisficé con el producto de la venta de algunas mercancías.

Empleé los últimos días de mi estancia en Tembuctu en recoger noticias relativas al desgraciado suceso del mayor Laing. Supe que la caravana de que formaba parte, había sido asaltada por algunas tribus nómadas, y que reconocido por cristiano, lo maltrataron hasta dejarlo por muerto á fuerza de palos. Otro cristiano, que sin duda debía ser su criado, había sufrido igual suerte. Los moros de la caravana le recogieron, y á fuerza de cuidados volvió en su acuerdo; trasladado á Tembuctu, curó de sus heridas con un bálsamo que poseía; pero su convalescencia fué lenta; sin embargo, gracias á sus buenas recomendaciones, no esperiméntó vejación alguna de parte de los naturales. El mayor vivió próximo á mi casa, en la de un moro cuyo espíritu de caridad tuvo ocasión de considerar por sus obsequios de dátiles y el regalo que me hizo de un vestido para el viage. Laing no había cambiado su traje á la europea, y hasta se titulaba enviado por el rey de Inglaterra, su amo, para visitar á Tembuctu y estudiar las maravillas que encierra. Este viajero trazó el plano sin reserva de ninguna especie, porque, según el mismo moro me dijo con su lenguaje sencillo y expresivo, que había escrito la ciudad con todo lo que contenía.

Otros moros á quienes interrogué acerca del mismo asunto, me informaron de que se le atormentaba para hacerle convenir en que no hay mas que un solo Dios, y que Mahoma es su profeta; pero que él se limitaba siempre á responder: "No hay mas que un solo Dios," sin añadir nada; sin embargo, aunque le trataban de infiel, no le mortificaron de ningún otro modo, dejándole pensar y rezar á su manera. En efecto, Sidi-Abdallahi, á quien pregunté muchas veces si habían insultado al cristiano durante su estancia en Tembuctu, contestó negativamente con la cabeza, dándome á entender que no hubiera sido justo ocasionarle la menor molestia.

Esta tolerancia se explica teniendo en cuenta, que los moros residentes en Tembuctu proceden de Trípoli, Argel y Marruecos, donde están acostumbrados á ver cristianos, y por lo tanto, son menos propensos á ensañarse con su culto y sus costumbres.

Así es como se comprende que el mayor pudiese recorrer la ciudad, y hasta visitar las mezquitas sin obstáculo.

Después de adquirir un conocimiento exacto de la ciudad, trató de ver á Kabra y el Dhioliba; pero como al salir por el día corrió grandes peligros por parte de los tuariks, decidió partir de noche, en lo cual obró cuerdamente, pues si en la ciudad no le hacían daño alguno, tal vez encontrándole fuera no lo hubiera pasado bien.

En efecto, Laing, aprovechando una noche oscura, montó á caballo, y sin guía ninguno llegó sin obstáculo á Kabra, y dicen que hasta la orilla del Dhioliba. Después era el deseo del mayor regresar á Europa por el desierto sin ganar los establecimientos franceses del Senegal por Jené y Segó, subiendo el Dhioliba, pero los fulans que pueblan las orillas del río, declararon que no consentirían jamás pisara su territorio cristiano alguno.

Conociendo el mayor, que nada sacaría de aquellos fanáticos, escogió el camino de El-Aranan, donde esperaba reunirse con una caravana de moros traficantes de sal de Sansanding; pero desgraciadamente al cabo de cinco días de camino con la caravana, encontraron una tribu errante, que bajo pretexto de que había entrado en su territorio sin permiso, se apoderó del mayor y quiso hacerle reconocer su religión. Laing, demasiado confiado en las recomendaciones que traía de Trípoli para todos los cheiks del desierto, rehusó obedecer al cheik Hamet. Laing prefirió morir antes que someterse: su resolución le hizo mártir, y perder á la ciencia uno de sus mas hábiles viajeros.

Un moro de la comitiva del gefe de los zauats, á quien ordenó dar muerte al cristiano, se horrorizó rehusando ejecutar su orden: "¿Qué! dijo; ¿pretendes que asesine al primer cristiano que ha venido aquí, y que no nos ha hecho ningún mal? Encarga á otros su ejecución ó mátales tú mismo." Esta respuesta produjo momentánea suspensión de la sentencia fatal, y hasta se agitó con calor en su presencia la cuestión de su vida; pero por último encargaron á algunos esclavos negros la repugnante misión que tan dignamente rechazó el moro: uno de ellos rodeó á la garganta del desgraciado mayor, la banda de un turbante y le estrangulaban tirando por un extremo, mientras que su camarada tiraba del otro; sus restos quedaron en el desierto á merced de las aves de rapiña, y de las fieras que habitan aquellas regiones.

Reconocido el mayor por cristiano europeo tomó el partido que debía, pues cien veces era preferible la muerte á un cambio aparente de religión que debía hacerle renunciar para siempre á la esperanza de volver á Europa.

La suerte de Laing como musulman hubiera sido la mas triste que se pudiera imaginar; en su estrema resolución dió una prueba de intrepidez y prevision.

Al dirigirse á El-Aranan, llevaba consigo el mayor algunos instrumentos de astronomía y sus papeles; pero como casi todo se lo habían robado los tuariks, aprovechó bien poco su crimen al asesino

del viajero inglés, pues hasta de este poco tuvo que partir con los flecsibles cómplices. A un moro de Tafilet que iba en la carabana, le tocó un sesctante, que segun me dijeron no seria difícil dar con él; en cuanto á sus papeles y diarios se distribuyeron entre los pobladores del desierto: durante mi estancia en Gurland, pueblo del distrito de Tafilet, vi una brújula de bolsillo fabricada en Inglaterra, y aunque no me pudieron decir su procedencia supuse que perteneceria á Laing. Mis deseos hubieran sido poseerla; pero las precauciones que tenia que guardar en mi disfraz de árabe, me estorbaron manifestar que daba la mas pequeña importancia á un instrumento cuya aplicacion aparentaba ignorar.

Inmensos descubrimientos quedan por hacer, sobre todo en lo concerniente á geografia é historia natural; pero mis padecimientos no deben desanimar á otros exploradores. Sin duda que sus tentativas serán peligrosas; pero creo que conduciéndose con tacto y prudencia, se puede triunfar de los obstáculos. Sobre todo es menester viajar sobriamente, adoptar en la esterioridad el culto de Mahoma, y hacerse pasar por árabe, y aún mejor por cristiano convertido. El mejor medio á mi parecer, seria cruzar en calidad de árabe el gran desierto de Sahara; á fin de no infundir sospecha, establecerse como traficante en la ciudad que se escogiese como punto de partida, y despues internarse en el país con este pretexto, cuidando no hacer mérito para nada de la ciudad de Tembuctu. Así debe irse ganando terreno hasta instalarse en esta ciudad con el mismo carácter de comerciante.

Despues de permanecer en esta ciudad un año ó año y medio y de hacerse con algunos esclavos mandingas ó bambaras que entiendan el kisuro y el tuarika, es preciso proveerse de una buena piragua de mediada magnitud, precaucion indispensable, tanto por la inseguridad de que la suministrasen los habitantes de la orilla del rio, cuanto para ponerse al abrigo de su enemistad. Luego ofreciendo á los esclavos su libertad, se les empeña fácilmente en hacer el viage, que debe emprenderse so pretexto de comprar goma, marfil, &c., en la comarca inferior del rio. Proponiéndose navegar por mas arriba de Kabra no es preciso tomar tantas precauciones; pero siempre es preciso dejar casa abierta en Tembuctu.

Una vez en el rio, es prudente navegar por la noche, con objeto de no hallarse con las tribus vagabundas de los tuariks y otras: de dia es fácil contenerlas con algunos regalos. Esta conducta seguida con prudencia y reflexion, es susceptible de mas completo écsito que una grande espedicion, que de seguro despertaria la codicia ó desconfianza de los indígenas.

En la piragua puede hacerse la travesía con mas seguridad y rapidez que en una embarcacion grande. Mi huésped me aseguró que Hausa no dista de Tembuctu, bajando por el rio, sino una veintena de dias, pero en una piragua de dimensiones reducidas puede hacerse esta travesía en doce. Despues puede llegarse con rapidez hasta la embocadura del rio, sobre todo si va á perderse en el Océano. En seguir este itinerario, hay, segun creo, menos peli-

gro que en partir del golfo de Benin, donde se tropieza con mas obstáculos para internarse en la parte alta del país, por efecto del clima y del carácter de los naturales.

IX.

MISIONEROS DEL CONGO. (1)

Miguel Angelo y Dionisio Carli, enviados de mision al Congo por la congregacion romana de *Propaganda fidei*, partieron en 1666 con otros catorce capuchinos. No nos ocuparemos de la travesía que tuvieron que hacer por mar, sino únicamente de los peligros que arrojaron recorriendo una parte de Africa para estender y mantener la fé cristiana.

Despues de arribar á Laonda, puerto escelente de Africa y capital del reino de Angola, fueron recibidos por una muchedumbre de blancos y negros que les recibieron con alegría suma, besando sus hábitos y acompañándolos hasta su hospicio. La iglesia estaba ocupada por los principales personajes de la ciudad, y por mas de trescientas personas de todas clases que salieron á su encuentro. En el convento encontraron tres religiosos de su orden y algunos eclesiásticos enfermos. Dos misioneros llegados de Génova, poco antes que nuestros capuchinos, habian sucumbido, uno en Loanda mismo y otro en Mesangrana, poco distante de allí.

El vicario destinó desde luego á Angelo y su compañero al país de Bongo y de allí á Bamba, lo cual disgustó mucho á los habitantes de Loanda, que esperaban retenerlos en su ciudad un año á lo menos, mientras se acostumbraban al clima y á los alimentos del país. Nada de esto fué bastante á estorbarles su proyecto, pues cuanto mas negra era la descripcion que les hacian de los peligros que iban á arrostrar en el desierto, tanto mas se exaltaba su celo, y menos temor manifestaban hácia aquellos mismos peligros, que de mucho tiempo ya deseaban hacer frente.

Se embarcaron en una piazza, y costeando la orilla llegaron en dos dias á Dante, en la frontera del reino de Angola, donde los portugueses tienen establecido un fuerte. Su primer cuidado fué saludar al gobernador y entregarle las cartas que llevaban para él del consejo de Loanda. Estas cartas contenian recomendaciones eficaces, á fin de que proporcionase á los misioneros el número de negros necesarios para trasladar sus equipages. El gobernador, durante los dos dias que permanecieron en Dante, hizo sacar gran cantidad de pescados para su provision, además de treinta negros que escogió para que los acompañasen y de proveerles de hamacas y otros utensilios. Todos los naturales y europeos les disuadieron de llevar el vestido y calzado que prescribe su orden, puesto que era del todo imposible resistiesen el calor de aquel modo, y aunque

(1) Extracto de Pedro Banchard.

con marcada repugnancia, accedieron á someterse á los usos del país vistiendo ropas mas ligeras.

Por estas regiones salvages son los caminos senderos muy estrechos, por donde con trabajo pueden ir dos personas de frente. Algunos negros caminaban de descubierta, cargados con los equipages y provisiones; Angelo seguía despues en su hamaca, y Carli venia detrás tambien en una especie de litera, seguido de los demas negros, cuyo oficio era relevar los conductores cuando parecian cansados. Apenas puede formarse idea de la presteza con que marchan por los penosos caminos; iban armados con arco y flechas; el término de su jornada era un libata (aldea), donde otros conductores debian reemplazar á los primeros.

El príncipe ó señor del libata, que los naturales llaman makoluta, se apresuró á visitar á los misioneros, y les dió por alojamiento las dos cabañas mejores. En todo el reino, exceptuando San Salvador, no se encuentra una sola piedra; las casas mejores están construidas de tierra y cubiertas de bálago; la mayor parte no tienen ventanas ni mas abertura que la puerta. El makoluta llevaba á la cintura un pedazo de tela del tamaño de un pañuelo, y un manto de paño azul europeo que descendia hasta el suelo. El gusto general del país está por lo azul. Los oficiales de su comitiva llevaban lo mismo, menos el manto; las demas gentes iban vestidas de hojas ó pieles de mono, y los que viven en el campo, al abrigo de los árboles, están sin distincion de secos ni edad enteramente desnudos.

En este libata, lo mismo que en el primero, no les aconteció nada de particular; en ellos practicaron sus ejercicios religiosos muy tranquilamente. Continuando su camino llegaron una tarde á otro libata, donde hallaron cerrada la puerta. El recinto estaba guarnecido de una muralla de la altura de una pica, hecha de zarzas, y la puerta la constituia un haz de ellas tambien. Abrióronla para recibir á los misioneros, y el makoluta les ofreció cabañas; pero como era excesivo el calor, gustaron mas de pasar la noche en las hamacas, al aire libre, las que dispusieron colgadas por un lado del vértice de una cabaña, y por el otro del extremo de una cruz implantada en el suelo. Hácia media noche se acercaron á la muralla de zarzas tres leones dando rugidos espantosos. Carli, despertado por tan horrible rumor, levantó un poco la cabeza para descubrir los monstruos á la claridad de la luna; pero las zarzas estaban tan espesas y tan cubiertas de hojas, que no pudo divisarlos, aunque juzgaba no debian andar distantes. Sobrecogido de temor, pensó al pronto en retirarse á una cabaña; pero considerando que era imposible á los leones traspasar la altura de la valla, decidió esperar con tranquilidad la llegada del dia. Tan pronto como pareció fuése á reunir á Angelo, el cual aprovechó la frescura de la noche para dormir profundamente sin oír los rugidos de los leones.

Despues de bautizar algunos niños se pusieron en marcha en sus hamacas. Hácia medio dia, aconsejéronles los negros que hicieran alto á orillas de un riachuelo cuyas aguas eran escelentes, en lo

que convinieron sentándose bajo de unos árboles con intento de preparar la comida. De improviso divisaron un elefante tan abultado como un carro de retama. Los negros cogieron al punto las armas, y con gran zambra y griteria, le descargaron una granizada de flechas. Uno de ellos mas práctico que sus camaradas, se dirigió á un chozo poco distante, y prendió fuego al techo. Las llamas tomando incremento, en breve asustaron al elefante, que dió á huir llevando consigo las flechas que se habian clavado en su piel. Impelido el fuego por el viento, tardó poco en propagarse á las matas que le rodeaban corriendo en un instante un espacio de mas de una legua. Este incendio difundió el espanto entre las fieras que tenian próximas sus nidadas, quedando así el camino en completa seguridad hasta la siguiente libata.

Otro dia los negros divisaron una serpiente enorme. Su cabeza era tan grande como la de un becerro, y su longitud de veinticinco piés. Al verla, dieron los de la escolta, segun costumbre, un grito penetrante, é hicieron subir á los misioneros sobre una eminencia. Carli observó que aquel terrible reptil ocasionaba en la yerba tanto movimiento como el tránsito de veinte hombres. Permanecieron por espacio de una hora detenidos, á fin de asegurarse de que se habia alejado.

El makoluta de Bambi les dió uno de sus hijos para que les sirviera de intérprete durante su estancia en Bamba. Caminaban muy distraidos y satisfechos con su nuevo compañero de viage, cuando observaron á lo lejos una gran fogata, y como el viento impelia las llamas hácia ellos, temieron que saliesen á su encuentro las fieras que vinieran huyendo de él: los negros les advirtieron que el único medio de evitar este inminente peligro, era subirse á la copa de los árboles. Era forzoso seguir este consejo, y como entre las cosas que componian su equipage habia una escala, subió un negro con ella por el tronco de un árbol y la aseguró á una rama; en seguida, los dos misioneros y el hijo del makoluta, buscaron su seguridad en este asilo, despues de lo cual desataron la escala, con cuyo auxilio subieron á los árboles inmediatos. El peligro no estaba lejos, puesto que á poco aparecieron gran número de formidables enemigos, tales como tigres, leones, rinocerontes y otras fieras, que todos levantaron la cabeza al pasar. Los negros hirieron algunas con flechas envenenadas.

El padre Angelo se habia adelantado á causa de que por entonces momentáneamente no se encontraba á mano bastante número de negros conductores.

Carli, prócsimo al libata en que debía pernoctar, vió un leon tan mal herido, que apenas podia arrastrarse dejando sus huellas ensangrentadas. Los negros prendieron fuego á las matas, que estaban muy crecidas y muy secas, y al punto le vieron cambiar de direccion. Carli, una hora antes de hacerse de noche, llegó al libata, el cual carecia de la valla ó empalizada de zarzas que los misioneros habian visto en todos los que habian pasado, y Carli se enteró pronto del por qué. Dirigiéndose al mercado,

á donde vió que se dirigian todos los habitantes del libata, vió un negro herido, á cuyo derredor se apiñaban las gentes: preguntó qué ocurría, y le informaron de que era el makoluta que acababa de luchar con un leon. Carli, despues de saludarle, le reconvinó por no tener alrededor de su libata una valla espesa de zarzas como la que habia visto en las demás libatas. "Padre, contestó el makoluta, en tanto que yo viva no hace falta valla alguna; cuando me muera harán lo que juzguen necesario." La herida era leve.

Carli mostró deseo de saber los pormenores de la lucha, á lo cual acudió el makoluta diciendo que se hallaba dentro del lugar con sus gentes, cuando ambrió un leon, y sin duda incitado con el olor de la carne humana, se lanzó en medio de ellos sin rugir, como acostumbran hacerlo estos animales, cuando buscan su presa. Los negros que estaban conmigo, viéndose desarmados, dieron á correr; en cuanto á mí, que no estoy acostumbrado á huir, puse una rodilla y una mano en tierra, y con el cuchillo en la otra, sacudí con toda mi fuerza un golpe al leon en medio del pecho. Cuando se sintió herido, lanzó rugidos espantosos y se tiró á mí tan furiosamente, que se clavó el cuchillo en el cuello; pero tambien me ha rasgado este lado con sus uñas. Mis vecinos acudían ya armados, y al verlos se retiró perdiendo mucha sangre. Este leon era el mismo que habia hallado Carli.

Su compañero Angelo tardó poco en sucumbir á una enfermedad ocasionada por el clima y los trabajos. Carli tambien fué acometido de fiebre, y en este estado padeció mucho tormento, causado por una multitud de ratas que llegaban hasta morderle los pies. No tenia otro medio de defensa que colocar su cama en medio de la habitacion y hacer acostar los negros en esterillas de palma á su derredor. A esta sazón se atrevió á advertir al gran gefe de Bamba, en cuyos dominios se hallaba, lo que tenia que sufrir de la importunidad de las ratas y de la hediondez de los negros. Este príncipe le envió un pequeño mono domesticado, asegurándole que era remedio á estas incomodidades. El mono estaba acostumbrado á cazar ratas, y el olor natural de su piel que trascendía al almizcle, bastaba á neutralizar el de los negros. Efectivamente, aquel apreciable mono, además de estos servicios, le prestaba el de peinarle la cabeza y la barba mejor que los mismos negros.

Muy pronto le fué de mucha mas utilidad, porque le salvó de una especie de animal incomparablemente mas pequeño que los leones y los tigres; pero no menos formidable en este pais. Dormía una noche profundamente, cuando le despertó bruscamente un salto que dió el mono para colocarse sobre su cabeza. Imagínese que las ratas le habian asustado, y para animarle, le acarició con la mano; pero al mismo tiempo los negros se incorporaron bruscamente de pié gritando: "De pié, padre, de pié!" Preguntó qué sucedía: "las hormigas, le respondieron, se han abierto paso y no hay momento que perder." Imposibilitado para moverse, hizo trasladar su cama al medio del jardín á tiempo que le subían ya por

las piernas. El piso de las cabañas estaba cubierto de ellas: su espesor pasaba de medio pié. No se halló otro medio de arrojarlas que quemar paja en todos los sitios que ocupaban. La llama las destruyó y las hizo huir. Apenas se durmió, despertó otro accidente. El fuego mal estinguido por los negros, se habia extendido al techo de la cabaña y comenzaba á propagarse. En tanto que se trabajó por cortarle, se vió Carli aún en la necesidad de volver al jardín. Agitaciones tan violentas habian alejado el sueño de sus ojos, cuando le volvieron á la cabaña; pero aunque lo recobrara, todavía le hizo volver al jardín un tercer alerta. Las hormigas habian ganado la aldea, y los negros, al aplicar el remedio del fuego, le habian prendido á una cabaña, desde la que amenazaba comunicarse á las demás. Sin embargo, hubo la fortuna de cortarlo, y Carli, despues de tantos sobresaltos, dió gracias al cielo por haberle salvado de las hormigas. Poseído de una debilidad que no le permitía moverse, no dudó que le devorasen antes de acabar la noche; temor muy fundado, si se atiende el considerable número de vacas que perecen á su furor; y de las cuales se hallan muchas en Angola, y no se encuentran mas que los huesos á la salida del día.

El estado de Carli empeoraba mas cada día; concluyó por tomar el partido de hacerse conducir á Loanda. Allí ajustó un barco portugués que debia hacerse á la vela para el Brasil. El padre Carli obtuvo el permiso para embarcarse y para regresar á Italia, y á bordo de un buque genovés pasó el misionero desde el Brasil á Europa: esto pasaba el año de 1667.

X.

LE VAILLAN. PRIMER VIAGE AL CABO DE BUENA-ESPERANZA (1).

Impaciente por realizar mis proyectos, me dirigí á Holanda, donde visité las primeras ciudades de la república y sus curiosidades; Amsterdam me ofreció tesoros de que no tenia ni aún idea. Todos los sabios se dignaron recibirme y admitirme en su estudio, admirándome de estos mas que ninguno, el de Mr. Temminck, tesoro de la compañía de las Indias. En él pude observar una multitud de objetos preciosos que no habia visto jamás, pareciéndome todos, tanto bajo el punto de vista del arte como de la naturaleza, dignos de eterna conservacion.

Tardé poco en intimar amistad con el sabio Mr. Temminck, que me colmó de atenciones, y que mejor que ningun otro podía favorecer mis proyectos. Cuando se los hube confiado, me enteró de los medios que debia emplear para llevarlos á cabo, dispensándome á este fin sus consejos y su proteccion. Por fortuna obtuve permiso de pasar al Cabo en un barco de la compañía.

Al amanecer del día 1.º de Febrero de 1781, ha-

(1) Extractado del primer viage de Le Vaillan.

llándonos hácia tres grados Norte de la línea, nos advirtieron que se descubria una vela en el horizonte; el Mercurio se habia adelantado, y casi estaba fuera del alcance de nuestra vista, en tanto que nuestro barco se hallaba bajo la influencia de una completa calma. Asestamos los anteojos, pero inútilmente, pues hasta las nueve de la mañana no pudimos distinguir reconocer que pertenecía á un barco de poco porte. Los unos le creían francés, otros sostenían que era inglés; cada uno racionaba y conjeturaba á su modo, en tanto que llegaba el momento de adquirir certeza. Algunas horas despues divisamos que venia remolcado por dos lanchas, con intento de aproximarse á fuerza de remo; nosotros pensamos que venia en demanda de socorro, y con mucha tranquilidad le dejamos acercarse. Hácia las tres de la tarde, y estando casi á tiro, izamos pabellon, saludando con un cañonazo sin bala; mas quedamos todos estrañamente sorprendidos al recibir un balazo en el casco, al que siguió la descarga de toda la andanada: era un corsario que al mismo tiempo arboló pabellon inglés.

Vano intento seria tratar de bosquejar el asombro de la tripulacion en el momento de tan inesperada aventura. En nuestro buque no habia un solo hombre tal vez, que se hubiese encontrado en combate; el capitán y los oficiales, acostumbrados á viajar pacíficamente, no habian tenido ocasion de mandar en circunstancias semejantes, á lo que se agregaba para mayor consternacion, la falta de tiempo para prepararse contra ataque tan imprevisto. El espanto y la confusion se retrataban en todos los semblantes; los oficiales aturdian con sus gritos; los soldados, reclutas que no habian jamás cargado un fusil, no sabian á quién entender ni qué contestar: en una palabra, á las siete de la tarde, no habiamos quemado aún un cartucho. El corsario nos cañoneaba sin descanso, intimándonos rendicion y amenazando echarnos á pique si resistiamos mas tiempo. Nuestro capitán, poseído de convulsiva agitacion, no cesaba de gritarle que no estaba en su mano entregarse á discrecion, que para ello era preciso el dirigirse al Mercurio, que era su gefe. El pobre hombre habia perdido la cabeza.

Por fortuna empezó á correr un poco de viento, merced al cual pudo acercarse á nosotros el Mercurio y preguntar su capitán por qué no contestábamos al fuego. El nuestro respondió que aguardaba sus órdenes como gefe superior, pretesto inescusable en labios de un marino, acometido por un barco que montaba tan solo seis piezas de á ocho, mientras el que tenia á su mano contaba con treinta y dos de mas grueso calibre, con muchos pedreros, y trescientos hombres á mas de la tripulacion.

El Mercurio rompió el fuego, y nosotros comenzamos tambien á disparar á todos lados, sin reparar que entre el inglés y nosotros se hallaba aquel buque. La tripulacion, valida del desorden que reinaba á bordo, se habia emborrachado, y marchaban de un lado á otro sin saber lo que hacían, gritando, llorando, ó maldiciendo: hasta el capellan no habia vacilado en entregarse á los mismos excesos, sin duda por inspirarse ardimiento, y yo le ví con

una linterna en la mano, penetrar en la Santa Bárbara, atestada de pólvora, que llevábamos de provision para Ceilan, y sin la menor precaucion cargar de ella para hacer cartuchos, porque es de notar que no habia uno solo de repuesto, y que en toda la mañana se habia pensado en hacerlos.

El corsario, despues de contraponerse á todas nuestras maniobras y de acribillarnos por todas partes, se alejó á las once de la noche, y aunque le veíamos fuera de tiro, nuestro barco hacia fuego sin cesar. Esta fué la ocasion predilecta de los poltronos, que entonces paseaban por el puente con paso firme, irguiendo la cabeza y desafiando á un enemigo que estaba lejos; sin embargo, aún se le temía, y por lo tanto ninguno se retiró á descansar. Yo pasé la noche como todos, á la intemperie, tendido sobre un fardo y sin conciliar un momento el sueño, á causa de los alertas de los centinelas. Difícil seria formarse idea cabal del desconcierto que reinó durante la escaramuza de aquel día. Al siguiente, al pasar revista, se encontraron piezas de artillería atestadas hasta la boca, que contenian tres cargas, y fusiles con los cartuchos invertidos, todo lo que hace inferir que á no ser por el Mercurio, sin remedio nos hubieran apresado. Felizmente su presencia hizo cobrar espíritu á los oficiales poseídos, á no dudarlo, del fantasma del miedo, si se ha de juzgar por la inercia en que se mantuvieron durante cuatro horas en que impunemente nos cañoneó el corsario. El inglés pensaba ciertamente que carecíamos de artillería, ó á lo menos, que la que divisaba era de madera, y no siendo así, la mas tenaz resistencia le hubiera hecho retirarse mas de prisa que habia venido.

Al recordar este suceso, me viene á la memoria un hecho que escita mi risa cada vez que pienso en él. Como no tenia carácter alguno en el barco, no tenia tampoco órdenes que espedir, ni que tomar, y de consiguiente pasaba de un lado á otro, cuando divisé al encargado de la correspondencia de la compañía, fielmente sentado junto á la caja misteriosa, y pronto á lanzarla por la ventana de su camarote á la mas ligera señal de un peligro inminente. Aquel sin duda era su puesto, pero en él le mantenía no tanto el deber como el terror que se habia apoderado de sus sentidos. "Le Vaillant, exclamó, Le Vaillant, ¿qué va á ser de nosotros! ¡Estamos perdidos, amigo mio, perdidos!" Traté de tranquilizarle y de que cobrara ánimo; pero una bala penetró en el camarote, y el estrépito horrible que ocasionó dió en tierra con mi hombre, dejándole como una masa inerte. Al pronto le creí muerto, pero poco á poco volvió en sí, y se incorporó suspirando seriamente. Por esta vez no me fué posible sostener mi formalidad, y me retiré á otro lado á dar rienda libre á mi hilaridad.

Me parecia risible que hombres destinados por su estado, su edad y su esperiencia, para dar ejemplos de bravura y pundonor, faltasen de una manera tan menguada, en ocasion en que bastaba un solo minuto para disipar toda alarma y anonadar al atrevido corsario, al paso que niños que apenas podían sostener un cable habian dado veinte pruebas de ce-

á donde vió que se dirigian todos los habitantes del libata, vió un negro herido, á cuyo derredor se apiñaban las gentes: preguntó qué ocurría, y le informaron de que era el makoluta que acababa de luchar con un leon. Carli, despues de saludarle, le reconvinó por no tener alrededor de su libata una valla espesa de zarzas como la que habia visto en las demás libatas. "Padre, contestó el makoluta, en tanto que yo viva no hace falta valla alguna; cuando me muera harán lo que juzguen necesario." La herida era leve.

Carli mostró deseo de saber los pormenores de la lucha, á lo cual acudió el makoluta diciendo que se hallaba dentro del lugar con sus gentes, cuando ambrió un leon, y sin duda incitado con el olor de la carne humana, se lanzó en medio de ellos sin rugir, como acostumbran hacerlo estos animales, cuando buscan su presa. Los negros que estaban conmigo, viéndose desarmados, dieron á correr; en cuanto á mí, que no estoy acostumbrado á huir, puse una rodilla y una mano en tierra, y con el cuchillo en la otra, sacudí con toda mi fuerza un golpe al leon en medio del pecho. Cuando se sintió herido, lanzó rugidos espantosos y se tiró á mí tan furiosamente, que se clavó el cuchillo en el cuello; pero tambien me ha rasgado este lado con sus uñas. Mis vecinos acudían ya armados, y al verlos se retiró perdiendo mucha sangre. Este leon era el mismo que habia hallado Carli.

Su compañero Angelo tardó poco en sucumbir á una enfermedad ocasionada por el clima y los trabajos. Carli tambien fué acometido de fiebre, y en este estado padeció mucho tormento, causado por una multitud de ratas que llegaban hasta morderle los pies. No tenia otro medio de defensa que colocar su cama en medio de la habitacion y hacer acostar los negros en esterillas de palma á su derredor. A esta sazón se atrevió á advertir al gran gefe de Bamba, en cuyos dominios se hallaba, lo que tenia que sufrir de la importunidad de las ratas y de la hediondez de los negros. Este príncipe le envió un pequeño mono domesticado, asegurándole que era remedio á estas incomodidades. El mono estaba acostumbrado á cazar ratas, y el olor natural de su piel que trascendía al almizcle, bastaba á neutralizar el de los negros. Efectivamente, aquel apreciable mono, además de estos servicios, le prestaba el de peinarle la cabeza y la barba mejor que los mismos negros.

Muy pronto le fué de mucha mas utilidad, porque le salvó de una especie de animal incomparablemente mas pequeño que los leones y los tigres; pero no menos formidable en este pais. Dormía una noche profundamente, cuando le despertó bruscamente un salto que dió el mono para colocarse sobre su cabeza. Imagínese que las ratas le habian asustado, y para animarle, le acarició con la mano; pero al mismo tiempo los negros se incorporaron bruscamente de pié gritando: "De pié, padre, de pié!" Preguntó qué sucedía: "las hormigas, le respondieron, se han abierto paso y no hay momento que perder." Imposibilitado para moverse, hizo trasladar su cama al medio del jardín á tiempo que le subían ya por

las piernas. El piso de las cabañas estaba cubierto de ellas: su espesor pasaba de medio pié. No se halló otro medio de arrojarlas que quemar paja en todos los sitios que ocupaban. La llama las destruyó y las hizo huir. Apenas se durmió, despertó otro accidente. El fuego mal estinguido por los negros, se habia extendido al techo de la cabaña y comenzaba á propagarse. En tanto que se trabajó por cortarle, se vió Carli aún en la necesidad de volver al jardín. Agitaciones tan violentas habian alejado el sueño de sus ojos, cuando le volvieron á la cabaña; pero aunque lo recobrara, todavía le hizo volver al jardín un tercer alerta. Las hormigas habian ganado la aldea, y los negros, al aplicar el remedio del fuego, le habian prendido á una cabaña, desde la que amenazaba comunicarse á las demás. Sin embargo, hubo la fortuna de cortarlo, y Carli, despues de tantos sobresaltos, dió gracias al cielo por haberle salvado de las hormigas. Poseído de una debilidad que no le permitía moverse, no dudó que le devorasen antes de acabar la noche; temor muy fundado, si se atiende el considerable número de vacas que perecen á su furor; y de las cuales se hallan muchas en Angola, y no se encuentran mas que los huesos á la salida del día.

El estado de Carli empeoraba mas cada día; concluyó por tomar el partido de hacerse conducir á Loanda. Allí ajustó un barco portugués que debia hacerse á la vela para el Brasil. El padre Carli obtuvo el permiso para embarcarse y para regresar á Italia, y á bordo de un buque genovés pasó el misionero desde el Brasil á Europa: esto pasaba el año de 1667.

X.

LE VAILLAN. PRIMER VIAGE AL CABO DE BUENA-ESPERANZA (1).

Impaciente por realizar mis proyectos, me dirigí á Holanda, donde visité las primeras ciudades de la república y sus curiosidades; Amsterdam me ofreció tesoros de que no tenia ni aún idea. Todos los sabios se dignaron recibirme y admitirme en su estudio, admirándome de estos mas que ninguno, el de Mr. Temminck, tesoro de la compañía de las Indias. En él pude observar una multitud de objetos preciosos que no habia visto jamás, pareciéndome todos, tanto bajo el punto de vista del arte como de la naturaleza, dignos de eterna conservacion.

Tardé poco en intimar amistad con el sabio Mr. Temminck, que me colmó de atenciones, y que mejor que ningun otro podía favorecer mis proyectos. Cuando se los hube confiado, me enteró de los medios que debia emplear para llevarlos á cabo, dispensándome á este fin sus consejos y su proteccion. Por fortuna obtuve permiso de pasar al Cabo en un barco de la compañía.

Al amanecer del día 1.º de Febrero de 1781, ha-

(1) Extractado del primer viage de Le Vaillan.

llándonos hácia tres grados Norte de la línea, nos advirtieron que se descubria una vela en el horizonte; el Mercurio se habia adelantado, y casi estaba fuera del alcance de nuestra vista, en tanto que nuestro barco se hallaba bajo la influencia de una completa calma. Asestamos los anteojos, pero inútilmente, pues hasta las nueve de la mañana no pudimos distinguir reconocer que pertenecía á un barco de poco porte. Los unos le creían francés, otros sostenían que era inglés; cada uno racionaba y conjeturaba á su modo, en tanto que llegaba el momento de adquirir certeza. Algunas horas despues divisamos que venia remolcado por dos lanchas, con intento de aproximarse á fuerza de remo; nosotros pensamos que venia en demanda de socorro, y con mucha tranquilidad le dejamos acercarse. Hácia las tres de la tarde, y estando casi á tiro, izamos pabellon, saludando con un cañonazo sin bala; mas quedamos todos estrañamente sorprendidos al recibir un balazo en el casco, al que siguió la descarga de toda la andanada: era un corsario que al mismo tiempo arboló pabellon inglés.

Vano intento seria tratar de bosquejar el asombro de la tripulacion en el momento de tan inesperada aventura. En nuestro buque no habia un solo hombre tal vez, que se hubiese encontrado en combate; el capitán y los oficiales, acostumbrados á viajar pacíficamente, no habian tenido ocasion de mandar en circunstancias semejantes, á lo que se agregaba para mayor consternacion, la falta de tiempo para prepararse contra ataque tan imprevisto. El espanto y la confusion se retrataban en todos los semblantes; los oficiales aturdian con sus gritos; los soldados, reclutas que no habian jamás cargado un fusil, no sabian á quién entender ni qué contestar: en una palabra, á las siete de la tarde, no habiamos quemado aún un cartucho. El corsario nos cañoneaba sin descanso, intimándonos rendicion y amenazando echarnos á pique si resistiamos mas tiempo. Nuestro capitán, poseído de convulsiva agitacion, no cesaba de gritarle que no estaba en su mano entregarse á discrecion, que para ello era preciso el dirigirse al Mercurio, que era su gefe. El pobre hombre habia perdido la cabeza.

Por fortuna empezó á correr un poco de viento, merced al cual pudo acercarse á nosotros el Mercurio y preguntar su capitán por qué no contestábamos al fuego. El nuestro respondió que aguardaba sus órdenes como gefe superior, pretexto inescusable en labios de un marino, acometido por un barco que montaba tan solo seis piezas de á ocho, mientras el que tenia á su mano contaba con treinta y dos de mas grueso calibre, con muchos pedreros, y trescientos hombres á mas de la tripulacion.

El Mercurio rompió el fuego, y nosotros comenzamos tambien á disparar á todos lados, sin reparar que entre el inglés y nosotros se hallaba aquel buque. La tripulacion, valida del desorden que reinaba á bordo, se habia emborrachado, y marchaban de un lado á otro sin saber lo que hacían, gritando, llorando, ó maldiciendo: hasta el capellan no habia vacilado en entregarse á los mismos excesos, sin duda por inspirarse ardimiento, y yo le ví con

una linterna en la mano, penetrar en la Santa Bárbara, atestada de pólvora, que llevábamos de provision para Ceilan, y sin la menor precaucion cargar de ella para hacer cartuchos, porque es de notar que no habia uno solo de repuesto, y que en toda la mañana se habia pensado en hacerlos.

El corsario, despues de contraponerse á todas nuestras maniobras y de acribillarnos por todas partes, se alejó á las once de la noche, y aunque le veíamos fuera de tiro, nuestro barco hacia fuego sin cesar. Esta fué la ocasion predilecta de los poltronos, que entonces paseaban por el puente con paso firme, irguiendo la cabeza y desafiando á un enemigo que estaba lejos; sin embargo, aún se le temía, y por lo tanto ninguno se retiró á descansar. Yo pasé la noche como todos, á la intemperie, tendido sobre un fardo y sin conciliar un momento el sueño, á causa de los alertas de los centinelas. Difícil seria formarse idea cabal del desconcierto que reinó durante la escaramuza de aquel día. Al siguiente, al pasar revista, se encontraron piezas de artillería atestadas hasta la boca, que contenian tres cargas, y fusiles con los cartuchos invertidos, todo lo que hace inferir que á no ser por el Mercurio, sin remedio nos hubieran apresado. Felizmente su presencia hizo cobrar espíritu á los oficiales poseídos, á no dudarlo, del fantasma del miedo, si se ha de juzgar por la inercia en que se mantuvieron durante cuatro horas en que impunemente nos cañoneó el corsario. El inglés pensaba ciertamente que carecíamos de artillería, ó á lo menos, que la que divisaba era de madera, y no siendo así, la mas tenaz resistencia le hubiera hecho retirarse mas de prisa que habia venido.

Al recordar este suceso, me viene á la memoria un hecho que escita mi risa cada vez que pienso en él. Como no tenia carácter alguno en el barco, no tenia tampoco órdenes que espedir, ni que tomar, y de consiguiente pasaba de un lado á otro, cuando divisé al encargado de la correspondencia de la compañía, fielmente sentado junto á la caja misteriosa, y pronto á lanzarla por la ventana de su camarote á la mas ligera señal de un peligro inminente. Aquel sin duda era su puesto, pero en él le mantenía no tanto el deber como el terror que se habia apoderado de sus sentidos. "Le Vaillant, exclamó, Le Vaillant, ¿qué va á ser de nosotros! ¡Estamos perdidos, amigo mio, perdidos!" Traté de tranquilizarle y de que cobrara ánimo; pero una bala penetró en el camarote, y el estrépito horrible que ocasionó dió en tierra con mi hombre, dejándole como una masa inerte. Al pronto le creí muerto, pero poco á poco volvió en sí, y se incorporó suspirando seriamente. Por esta vez no me fué posible sostener mi formalidad, y me retiré á otro lado á dar rienda libre á mi hilaridad.

Me parecia risible que hombres destinados por su estado, su edad y su esperiencia, para dar ejemplos de bravura y pundonor, faltasen de una manera tan menguada, en ocasion en que bastaba un solo minuto para disipar toda alarma y anonadar al atrevido corsario, al paso que niños que apenas podían sostener un cable habian dado veinte pruebas de ce-

lo, constancia é intrepidez. Lo que mas me encendia, aunque me hacia reir tambien, eran los cumplidos y enhorabuena que recíprocamente se dirigian por la manera vigorosa con que creian haber rechazado el ataque del barco, que pensaban lo menos se habian sumergido. Poseido yo de la certidumbre de que nuestro contrario se retiró virgen de nuestras balas, me chanceé por ello ostensiblemente, sobre todo, con el primer piloto Van-Groenen, cuyo mal comportamiento durante la accion habia observado, y que era por entonces de los que mostraban mas orgullo y jactancia: los marineros sonreian maliciosamente, y como él lo notase, y como tambien en conciencia ninguno de ellos podia declararse de su parte, fué preciso atenerse al testimonio de su amor propio. Para coronar la obra, por su cualidad de doctor, encargaron al médico Engelbregt, que durante la accion se habia ocultado á fondo de cala, de redactar el parte de esta brillante accion, lo cual me dió mucho que reir á su costa, sin darle motivo de tomar revancha; no me sucedió lo mismo con el piloto, el que se vengó ocasionándome cuantas molestias estaban á su alcance. Sin embargo, el resto del viage corrió felizmente hasta descubrir las montañas del Cabo despues de tres meses y diez dias de navegacion.

El capitán del puerto, Mr. Stang, se trasladó á bordo, y nos confirmó haberse declarado la guerra, noticia llegada por una fragata francesa. Al dia siguiente salté á tierra y fui presurosamente á visitar las personas para quienes tenia cartas de recomendacion, las cuales, á decir verdad, me acogieron con benevolencia y amistad, ofreciéndome el valimiento que mis recomendaciones y su rango distinguido me daban derecho á esperar.

Me impacientaba el deseo de conocer aquel pais nuevo en que me veia trasportado como en sueños. Todo se presentaba á mis ojos con aspecto imponente, midiendo con la vista los desiertos inmensos en que iba á internarme.

La ciudad del cabo está situada en la pendiente de las montañas Talla y Leon, formando un anfiteatro que se estiende hasta la orilla del mar. Las calles, aunque anchas, no son cómodas, á causa de su mal piso; las casas, casi todas de construccion uniforme, son bellas, espaciosas, y están cubiertas de cañizos para prevenir los accidentes que de otro modo ocasionaria la violencia de los vientos: el interior de estas casas no anuncia un lujo frívolo; los muebles son de gusto noble y sencillo. Nunca se ven tapicerías; algunas pinturas, grabados y espejos, constituyen su principal adorno.

La entrada de la ciudad por la parte del castillo ofrece un golpe de vista magnífico. En ella están situados los mejores edificios; se descubre por un lado el jardín de la compañía en toda su estension, y por el otro las fuentes, cuyas aguas descienden de la Tabla por una hondura que se divisa de la ciudad y de toda la rada. Las aguas son escelentes y en bastante caudal para abastecer la ciudad y los buques que están anclados.

En general, los hombres me parecieron bien formados, y encantadoras las mugeres, sorprendiéndo-

me el verlas adornarse con el cuidado y elegancia de las damas francesas, aunque carecen de su tono y gracia: en sus costumbres y educacion influye mucho la gran familiaridad en que están con las esclavas, en razon de que son las que dan el pecho á los hijos del amo; la de los hombres es de las mas descuidadas, si se exceptúa los hijos de los ricos, á quienes se envia á educarlos á Europa. Las mugeres son aficionadas á cantar, y sobre todo, á bailar, placer que les procuran con frecuencia los oficiales de los buques que están anclados. Cuando yo llegué, tenia por costumbre el gobernador dar todos los meses un baile público, ejemplo que seguian todas las personas distinguidas de la ciudad.

Admiróme sobremanera que en una colonia donde llegan tantos estrangeros, no hubiera ni café ni fonda, si bien es verdad que hay muchas casas particulares de posada. El pais es abundante en pescados, no escaso de caza, pero en cuanto á frutos me parecen degenerados los de Europa, á pesar de cuanto afirman sus apasionados; por lo que respecta á los indígenas, nada puede decirse, pues apenas hay alguno, lo cual causa estrañeza al considerar la pureza de su cielo y la fecundidad del suelo, susceptible de producir la mayor parte del año casi todas nuestras legumbres; solo durante tres meses se deseca tanto la tierra á causa de los vientos sudestes que reinan, que se hace incapaz de todo cultivo; las plantas de los jardines hay que resguardarlas con parapetos, lo mismo que los arbolillos nuevos, que no obstante tales precauciones, no echan ramos por el lado del viento, torciéndose hácia el lado opuesto, lo que les da un aspecto poco gracioso.

Muchas veces he sido testigo de los estragos de este viento: basta el espacio de veinticuatro horas para quedar arrasados; en mis viages nos ha ocurrido mas de una vez haber volcado mi carruaje por su causa, y no tener otro medio que enlazarle fuertemente á un matorral.

Este viento se anuncia por una pequeña nube blanca que se fija en la cima de la montaña de la Tabla, del lado de la del Diablo; el aire comienza á refrescar en seguida, y poco á poco crece la nube hasta hacerle tan considerable que oscurece el vértice de la Tabla; vulgarmente se dice que la montaña se ha puesto la peluca. Sin embargo, la nube se precipita con violencia y pasa sobre la ciudad; creeriase que un diluvio va á inundarla; pero á medida que gana el pié de la montaña, se disipa, se evapora, y parece reducida á la nada. El cielo continúa sin interrupcion sereno y en calma; nada mas que la montaña se resiente de aquel corto momento de luto que le roba la presencia del sol.

He pasado mananas enteras entregado á la observacion de este fenómeno; el viento se anuncia primeramente con tibieza, levantando con lentitud una especie de niebla que parece despreñida de la superficie del mar, y que se congrega aglomerándose por el obstáculo que le opone en su camino la montaña de la Tabla por el lado del Sur; entonces es cuando para franquearla se comprime poco á poco, y rodando sobre sí misma se alza con violencia hasta la cúspide, y muestra á la ciudad la impercepti-

ble nube blanca, anunciada por el viento que sopla despues de algunas horas por la rada y sus contornos.

La duracion ordinaria de esta especie de tempestad, es de tres dias consecutivos; algunas veces continúa sin descanso mucho mas tiempo; frecuentemente cesa de pronto, y entonces la atmósfera se pone abrasadora; si interrumpe repetidamente durante su acostumbrado período, es pronóstico infalible de muchas enfermedades.

Aunque este viento no sea absolutamente peligroso para los navíos, no es raro que moleste demasiado, así que cuando es muy impetuoso ganan alta mar, á fin de evitar sus contingencias. Muchas veces estorba el tránsito por las calles, y á pesar del esquisito cuidado en cerrar las puertas, penetra el polvo en las habitaciones, y hasta en el interior de las cómodas y papeleras. Sin embargo, á pesar de lo molesto que es, produce un gran beneficio á la ciudad, pues la purga de vapores mefíticos producidos por distintas causas.

El azote mas cruel y peligroso como enfermedad, son las anginas, las cuales acometen con tal violencia, que es raro si dan tres ó cuatro dias de tiempo. Las viruelas es otra plaga para las colonias; á su impulso, la primera vez que se manifestaron despues de la llegada de los europeos, perecieron las dos terceras partes de los habitantes; sus estragos fueron extraordinarios entre los hotentotes, á quienes parecia que acometian con preferencia.

Los estrangeros son en general bien acogidos de los empleados de la compañía, pero mas que todos, los ingleses, á causa, sin duda, de la analogía de costumbres de las dos naciones, ó porque afectan mucha generosidad. No sucede lo mismo á los franceses, á quienes profesan tal antipatía, que he oido decir muchas veces que preferirian ser prisioneros de los ingleses, á deber su salvacion al auxilio de las armas francesas.

La noticia del rompimiento entre Inglaterra y Holanda, esparcida antes de nuestra llegada, y las mas recientes que les llevamos nosotros de que el enemigo no dormia, inspiraron temores de su inmediata aproximacion. Consiguientemente juzgóse que no debia perderse momento, y que los navíos de la compañía, surtos en la bahía de Tabla, debian, al instante, ampararse en la de Saldaña, donde estarían mas á cubierto de las esploraciones de los ingleses. Trasmitióse esta orden á todos los capitanes, y como me pareciese favorable á la consecucion de mis proyectos, decidí partir con la escuadra. Monsieur Vangenep, que mandaba el Midelburg, me guardó la atencion de ofrecerme un cómodo alojamiento á bordo, al mismo tiempo que me facilitó cuanto podia serme indispensable para ocuparme formalmente y con fruto en las investigaciones que meditaba cuando estuviéramos en la bahía. Aceptadas sus atenciones y embarcado mi equipage, nos hicimos á la vela el 10 de Mayo, acompañados de cuatro buques de la compañía; á la mañana siguiente anclamos en Saldaña.

Algunos dias despues de mi llegada, me propuso el comandante del puerto cazar con él; al dia si-

guiente nos pusimos efectivamente en camino, y aunque vimos mucha caza, no conseguimos tener á tiro ninguna pieza. Al declinar el dia nos habiamos separado casualmente; y la suerte pareció complacerse en familiarizarme de pronto con los peligros que de tan lejos venia á buscar, proporcionándome ocasion inesperada de recibir una leccion capaz de imponer á cualquiera. Los disparos que hacia de cuando en cuando, despertaron una cabritilla montés, trás la que dió á correr un perro hasta llegar á un espeso matorral, al rededor del cual daba vueltas ahullando sin cesar. Pensé que la cabritilla se habia refugiado en aquella espesura, y me dirigí apresuradamente con intento de matarla; mi voz y mi presencia escitaron extraordinariamente el anhelo de mi perro. A cada momento esperaba que saltase el animalejo, hasta que cansado de que no pareciese, penetré yo mismo en el matorral, procurando apartar con mi escopeta las ramas que me estorbaban el paso. Cuanto pudiera decir seria pálido color para espresar el asombro y terror que me sobrecogió al encontrarme frente á frente con una enorme y furiosa pantera. Su ademan desde que me divisó, sus pupilas encendidas y clavadas en mí, su cuello tendido horizontalmente, sus mandíbulas entreabiertas y el sordo gruñido que dejaba escapar, parecian anunciar mi destruccion; yo me creí devorado. A la tranquilidad de mi perro debí mi salvacion; su presencia mantenia la fiera en jaque, haciéndola titubear entre el furor y el miedo, coyuntura que aproveché para retroceder poco á poco hasta el perímetro de la espesura, y cuyo movimiento siguió admirablemente el perro, siempre á mi lado, como decidido á perecer conmigo. Salí á la llanura y enderecé por el camino del puerto lo mas de prisa que me fué posible, y volviendo á mirar atrás de cuando en cuando. A lo lejos percibí disparos de escopeta, y aunque juzgué que serian llamadas de mi camarada, como iba entrando la noche no me tentó el deseo de buscarle, y le dejé tirar á su gusto; por fin, aunque en hora avanzada, nos reunimos, siendo su sorpresa por encontrarme sano y salvo igual á su alegría, pues me confesó que los aullidos de mi perro le habian hecho pensar si tendria que habérmelas con algun tigre ó alguna hiena, y que como no contestase á sus disparos, habia temido por mi vida. La relacion de esta aventura nos dió mucho que reir, si bien lo que me informaron debia hacer en trance tal, me hizo sentir no haber disparado sobre la fiera, aunque tambien es preciso tener en cuenta que era la primera vez que me contemplaba frente á una fiera, y que por lo tanto ignoraba completamente cómo se gastaban con las panteras. De este modo empleaba mis ocios preparándome á peligros de mas consideracion.

Frecuentemente dirigiamos nuestros pasos en busca de caza á la isla de los Carneros, y estuvimos á dos dedos de la muerte en una de estas escursiones que hasta entonces nos habia proporcionado tan solo momentos de distraccion. De pronto apareció al lado de nuestra lancha un cachalote (1) que nos hi-

(1) Animal perteneciente al género fisitero, cuyas numerosas especies son aún muy poco conocidas. Los cachalotes son mamí-

zo estremecer, ocasionando tal temor á nuestros marineros, que casi todos se arrojaron al agua, por no verse dentro de la lancha en el trance casi inflexible de que zozobrar y la sumergiera bajo su enorme peso; pero por fortuna el patron que gobernaba el timon, viró de bordo con tanta destreza, que apartó instantáneamente la lancha de la inmediacion del monstruo. Doce piés lo menos se habia erguido fuera de la superficie, y al hundirse en el agua, nos roció abundantemente y sacudió nuestra lancha, de modo que nos puso en trance de ir á pique. Fuerza es confesar que sin la presencia de ánimo del patron ninguno, hubiéramos escapado de la muerte.

El cachalote tiene generalmente de sesenta á ochenta piés de largo, y algunos hay mayores: suele enderezarse hasta la mitad de su longitud fuera de la superficie del agua, y cuando despues se sumerge, esta pesada masa produce con su caída un ruido muy análogo al de un cañonazo.

Una tarde estábamos comiendo, cuando nuestro barco esperimentó un choque tan extraordinario, que puso en alarma la tripulacion, y nos hizo levantar precipitadamente de la mesa para enterarnos de la causa que la producía. Vangenep pensó que tal vez se habrian soltado las anclas, y que deslizado el barco, chocaba en algun pico de roca; pero al observar por la posicion de los otros buques que no habiamos cambiado de lugar, redobló la inquietud por juzgar que era debido á otra causa. Por fin, divisamos un cachalote que al pasar se habia sumergido entre dos de nuestros cables que se cruzaban, y como quedase enganchado en ellos la cola, habia sacudido y sacudia aún nuestro barco los esfuerzos furiosos que hacia por desprenderse. Al punto botaron al agua las lanchas y se armó la gente de harpones, pero por desgracia retardó la oscuridad de la noche la maniobra, dando tiempo para que desapareciera á la aproximacion de las lanchas. Su fuga ocasionó sentimiento en todos, pero mas particularmente á mí, que no cesé de deplorarlo hasta el momento en que mas tarde la casualidad puso uno á mi disposicion. Pasado el peligro, tornamos á la mesa, y como una mentida alarma es presagio de viva alegría, tuvimos despues un rato agradable al referirnos recíprocamente las diferentes impresiones que nos habia hecho experimentar el temor.

En aquella ocasion, la rapidez de las órdenes y la vigilancia de Vangenep, era seguro indicio de que habia esperimentado inquietud, si bien no la habia dejado traslucir; lo que muestra que conocia que la sangre fria del gefe embota el peligro y da ánimo á los demás, en tanto que la consternacion se apodera de todos cuando la tripulacion lee escrito el temor en la frente de su capitán.

A la entrada de la bahía de Saldaña se descubre una isla pequeña, llamada isla de las Marmotas. Una tradicion general entre los viajeros, me enteró de que un navío danés contrariado por los vientos, habia venido á guarecerse á esta bahía, y que al ca-

feros, de la tribu de los cetáceos; como todos los animales de esta familia, tienen organizacion de cuadrúpedos, y no son pescados como se cree generalmente. Son mamíferos organizados para vivir esclusivamente en el agua.

bo de alguna estacion habia muerto el capitán, y su tripulacion lo habia enterrado en aquella isla, dedicándole una sencilla sepultura.

Siempre que de regreso al Schaapen-Eyland pasaba á la altura de esta isla, heria mi oído un rumor sordo que tenia algo de imponente, y de lo cual hablé al capitán. Este, por su parte, convino en que por poco gusto que tuviera yo en ello, bajaríamos un día, pues estaba deseoso tambien de examinar la tumba del danés. Desde por la mañana espidió sus órdenes y partimos.

A medida que nos acercábamos, escitaba mas nuestra curiosidad aquel ruido cuya causa no adivinábamos, al que se agregaba el de las olas que se estrellaban contra las rocas. Por fin, llegamos, y escalando la roca con mucha pena, montamos en la esplanada, desde la que disfrutamos de un espectáculo de los mas estraños que pueden presentarse á los ojos de un mortal. De improviso se levantó de la superficie de la isla una nube impenetrable que formaba á cuarenta piés sobre nuestras cabezas una bóveda inmensa; ó mas bien, un cielo de pájaros de todas especies y de todos colores. A juzgar por la variedad de especies que divisábamos, era de presumir que estaba allí congregado todo el pueblo alado que guarnece esta parte de Africa. Para atenuar el efecto desagradable de sus graznidos, me veia en la precision de taparme los oídos á fin de poderme dar cuenta de mí mismo.

La alarma que ocasionamos á aquellas innumerables legiones, fué tanto mas viva, cuanto que llegamos en ocasion en que las hembras estaban chuecas ó alimentaban sus polluelos, y que por lo mismo tenían, por decirlo así, objetos que defender, y por los cuales se ensañaban contra nosotros; nada era capaz de disipar aquella nube; los repetidos disparos de nuestras escopetas no los asustaban, y no pudimos dar un paso sin aplastar huevos ó polluelos de que estaba cubierta toda la superficie. Las cavernas y las hendiduras de las rocas, se veian habitadas por focas y monos; tambien hallamos allí muchos leones marinos, y tuvimos la dicha de matar uno que era monstruoso.

Los intersticios de las rocas servian de retirada á los mancos, que se distinguen de todas las demás especies. Este pájaro, de cerca de dos piés de altura, se mantiene perpendicularmente sobre las patas, lo que le da un aire de gravedad tanto mas ridículo, cuanto que sus alas, desprovistas totalmente de penas, no le sirven sino para nadar, siéndole enteramente inútiles para volar. A medida que nos acercábamos al mausoléo, era mas compacta la masa de aquellos pájaros, que no se incomodaban en manera alguna por nuestro tránsito, rodeando particularmente la sepultura, cuyas avenidas parecian defender. La naturaleza habia provisto la sencilla sepultura del capitán danés, de lo que la imaginacion de un poeta va á buscar tan lejos, y de lo que á mas costa ejecuta el escoplo de nuestros artistas. El tétrico buho mejor esculpido no tiene el aire siniestro y mortuorio del manco. Los gritos lúgubres de este animal, mezclados á los gritos de las focas, imprimian yo no sé qué opresion en el alma que

disponia al entristecimiento. Fijé mi mirada sobre aquel último asilo de un desgraciado viajero, y tributé un suspiro á sus manes; en lo demás se conocia que estaba erigido el monumento á toda prisa, y por lo tanto nada ofrecia de notable; componíase de un rectángulo de tres piés de altura, construido en seco con fragmentos de roca de que está rodeada la isla; hubiera deseado examinar el interior de la tumba, porque presumia que con el triste despojo del capitán, se guardaria la historia de su muerte, ó algun indicio sobre su familia y su patria. Si hubiese estado solo, me hubiera determinado á turbar el reposo de sus cenizas; pero con marinos holandeses era preciso guardarse siquiera de proponerlo. Entre ellos se conserva hasta el escrúpulo el respeto hácia los muertos, y si hubiera osado poner la mano en aquella sepultura, me hubieran atribuido supersticiosamente ser causa de cualquiera accidente que les pudiera ocurrir en el navío; así, lo mas prudente me pareció callar por entonces, reservándome el derecho de volver á ella en otra ocasion.

Cargamos la lancha con ejemplares de todas las especies de animales que hubimos á mano, al paso que los marineros acopiaron una prodigiosa cantidad de huevos que nos abastecieron para muchos días, de un alimento esquisito para nosotros, porque interrumpia la semejanza de las comidas que se hacen á bordo.

Apenas hacia tres meses que estábamos de estacion en la bahía, y en este tiempo habia recorrido sus contornos y me habia dedicado con tal afán de mi propósito, que á pesar de tan breve espacio de tiempo, era poseedor ya de una coleccion considerable y preciosa de pájaros, conchas, insectos, madreporas, &c., pero de todo este fruto de mi trabajo, de mis investigaciones y de mis penosas escisiones, me privó un acontecimiento funesto.

Recibimos por tierra un parte del gobernador, informándonos de que se aguardaba por momentos otra escuadra francesa, y al mismo tiempo se nos prevenia que partiese sin demora, para su destino á Ceilan, el Hell-Woltemaade, el mismo que me habia conducido de Europa. El pobre capitán S* V**, se dió á la vela en los primeros días del mes de Agosto. ¡La fatalidad parecia perseguirme en este navío! Debía estar escrito en el libro de los destinos que no desapareceria hasta despues de haberme arruinado, y al recordar nuestro ridículo combate con el corsario, no me era difícil sentir que el Hell-Woltemaade seria apresado por los ingleses, tan pronto como divisado; y así fué en efecto. Apenas se habia puesto en marcha, cuando pacíficamente se apoderó de él la escuadra del comodoro Jonston. Esta presa causó nuestra desgracia, pues instruido por la cobarde indiscrecion de la tripulacion, se dirigió Jonston directamente á nosotros, presentándose en la entrada de la bahía con pabellon francés. Primeramente se pensó que era la escuadra aliada que nos habia anunciado, pero un buque que precedia, habia enarbolado pabellon inglés y nos envió una andanada á la que siguió otra de los demás buques. No quedaba otro recurso que

cortar los cables y que fueran á pique los barcos, porque el número hacia inútil la resistencia; pero en vez de esto, cundió el desorden y la confusion por todas partes, abandonados los navíos y buscando cada cual su salvacion en la fuga, despues de entregarse al pillage. Mi capitán prendió fuego al suyo, pero á los demás llegaron los ingleses bastante á tiempo para estorbar que ardiesen ó fueran á pique. El temor de ser muertos ó apresados por el enemigo, precipitó los marineros á tierra; pero la travesía hasta la ciudad por un arenal de veinte leguas, los desanimó extraordinariamente; aquellos miserables caminaban cargados con una multitud de efectos que tuvieron que abandonar en el tránsito. Desgraciadamente á esta sazón me hallaba cazando, el rumor de los cañonazos llegó á mis oídos, y fijándome en la idea, muy natural, de que la escuadra practicaba algun simulacro, apresuré el paso en la esperanza de presenciario; mas ¡qué espectáculo se ofreció á mi vista! El *Mildeburg* volaba, y la mar y los aires se poblaron con sus encendidos despojos. Llegué á tiempo de considerar la desgracia de ver cómo ganaban la media region y se resolvian en humo mis colecciones, mi fortuna y mis proyectos.

Cuando todo lo creí perdido, me acordé de que tal vez un colono, á quien habia visto muchas veces en mis correrías, querria acogerme hasta que recibiese socorros de mi familia en Europa. Me dirigí, pues, á su solitaria morada en demanda de hospitalidad, y el sensible Slaber me recibió en sus brazos, presentándose en seguida á su familia. Al día siguiente, á imitacion de la incansable golondrina, cuando sin compasion se la destruye el nido, volví tristemente al a, b, c, de mi coleccion.

Algunos días despues tuvimos noticias de Cabo; todos los capitanes habian sido esonerados; solo Vangenep conservaba su empleo por haber prendido fuego á su barco, accion muy bella, pero que me habia arruinado para siempre. El fué el único capitán que formalmente se ocupó, desde su entrada en la bahía, en los preparativos indispensables para el caso de ejecutar las instrucciones terminantes que se habian dado á todos. Nosotros nos habiamos provisionado de toda especie de materias combustibles, mientras que los demás buques no se cuidaron de nada; indolencia tanto mas imperdonable, cuanto que habian tenido tiempo de sobra, al cabo de tres meses de estacion.

La tumultuosa llegada á la ciudad de los oficiales y marineros de nuestros buques, esparció por la ella la noticia de la desgracia que acabábamos de espermentar. Uno de mis amigos que ocupaba el puesto de fiscal, viendo que no llegaba en compañía de las tripulaciones, trato de buscarme hasta inquirir mi paradero. Pocos días despues de nuestra desgracia se presentó á mí, y por cierto que me arrepentí de haber perdido la confianza que me habia inspirado. Le participé mi parte de desventura en la comun desgracia, y la resolucion de permanecer en casa del honrado Slaber hasta que recibiese noticias de mi familia, ocupándome en tanto en formar mis colecciones y mis estudios de historia natu-

ral. Mr. Boers me escuchó sin interrumpirme, y despues me contestó con la buena fé y franqueza que mide al hombre por el hombre: "Sois mi recomendado, y este es el momento mas oportuno de corresponder á la confianza de mis amigos; mi casa mi mesa, y cuanto necesiteis está á vuestra disposicion; proseguid en vuestros proyectos sin esperar para ello las inciertas noticias de Europa."

A pesar de todo decidí pasar aún quince dias en Saldaña, á fin de reparar si era posible una parte de las pérdidas que me habian ocasionado los ingleses; no sabia si tendria ocasion de volver á aquellos sitios funestos, y queria á lo menos hacerme con los objetos que no podia encontrar sino allí. Antes de la trágica historia de nuestros barcos, habia comprado un caballo y tomado á mi servicio un hotentote que me guiaba á los sitios mas ocultos. El dueño de la casa en que me hospedaba y sus dos hijos me ayudaban en mis investigaciones.

Una tarde en que nos retiramos mas temprano que de costumbre, hallamos en la casa un hombre que nos aguardaba para solicitar nuestra cooperacion contra una pantera que rondaba las cercañas de su canton, y que periódicamente arrebatava alguna res de su redil. Su proposicion me agradó sobremanera y convine alegremente en acompañarlo, contando con vengarme en esta casería del susto que esperimenté, cazando en la bahía de Saldaña.

Al dia siguiente nos reunimos hasta diez y ocho cazadores con casi igual número de perros, y ya en marcha supimos que durante la noche la pantera habia arrebatado un cordero. El terreno era muy llano, y sin mas accidentes que algunos matorrales esparcidos de trecho en trecho, los cuales era menester registrar con mucha precaucion.

Al cabo de una hora de pesquizas encontramos medio devorada la res que arrebató la pantera, y una vez seguros de la pista, juzgamos que no debia estar lejos. En efecto, algunos instantes despues, los perros, que hasta entonces no habian hecho otra cosa que correr de un lado á otro, se reunieron y lanzaron á doscientos pasos de nosotros hácia un matorral, al que ladraban con todas sus fuerzas.

Salté del caballo, y despues de entregarle á mi hotentote, me dirigí hácia el matorral para situarme sobre una eminencia á cincuenta pasos de él; pero volviendo la vista á mi derredor, observé que ninguno de mis compañeros conservaba tranquilo continente. Juan Slaber, uno de los hijos de mi patron, coloso de seis piés, se situó á mi lado, porque decia que no queria abandonarme, aunque fuera á riesgo de su vida. Sin embargo, los latidos de su corazon y la palidez de su rostro dejaban traslucir que no contaba demasiado consigo mismo. Me advertieron que en el caso de divisar la fiera no gritara *saa, saa*, sino estaba á campo raso y prevenido de toda sorpresa; porque esta palabra, aunque escitaba los perros, escitaba á la fiera tambien á lanzarse sobre quien la proferia. Esta prevencion fué inútil; el animal, receloso de los perros, no se atrevia á salir, y los perros temerosos de ella no penetraban; mi perra era la única que animada por

mis voces se mostraba á la cabeza de todos, y entraba mas en la espesura.

El tigre lanzaba ahullidos terribles; por instantes esperaba su acometida, y los perros al menor movimiento retrocedian precipitadamente. Algunos disparos dirigidos al azar, determinaron por fin su brusca salida, y el aparecerse fué señal de retirada para todos; permanecí solo con mi hotentote; el tigre para ganar á otra espesura pasó como á cincuenta pasos de mí seguido de los perros. En su tránsito disparamos las escopetas, y por algunas manchas de sangre y por el ardor que mostraban los perros, presunimos haberla herido; el matorral en que se habia refugiado era menos espeso que aquel del cual habia salido. Algunos cazadores se aproximaron, y en el espacio de una hora, hicimos á la espesura mas de cuarenta disparos. Cansado de aquel ejercicio, monté á caballo y me dirigí al lado apuesto de donde cargaban los perros, presumiendo sorprenderla mientras hacia cara á aquellos. Cuando hube tomado mis precauciones disparé sobre ella así que la divisé, despues de lo cual desapareció. Como no se la sentia, juzgué que debia estar muerta ó peligrosamente herida; pero sin embargo, no me pareció prudente internarme solo; así, que invité á los demás camaradas á que me acompañasen, en el concepto de penetrar reunidos y en accion de derribarla de una descarga si nos acometia. Esta proposicion no fué del gusto de los demás, por lo que decidí buscarla acompañado solo del hotentote, al que encargué montase á caballo y se aproximase hasta ver si la descubria, en tanto que yo guardaba la entrada por si trataba de escapar. No bien habia dado un paso, cuando gritó que veia al tigre tendido, sin movimiento, al parecer muerto. Para asegurarse le asestó un tiro; fuíme al punto á reunir con mi valiente hotentote que participaba de mis emociones de alegría. Sacamos al animal de la espesura, pudiendo así contemplar á mi gusto su enorme magnitud. Le admiraba con orgullo, era mi primer ensayo, que por casualidad se habia operado en un tigre de buena raza; desde la punta de la cola hasta el hocico tenia siete piés y dos pulgadas, por una circunferencia de cerca de tres piés. Ecsaminándole, reconocí todos los caracteres de la pantera descritos por Buffon con tanta exactitud, no obstante que en toda la colonia no le denominan de otro modo que por tigre.

En general en las colonias se teme á la pantera mucho mas que al leon. Este no se aproxima sin anunciarse con rugidos espantosos, dando la misma señal para la defensa; la otra al contrario une la perfidia á la ferocidad, se acerca sin ruido, se desliza con destreza, busca la ocasion, y saltando sobre su presa la arrebatava antes de sospechar siquiera su aproximacion. Despues de hacer mis observaciones acerca de la pantera y de sacar su bosquejo, nos creimos en el caso de despojarla de la piel. Poco á poco se fueron acercando los poltrones, y puede juzgarse de su confusion al vernos operar tan tranquilamente, y en verdad que de algo tenian que avergonzarse, ante quien por primera vez se habia encontrado mano á mano con una fiera, y habia

mostrado siendo extranjero mas intrepidez que todos ellos habiendo nacido en Africa.

Cuando mi hotentote hubo arrancado la piel á la fiera, se cubrió con ella, y cuando ufanos de regreso marchábamos seguidos de una porcion de perros, cuyos amos se habian eclipsado, nos sirvió de diversion el terror que aún les infundia aquella piel, particularmente cuando mi hotentote hacia que se volvía en ademán de acometerlos.

Con este hecho cundió mi reputacion de cazador á tal punto, que á poco recibí una invitacion de otro colono que vivia á cuatro leguas de nosotros, suplicándome que ayudara á sus hijos á cazar una pantera que devastaba sus posesiones.

Lo que acababa de sucederme en mi primera expedicion no me dejó con deseos de empeñarme en otra, por no verme espuesto á ser víctima de la cobarde desercion de los demás; así que me escusé diciendo al mensajero que no habia traído por objeto á aquellas regiones emplearme en la estincion de la raza de los tigres, servicio que despues de todo redundaba solo en provecho de los poltrones; que si la casualidad me deparaba trances de aquella naturaleza, procuraria salir de ellos como me fuera dable, y que por lo tanto ni impetraba auxilio de nadie, ni tampoco prestaria á nadie mi cooperacion. Hasta tal punto habia mi buena estrella escitado mi orgullo; por entonces lo menos me creia un Teseo.

Fuera de propósito confundí aquellos colonos con los que me asistia el derecho de quejarme. La invitacion era de uno con quien despues tuve ocasion de entablar relaciones, y por cierto que me arrepentí de la prevencion que alimenté por sus hijos, pues llegó el caso de dar en mi presencia pruebas de que no se arredraban en un momento crítico.

El tiempo que me habia limitado al despedirme de Mr. Boers, habia transcurrido; la estacion favorable para mi viage en el interior del pais se venia prócsima; me era menester hacer grandes preparativos y recoger informes, todo lo que requeria tiempo. Así, pues, me despedí del buen Slaber y de toda su familia, de la que me separé con sentimiento. Allanados los obstáculos, libre de cuidados, de inquietudes, y mas ligero que habia venido, dirigí una mirada á la bahía de Saldaña, y me puse en camino para el Cabo.

XI.

EL CABO.—INVASION DE LOS CAFRES EN 1837. (1)

La suerte de los hotentotes habia mejorado considerablemente desde la entrada de los ingleses en el cabo de Buena-Esperanza; pero la prosperidad de la colonia habia recibido un golpe funesto. El acta de emancipacion de esclavos, y los medios acordados para indemnizar á los propietarios de esta espoliacion de su fortuna, fueron dos medidas

(1) Extractado del viage de circunnavegacion de la fragata Artemisa en 1837 y siguientes, por Mr. Laplace, capitán de navío.

igualmente desastrosas que no dieron otro resultado que la carestía de los jornales; y aunque como consecuencia natural de tal estado de cosas se acreció el valor de la riqueza territorial y de la industria, disminuyó mucho la arribada de buques para provisionarse, á causa de los incesantes progresos del arte de la navegacion.

Sin embargo, todavía no pareció satisfacerse con estos rudos golpes la ternura de ciertas sectas para con la raza negra, y valiéndose de su influencia con los cafres de Africa, y en Lóndres con sus adeptos en las cámaras, dispusieron á dar otro mas terrible.

Poco á poco, merced á la tranquilidad que disfrutó el pais desde la invasion de 1818, íbase reponiendo de los sacudimientos que habia experimentado, cuando los cafres, mostrando entre sí un acuerdo de que no habia ejemplo, invadieron el territorio precisamente del lado que estaba mas desguarnecido de medios de defensa, y llevaron la devastacion y saqueo hasta el corazon mismo de la colonia. Las causas de esta inmotivada invasion son por demas misteriosas, si bien por las recriminaciones de los colonos, y los ministros metodistas establecidos entre los irruptores, hay motivos para discurrir que para llevarla á cabo debió entrar por mucho el fanatismo, los intereses, y el amor de dominacion de los misioneros. Sin embargo, es asunto para cuya decision seria menester meditar detenidamente, las razones de acusadores y metodistas, aunque deponen mucho en favor de los primeros la uniformidad de miras de los gefes invasores, casi siempre enemigos jurados entre sí, y la homogeneidad de opiniones cuando obligados á renunciar á sus locas esperanzas entraron en pacíficas negociaciones.

Felizmente para la colonia, no se demoró demasiado este momento; envanecidos los cafres con el buen éxito de su primera tentativa, se internaron cada vez mas, hasta encontrar en los naturales secundados por las tropas enviadas en su auxilio, una resistencia que se trocó muy pronto en iniciativa de ataque tan vigoroso, que los rechazaron hasta las orillas del Gran-Poisson, donde aunque en tono de vencedores, propusieron transigir si se les concedia la posesion del fruto de su rapiña. Semejante condicion fué acogida con el desden que se merecia, y en su virtud renovadas las hostilidades con mas brio que nunca, pues habia llegado en persona el general gobernador con tropas de refresco. Palmo á palmo defendieron los cafres la posesion del terreno que habian conquistado, hasta que considerando muertos en su derredor sus principales gefes, perdidos los ganados que arrebataron, y rechazados hasta la frontera del territorio europeo, entraron en negociaciones para terminar la guerra, ofreciendo deponer las armas; pero como se les esgiasse extender la frontera cuarenta lenguas dentro de su territorio, y no convinieran en ello, continuaron con encarnizamiento la resistencia, hasta ser completamente derrotados y reducidos á rendirse á discrecion.

Así terminó una guerra, acerca de la cual toda-

ral. Mr. Boers me escuchó sin interrumpirme, y despues me contestó con la buena fé y franqueza que mide al hombre por el hombre: "Sois mi recomendado, y este es el momento mas oportuno de corresponder á la confianza de mis amigos; mi casa mi mesa, y cuanto necesiteis está á vuestra disposicion; proseguid en vuestros proyectos sin esperar para ello las inciertas noticias de Europa."

A pesar de todo decidí pasar aún quince dias en Saldaña, á fin de reparar si era posible una parte de las pérdidas que me habian ocasionado los ingleses; no sabia si tendria ocasion de volver á aquellos sitios funestos, y queria á lo menos hacerme con los objetos que no podia encontrar sino allí. Antes de la trágica historia de nuestros barcos, habia comprado un caballo y tomado á mi servicio un hotentote que me guiaba á los sitios mas ocultos. El dueño de la casa en que me hospedaba y sus dos hijos me ayudaban en mis investigaciones.

Una tarde en que nos retiramos mas temprano que de costumbre, hallamos en la casa un hombre que nos aguardaba para solicitar nuestra cooperacion contra una pantera que rondaba las cercañas de su canton, y que periódicamente arrebatava alguna res de su redil. Su proposicion me agradó sobremanera y convine alegremente en acompañarlo, contando con vengarme en esta casería del susto que esperimenté, cazando en la bahía de Saldaña.

Al dia siguiente nos reunimos hasta diez y ocho cazadores con casi igual número de perros, y ya en marcha supimos que durante la noche la pantera habia arrebatado un cordero. El terreno era muy llano, y sin mas accidentes que algunos matorrales esparcidos de trecho en trecho, los cuales era menester registrar con mucha precaucion.

Al cabo de una hora de pesquizas encontramos medio devorada la res que arrebató la pantera, y una vez seguros de la pista, juzgamos que no debia estar lejos. En efecto, algunos instantes despues, los perros, que hasta entonces no habian hecho otra cosa que correr de un lado á otro, se reunieron y lanzaron á doscientos pasos de nosotros hácia un matorral, al que ladraban con todas sus fuerzas.

Salté del caballo, y despues de entregarle á mi hotentote, me dirigí hácia el matorral para situarme sobre una eminencia á cincuenta pasos de él; pero volviendo la vista á mi derredor, observé que ninguno de mis compañeros conservaba tranquilo continente. Juan Slaber, uno de los hijos de mi patron, coloso de seis piés, se situó á mi lado, porque decia que no queria abandonarme, aunque fuera á riesgo de su vida. Sin embargo, los latidos de su corazon y la palidez de su rostro dejaban traslucir que no contaba demasiado consigo mismo. Me advertieron que en el caso de divisar la fiera no gritara *saa, saa*, sino estaba á campo raso y prevenido de toda sorpresa; porque esta palabra, aunque escitaba los perros, escitaba á la fiera tambien á lanzarse sobre quien la proferia. Esta prevencion fué inútil; el animal, receloso de los perros, no se atrevia á salir, y los perros temerosos de ella no penetraban; mi perra era la única que animada por

mis voces se mostraba á la cabeza de todos, y entraba mas en la espesura.

El tigre lanzaba ahullidos terribles; por instantes esperaba su acometida, y los perros al menor movimiento retrocedian precipitadamente. Algunos disparos dirigidos al azar, determinaron por fin su brusca salida, y el aparecerse fué señal de retirada para todos; permanecí solo con mi hotentote; el tigre para ganar á otra espesura pasó como á cincuenta pasos de mí seguido de los perros. En su tránsito disparamos las escopetas, y por algunas manchas de sangre y por el ardor que mostraban los perros, presunimos haberla herido; el matorral en que se habia refugiado era menos espeso que aquel del cual habia salido. Algunos cazadores se aproximaron, y en el espacio de una hora, hicimos á la espesura mas de cuarenta disparos. Cansado de aquel ejercicio, monté á caballo y me dirigí al lado apuesto de donde cargaban los perros, presumiendo sorprenderla mientras hacia cara á aquellos. Cuando hube tomado mis precauciones disparé sobre ella así que la divisé, despues de lo cual desapareció. Como no se la sentia, juzgué que debia estar muerta ó peligrosamente herida; pero sin embargo, no me pareció prudente internarme solo; así, que invité á los demás camaradas á que me acompañasen, en el concepto de penetrar reunidos y en accion de derribarla de una descarga si nos acometia. Esta proposicion no fué del gusto de los demás, por lo que decidí buscarla acompañado solo del hotentote, al que encargué montase á caballo y se aproximase hasta ver si la descubria, en tanto que yo guardaba la entrada por si trataba de escapar. No bien habia dado un paso, cuando gritó que veia al tigre tendido, sin movimiento, al parecer muerto. Para asegurarse le asestó un tiro; fuíme al punto á reunir con mi valiente hotentote que participaba de mis emociones de alegría. Sacamos al animal de la espesura, pudiendo así contemplar á mi gusto su enorme magnitud. Le admiraba con orgullo, era mi primer ensayo, que por casualidad se habia operado en un tigre de buena raza; desde la punta de la cola hasta el hocico tenia siete piés y dos pulgadas, por una circunferencia de cerca de tres piés. Ecsaminándole, reconocí todos los caracteres de la pantera descritos por Buffon con tanta exactitud, no obstante que en toda la colonia no le denominan de otro modo que por tigre.

En general en las colonias se teme á la pantera mucho mas que al leon. Este no se aproxima sin anunciarse con rugidos espantosos, dando la misma señal para la defensa; la otra al contrario une la perfidia á la ferocidad, se acerca sin ruido, se desliza con destreza, busca la ocasion, y saltando sobre su presa la arrebatava antes de sospechar siquiera su aproximacion. Despues de hacer mis observaciones acerca de la pantera y de sacar su bosquejo, nos creimos en el caso de despojarla de la piel. Poco á poco se fueron acercando los poltrones, y puede juzgarse de su confusion al vernos operar tan tranquilamente, y en verdad que de algo tenian que avergonzarse, ante quien por primera vez se habia encontrado mano á mano con una fiera, y habia

mostrado siendo extranjero mas intrepidez que todos ellos habiendo nacido en Africa.

Cuando mi hotentote hubo arrancado la piel á la fiera, se cubrió con ella, y cuando ufanos de regreso marchábamos seguidos de una porcion de perros, cuyos amos se habian eclipsado, nos sirvió de diversion el terror que aún les infundia aquella piel, particularmente cuando mi hotentote hacia que se volvía en ademán de acometerlos.

Con este hecho cundió mi reputacion de cazador á tal punto, que á poco recibí una invitacion de otro colono que vivia á cuatro leguas de nosotros, suplicándome que ayudara á sus hijos á cazar una pantera que devastaba sus posesiones.

Lo que acababa de sucederme en mi primera expedicion no me dejó con deseos de empeñarme en otra, por no verme espuesto á ser víctima de la cobarde desercion de los demás; así que me escusé diciendo al mensajero que no habia traído por objeto á aquellas regiones emplearme en la estincion de la raza de los tigres, servicio que despues de todo redundaba solo en provecho de los poltrones; que si la casualidad me deparaba trances de aquella naturaleza, procuraria salir de ellos como me fuera dable, y que por lo tanto ni impetraba auxilio de nadie, ni tampoco prestaria á nadie mi cooperacion. Hasta tal punto habia mi buena estrella escitado mi orgullo; por entonces lo menos me creia un Teseo.

Fuera de propósito confundí aquellos colonos con los que me asistia el derecho de quejarme. La invitacion era de uno con quien despues tuve ocasion de entablar relaciones, y por cierto que me arrepentí de la prevencion que alimenté por sus hijos, pues llegó el caso de dar en mi presencia pruebas de que no se arredraban en un momento crítico.

El tiempo que me habia limitado al despedirme de Mr. Boers, habia transcurrido; la estacion favorable para mi viage en el interior del pais se venia prócsima; me era menester hacer grandes preparativos y recoger informes, todo lo que requeria tiempo. Así, pues, me despedí del buen Slaber y de toda su familia, de la que me separé con sentimiento. Allanados los obstáculos, libre de cuidados, de inquietudes, y mas ligero que habia venido, dirigí una mirada á la bahía de Saldaña, y me puse en camino para el Cabo.

XI.

EL CABO.—INVASION DE LOS CAFRES EN 1837. (1)

La suerte de los hotentotes habia mejorado considerablemente desde la entrada de los ingleses en el cabo de Buena-Esperanza; pero la prosperidad de la colonia habia recibido un golpe funesto. El acta de emancipacion de esclavos, y los medios acordados para indemnizar á los propietarios de esta espoliacion de su fortuna, fueron dos medidas

(1) Extractado del viage de circunnavegacion de la fragata Artemisa en 1837 y siguientes, por Mr. Laplace, capitán de navío.

igualmente desastrosas que no dieron otro resultado que la carestía de los jornales; y aunque como consecuencia natural de tal estado de cosas se acreció el valor de la riqueza territorial y de la industria, disminuyó mucho la arribada de buques para provisionarse, á causa de los incesantes progresos del arte de la navegacion.

Sin embargo, todavía no pareció satisfacerse con estos rudos golpes la ternura de ciertas sectas para con la raza negra, y valiéndose de su influencia con los cafres de Africa, y en Lóndres con sus adeptos en las cámaras, dispusieron á dar otro mas terrible.

Poco á poco, merced á la tranquilidad que disfrutó el pais desde la invasion de 1818, íbase reponiendo de los sacudimientos que habia experimentado, cuando los cafres, mostrando entre sí un acuerdo de que no habia ejemplo, invadieron el territorio precisamente del lado que estaba mas desguarnecido de medios de defensa, y llevaron la devastacion y saqueo hasta el corazon mismo de la colonia. Las causas de esta inmotivada invasion son por demas misteriosas, si bien por las recriminaciones de los colonos, y los ministros metodistas establecidos entre los irruptores, hay motivos para discurrir que para llevarla á cabo debió entrar por mucho el fanatismo, los intereses, y el amor de dominacion de los misioneros. Sin embargo, es asunto para cuya decision seria menester meditar detenidamente, las razones de acusadores y metodistas, aunque deponen mucho en favor de los primeros la uniformidad de miras de los gefes invasores, casi siempre enemigos jurados entre sí, y la homogeneidad de opiniones cuando obligados á renunciar á sus locas esperanzas entraron en pacíficas negociaciones.

Felizmente para la colonia, no se demoró demasiado este momento; envanecidos los cafres con el buen éxito de su primera tentativa, se internaron cada vez mas, hasta encontrar en los naturales secundados por las tropas enviadas en su auxilio, una resistencia que se trocó muy pronto en iniciativa de ataque tan vigoroso, que los rechazaron hasta las orillas del Gran-Poisson, donde aunque en tono de vencedores, propusieron transigir si se les concedia la posesion del fruto de su rapiña. Semejante condicion fué acogida con el desden que se merecia, y en su virtud renovadas las hostilidades con mas brio que nunca, pues habia llegado en persona el general gobernador con tropas de refresco. Palmo á palmo defendieron los cafres la posesion del terreno que habian conquistado, hasta que considerando muertos en su derredor sus principales gefes, perdidos los ganados que arrebataron, y rechazados hasta la frontera del territorio europeo, entraron en negociaciones para terminar la guerra, ofreciendo deponer las armas; pero como se les ecsigiese extender la frontera cuarenta lenguas dentro de su territorio, y no convinieran en ello, continuaron con encarnizamiento la resistencia, hasta ser completamente derrotados y reducidos á rendirse á discrecion.

Así terminó una guerra, acerca de la cual toda-

vía alzaban la voz los partidarios de los misioneros para ensalzar la humanidad y desinterés de los depredadores de la colonia, en tanto que calificaban á los defensores de su integridad de espoliadores y verdugos de los inofensivos salvajes.

Restablecida la tranquilidad, fuése recobrando el país de sus pérdidas, y merced al celo del gobernador, se pobló de emigrados el distrito recién adquirido, el cual recibió el nombre de Adelaida, en honor al nombre de la reina de Inglaterra. De este modo todavía la colonia podía aguardar días prósperos; pero los misioneros con su influencia consiguieron que el gobierno censurase la conducta del gobernador, y le encargase tratar á los cafres como gentes cuyas pacíficas intenciones había desconocido, y hacia los que no guardaban los blancos la consideración que se les debía. La relación de sus excesos fué calificada de calumniosa, y con gran consternación de todos recibióse orden de restituirles, no solo el distrito de Adelaida, sino también una gran parte del de Albany, cuya posesión disfrutaban hacia mas de quince años, y en el que había establecidos millares de emigrados. La frontera oriental de la colonia, debía, pues, considerarse desde entonces limitada por la orilla del Gran-Poisson.

A esta sazón llegué á la colonia, cuando era universal el disgusto y el descontento; el gobernador, indignado de las calumnias del partido de los misioneros, había hecho dimisión, la cual le había sido admitida. A causa del trastorno producido por la espropiación de los colonos del territorio devuelto á los negros, habían experimentado una subida extraordinaria de precio los artículos de primera necesidad, y de consiguiente disminuido considerablemente la exportación y el provisionamiento de los buques en estación; la industria, como es de suponer, no se resentía menos que el comercio. Así es como el gobierno inglés ha destruido para siempre la prosperidad de una de sus mas importantes colonias por su condescendencia en satisfacer los deseos de esas congregaciones de misioneros tan influyentes en Inglaterra.

Las desgracias que han experimentado los habitantes del antiguo establecimiento holandés, no han producido cambios tan notables en el Cabo Town que pueda observarlos un viajero á primera vista; por todas partes se descubre cierta magnificencia que anuncia el centro de los negocios de una poderosa colonia; sus edificios son bellos, sus calles espaciosas, y provistas la mayor parte de un canal guarnecido de árboles, cuyo ramaje defiende á los transeúntes de los rayos del sol. Como estábamos en verano, y á la hora del medio día el calor era muy intenso, hacia mis escursiones por la mañana temprano, recorriendo la ciudad en todos sentidos. De uno de los innumerables botes que acuden al rededor de los buques anclados, y despues de dejar á un lado los rebeldes del castillo de Williams, cuya base baña el mar, y al otro el edificio destinado á aduana, saltaba á tierra en una anchurosa plaza de forma rectangular, guarnecida de dos hileras de árboles y de un lecho para la corriente de las aguas

llovedizas. Esta plaza, está rodeada por tres de sus lados de magníficos edificios, entre los que se distinguen los antiguos almacenes de la compañía, transformados hoy en cuartel, y cuartel capaz de alojar muchos regimientos. El conjunto de estos edificios ofrecería un aspecto soberbio, si no descollara un edificio destinado á bolsa y biblioteca, el cual por su poca esbeltez y ninguna elegancia, contrasta desgraciadamente con sus colaterales. Dando de espalda al mar, entraba en una calle espaciosa, en la cual divisaba mil objetos que excitaban mi atención, sobre todo, concerniente á los edificios contruidos de piedra ó de ladrillo, y descollando en unos la arquitectura holandesa, al paso que en otros se notaba la tendencia del gusto de las casitas á la inglesa.

De la mayor parte de aquellas lindas habitaciones salían una porción de gentes, que á caballo ó en elegantes carruages aprovechaban aquella hora para disfrutar de la temperatura agradable de la mañana, en tanto que comenzaban también á circular gran porción de carretadas tiradas por una ó mas parejas de bueyes que venían á depositar sus carguios en los almacenes de la ciudad.

Estraordinariamente me distraía presenciar todas aquellas escenas matutinas, hasta que aturrido por los gritos de los carreteros, por el polvo que levantaban sus carros, y mas que todo, por el temor de que me atropellasén, me encaminaba hacia el paseo inmediato á la residencia del gobernador, que en otro tiempo parece formaba parte del jardín de la compañía, el cual, á pesar de su belleza y frondosidad es poco concurrido de los vecinos de la ciudad, que prefieren engolfarse por sus empolvadas calles.

A aquella deliciosa sombra acudía yo á buscar en la frescura y soledad esparcimiento al ánimo; el susurro de las regueras que bañan el pié de la alameda, el gorgojo de los pajarillos y la consideración de las plantas y las flores, me hacían experimentar una sensación deliciosa que puede comprender tan solo todo hombre apartado de los seres que le son queridos, condenado á una reclusion casi continúa, y lo que es mas cruel aún, á un aislamiento moral. Mi espíritu vagaba á merced de la fantasía, ya recorriendo lugares apartados, ó ya considerando los cuadros de jardinería que tenía ante mis ojos, y de bosque en bosque, y de calle en calle, llegaba á dar vista al palacio del gobernador, edificio espacioso, cómodo, situado en medio de una campiña agradable que contenía un parque y un jardín botánico.

Sin embargo, todo esto hoy no es mas que un pequeño resto del regio esplendor en que en otro tiempo vivía la primera autoridad del Cabo: el gobierno ha disminuido de tal modo los emolumentos de sus primeros empleados en las colonias, que son pocos los que pueden sostener una representación conforme á su rango, ó á lo menos semejante á la que ostentaban sus predecesores. Sin embargo, el edificio que contemplaba era bastante digno del jefe de una gran colonia; su posición en el centro de jardines deliciosos, no podía mejorarse bajo el

punto de vista de lo ameno, ni tampoco respecto de su utilidad, puesto que merced á una disposición nunca bastante agradecida, reunía en su derredor las dependencias de casi todas las administraciones públicas.

Al pié de la Tabla, en el suave declive que se estiende desde su base hasta el mar, está edificada la ciudad del Cabo, dominada por la blanquecina montaña casi despojada de vegetación. Sin embargo, antes de su completa aridez, entre las quebraduras del terreno, divisanse esparcidos lindos huertecillos y casitas de recreo dispuestas con todo el esmero y gusto que reservan los ingleses á este efecto. Aquí terminaba mis paseos matutinos, parándome muchas veces á considerar alternativamente este paisaje y el inmenso Océano, sobre cuya azulada superficie se destacaban los bancos de arena de la costa y los picos de roca contra los que se estrellaban las olas. Interrumpía solamente la uniformidad de esta perspectiva, la isla de Roben, en la cual, á través de la bruma percibía confusamente el presidio, edificio que albergaba los penados por la justicia, que se ocupaban por cuenta del Estado en la explotación de canteras.

Entre estos desgraciados, moraban frecuentemente también otros que lo eran mas, pues que no debían su mala fortuna á la implacable política de los holandeses, siendo muy difícil enumerar los gefes malayos que con su libertad y su vida pagaron en aquellos horribles lugares la resistencia que opusieron á los tiranos de su patria. Allí, en un terreno completamente despojado de árboles, y castigado por los huracanes y las conmociones subterráneas, vegetan aquellos desterrados que tardan poco en sucumbir de disgusto y fastidio. Cuántas veces tienden la mirada á considerar el canal que separa su prisión del continente! En este canal de pocas millas de anchura, está la mar embravecida, y cuantos han tanteado franquear aquel paso en endeble embarcaciones, han sucumbido.

Aunque se aprosimaba la estación rigorosa para aquellos mares, estación en que queda desierta la rada, todavía ofrecía esta un aspecto animado al considerar los pocos, pero bellísimos buques que esperaban por desgracia de un momento á otro su partida antes que comenzasen las brisas. Sobre un plano mas cercano divisaba la ciudad y los mas notables edificios, modernos en su mayor parte, pues daba vista hacia donde la población comenzaba á estenderse. El colegio africano, el campanario de la bellísima iglesia anglicana, y un poco mas apartada la torre del templo luterano y la de los protestantes, forman un panorama seductor; allí cada religión y cada secta tiene su punto de reunión y su pastor; á aquel le cuidan y conservan con esmero; al segundo retribuyen ampliamente con el interés y buen afecto que le profesan.

Próximamente al pico de Verta, que también desebria, pasan generalmente los buques que vienen á la bahía, siendo aquel sitio por esta razón y por la frescura del ambiente, el punto de reunión de la buena sociedad. Allí también es donde en ciertas épocas del año concurre la población en masa á pre-

senciar las carreras de caballos, moda introducida por los ingleses, siendo la razón de su frecuencia una de las que mas deben haber contribuido á que adquiriera hacia aquel sitio mas ensanche la población. Los ingleses por espíritu de egoísmo ó por su muy general predisposición á la soledad, estiman aquellos sitios y hacen construir sus casitas, á pesar de la completa esterilidad del suelo y hasta de la carencia de agua. Sin embargo, disfrutan de una temperatura agradable siempre, y de la vista del Océano, y de los buques que entran y salen de la rada.

La ciudad había cambiado de aspecto; poco á poco iba quedando desierta, retirándose cada cual á descansar del paseo, y á sustraerse de los rayos del sol. Sin embargo, la ciudad á pesar de sus edificios públicos, suntuosos los mas, y de la belleza de la mayor parte de los particulares, ofrece cierta apariencia de tristeza que no puede atribuirse sino á la poca elevación de las casas, comparada con la escasa anchura de las calles.

Entre las cosas que mas llamaron mi atención, fué una multitud de perros vagabundos que hallaba por todas partes, y que no parece sino que estaban encargados por la policía del aseo de la ciudad, según el afán con que se disputaban las inmundicias, lo que á decir verdad no dejaba de ser importante, por el descuido que reinaba en lo concerniente á higiene pública. Otra cosa notable también es la ausencia de la mendicidad, lo que mas que al precio subido de los jornales, y á la baratura de los artículos mas indispensables para la vida, debe atribuirse á los numerosos establecimientos de beneficencia sostenidos por el vecindario, con una generosidad digna de elogio.

El castillo de Williams, llave del Africa Meridional, ofrece un aspecto imponente, pero triste, y al considerarlo detenidamente, no pude menos de dolerme de la suerte de los militares, reducidos á vivir en aquel recinto, sin otra distracción que la de mirar al desembarcadero situado al pié de las murallas. Sin embargo, excepto en la mala estación, período en el cual es peligroso el anclaje, ofrece un espectáculo muy animado á causa del activo movimiento que mantiene el comercio.

Como esta era la época del año en que los labradores trasladan á la ciudad sus frutos, estaba el camino de Constanza cubierto de grandes carretadas cargadas hasta el exceso; muchas de ellas llegan de países escarabrosos, próximos á las fronteras, distinguiéndose de los demás en la superioridad de talla y vigor de los bueyes que las arrastran; sin embargo, en general, casi todo el ganado empleado en aquella conducción me pareció estraordinariamente fatigado.

En conclusión, el Cabo de Buena Esperanza es para la Gran Bretaña una posición militar importante; pero sería un error considerarle establecimiento capaz de justificar las esperanzas que hiciera concebir su conquista, ni tampoco de compensar los sacrificios operados en su favor al cabo de cuarenta años.

Pero en tanto que me engolfaba en mis observa-

ciones, transcurrian las horas, el calor se hacia intenso, y las nubes que aparecian sobre la cúspide de la montaña, anunciaban mal temporal. Así, pues, decidí tomar el bote para trasladarme á bordo.

La aparicion de un navio francés de la fuerza de la Artemisa, fué una novedad que no podia menos de producir gran sensacion en la sociedad de Cabotown, tan ansiosa de placeres y distraccion; frecuentemente acudian á visitar la fragata jentes que despues nos pagaban en tierra con cordial acogida, la que alternativamente les habiamos ofrecido mi estado mayor y yo. La tripulacion, lo mismo que sus oficiales y comandante, dando frecuentes paseos por tierra, cobraron nuevos bríos; los que llegaron enfermos se restablecieron, consiguiendo de este modo poner á todos en estado de arriesgar sin temor de enfermedades, las fatigas que debiamos experimentar durante nuestra larga navegacion. Sin embargo, contaba con tocar en Borbon, á pesar de hallarse la fragata bien provisionada de agua y víveres. Sin obstáculo que se opusiese á nuestra partida, decidí darnos á la vela el 22 de Abril antes de medio día.

XII.

CRISTÓBAL COLON.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por excelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el universo, y la posteridad mas remota tributará á su memoria unánimes homenajes, porque le debemos el descubrimiento mas importante con que el hombre pueda envanecerse; este hombre memorable es CRISTÓBAL COLON, que adivinó y encontró un Nuevo-Mundo.

Nació por los años de 1455 ó 1456, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las mas activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertian con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocacion á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensacion á los trabajos y peligros.

Colon, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debia ser algun dia: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenian ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colon, á la edad de diez años, sabia leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habian asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavía, donde estudió la gramática y el latin, que se consideraba en-

tonces como la base de la educacion, y despues la geografía, astronomía y navegacion; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podia satisfacer al jóven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavía podian enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria, y un año despues se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcacion, con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenia ya algunas de las cualidades del mando; la decision, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetracion y aquella presencia de espíritu, tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Despues de haber tomado parte en la expedicion que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habian invadido el Rosellon.

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colon. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatia por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servia á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos horas de combate, llegaron al abordaje, y en aquel crítico momento, el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se estiende con violencia, y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturridos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas, á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion. Esperando el momento mas favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él para no ser sumerjido, se dirige hácia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal, y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navios, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia sal-

vado, y despues de algunos dias de descanso se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se ve que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se estendia hasta el polo Norte, ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodía.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion: ya se habia oído hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses, y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debian á este privilegio esclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías, al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció tambien los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa: precisamente con el que habia descubierto las islas del Porto-Santo y Madera, y así pudo con-

(1) Plinio, sin embargo, dice que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta al Africa, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las escursiones en el grande Océano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz, viéndose perseguido por una nave de aquellos, le atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viaje.

(Nota del traductor.)

sultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones: ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes, con sus relaciones y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias, en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. “¿No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via recta al Oeste, al través del Océano Atlántico ¿no se llegaria á una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido por el contrario, de que la India es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se estiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion guie constantemente al Oeste, y llegará á la India.

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitán de un navío portugués que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado, que en uno de sus viages, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera, cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llaman tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aún desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habian encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones, fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la

ciones, transcurrian las horas, el calor se hacia intenso, y las nubes que aparecian sobre la cúspide de la montaña, anunciaban mal temporal. Así, pues, decidí tomar el bote para trasladarme á bordo.

La aparicion de un navio francés de la fuerza de la Artemisa, fué una novedad que no podia menos de producir gran sensacion en la sociedad de Cabotown, tan ansiosa de placeres y distraccion; frecuentemente acudian á visitar la fragata jentes que despues nos pagaban en tierra con cordial acogida, la que alternativamente les habiamos ofrecido mi estado mayor y yo. La tripulacion, lo mismo que sus oficiales y comandante, dando frecuentes paseos por tierra, cobraron nuevos bríos; los que llegaron enfermos se restablecieron, consiguiendo de este modo poner á todos en estado de arriesgar sin temor de enfermedades, las fatigas que debiamos experimentar durante nuestra larga navegacion. Sin embargo, contaba con tocar en Borbon, á pesar de hallarse la fragata bien provisionada de agua y víveres. Sin obstáculo que se opusiese á nuestra partida, decidí darnos á la vela el 22 de Abril antes de medio día.

XII.

CRISTÓBAL COLON.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por excelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el universo, y la posteridad mas remota tributará á su memoria unánimes homenajes, porque le debemos el descubrimiento mas importante con que el hombre pueda envanecerse; este hombre memorable es CRISTÓBAL COLON, que adivinó y encontró un Nuevo-Mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las mas activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertian con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocacion á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensacion á los trabajos y peligros.

Colon, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debia ser algun dia: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenian ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colon, á la edad de diez años, sabia leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habian asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavia, donde estudió la gramática y el latin, que se consideraba en-

tonces como la base de la educacion, y despues la geografía, astronomía y navegacion; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podia satisfacer al jóven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavia podian enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria, y un año despues se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcacion, con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenia ya algunas de las cualidades del mando; la decision, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetracion y aquella presencia de espíritu, tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Despues de haber tomado parte en la expedicion que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habian invadido el Rosellon.

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colon. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatia por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servia á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos horas de combate, llegaron al abordaje, y en aquel crítico momento, el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se estiende con violencia, y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturridos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas, á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion. Esperando el momento mas favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él para no ser sumerjido, se dirige hácia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal, y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navios, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia sal-

vado, y despues de algunos dias de descanso se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se ve que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se estendia hasta el polo Norte, ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodía.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion: ya se habia oído hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses, y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debian á este privilegio esclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías, al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció tambien los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa: precisamente con el que habia descubierto las islas del Porto-Santo y Madera, y así pudo con-

(1) Plinio, sin embargo, dice que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta al Africa, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las escursiones en el grande Océano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz, viéndose perseguido por una nave de aquellos, le atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viaje.

(Nota del traductor.)

sultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones: ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes, con sus relaciones y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias, en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. “¿No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via recta al Oeste, al través del Océano Atlántico ¿no se llegaria á una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido por el contrario, de que la India es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se estiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion guie constantemente al Oeste, y llegará á la India.

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitán de un navío portugués que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado, que en uno de sus viages, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera, cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llaman tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aún desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habian encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones, fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la

esperiencia: aquel cuyas luces y reputacion inspiraban mas confianza á Colon, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sabio acció á Colon afectuosamente; y despues de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colon, animándole con ahinco á persistir en su resolucion de llevar cuanto antes á cabo un proyecto, cuyos buenos resultados le presajaba.

Animado con estas palabras, Colon no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al escámen de un juez tan competente, habia merecido su honrosa aprobacion; pero una nueva dificultad tenia al navegante. ¿Podia él con sus escasos recursos subvenir á los gastos de un armamento considerable? ¿Podia él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viaje? Colon, no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante expedicion escedia á los medios pecuniarios de un simple particular, y que debia interesar en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria, para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometia; se dirigió, pues, al senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecucion; pero el senado no vió en Colon mas que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa.

Colon, lejos de desanimarse, se dirigió á la corte de Portugal, donde tenia mas probabilidades de alcanzar su pretension, puesto que el gobierno portugués se habia ya ilustrado con atrevidas expediciones. En Lisboa, prestaron la mayor atencion á sus ideas y sus proyectos; pero esta benevolencia ocultaba un lazo tendido á la buena fé del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo, para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su exploracion marítima y arrebatarle el honor de ella. Esto era una traicion infame, y el gobierno que se hizo culpable de ella, ha merecido el baldon de la historia.

A pesar de todo, la traicion fué inútil á este gobierno desleal. Se habia dado prisa á armar un navío, poniéndole á las órdenes de un capitán encargado de ejecutar el proyecto de Colon; pero este capitán carecia de la conviccion tan indispensable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó algun tiempo hácia el Oeste; pero se cansó bien pronto de una correría sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálculos de Colon. En cuanto á éste, indignado de la perfidia del gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavía se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar socorros.

Ocupaba entonces el trono español, Fernando, llamado el *Católico*, príncipe á quien se circunspecta política y su carácter indeciso, retraian de las

empresas aventuradas. Se hallaba por otra parte empeñado en una guerra contra el último rey de los moros en Andalucía, que tenia su residencia en Granada. Las circunstancias por consiguiente, eran poco favorables á Colon, que no podia prometerse grande acogida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel su esposa, le recibieron con distincion, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colon, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas al escámen de hombres que pasaban por muy instruidos. Estos hombres cuyos conocimientos eran muy limitados, solo dieron á Colon las pruebas mas patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objeciones mas estrañas y absurdas; segun algunos, el mar que se estiende entre la Europa y la India, era tan vasto, que se necesitaban por lo menos tres años de la mas feliz navegacion para llegar al continente mas inmediato: otros pretendian que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajase constantemente, haciéndose á la vela hácia el Oeste, y que si se quisiese retroceder, seria preciso subir, lo que no podria hacerse aún cuando el viento fuese favorable, y hasta habia algunos entre aquellos jueces, que trataban de poner en ridículo á Colon preguntándole en tono de burla ¿si acaso creia ser mas instruido que los millares de sabios que habian vivido antes que él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer ignoradas por tan larga sucesion de siglos?

No desanimó á Colon la necedad y orgullo de tales jueces, lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objeciones, que como se ha visto, tenian á veces visos de insultantes: llevó su reserva y moderacion hasta el punto de discutir las. ¿Quién lo creeria, si el testimonio irrefragable de la historia, no probase la infatigable perseverancia de Colon? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habian dado al rey un informe desfavorable, y la corte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros, no podia ocuparse en empresas de esta especie.

Este era un pretexto que no se ocultó á Colon; pero contuvo su indignacion, y no acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa expectativa, tanteó el interesar en la ejecucion de sus proyectos, á dos grandes de España, que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña expedicion; pero como estos señores no tenian confianza ni resolucion suficientes para satisfacer á la demanda de Colon, sufrió nueva negativa.

Tantos desenganos, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colon á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desesperado de su ejecucion, no hubiera sido un grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple, adquieren nueva energía en la lucha que les pone á prueba. ¿Qué importan los obstáculos y las dificultades, que el odio, la ignorancia y la en-

vidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante, sin inquietarse por la indiferencia y la ingratitud de sus contemporáneos: del porvenir es de quien esperan justicia, y esta nunca la esperan en vano. Tal fué Colon, debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entre tanto, nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé, desde su partida á Inglaterra, decidió á Colon á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé habia sido apresado en su travesía por unos piratas, y que consiguiendo romper sus cadenas, habia llegado por fin á Inglaterra; pero en tal estado de miseria, que á fin de procurarse los medios de comprar un traje decente, para presentarse en la corte, se habia visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colon tenia un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado (1). El superior de esta casa religiosa, el padre Perez, era un hombre muy sabio, que hizo buena acogida á Colon, escuchando con interés la esposicion de sus planes y la narracion de las contrariedades que ya habia experimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colon, y confiado en su crédito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra, hasta que la reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta en que el padre Perez hacia las representaciones mas enérgicas á Isabel, hizo la mas profunda impresion en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la corte, Colon fué recibido con bondad por la reina, y ya los amigos del navegante le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecision de Fernando dejó aún fallidas sus esperanzas. Sometió este príncipe de nuevo los planes del genovés, á los mismos hombres á quienes ya habia consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenacion, fulminado contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oír hablar mas de la empresa de Colon, y hasta su protectora la reina Isabel, mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aquí espuesto de nuevo á los desdenes y sarcasmos de los cortesanos, porque nunca faltan al rededor de los príncipes, hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que arrastrándose á los pies de sus amos, procuran escitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos, que tenian ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colon, no le guardaron consideraciones. Pareció que este, agoviado

de disgustos y aún ultrajes, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era mas fuerte que ella; se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles, sorprendió á Colon en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel, habia destruido el imperio de los moros en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á dos amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos, y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se espresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colon que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien, el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la transmision de esta dignidad á sus descendientes: además, le asegura tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

Isabel, en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedicion (2); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos castellanos podrian establecerse en los países descubiertos, y que los extranjeros no tendrían derecho mas que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa, tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo escepciones, fueron muy raras.

La corte dió órdenes para el pronto armamento de la expedicion; pero Colon tuvo que luchar todavía con largos retardos y dificultades de mas de un género. Le era preciso ante todas cosas, desvanecer los terrores de los hombres que habian de tomar parte en la expedicion, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aún á los marinos mas experimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña poblacion marítima de Andalucía. Tal vez Colon no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponian á su partida, sin la actividad y los esfuerzos personales de Martin Alonso Pinzon, hábil y rico navegante de Palos, que lo mis-

(1) Este convento era el de la Rávida, de religiosos franciscanos, no lejos del puerto de Palos. El superior ó guardián, se llamaba el P. Juan Perez Marchena, hombre muy instruido, y entusiasta por la gloria de su patria.—[Nota del Traductor.]

(2) Para esto empeñó sus mismas joyas á Luis de Santo Angelo, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16,000 ducados.—[Nota del Traductor.]

mo que su hermano (1), se había asociado á la suerte de Colon. Estos dos hermanos con sus exhortaciones, determinaron á un cierto número de vecinos de Palos, á que les acompañasen. Martín adelantó además á Colon una suma considerable, para completar los gastos del armamento de la expedición, pues pronto echó de ver, que los socorros pedidos al gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, si no hubiera economizado así sus pedidos, tal vez la corte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colon se condujo con tal prudencia, que todos los gastos del armamento, no pasaron de veinte y cuatro mil rixdalers; que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aún pareció excesiva á la corte, por lo que Colon, para que no se renunciase á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condición de ser indemnizado con un octavo del producto del viaje.

Colon había pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embarcaciones ligeras: unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado después para hacer el cabotaje en las costas ó á la entrada de los ríos. Estas embarcaciones no tenían puentes, y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas. Por lo demás, Colon había juzgado que la pequeñez de estos navíos era una ventaja para él, pues le facilitaría durante el viaje la navegación cerca de las costas, ó la entrada en las bahías y ríos poco profundos. Así, cuando en su tercer viaje costó los bordes del golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcación; á pesar de que esta, que hacia de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba la *Santa María*, la segunda, la *Pinta* y la tercera la *Niña*. El equipaje de esta reducida escuadra, provista de viveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colon implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y después de haber cumplido este religioso deber, da la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de Agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colon se dirigió hácia las Canarias. Al otro día de su partida un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timón de la *Pinta*, y aún se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que asustado con los riesgos de la empresa, esperaba obligar á Colon que diese la vuelta á las costas de España. En efecto, á vista del timón roto, el equipaje de la *Pinta* lanzó un grito de desesperación, y viendo en este

(1) Había además otro hermano llamado Francisco Martín, el más joven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela *Pinta*.—[Nota del traductor].

accidente el mas funesto presajio, rodeó á Colon diciéndole.

—Somos perdidos si no retrocedemos al instante: ¡á España! ¡á España!

—¿Qué motivo os obliga, les preguntó Colon, á espesaros así? Compañeros, qué se ha hecho vuestro valor?

—Y qué! contestaban, ¿el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan si queremos continuar un viaje de tan peligrosa temeridad?

—¿Cómo! replicó Colon; ¿un accidente tan común en el mar puede ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabéis, amigos míos lo que significa un timón roto? Significa que es preciso componerle: á la obra, pues, y dentro de algunas horas la *Pinta* podrá arrostrar todos los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro almirante, decían entre sí los marineros en voz baja, es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presajios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colon, su sangre fría y su calma habían vuelto la confianza al equipaje de la *Pinta*. Todos los hombres que le componían pusieron manos á la obra, y el timón volvió en breve á su estado primitivo; pero el almirante comprendiendo cuán importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos, y preparar á sus compañeros contra la repetición de accidentes como el que había introducido el desorden á bordo de la *Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos, probándoles que la razón rechazaba, repugnaba como una necesidad la interpretación de cada accidente como un presajio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro, decía él, Dios le ha dado una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretension de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sabio y sinceramente piadoso no se inquieta mas que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignación los decretos de la Providencia; mas nunca inventa prejuizos. Así, pues, camaradas, que no se vuelva mas á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordaos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo.

Los compañeros de Colon, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su camino y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Después de algunas composturas que escijia el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de Septiembre al vasto mar occidental, donde ningún navío se había atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra sorprendida por una calma, anduvo poco el primer día; el segundo, ó el tercero segun otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colon volvieron á su

abatimiento. Parecía que solo entonces apreciaban el motivo de su viaje, y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperación, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colon los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colon opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heroica firmeza con las lamentaciones de los que le rodean, les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fé en el resultado de la expedición, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que les esperan. ¿Se atreverían á volver á España donde no encontrarían mas que oprobio y vergüenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su jefe; á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Después de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colon se preparó á sostener otros combates porque preveía que sus compañeros pondrían mas de una vez á prueba su constancia, y no tardarían en recaer en su abatimiento y desesperación. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, pié derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, escaminaba á que grados de longitud y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descansaba algunos ratos, porque sabia que el éxito de la empresa dependía de su asidua vigilancia y que todo era perdido, si su energía y su actividad se desmentían un solo instante.

Antes de proseguir nuestra relación, debemos dar algunas esplicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola, á pesar que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos colocados uno frente del otro, y al rededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotación: estos puntos se llaman polos de la tierra. El mas elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama septentrional, por lo que este punto se llama polo septentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia y se llama ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los días son iguales á las noches, cuando el sol se halla perpendicular sobre este círculo. Se llama longitud de la tierra, el espacio que al rededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo septentrional al meridional, y que se llaman meridianos porque es Mediodía al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mis-

mo meridiano, cuando el sol se halla en frente de esta línea.

Se dividen el ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca un espacio de unas diez y siete leguas y media. El ecuador contiene trescientos sesenta y dos grados, y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Así, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste al rededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra encima del ecuador y hácia el polo septentrional, se llama latitud septentrional, para distinguirla de la que se halla debajo del ecuador hácia el polo meridional y se llama latitud meridional.

Al otro día de su salida de las islas Canarias, Colon, contrariado por el viento no había avanzado mas de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se asustarían, solo con lo largo del camino, juzgó que debía engañarlos acerca del que andaban cada día; así les anunció que solo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de Septiembre, que era el sexto día de su navegación, se hallaban á los trescientos cincuenta grados de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hácia el Occidente y en el mismo grado de su latitud septentrional. En este día, los marineros vieron el tronco de un árbol muy grande que parecia haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusión duró poco: habrían avanzado como cincuenta leguas mas lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y consternación. Colon mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al imán es el guia mas seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tiene de dirigir su punta hácia el Norte, pueden reconocer la noche y el día, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guia que hasta entonces había sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viaje tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es fácil, por consiguiente, figurarse la sorpresa de Colon, y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hácia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colon y á los demás navegantes? La ciencia consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinación se haya observado muchas veces, y aún anotado exactamente los parajes en que se efectúa. ¿Cuántos mas secretos hay en la

naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternación mas profunda reinaba entre los compañeros de Colon, que se estremecían al volver su vista al espacio que habían recorrido; espacio que les parecía inmenso; aunque el almirante había tenido cuidado de disminuirse lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinación de la brújula, era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolución en el orden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros, exclamaban afligidos, cuando la aguja de marear, nuestro único guía, nos abandona?

Colon, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que los satisfacía y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hacia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la acción é influencia de los vientos llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos, de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separados para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podía alcanzar, cubierto de yerbas verdes, tan espesas en algunos parajes, que entorpecían la marcha de la nave.

—He aquí, exclamaban, el límite de que no deben pasar los buques: estas yerbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. ¡Irémos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar, del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero, y en que hemos consentido en seguirle.

Colon, cuya prudencia y sangre fría se sostenían á la altura de tan apuradas circunstancias, les decía:

—Os alarmáis por una cosa que debía, por el contrario excitar toda vuestra alegría, puesto que anuncia que ya vais á cojer el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos. . . ¿Es posible que la yerba crezca en medio del mar? Esta vejetación pertenece á un continente, del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colon pronunciaba estas palabras, el equipaje vió una bandada de pájaros de distintas especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo, revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la expedición, no pensaron mas que en seguir con ardor el rumbo hacia aquella tierra que parecía tan cercana.

Mas ¡ah! las conjeturas que habían hecho á vista de la yerba que cubría la superficie del mar y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y

una triste realidad disipó las ilusiones del almirante y sus compañeros. Habían ya recorrido un espacio de setecientos setenta leguas marinas, y todavía no se presentaba el ansiado continente; pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, solo Colon era capaz de calcular el camino que se andaba; y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que solo quinientas ochenta leguas habían sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta extensión de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y murmullos empiezan de nuevo; tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colon, dejándose engañar por sus quiméricas promesas; tan pronto culpan á la reina Isabel por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

—Gracias á Dios, decían, ya hemos dado bastantes pruebas de valor, para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra patria. . . pero el viento que viene constantemente del Este, ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obligüemos al almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colon: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él, y darle sepultura en aquel mar desconocido, adonde su loca audacia quiere conducirlos.

—¡Al mar el almirante! ¡Al mar el autor de todos nuestros males! exclaman; si hemos de perecer, que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á la España la vida de este aventurero, que se ha burlado de ella, que ha espuesto la de tantos españoles que todavía podían ser útiles á su patria? ¿Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedimos cuenta de este hombre; y al saber nuestra venganza, todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el almirante, si cedía un momento á la rebelión, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colon se presenta delante de los sediciosos: la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finje ignorar que atenta contra su vida, y les dice:

—¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cuál es vuestra intención?

—Queremos volver á España. . . ¡Volvednos á nuestra patria! ¡Volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipaje, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—¿Queréis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que confiando en mí, estábais llenos de esperanza y jurábais seguirme á todas partes, porque estábais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Que es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¿En el momento mismo de llegar al término de la empresa, que-

reis alejaros de él vergonzosamente! ¿Sois españoles y tendréis miedo?

A estas palabras, que el almirante dirigía con intención al orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestación de sentimientos generosos, advirtió Colon que no se equivocaba. Por lo mismo exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿teneis miedo?

—No, no, respondieron marinos y soldados, llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! lo reconozco con placer; todavía sois los dignos hijos de la España, y podeis escuchar el lenguaje del honor. Queréis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias: mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentais sin haber llevado á su debido término la empresa grandiosa que os había encomendado, sabiendo que habeis desobedecido á vuestro gefe y abandonado á los extranjeros el nuevo universo que pudérais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar, respondió una nueva voz que interrumpió al almirante.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿Habeis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido? Decid las tempestades que habeis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegación ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habeis tenido que lamentaros de aquellas horribles privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viajes? No, solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la veréis dentro de algunos días, mañana tal vez, y ¿es posible que no tengais paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si despues de seguimos, salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas, ¿quién nos volverá á España? preguntó Alvarez, uno de los marineros mas antiguos de la Santa María.

—Yo, replicó al instante Colon.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo; y favorecerá nuestro regreso á España, en cuanto hayamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos el rey Fernando y la reina Isabel. . . pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una prueba de su protección: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas. . . es el viento del Sud-oeste.

—¡El viento del Sud-oeste! ¡el viento del Sud-oeste! exclaman los hombres del equipaje al ver la nueva dirección comunicada á las velas, estrechándose despues al rededor del almirante, para renovar un juramento que habían estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre superior y su poderosa palabra, habían vuelto á entrar en la senda del deber, y habían recobrado toda su confianza en el buen resultado de la expedición, porque el repenti-

no cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de la tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colon y las nuevas esperanzas que había hecho concebir á sus compañeros. Un día, el comandante de la Pinta, que iba siempre delante como la mas velera, dió aviso al almirante de que creía distinguir tierra al Norte, como á unas quince leguas. Esta noticia excitó transportes de alegría: suplicaron á Colon que se dirigiese hacia aquella parte; pero el almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabía que el capitán de la Pinta estaba equivocado, y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido sin duda alguna, apartarse un momento de su ruta y dirigirse hacia el punto designado por Pinzon, mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesión que hubiera podido hacer á las escijencias de sus compañeros. Convencido del error del capitán de la Pinta hubiera justificado las dudas de la tripulación acerca de la habilidad del almirante y la exactitud de su plan de viaje. Un ligero extravío sin resultados podía alterar la confianza que inspiraba, siendo además un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrían para escijirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aún tal vez dictarle su voluntad. Colon se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viaje harto probaron que se había conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipaje.

Al otro día por la mañana vieron muchas aves marítimas, y Colon suponiendo que no podrían alejarse mucho de tierra, se creyó que le venían á anunciar su cercanía. De su engaño participaron también sus compañeros, hasta que la sonda desvaneció sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aún despues de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos pies. Se estaba por consiguiente muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediación de las costas. Al caer de la tarde del siguiente día, vinieron unos pájaros muy cantarines á eucaramarse en las gubias, distraiendo á la tripulación con sus alegres trinos. Pasaron toda la noche en aquella posición, y al amanecer del siguiente día, echaron á volar hacia el Oeste.

Poco despues se vió un pájaro de los trópicos, y por último, un espectáculo extraño, inesperado, causó la mas viva sorpresa á todos los hombres de la expedición: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua: algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cojidos y examinados con la mayor atención, nadie se cansaba de observar la longitud de las extrañas nadaderas que les servían de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de yerba, y del conjunto de estas circunstancias deducía la tripulación, que no se tardaría en descubrir tierra; mas los días se sucedían á las noches, y cuanto mas avanzaban en aquel Océano sin límites, mas

distante parecía la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. Entonces empezó á emitir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedición, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa común con los marineros. Prosentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan le ultrajan, y le amenazan con la muerte si inmediatamente no dispone que la expedición de la vuelta hacia España.

Era preciso ceder á morir, ceder era ir á esponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados esijian pronta respuesta. Colon les pidió tres dias mas de resignación y de obediencia; si en este plazo no descubria un continente se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecución de este convenio con mútuas protestas.

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes; y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres dias llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; además millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitian alejarse mucho de las costas, volaban hacia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavía, y por último los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegación, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenía el almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia dado una prueba tan palpable de su protección en una empresa tan arriesgada: despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así mandó que se plegasen las velas, temiendo con razon que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El almirante recordó á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente (1). Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor ajitación, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hacia las diez de la noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la reina, que

(1) Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vio la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de la *Pinta* llamado Rodrigo de Triana.—[Nota del traductor].

iba á bordo, le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aún se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debia llevarla.

De improviso, á las dos de la madrugada, la tripulación de la *Pinta* lanza el grito de: *Tierra! tierra!* que repetido al instante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habian consentido, para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la expedición. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tinte con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulación de la *Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañada por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirijen al cielo la expresión de su agradecimiento. Todos los corazones palpan, las lágrimas corren, y apenas han satisfecho aquel piadoso deber cuando piensan espirar por medio de una ruidosa reparación los ultrajes y violencias que han hecho al almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdón de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en la lucha contra la rebelión.

La tierra que tenían á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama, y se llama Guanahani. Colon, agradecido al país á cuyo descubrimiento debia su salvación, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.

Por algunos instantes, el equipaje, inmóvil de sorpresa y absorto en muda contemplación ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques, cuyos perfumes y fertilidad revelaban á la vez la embalsamada brisa que de ellos venia. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetación vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosquetes, por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer mas variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Así los españoles y su noble jefe saboreaban desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista, y su enajenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colon dió por fin la orden de botar al mar las chalupas, y entró en una de ellas para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan, y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españolas, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I (iniciales de los nombres Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudian en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus jestos y en la expresión de su fisonomía la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balanceaban noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa estraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos extranjeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colon llegó á la costa, el almirante llevando puesto un brillante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pié en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí humildemente postrados delante de Colon, le saludan como á virey del Nuevo Mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad, le prometen una obediencia sin límites y docilidad esclusiva.

Despues de esta afectuosa manifestación, despues de haber rendido este homenaje al jenio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la expedición, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y despues el almirante toma solemnemente posesión del país en nombre de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

XIII.

CONSPIRACION CONTRA PIZARRO.

Despues de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjeados con la esperanza de contemplar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Entre estos cita la historia como mas notables por la importancia de sus conquistas, á Hernán Cortés, natural de la villa de Medellín en Estremadura, que sometió el reino de México al dominio de España, y Francisco Pizarro, extremeño tambien, nacido en Trujillo el año 1475, que conquistó el vasto y opulento imperio del Perú, y cuyo desastroso fin vamos á relatar (1).

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubria los sucesos de Cuzco y conocer la estension de sus pérdidas y lo grave de su situación, recibiendo una tras otra las mas siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano

(1) La relación que sigue está tomada de la Historia de la conquista de América, por Campe; traducción del señor don F. Fernandez Villabril.

Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado: pero la energía de su alma y la firmeza de su carácter no se abatían con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fé de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debia ser víctima aún de su lealtad.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habian de enviar desde Panamá: le interesaba mucho por esta razon, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inacción, haciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenia de todo movimiento hostil, no se estaba este con los brazos cruzados: trabaja en fortificarse, en reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en vísperas de revelar sus proyectos cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prisión, le presentaron sesenta jinetes que habian atraído de los de Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro, que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aún prisionero, y el gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, queria privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con mas empeño una sincera reconciliación y propuso á Almagro que sometiese su pleito al arbitrio del emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podria obtener algo mas de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de la prisión, mas apenas estuvo libre, cuando Pizarro declaró á su rival que solo la guerra podria decidir entre ellos y juzgar su querrela. Su ejército habia sido reforzado con numerosos reclutas, y se contaban en él dos compañías de arcabuceros, cosa muy extraordinaria, porque en aquella época el uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aún en Europa. Confío el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó Cordilleras que el enemigo tenia que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viajeros, al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes siempre cubiertos de nieve, se ven atacados de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viaje, y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de Cuzco: lo primero, porque no queria que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agre-

distante parecía la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. Entonces empezó á emitir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedición, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa común con los marineros. Prosentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan le ultrajan, y le amenazan con la muerte si inmediatamente no dispone que la expedición de la vuelta hacia España.

Era preciso ceder á morir, ceder era ir á esponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados esijian pronta respuesta. Colon les pidió tres dias mas de resignación y de obediencia; si en este plazo no descubria un continente se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecución de este convenio con mútuas protestas.

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes; y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres dias llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; además millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitian alejarse mucho de las costas, volaban hacia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavía, y por último los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegación, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenía el almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia dado una prueba tan palpable de su protección en una empresa tan arriesgada: despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así mandó que se plegasen las velas, temiendo con razon que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El almirante recordó á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente (1). Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor ajitación, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hacia las diez de la noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la reina, que

(1) Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vio la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de la Pinta llamado Rodrigo de Triana.—[Nota del traductor].

iba á bordo, le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aún se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debia llevarla.

De improviso, á las dos de la madrugada, la tripulación de la Pinta lanza el grito de: *Tierra! tierra!* que repetido al instante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habian consentido, para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la expedición. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tinte con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulación de la Pinta, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañada por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirijen al cielo la expresión de su agradecimiento. Todos los corazones palpan, las lágrimas corren, y apenas han satisfecho aquel piadoso deber cuando piensan espirar por medio de una ruidosa reparación los ultrajes y violencias que han hecho al almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdón de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en la lucha contra la rebelión.

La tierra que tenían á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama, y se llama Guanahani. Colon, agradecido al país á cuyo descubrimiento debia su salvación, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.

Por algunos instantes, el equipaje, inmóvil de sorpresa y absorto en muda contemplación ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques, cuyos perfumes y fertilidad revelaban á la vez la embalsamada brisa que de ellos venia. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetación vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosquetes, por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer mas variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Así los españoles y su noble jefe saboreaban desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista, y su enajenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colon dió por fin la orden de botar al mar las chalupas, y entró en una de ellas para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan, y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españolas, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I (iniciales de los nombres Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudian en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus jestos y en la expresión de su fisonomía la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balanceaban noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa estraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos extranjeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colon llegó á la costa, el almirante llevando puesto un brillante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pié en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí humildemente postrados delante de Colon, le saludan como á virey del Nuevo Mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad, le prometen una obediencia sin límites y docilidad esclusiva.

Despues de esta afectuosa manifestación, despues de haber rendido este homenaje al jenio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la expedición, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y despues el almirante toma solemnemente posesión del país en nombre de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

XIII.

CONSPIRACION CONTRA PIZARRO.

Despues de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjeados con la esperanza de contemplar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Entre estos cita la historia como mas notables por la importancia de sus conquistas, á Hernán Cortés, natural de la villa de Medellín en Estremadura, que sometió el reino de México al dominio de España, y Francisco Pizarro, extremeño tambien, nacido en Trujillo el año 1475, que conquistó el vasto y opulento imperio del Perú, y cuyo desastroso fin vamos á relatar (1).

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubria los sucesos de Cuzco y conocer la estension de sus pérdidas y lo grave de su situación, recibiendo una tras otra las mas siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano

(1) La relación que sigue está tomada de la Historia de la conquista de América, por Campe; traducción del señor don F. Fernandez Villabril.

Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado: pero la energía de su alma y la firmeza de su carácter no se abatían con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fé de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debia ser víctima aún de su lealtad.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habian de enviar desde Panamá: le interesaba mucho por esta razon, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inacción, haciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenia de todo movimiento hostil, no se estaba este con los brazos cruzados: trabaja en fortificarse, en reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en vísperas de revelar sus proyectos cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prisión, le presentaron sesenta jinetes que habian atraído de los de Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro, que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aún prisionero, y el gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, queria privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con mas empeño una sincera reconciliación y propuso á Almagro que sometiese su pleito al arbitrio del emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podria obtener algo mas de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de la prisión, mas apenas estuvo libre, cuando Pizarro declaró á su rival que solo la guerra podria decidir entre ellos y juzgar su querrela. Su ejército habia sido reforzado con numerosos reclutas, y se contaban en él dos compañías de arcabuceros, cosa muy extraordinaria, porque en aquella época el uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aún en Europa. Confío el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó Cordilleras que el enemigo tenia que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viajeros, al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes siempre cubiertos de nieve, se ven atacados de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viaje, y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de Cuzco: lo primero, porque no queria que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agre-

sion en una guerra civil, y lo segundo, porque necesitaba terreno para desplegar su caballería, que era superior á la de los Pizarros. Fortificó á Cuzco lo mejor que pudo, y formó su ejército en batalla, en una posición que creyó serle ventajosa, pero debilitado por la edad, las fatigas y las heridas, apenas podía sostenerse. No pudiendo ponerse á la cabeza de las tropas, confió su mando á su teniente general Rodrigo Orgoñez, un capitán valiente y leal á su jefe, pero que nunca era para los soldados el viejo Almagro, que por el afecto y respeto que había sabido inspirarles, tenía sobre ellos el mayor ascendiente.

Entre tanto los Pizarros habían pasado las cordilleras y avanzaban por las llanuras de Cuzco. Los dos ejércitos no tardaron mucho en avistarse y se prepararon al combate; veíase flotar por ambas partes el estandarte imperial, y las alturas inmediatas estaban coronadas por una inmensa multitud de indios que habían acudido á recrearse en el espectáculo de una lucha sangrienta entre sus opresores, que se encargaban así de vengarlos. Almagro, enfermo, se hizo transportar á una colina desde la que podía contemplar el campo de batalla, y animar desde lejos á sus tropas á que cumplieren con su deber.

Dada la señal, los españoles se lanzaron con furor unos contra otros y empezó la matanza. Rotas las primeras líneas de Orgoñez por la impetuosidad del enemigo, el desorden se introduce en las filas, y los soldados flaquean y ceden sin que las voces y ruego de los jefes sean suficientes para volverlos al combate. En este trance, Orgoñez, desesperado, grita mandando un nuevo ataque: "¡Por Dios poderoso que he de cumplir con mi deber, aunque cueste la vida! ¡Sígame el que quiera!" Resuelto á no sobrevivir á su desgracia y á la de Almagro, se arroja en medio de las tropas que manda Gonzalo, Hernando y Alvarado, y aunque herido en la cabeza, porque su celada había sido rota por una bala, continúa combatiendo. Da muerte á dos guerreros con su propia mano, y engañado por el brillante uniforme de uno de los criados de Hernando Pizarro, cree que es su amo y le mete la lanza por la boca. Al fin este intrépido guerrero sucumbe al número, y desarmado cae prisionero: en el momento que se le llevan los soldados, acude un español que tenía que vengar una ofensa personal, y le derriba la cabeza de un sablazo.

Este acto de barbarie no fué el único con que los vencedores se mancharon en esta jornada del 6 de Abril de 1538, á pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro y sus principales capitanes para recordar á sus soldados que los vencidos eran también españoles. Rui-Díaz, oficial del partido de Pizarro, había tenido la dicha de salvar la vida á un amigo suyo que iba á ser asesinado. Para preservarle de otras violencias le había hecho que montase á las ancas de su caballo; pero un soldado furioso le pasó con la lanza y le hizo caer muerto á vista de Rui-Díaz. En cuanto á Almagro, testigo de la derrota de su tropa y sin medios de rehacerla, buscó también su salvación en la huida; pero perseguido vivamente por el enemigo, cayó en su poder, y carga-

do de cadenas fué llevado á Cuzco, que se rindió sin resistencia á los vencedores.

Su muerte podía únicamente saciar el odio y la venganza de los Pizarros; ya estaba resuelta de antemano; pero la prudencia exigía algunas precauciones, y era preciso alejar á todos los que fieles á Almagro en su desgracia, podían hacer eficaces tentativas para salvarle. Se les alejó, encargándoles diversas expediciones á las provincias más remotas del Perú, y aún no sometidas al dominio español. Aquellos hombres aprovecharon con afán la ocasión de salir de una ciudad en que ya no podían ser útiles á la causa de Almagro.

Entonces los Pizarros se quitaron la máscara; pero queriendo dar la apariencia de justicia á la ejecución de su sanguinario proyecto, formaron un tribunal ante el cual compareció el desdichado anciano. Acusábanle del crimen de alta traición, de rebelde á las órdenes del emperador y de usurpación de los derechos y funciones del gobernador: acusación absurda, puesto que se refería á una época en que el emperador todavía no había dado á conocer su decisión, ni fijado los límites del gobierno de Pizarro. En vano Almagro protestó que jamás había tenido intención de perjudicar á su antiguo asociado; que siempre había respetado sus derechos, y que si se había apoderado de Cuzco, era creyendo estar autorizado para ello en virtud del escámen y de la interpretación dada á los títulos enviados por el emperador. El tribunal, compuesto de jueces á favor de Pizarro, sentenció á muerte al anciano.

Cuando Almagro supo la sentencia que se acababa de pronunciar, aquel mismo hombre que tantas veces había despreciado la muerte en sus aventuradas expediciones, y que había dado tantas pruebas de valor y de energía, cayó en un profundo abatimiento, y débil hasta la cobardía, trató de enternecer á sus vencedores, de excitar la compasión de sus verdugos con sus súplicas y sus lágrimas. Invocó los recuerdos de la antigua amistad que Francisco Pizarro y él se habían jurado al pie de los altares, y la humanidad con que él había tratado á sus enemigos cuando eran sus prisioneros: les conjuró para que evitasen á sus canas y á su memoria el oprobio del suplicio reservado á los malhechores, y para que le permitiesen consagrar los últimos instantes de su existencia al arrepentimiento y á la expiación de sus faltas.

Estos ruegos de un anciano que había sido uno de los más intrépidos guerreros de la España, este abatimiento en la desgracia, estas lágrimas del ilustre sentenciado que luchaba en cierto modo con la muerte, conmovieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de lo familiarizados que estaban con sensaciones de este jénero. Pidieron el perdón de Almagro; pero el corazón de los Pizarros estaba cerrado á la piedad, y no solo se mantuvieron inflexibles, sino que osaron burlarse de las mismas súplicas de su acobardado enemigo. Su ironía cruel le prodigó los más amargos sarcasmos diciéndole que era indigno de una alma grande el mendigar la vida, y que marchando á la muerte debía acordarse de que era cristiano y caballero.

En fin, cuando Almagro se convenció de que nada tenía que esperar del odio implacable de los Pizarros, se acordó de lo que había sido en otro tiempo, y volvió á recobrar su antiguo valor: dirigió á sus encarnizados enemigos estas palabras que pronunció con acento de noble resignación: "¡Libradme, pues, de esta vida, y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre." Después hizo testamento, dejando á su hijo único y al emperador por sus herederos: cuando hubo terminado este acto postrero de su existencia, le dieron garrote en la prisión, cortándole después la cabeza en la plaza pública de Cuzco. Almagro en el momento de su muerte tenía setenta y siete años.

Así pereció este hombre notable bajo más de un concepto, y que sin duda merecía otra suerte; aunque la historia le acuse con justicia por su complicidad en la muerte de Atahualpa.

Entre los españoles á quienes indignó la crueldad de Pizarro, había uno que juró vengar la muerte de Almagro. Llamábase Diego de Alvarado y era un oficial de distinción, que padeció tanto más con el fin desastroso de su amigo, cuanto que sufría sus remordimientos por haber contribuido á él en cierto modo, aconsejándole que diese libertad á Hernando Pizarro. Poseído de la idea de obtener venganza de los Pizarros, supo eludir su vigilancia, y aprovechando una ocasión para volver á España, se presentó al instante en la corte. Admitido á la audiencia del emperador, le pintó con tan vivos colores el orgullo, la ambición y la crueldad de los tres hombres que reinaban como déspotas en el Perú, que escitó á la vez su horror y su indignación. Pero su animosidad buscaba otro medio de satisfacción; y pidió el permiso de sostener en campo cerrado la justicia de sus acusaciones, desafiando en combate personal, según la costumbre de la época, á Francisco Pizarro, que denunciaba á la vindicta pública como el autor de todos los crímenes y de todas las desgracias cuyo enérgico cuadro acababa de trazar.

Cuando el intrépido Alvarado esperaba la respuesta favorable que le habían dado motivo á esperar, murió tan repentinamente que la opinión general no dejó de atribuir su muerte á los amigos de Pizarro, que habían tratado de librarse por medio del veneno de un enemigo tan temible.

A pesar de todo, había sobrevivido á Alvarado la impresión producida por su relato; pero el emperador y sus ministros dudaban al adoptar una providencia seria contra los Pizarros, temiendo su influencia y su poder en las comarcas conquistadas por ellos. Mientras que se deliberaba en la corte acerca de las medidas que reclamaba semejante estado de cosas, Hernando Pizarro resolvió pasar á España para dar cuenta al gobierno de su conducta y de la de sus hermanos. En vano sus amigos trataron de disuadirle de este proyecto, suplicándole que á lo menos dilatase su ejecución hasta que supiese el efecto que había producido en la corte la noticia del suplicio de Almagro. Hernando, confiado en la bondad de su causa y en el crédito que creía gozaba su hermano con el monarca y sus ministros, insistió en su resolución. Sin embargo, al despedir-

se del gobernador, le aconsejó que desconfiase de los partidarios de Almagro, que celase su conducta y que nunca les permitiera reunirse en número que pasase de siete, porque tratarían de concertarse para quitarle la vida; pero Pizarro, ciego con su prosperidad, no quiso creer el peligro que le amenazaba y despreció los avisos de su hermano.

Hernando partió, y llegado á España se presentó en la corte con una ostentación que escitó envidiosas murmuraciones: esta pompa que casi eclipsaba la de la soberanía, causó la sorpresa de un escándalo, y la opinión pública vió con indignación al orgulloso aventurero ostentar con descaro los despojos de los infelices peruanos. Esta conducta no era la más á propósito para disipar la prevención terrible que había contra los tiranos del Perú; así es que en vano trató Hernando de justificar los actos de Francisco Pizarro y de sus demás hermanos, y de probar que habiendo sido Almagro el agresor, había recibido con justicia el castigo de su rebelde. Aunque la corte carecía de datos seguros para decidir esta cuestión, no pudo menos de conocer que los Pizarros habían abusado de su poder en todas ocasiones y que su conducta tiránica merecía la severidad del gobierno. Sin embargo, antes de tomar una resolución vigorosa contra el gobernador del Perú, se creyó conveniente asegurar la persona de Hernando, que fué arrestado y puesto en prisión. Se dice que permaneció en ella cerca de veinte años, y algunos historiadores aseguran que en ella acabó sus días.

Decidióse después enviar al Perú un comisario encargado de examinar escrupulosamente cuanto había sucedido, y de recibir las declaraciones acerca de los sucesos anteriores y posteriores á la muerte de Almagro. Este comisario iba además investido de una autoridad que aniquilaba, en cierto modo, el poder de Pizarro, puesto que podía mudar en nombre del emperador, si lo juzgaba conveniente, el gobierno y la administración del Perú.

Para desempeñar dignamente una comisión tan importante, era preciso unir la probidad al talento. Vaca de Castro á quien fué confiada, era un caballero pundonoroso é incapaz de transigir con sus deberes: el conocimiento de los hombres y de los asuntos se amalgamaba felizmente en él á una gran firmeza de carácter, por lo que difícil hubiera sido hacer mejor elección.

Tiempo era ya de que la corte de España pusiese un término al insolente despotismo de Pizarro en el Perú: distribuía á su arbitrio las dignidades y los terrenos, y nombraba ó destituía á los funcionarios según su capricho. Distribuyéndose entre él, sus hermanos y sus favoritos las tierras más fértiles y más ventajosamente situadas, dejaba las estériles y de poco valor á los oficiales que habían merecido recompensas por sus servicios y su valentía. Desgraciados de los que habían servido á las órdenes de Almagro, porque se veían condenados á la más horrosa penuria! Pizarro, como que se complacía en hacerles expiar su lealtad y cariño á su antiguo jefe. Los historiadores refieren un hecho que basta para dar una idea de los apuros de aquellos infelices. Doce de los más comprometidos oficiales de las tro-

pas de Almagro habitaban en una misma casa, y eran tan pobres, que entre todos ellos no tenían mas que un solo vestido decente: cuando alguno tenía precisión de salir, se servía de él, y los otros once tenían que estarse en casa. Era tal el temor que inspiraba el gobernador, que nadie se atrevía á recibirlos en su casa, ni aún á dirigirles la palabra. Así, cuán violento era el odio que animaba á estos hombres contra Pizarro, y con qué impaciencia esperaban el momento de vengarse del cruel dictador del Perú!

Sordo á cuanto se murmuraba contra él, insensible á las quejas de las víctimas de su despotismo, contaba con la impunidad, y así despreciaba el peligro como las amenazas del odio. No temió quitar el gobierno de Quito á Belalcázar, aquel intrépido oficial que había conquistado esta provincia, para dárselo á su hermano Gonzalo, á quien poco despues confió el mando de una expedición importante.

Los peruanos aseguraban á los españoles, que mas allá de las Cordilleras, y al Este, había una comarca en que se encontraban la canela y otras especierias con abundancia. Esto fué lo que determinó la expedición confiada á Gonzalo, que partió de Quito con un ejército de trescientos cuarenta soldados europeos, la mayor parte de á caballo, y de cuatro mil peruanos.

Empezó su caminata hácia el Sud-este, siguiendo la orilla del río Napo, y despues torció hácia el Sur. El Napo desemboca en el gran Marañón ó río de las Amazonas, uno de los mas caudalosos del mundo, y que atravesando de Este á Oeste casi toda la América Meridional, desemboca despues de numerosas revueltas en el gran Océano Atlántico. Antes de llegar á las Cordilleras, donde ya se suponía que habría que sufrir horribles padecimientos por el excesivo frío, ya encontró Gonzalo otros obstáculos casi insuperables, cual si la naturaleza misma quisiera oponerse á la marcha de los españoles. Un temblor de tierra, precedido, ó mas bien, anunciado por un espantoso huracán acompañado de truenos y rayos, se tragó á su vista casas y bosques enteros en los abismos que se abrieron de improviso: un río á cuya orilla habían acampado, salió de madre con tal impetuosidad, que apenas les dió tiempo de refugiarse á un collado inmediato, para no ser sumergidos por los torrentes de agua que inundaron repentinamente la campiña. Cuando llegaron despues á lo alto de las montañas cubiertas de nieve, se creyeron transportados á la zona glacial, mas allá de los círculos polares, y muchos peruanos con algunos españoles allí quedaron sin vida. Llegando por fin á las llanuras del otro lado de las montañas, les asaltaron otras plagas, de las cuales la mas cruel fué el hambre: aquellas vastas llanuras no presentaban mas que un inmenso desierto, y apenas se encontraban algunos salvajes, que no podían proporcionar los víveres necesarios. Ya tenían que atravesar algun pantano, ya tenían que abrirse un estrecho paso á fuerza de hachazos por alguna selva impenetrable, y para colmo de las desgracias y privaciones de Gonzalo y sus compañe-

ros. llovió sin cesar durante dos meses, en términos que ni una vez sola pudieron ver enjutos sus vestidos.

Llegaron por fin á las orillas del río Napo, y Gonzalo se ocupó de la construcción de una barca para pasarle en caso de necesidad y para que también sirviese para llevar los bagajes y los víveres. Cargando los españoles de los materiales necesarios, y sobre todo de hierro, para ejecutar este trabajo, tuvieron que arrancar las herraduras á los caballos, y con ellas hicieron clavos y abrazaderas, supliendo la brea y la pez con resina que recojieron en árboles de diversas especies. Cuando la barca estuvo acabada, Gonzalo hizo que se embarcase en ella un oficial llamado Orellana, con cincuenta hombres, encargándole que bajase por el río, para buscar víveres, y designándole el paraje en que le había de esperar con el resto de las tropas.

Apenas Orellana los perdió de vista, cuando burlando la confianza de su comandante, resolvió sustraerse á su autoridad: ambicioso y vano creyó haber hallado la ocasión de asociar á su nombre, todavía oscuro, la gloria de una acción atrevida y de una arriesgada empresa. En vez de esperar á Gonzalo en el sitio que este le había designado, quiso seguir el curso del río hasta llegar al Océano: proyecto temerario que este orgulloso oficial se hubiera guardado de acometer, si hubiera sabido los peligros á que se esponía tratando de ejecutarlo, si hubiera sabido que el río en que se aventuraba sobre una barca tan mezquina y sin provisiones, corre cerca de dos mil leguas marinas antes de salir al mar.

De todos modos Orellana no dió parte de su intención á los cincuenta hombres que le acompañaban, hasta que llegaron al paraje en que el Napo desemboca en el Marañón ó río de las Amazonas. Allí era donde debía esperar á Gonzalo, y allí fué también donde comunicó su proyecto á sus compañeros, que lejos de intimidarse por su audacia, declararon que estaban prontos á seguirlo. Uno tan solo hubo entre ellos fiel á Gonzalo y capaz de protestar contra la perfidia de Orellana; pero este le hizo desembarcar y le dejó abandonado en un país desierto donde debía perecer: despues prosiguió la ejecución de su proyecto.

Entonces empezó á conocer cuán peligrosa era su empresa, y á qué terribles pruebas iba á verse sometida su constancia. Tan pronto atravesaba comarcas estériles y solitarias, tan pronto tenía que combatir contra belicosos indígenas, si se había de proporcionar algunos víveres, y muchas veces también tenía que rechazar los ataques de un gran número de canoas llenas de salvajes armados. Continuó sin embargo, bajando por el río, y despues de haber luchado durante siete meses contra privaciones, fatigas y peligros de toda especie, llegó al desembocadero del Marañón. Entonces, mas que nunca, necesitaba de todo su valor y de toda su energía, porque era forzoso abandonarse con tan frágil embarcación en medio del grande Océano, hasta llegar á una colonia española. En fin, despues de haber andado algunos centenares de leguas, llegó á Cuba-

na, situada no lejos de la costa de Tierra Firme.

Desde allí se apresuró á volver á España, donde obtuvo el resultado que se había prometido de su pérfida conducta con Gonzalo. La relación de sus aventuras excitó una sorpresa general: pero valiéndose de esta feliz disposición de los ánimos á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y solo en nuestros dias es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que había atravesado, el oro y pedrería eran tan abundantes, como los guajarrós en nuestros campos; que otros países estaban solo habitados por mujeres guerreras cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al país regado por el Marañón, el nombre de *Pais de las Amazonas*, y al mismo río el de *Río de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que no se designa, fué tenida por el país del oro, y se llamó *el Dorado*. Los primeros viajeros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido la Condamine, sabio francés que recorrió por entero el país de las Amazonas, y despues de él, madama Godin, á la que determinó á emprender su viaje, el afecto que profesaba á su marido.

Llegó entre tanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañón, donde esperaba encontrar á Orellana con los cincuenta hombres que mandaba, y una provision de víveres; pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barcas ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algun accidente le habría obligado á descender todavía mas abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del río, hasta que encontró al español que Orellana había hecho poner en tierra. La noticia de la traición del pérfido comandante, puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel perplejidad. Casi desesperados por la traición de Orellana, que se había llevado hasta sus bagajes que iban en la barca, estenuados de hambre y de fatiga en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volviesen á Quito, y Gonzalo no tuvo mas remedio que consentir, dando la vuelta hácia el Perú.

Había cuatrocientas leguas desde allí á Quito, y era probable que volviesen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habían resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo, se reanimó su valor creyendo que no sufrirían tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habían traído; pero esta esperanza fué también cruelmente burlada. El país en que se internaron era todavía mas estéril que el que antes habían atravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos, mascaron hojas de árboles, comieron algunos insectos y hasta royeron las correas de las sillas y de los cinturones. Sus vestidos se caían á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas por las pica-

duras de los insectos, las espinas y el poco asco. Doscientos españoles y casi todos los peruanos habían perecido, cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á cincuenta leguas de Quito.

Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo jefe hubieran sucumbido si no hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este inesperado socorro, espermentaron tan grande alegría, que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su jefe que por algunos dias redujo el alimento de cada soldado á una muy corta ración, el ansia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sido funesta. Como no había bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados mas débiles, continuando su camino desnudos y á pié hasta llegar á Quito. Allí sus mas íntimos amigos apenas los conocían, tan profundas eran las huellas que los padecimientos habían dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo, había ocurrido en Lima un suceso extraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

El lector no habrá olvidado sin duda, que Almagro dejó un hijo á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruido, llamado Juan de Rada, el jóven se manifestaba ya por sus bellas cualidades, digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se había distinguido su padre, á quien se parecía mucho en la intrepidez y firmeza de carácter. Pizarro, que le temía, le tuvo preso por algun tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad, bajo condición de que no había de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del jóven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daría tiempo para que hiciese valer sus derechos y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí formaron una conspiración para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del gobernador era muy favorable á la ejecución de sus designios, y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habían llamado la atención de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus sospechas y sus temores. "No tengais cuidado por mi vida, respondió el gobernador; el poder que tengo para cortar la cabeza á los demás, garantiza la seguridad de la mia." Los conjurados, queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta delicada comision. Pidió éste permiso para hablar al gobernador, y le encontró paseándose en su jardín y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía y aún le ofreció uno de los limones que tenía en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogían en Lima.

Rada, aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro cuando le preguntó el motivo de ella, que había oído hablar de un siniestro proyecto atribuido

al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del joven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás había pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el joven Almagro de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando así todo pretexto al odio y la desconfianza. ¿Pizarro suscribió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinación del gobernador, y dicen únicamente, que aseguró á Rada que ya dispondría de él cuando le hiciese falta. Rada al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecución del proyecto para el próximo domingo 26 de Junio de 1541.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote, que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero éste, cuya confianza y seguridad no podían ser alteradas por ningún aviso, respondió que no podía creer existiese una conspiración contra sus días, y que la visita reciente de Rada, y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiración imaginaria, como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algún favor, quería valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Después de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al día siguiente, se levantó con menos confianza, y creyó que debía tomar algunas precauciones. Hacía ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temía que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la corte de España, y esta consideración le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que había recibido decía que el domingo había de estallar la conspiración, no quiso en este día salir de su casa, y en lugar de ir, según su costumbre, á la iglesia para oír misa, hizo que se le dijese en su aposento. Al medio día fueron llegando sus principales oficiales á quienes había convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque en aquellos países donde reinan grandes calores, el centro del día suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de piés á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: "Viva el rey! muera el tirano!" A esta señal que estaba convenida, los demás conjurados dispersos por la ciudad, acuden todos al

palacio del gobernador. Acababa este de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos mientras que la mayor parte de su servidumbre se había retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él antes que Pizarro supiese su llegada. Rada había tenido la precaución de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: "El tirano ha muerto!" Así es que todos los amigos del gobernador, que acudían á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habían llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pajes, que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un día de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido, y sin obedecer la orden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió en el pavimento, sin vida y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador, que había entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano (1), dos amigos y dos pajes ya mancebos. Todos los demás saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cojió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados gritando á los pocos amigos que le eran fieles: "¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!" Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de piés á cabeza tenían demasiada ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirijian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo tan cansado el brazo, que apenas podía manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los piés de los conjurados.

Acto continuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas para anunciar la muerte del tirano. Doseientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al joven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único

(1) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legítimo solo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martín de Alcántara.

(Nota del traductor.)

y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonadas al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunía eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacían odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetración para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecución de sus designios, había adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero también era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambición y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo y otros muchos que hizo perecer. "Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitución robusta: en él la energía de carácter y la constancia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creía invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas, á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenía en su valor y en la fuerza de su brazo."

Privado de toda clase de instrucción, porque ni aún sabía firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atención, la paciencia, la reflexión y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribía las palabras: *Francisco Pizarro*. Había en él el jermen de un grande hombre: pere faltó la educación para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecían insuperables á su tesón: su alma no era extraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambición, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto día que uno de sus oficiales, que no estaba rico, había perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota donde solía concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitación; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traía, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargando con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro

llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces mas, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En jeneral se ha observado que se complacía en ocultar sus beneficios, y la discreción de su generosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un río en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenía dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corría, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habían temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. "Bien se conoce, contestó él, que no sabéis cuanto vale un buen criado." Palabras admirables, que nunca estaria de mas repetir á la opulencia egoísta é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temían que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernán Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo al rededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenía grande afición. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condición: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y escijía que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Así es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caían de la balanza y las añadía á la parte correspondiente al emperador. Como algunos circustantes se sonriesen al verle ejecutar esta acción: "Si no tuvieras manos, les dijo, recogería estos pedacitos con mi boca." Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

XIV.

NAUFRANCO DEL SLOOP BETSEY EN 1756.—MAR DE LAS ANTILLAS (1).

El naufragio que en la costa de Guyana holandesa ocurrió en Agosto de 1756 al capitán Felipe Au-

(1) Extractado de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del joven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás había pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el joven Almagro de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando así todo pretexto al odio y la desconfianza. ¿Pizarro suscribió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinación del gobernador, y dicen únicamente, que aseguró á Rada que ya dispondría de él cuando le hiciese falta. Rada al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecución del proyecto para el próximo domingo 26 de Junio de 1541.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote, que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero éste, cuya confianza y seguridad no podían ser alteradas por ningún aviso, respondió que no podía creer existiese una conspiración contra sus días, y que la visita reciente de Rada, y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiración imaginaria, como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algún favor, quería valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Después de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al día siguiente, se levantó con menos confianza, y creyó que debía tomar algunas precauciones. Hacía ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temía que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la corte de España, y esta consideración le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que había recibido decía que el domingo había de estallar la conspiración, no quiso en este día salir de su casa, y en lugar de ir, según su costumbre, á la iglesia para oír misa, hizo que se le dijese en su aposento. Al medio día fueron llegando sus principales oficiales á quienes había convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque en aquellos países donde reinan grandes calores, el centro del día suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de pies á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: "Viva el rey! muera el tirano!" A esta señal que estaba convenida, los demás conjurados dispersos por la ciudad, acuden todos al

palacio del gobernador. Acababa este de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos mientras que la mayor parte de su servidumbre se había retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él antes que Pizarro supiese su llegada. Rada había tenido la precaución de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: "El tirano ha muerto!" Así es que todos los amigos del gobernador, que acudían á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habían llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pajes, que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un día de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido, y sin obedecer la orden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió en el pavimento, sin vida y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador, que había entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano (1), dos amigos y dos pajes ya mancebos. Todos los demás saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cojió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados gritando á los pocos amigos que le eran fieles: "¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!" Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de pies á cabeza tenían demasiada ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirijian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo tan cansado el brazo, que apenas podía manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los pies de los conjurados.

Acto continuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas para anunciar la muerte del tirano. Doseientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al joven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único

(1) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legítimo solo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martín de Alcántara.

(Nota del traductor.)

y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonadas al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunía eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacían odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetración para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecución de sus designios, había adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero también era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambición y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo y otros muchos que hizo perecer. "Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitución robusta: en él la energía de carácter y la constancia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creía invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas, á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenía en su valor y en la fuerza de su brazo."

Privado de toda clase de instrucción, porque ni aún sabía firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atención, la paciencia, la reflexión y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribía las palabras: *Francisco Pizarro*. Había en él el jermen de un grande hombre: pere faltó la educación para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecían insuperables á su tesón: su alma no era extraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambición, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto día que uno de sus oficiales, que no estaba rico, había perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota donde solía concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitación; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traía, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargando con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro

llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces mas, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En jeneral se ha observado que se complacía en ocultar sus beneficios, y la discreción de su generosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un río en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenía dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corría, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habían temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. "Bien se conoce, contestó él, que no sabéis cuanto vale un buen criado." Palabras admirables, que nunca estaria de mas repetir á la opulencia egoísta é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temían que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernán Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo al rededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenía grande afición. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condición: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y escijía que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Así es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caían de la balanza y las añadía á la parte correspondiente al emperador. Como algunos circustantes se sonriesen al verle ejecutar esta acción: "Si no tuvieras manos, les dijo, recogería estos pedacitos con mi boca." Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

XIV.

NAUFRANCO DEL SLOOP BETSEY EN 1756.—MAR DE LAS ANTILLAS (1).

El naufragio que en la costa de Guyana holandesa ocurrió en Agosto de 1756 al capitán Felipe Au-

(1) Extractado de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

bin, nos parece acompañado de particularidades propias á escitar la curiosidad ó interés de nuestros lectores: entresacamos sus pormenores de la relacion misma del capitán, pues nadie mejor que este valiente marino puede describir los peligros que corrió y los males que sufrió en esta ocasion.

Me dí á la vela, dice, el 1.º de Agosto de 1756, y partí de la bahía de Carlisa para ir al Surinam, establecimiento holandés del continente. La bahía de Carlisa se halla contenida en la rada de Bridgetown, en la parte meridional de la Barbada, una de las Antillas. Mi sloop, ó barco bermudiano, construido de cedro, contenia en su cargamento entre otras muchas cosas, cierto número de caballos. En la noche del 4 de Agosto, una oleada inmensa, que pasó por cima de proa, hundió el barco de tal modo, que arrebató cuanto habia en el puente, y nos sumerjió hasta la garganta en el mar. La mitad de la tripulacion, compuesta de ocho hombres, sin contar yo, pereció en sus lechos mismos, sin tiempo para exhalar un suspiro. Al punto que pasó la ola, tomé la hacha colgada al lado del timon con intento de cortar los obenques ó impedir que zozobrase el barco; pero fué diligencia inútil; todos mis esfuerzos no estorbaron que se tendiese sobre un costado dando en agua con el velamen; los caballos y sus tinglados voltearon unos sobre otros, sumerjiéndose todo en el agua.

No tenia más que una lancha de doce á trece piés de largo fija entre la bomba y el borde del barco, y aunque la casualidad hizo que no estuviese amarrada, perdimos la esperanza de verla flotar á causa de un gran cable que tenia dentro de sí, cuyo peso la hacia ir á fondo. En tal estremidad y asido solo de un cable, me despojé de mi ropa, al propio tiempo que buscaba con ansiedad alguna escotilla, tablon ó arca á que asirme, para conservar mi vida tanto cuanto pluguiera á Dios; en esta situacion, divisé á mi segundo y á los dos marineros de cuarto (1), pendientes de un obenque, impetrando para sus almas la misericordia divina. Les exhorté diciéndoles, que el hombre que no se resignaba con la muerte, cuando agradaba á su Creador retirarlo del mundo, no era digno de vivir: les aconsejé que se quitasen los vestidos como habia hecho yo, y trataran de apoderarse del primer objeto que pudiera conservarles su vida mas tiempo. Mr. Williams, mi segundo, siguió mi consejo, se desnudó y se arrojó á nado buscando alguna cosa á que cojerse, mas apenas anduvo algun corto espacio cuando me gritó: "¡La lancha! ¡aquí está la lancha, boca abajo!..." Nadé hacia él y le encontré asido de la quilla de la lancha: combiné mis esfuerzos con los suyos para volverla, pero sin éxito; Williams, mas fornido que yo, se plegó en arco, apoyando los piés en la cinta, y cojido de la quilla, casi logró levantarla; por fin, ayudando yo con los hombros y secundados por la ola, la enderezamos, pero estaba llena de agua. Salté dentro y bajo la cabeza del palo del barco co-

(1) A bordo, el servicio de la tripulacion se divide por cuartos: generalmente no está de servicio en el puente mas que el cuarto de la tripulacion.

mencé á aballear los balancines de la verga grande, que se elevaba fuera del agua quince ó veinte piés de longitud cada vez que el barco chocaba entre dos olas. Con el cabo de la amarra de la lancha, teniéndole por un extremo, conseguí envolver la cabeza del palo, pero cada vez que se levantaba, nos levantaba tambien á la lancha y á mí fuera del mar; en uno de estos momentos solté el cable, y de la sacudida se vació de agua una cuarta parte de la lancha. Sin medios de sujetar por debajo el palo y les obenques, caian sobre mí y me hundian en el mar.

Despues de intentar muchas veces vaciar de agua la lancha sin adelantar mas que aporrearme cruelmente, me puse á aballearla hacia los obenques, pero el barco estaba tan sumerjido, que no se divisaba mas que una parte de la popa, sobre la cual insistian asidos de un cable mi segundo y los otros dos marineros. Entonces me arrojé al agua con la amarra de la lancha en la boca, dirijiéndome hacia mis subalternos con objeto de alargársela y combinar reunidos nuestros esfuerzos á fin de sacar la lancha por bajo de la popa del barco, donde se sostenian. De este modo, aunque á costa de fracturarme un muslo en una de las sacudidas de la lancha contra el barco, logramos sacarla por debajo, si bien con el contratiempo de haberse hecho una brecha en el fondo. Al punto que lo permitieron los dolores de mi fractura, salté á la lancha y atasqué el agujero con un pedazo de blusa de uno de los hombres que no se habia desnudado porque no sabia nadar, debiendo á esta casualidad nuestra salvacion porque conservaba su blusa, una navaja que tenia en el bolsillo, y un gran sombrero de marino holandés, recursos sin los cuales hubiéramos perecido. Así que logramos desocupar la lancha de la mayor parte del agua, y enlazarla á un cable del barco, se apareció mi perro arañando los costados de nuestra nueva embarcacion, á la que le ayudé á subir; un instante despues se rompió la amarra, y comenzó á marchar la lancha; llamé á mi segundo y al otro marino, que por dicha habian encontrado una pala que servia para atizar el fuego, y que nos hizo oficios de timon. Con nuestro auxilio montaron la lancha, desde la cual perdimos á poco de vista nuestro desgraciado barco.

A lo que creia debian ser las cuatro de la mañana, por lo que juzgaba no podia tardar en aparecer el dia, es decir, que habian transcurrido dos horas desde el momento en que nos vimos en el duro trance de abandonar nuestra barca. Lo que estorbó se fuera á pique con mas rapidez, fué sin duda alguna la clase de cargamento que conducia, compuesto de ciento cincuenta barricas de galleta, otros tantos barriles de harina y pellejos de manteca, todo bien acondicionado, ocasionando este motivo y su casualidad el que sobrenadasen, pues les penetraba el agua lentamente. Así que estuvimos en derriba nos esforzamos por mantener la lancha contra viento, y cuando fué de dia descubrimos una porcion de efectos que flotaban al rededor del punto de nuestro naufragio: un movimiento inexplicable de alegría esperiménté al reconocer entre ellos mi maleta, pues

contenia además de la ropa de mi uso, una porcion de botellas de agua de azahar, algunas libras de chocolate, azúcar, &c. Colgados del borde de la lancha conseguimos apoderarnos del cofre; intentamos descerrajarle en el agua, porque pesaba demasiado para introducirle dentro; mas nuestros esfuerzos fueron en balde; nos vimos en la sensible necesidad de tener que abandonarlo á merced de las olas con todas las escelentes provisiones que contenia, y por colmo de desgracia se habia vuelto á llenar de agua la lancha en esta operacion despues de haber estado á punto de ir en pique.

Tuvimos la fortuna de rocojer trece cebollas de las muchas que fluctuaban en la superficie, y esto solo y mi perro, sin una gota de agua dulce ni de licor alguno, eran las únicas provisiones con que debiamos subsistir, estando segun mi estima á mas de cincuenta leguas de tierra, y no teniendo para conducirnos palos, velas, remos ni ningun otro utensilio mas de un cuchillo, una blusa de que habiamos ya gastado un pedazo en atascar la brecha que tenia la lancha, y unos pantalones, prenda del marino que no sabia nadar. Desde este momento hicimos tiras el resto de la blusa y las trenzamos para fabricar una cuerda; en seguida, á fuerza de paciencia, desgastando las cabezas de los clavos conseguimos arrancar algunas tablas de las que guarnecian el interior de la lancha, y con ellas establecimos una especie de palo que sujetamos á la proa: de otro fragmento de tabla hicimos una verga, á la cual enlazamos las dos piernas del pantalon que operaban como velas y nos ayudaban á sostener la embarcacion contra viento, sirviéndonos de nuestro improvisado timon.

Como los pedazos de tabla que arrancamos del interior de la lancha eran demasiado reducidos en sus dimensiones para colocarlos como parapetos en la cinta, y estorbar que penetrase el agua cuando se ajitaba el mar, tuvimos necesidad de acostarnos sobre el borde de espaldas al agua, para recibir la ola é impedir que anegase nuestra embarcacion, en tanto que un marino desaguaba con el sombrero holandés. Además, hacia agua por el fondo, pues todos nuestros esfuerzos no bastaban á ajustar exactamente la brecha de la lancha. La noche siguiente á la del naufragio nos asaltó sin acabar de establecer nuestra especie de vela; el segundo dia se pasó mas tranquilo y comimos cada uno una cebolla, pues comenzaba á atormentarnos la sed; en la noche siguiente sopló viento recio y variable; algunas veces venia del Norte, lo que me causaba gran inquietud, pues solo podiamos esperar nuestra salvacion caminando hacia el Este ó al Oeste.

El tercer dia sufrimos mucho, no solo á causa del hambre y la sed, sino tambien por efecto del sol que nos abrasó de piés á cabeza. Aquel dia cojí mi perro y le hundí el cuchillo en la garganta, hecho que al recordarlo, ha arrasado de lágrimas mis ojos mas de una vez; pero en aquel momento no esperiménté sentimiento alguno de compasion; recojimos su sangre en el sombrero y bebimos de ella, con lo cual nos sentimos un poco refrigerados. El cuarto dia se mantuvo el mar ajitado, nos fué menester hacer

planchas de nuestros cuerpos, y terminó con un destello de esperanza que se disipó rápidamente. Descubrimos un sloop, pero no oyeron nuestros clamoros; traia direccion del Norte y nosotros caminábamos hacia Oeste. La pérdida de esta ocasion desanimó de tal modo á mis dos marineros, que rehusaron trabajar por salvar su vida; las súplicas y los ruegos eran en balde; nada les conmovia para continuar trabajando en desaguar la lancha. Ultimamente, mi segundo y yo, les persuadimos amenazándoles con darles muerte con la barra que hacia de timon, y matarnos nosotros en seguida. Esta amenaza les impresionó, cobraron un poco de ánimo, y continuaron como antes en su operacion.

Este dia dí á los demás ejemplo comiendo algunos bocados de carne de mi perro y un poco de cebolla, lo que me costó harto trabajo y repugnancia; sin embargo, una hora despues sentí que me habia dado algun vigor; mi segundo y dos marineros comieron tambien; otro no quiso ó no le fué dable decidirse á probar de aquel alimento.

El quinto dia apareció en calma y con mar sosegada. Al despuntar el dia divisamos un tiburón del tamaño de nuestra lancha, que no nos perdió de vista durante muchas horas, sin duda nos creia pasto destinado á sus enormes mandíbulas; tambien encontramos dentro de nuestra embarcacion un pez que sin duda se habia introducido en ella durante la noche; le dividimos en trozos y le masticamos por humedecernos la boca. Williams, mi segundo, tuvo este dia la generosidad de escitarnos á abrirle una vena para refrijerarnos con su sangre. Durante la noche tuvimos algunas ráfagas de lluvia acompañadas de viento; intentamos rocojer algun poco de aquella agua en el pantalon de nuestro marino, pero al probarla esprimiéndole la hallamos tan salada como la del mar. Tantas veces se habia empapado en ella que estaba percutido de sal: no nos quedó otro recurso que abrir la boca al cielo para recibir en ella las gotas de lluvia.

Al sexto dia, á pesar de mis reflexiones, resolvieron dos marineros beber agua del mar, lo que les ocasionó fuertes vómitos y una especie de delirio que los inutilizó para la maniobra. Mi segundo y yo teniamos un clavo en la boca, y de cuando en cuando nos rociábamos la cabeza. Intentamos muchas veces comer del perro con un poco de cebolla, pero cuando conseguia tomar tres ó cuatro bocados me consideraba dichoso. Williams siempre comia algo mas que yo.

El séptimo dia amaneció bellísimo, con brisa moderada y la mar en leche. Hacia el medio dia los dos marineros que se habian empeñado en beber agua del mar comenzaron á delirar, y en su enajenacion ignoraban los infelices si estaban en mar ó tierra; nosotros mismos estábamos tan débiles, que apenas podiamos mantenernos en pié ni atender á arrojar alternadamente alguna de la mucha agua que la lancha hacia por el fondo.

En la mañana del octavo dia, sucumbió uno de los marineros, y tres horas despues otro. Este dia al declinar el sol, tuvimos la dicha de divisar algunos picos de tierra de la punta oriental de la isla de

Tabago; la esperanza nos infundió aliento, al hacer rumbo hacia aquel paraje, nos encontramos auxiliados por una fuerte corriente y una brisa favorable. Esta noche la pasamos en la mas estraña situacion, con tierra á la vista, y al lado nuestro dos camaradas muertos; por fortuna al rayar el dia, distábamos solo cinco ó seis leguas de tierra, segun mi estima, y debia ser el último de nuestros padecimientos en el mar. Aunque apenas nos sostenian las piernas, trabajamos todo el dia por acercarnos á la ribera; al caer la noche cesó el viento y quedamos en calma, pero á cosa de las dos de la mañana nos impulsó la corriente orilla de la isla de Tabago, una de las Antillas, al pié de un crecido acantilado entre la pequeña Tabago y la bahía de Mon-Ofvar, que es la parte oriental de la isla. La lancha se abrió por efecto del choque, y mi camarada y yo nos arrastramos por tierra dejando en la embarcacion los restos de nuestros dos desgraciados marineros y los despojos del perro, ya en grado estremo de putrefacción.

Sin poder sostenernos, deslizandose nuestro cuerpo en contacto con la superficie del suelo y apoyados en piés y manos, encaramamos los enormes peñascos que colgaban casi á pico sobre el mar, de tres ó cuatrocientos piés de elevacion. La multitud de árboles que coronaban aquellas crestas, habia esparcido considerable porcion de hojas al rededor del punto á que conseguimos avanzar; nosotros reunimos algunos puñados, y acostados sobre ellas determinamos esperar el dia. Cuando llegó este momento suspirado, buscamos agua, y aunque la hallamos á nuestra inmediacion entre la concavidad de las piedras, era salada y nociva de beber; recojimos algunos mariscos que nos sirvieron para humedecer la boca despues de abrirlos con una piedra.

Serian las ocho ó las nueve cuando divisamos un joven caraiba que se dirigia á la lancha haciendo pié unas veces, y otras á nado, y que así que la examinó comenzó á dar voces á sus camaradas con ademanes de estrema compasion. Al tiempo mismo que acudian á aquel sitio, nos descubrieron y corrieron á nuestro lado, el de edad mas respetable, que podia contar unos sesenta años, y dos mas jóvenes que supimos despues le interesaban como hijo y yerno, fueron los primeros que se acercaron con los ojos preñados de lágrimas. Articulando algunos sonidos, y mas que todo por medio de señas, traté de hacerles comprender que habiamos pasado nueve dias en el mar careciendo de todo; tambien comprendieron algunas palabras de francés, y me hicieron entender por señas que iban á buscar una canoa para trasladarnos á su cabaña. El anciano deslió de su cabeza un pañuelo y lo ató á la mia, y uno de los mas jóvenes puso á Williams su sombrero de paja, en tanto que el otro dió vuelta nadando á uno de los peñascos y nos trajo agua fresca, algunos panes de cazavé y un trozo de pez asado; pero de todo ello no pudimos probar bocado. Otros dos de ellos estrajeron los cadáveres de los dos camaradas despues de arrastrar á tierra la lancha, y los depositaron sobre una roca; en seguida, para trasladar

su canoa, nos abandonaron, dando las mas espresivas muestras de compasion.

Despues de medio dia, volvieron hasta seis de ellos trayendo consigo en una vasija de barro, una sopa que nos pareció escelente; sin embargo, mi estómago no la resistió; el de Williams no la rechazó; en menos de dos horas nos trasladaron á la bahía de Mon-Ofvar, donde tenian establecidas sus chozas; en la misma hamaca que poseian me instalaron despues de hacerme beber un cocimiento de yerbas muy grato, y un caldo de tortuga y pichon. Bañaron mis heridas que estaban agusanadas, con agua de tabaco y otras yerbas, y todas las mañanas me sacaban de la hamaca, y sostenido en sus brazos, me paseaban é instalaban bajo de un limonero, defendiéndome del sol con un cobertizo hecho de hojas de banano. Aquellas compasivas jentes desde el primer momento que nos vieron, tuvieron hasta la jenerosidad de proveernos de camisa y pantalón, prendas que poseian como curiosidad adquiridas de los barcos que de cuando en cuando acudian á comprar conchas de tortuga.

Despues de limpiar de gusanos mis llagas, me untaban las piernas con una especie de grasa que extraen de un animalcillo que se cria en sus bosques, con lo cual, despues de resguardarlas del aire con hojas de banano, se curaron las innumerables grietas y vejigas de que estaba plagado. Gracias á tan escelente cuidado, estuve al cabo de tres semanas en disposicion de tenerme en pié, aunque con auxilio de muletas, como un convaleciente que sale de una gran enfermedad. Los insulares acudian á visitarnos de todas partes de la isla, y siempre con dádivas y obsequios que prodigaban con franca voluntad y que aceptábamos nosotros con agradecimiento. Hasta de la isla de la Trinidad, posesion española al Sur y á la vista de Tabago, vinieron jentes á visitarnos; en algunos pedazos de tabla grabé con un cuchillo mi nombre, entregándoselas á los caraibas para que las mostrasen á los buques que la casualidad encaminase á sus costas.

Casi desesperábamos de que arribara buque alguno, cuando tocó en el arenoso cabo del Oeste de la isla, un sloop procedente de Orinoco, cargado de mulas para San Pedro de la Martinica. Los indios les mostraron una de mis improvisadas tarjetas, refiriéndoles de paso nuestra situacion. Los que montaban este buque, hablaron de nuestra aventura en San Pedro, y como entre ellos habia comisionistas que me conocian personalmente y que estaban en relaciones mercantiles con mis principales armadores Rosco y Nylas, procuraron informarles de nuestra desgracia, lo que dió márgen á que espidieran con premura en nuestra busca una goleta al mando del capitán Young. Al cabo de nueve semanas de estancia entre aquellas jentes caritativas y jenerosas, aunque incultas, abandoné sus hogares, abandono que me causó tanta pena y agradecimiento, como sorpresa y alegría sentí al divisarlas por primera vez.

Al embarcarnos, nos suministraron provision abundante de bananas, higos, pájaros, pescados, frutos, y sobre todo, gran porcion de naranjas y limones;

tambien me regalaron un arco con su correspondiente dotacion de flechas, en cuyo uso me habian ejercitado, llevándome á cazar langostas de tierra muy numerosas en la isla y todas las islas desiertas de la zona tórrida. Nada era bastante á compensar la jenerosidad con que me habian tratado; tampoco poseia nada mas que mi mal parada lancha que habian remontado á su modo, y de la cual se servian para inspeccionar sus nidos de tortuga; como era mas ancha que sus canoas, les era mas útil y cómoda: por lo tanto hice que se quedaran con ella. El capitán Young, mi amigo y camarada, se puso de acuerdo conmigo para ayudarme á mostrar agradecimiento á mis bienhechores; me dió todo el rom que traia entre las provisiones, que por desgracia no eran mas que siete ú ocho botellas, y por su parte les dejó muchas camisas, pantalones de marinero, cuchillos, anzuelos, lienzo de velas para la lancha, clavos, cuerdas, y otros utensilios de menor cuantía.

Por fin, llegó el momento de separarnos, momento en que acudieron á la orilla hasta unos treinta individuos entre hombres, mujeres y niños, todos penetrados del mas profundo sentimiento, y mas que todos, el que me sirvió de padre, el que habia quitado de su cabeza el pañuelo para liarlo en la mia. Cuando el barco soltó las amarras, preñáronse de lágrimas nuestros ojos siempre clavados en aquellos humanos isleños, que por su parte sin separarse de la orilla, insistieron en pié hasta que nos perdieron de vista.

En tres dias arribamos á Barbada, donde recibimos de la isla entera testimonios palpables de cuanto les interesaba nuestra desgracia. Su jenerosidad y cariño no conoció límites.

XV.

ISLAS PELEW.—NAUFRAGIO DEL CAPITAN WILSON.

El Antilope, paquebot de la compañía de las Indias orientales, mandado por el capitán Enrique Wilson, llegó á Macao en Junio de 1783, é inmediatamente el capitán recibió orden del sobrecargo de la compañía, de preparar su barco para darse á la vela cuanto antes fuese posible. En su consecuencia levó anclas el 21 de Julio siguiente, con una tripulacion compuesta de veinte y tres europeos, de un intérprete nacido en Bengala, llamado Tomás Rose, y de diez y seis chinos; en total, cuarenta hombres.

El 9 de Agosto, despues de media noche, se entoldó el cielo á tiempo que corria viento fresco; á poco comenzó á llover y á declararse la tempestad. El primer ayudante que estaba de cuarto, se contentó con rizar velas, pensando que no fuese necesario informar al capitán y alarmar á toda la tripulacion; aquel oficial creyó que la tempestad se dissiparia rápidamente, quedando reducida á una simple borrasca; pero en tanto que los marineros se ocupaban de la maniobra, gritó el que estaba de vijía:

¡rompientes! ¡rompientes! Casi habia llegado este aviso á oídos del jefe, cuando chocó reciamente el barco, poniendo en consternacion á todos. El capitán y la tripulacion corrieron á informarse qué causaba la sacudida que habian experimentado, y la confusion que reinaba en el puente. Una ojeada bastó para ponerles al cabo de su deplorable situacion.

El barco se inundó repentinamente de agua hasta las escotillas del primer puente, y en tal conflicto, la tripulacion acosaba al capitán pidiendo órdenes. Sin pérdida de momento, dispuso que unos trasladaran al puente las municiones, armas y provisiones á que perjudicara el agua, en tanto que otros abatian el palo de mesana, el palo mayor, las vergas y cuanto podia alijer el barco, á fin de que no fuera á pique.

Dispusiéronse convenientemente las lanchas, proveyéndolas de armas, provisiones y de una brújula en cada una; dos hombres debian mantenerse constantemente en ellas, á fin de cuidar que no se averiasen chocando contra el barco; estos hombres estaban encargados de acoger la tripulacion en el caso de que el viento y el mar, que cada vez arreciaban mas, acabasen de inutilizar el buque. Todo se ejecutó con orden y esactitud, retirándose en seguida la jente hacia la parte de popa, que era lo que del barco estaba mas elevado del agua, y resguardado por los parapetos de su castillo, de la lluvia y del embate de las olas.

El cansancio, unido á la desesperacion, acrecia el desaliento de aquellas pobres jentes; pero el capitán, que era hombre prudente y firme, les infundió valor, mostrándoles las esperanzas que racionalmente podian tomar, al paso que les hizo sentir la importancia de conservar subordinacion y buen acuerdo en las maniobras que reclamara su situacion. Les escijió palabra de no beber licor espirituoso alguno, con objeto de que no atrajese la embriaguez confusion ni desorden: este punto era esencial. Dispuso en seguida que se distribuyese algun refresco, que consistió en un vaso de vino y racion de galleta; todavía se distribuyó otro segundo vaso de vino, y de este modo aguardaron con grande ansiedad la aparicion del dia por ver si descubrian tierra.

Aquellos momentos de obligada quietud é inaccion, sirvieron para animarse mutuamente, en tanto que la aurora mostró á sus ojos hacia el Sur una isleta distante tres ó cuatro leguas, y cuando aclaró mas, otras hacia el Este. Sin embargo, su imaginacion se alarmó de nuevo al pensar si estarian habitadas por pueblos salvajes que les pusieran en tanto riesgo como el naufragio mismo. A pesar de todo, embarcáronse algunos en las lanchas y partieron á reconocer las islas, bajo la direccion de Mr. Benger, el oficial que estaba de servicio en el puente al chocar el buque. En tanto que regresaban, desbarbolaron el barco para construir una balsa, pues de un momento á otro esperaban que se hundiera, y por las lanchas temian mucho, tanto á causa de los insulares, como por la mar, que estaba muy ajitada; pero á cosa de medio dia, con inesplicable contento divisaron las lanchas, que de regreso traian buenas

noticias. La isla estaba desierta; en ella habian dejado cinco hombres y las provisiones; estaba surtida de agua potable, y poseia un fondeadero abrigado. Con estas noticias redoblóse la actividad para acabar la balsa, muy adelantada al regreso de las lanchas; y despues de verificado, se distribuyó otro refresco de pan y vino. Todos habian sostenido su promesa de no probar licor. En seguida emprendieron á cargar la balsa con todos los víveres y municiones compatibles con la seguridad de los que debian montarla. Tambien se surtió de víveres y municiones la pinaza y el bote. Las armas en aquella ocasion, constituian tal vez el primer elemento de vida.

En esta disposicion, y tocando á su fin el dia, abandonaron los desgraciados naufragos el Antilope. Los hombres mas vigorosos de la tripulacion se encargaron de remolcar la balsa con la pinaza. La lancha remolcó el bote hasta salvar el arrecife. De este modo arribaron sobre las ocho de la noche al sitio en que quedaron sus camaradas, los cuales en vez de permanecer ociosos, emplearon el tiempo en desembrozarse el suelo, y establecer con una vela una especie de tienda en que poder recibir á sus compañeros de infortunio.

Los que marchaban en la lancha y la balsa, lo pasaron muy trabajosamente hasta salvar el banco de arena, pues los golpes de mar eran demasiado recios, separaban muchas veces á gran distancia una de otra, y se vieron en la necesidad de amarrarse y asirse con todas sus fuerzas para no ser arrebatados de las olas. Los lamentos de los chinos, poco azeados á los peligros del mar, hacian lastimera esta escena. La balsa no fué posible examinarla á la orilla, por lo que hubo necesidad de trasbordar á la lancha los efectos y la gente, y dejarla asegurada despues con un rezo.

Cuando se vieron reunidos todos en tierra, experimentaron una impresion de alegría difícil de explicar: se apretaban con efusion las manos, y cada uno sentia en su alma uno de esos movimientos sublimes que resiste á describir el lenguaje mas tierno y mas enérgico. Distribuyéronse una racion de queso, pan y agua; descargando una pistola sobre una mecha, se proporcionaron fuego, á cuyo calor secaron sus vestidos; acostándose á descansar alternadamente á su rededor y al abrigo de su improvisada tienda de campaña. La noche estaba borrascosa, y por temor de que las embarcaciones padeciesen avería antes de haber estraído cuanto contenian, las arrastraron á la playa; un centinela que relevaban de tiempo en tiempo, estaba al cuidado de evitar ser sorprendidos por los aborígenas de las islas inmediatas.

Al dia siguiente trataron de abordar la balsa con la lancha, pero como el mar estuviese muy ajitado, costó gran trabajo, y se dieron por muy contentos con poder recojer el resto de provisiones que contenia. Cuando el tiempo calmó algun tanto, emprendieron una expedicion hasta el barco para recojer arroz y algunos efectos; pero á su regreso, se apoderó del ánimo de todos el desaliento, al escuchar el informe del contramaestre, que declaró que era im-

posible resistiese el barco los embates del mar, y que en su consecuencia debia renunciarse á la esperanza de ponerle de nuevo á la vela. Esta infausta nueva, que alejaba toda idea de regreso, turbó las imaginaciones de todos, que así se veian separados para siempre del universo, ó entregados á merced de pueblos bárbaros. Al dia siguiente, como el temporal no permitiese salir al mar, se ocuparon en establecer tiendas que les pusieran al abrigo de la intemperie.

Durante la mañana se diviso una piragua que doblaba una punta de tierra para entrar en bahía; al pronto se alarmaron todos y buscaban aprestos de defensa, pero como viese el capitán que no venia mas que otra en su compañía, ordenó que permaneciese quieto todo el mundo hasta ver de penetrar las intenciones de los insulares. Hizo que le siguiera Tom Rose, que hablaba el malayo, y se encaminó al sitio de la ribera á que se dirigian las piraguas; mandó á Tom Rose que les saludara en aquel idioma, pero aún cuando al parecer no le entendian, se detuvieron al escucharle, y á poco preguntaron á su vez si éramos amigos ó enemigos. Tom se apresuró á contestar que éramos amigos, y naufragos desgraciados. Los insulares se hablaron entre sí; un malayo que les acompañaba les enteró de nuestra contestacion, y al punto saltaron al agua y llegaron á la orilla. El capitán salió á recibirlos, les abrazó afectuosamente y les llevó á su tienda, donde presentó á todos sus oficiales y compañeros de infortunio. Hasta ocho ascendia el número de insulares que desembarcaron, y mas tarde supimos que entre ellos venian dos hermanos del rey. El capitán les convidó á almorzar tratándolos del modo mas propio á disipar los temores que concibieron al principio. El malayo que se hallaba entre ellos dijo á los ingleses que él habia mandado un buque chino, y que hacia diez meses habia sido arrojado á la isla Pelew; que los habitantes de aquella isla eran de costumbres dulces y humanas; que apenas habia sabido su rey el naufragio, envió dos piraguas por si podian ser de alguna utilidad á los naufragos.

Todos estos pormenores consolaron á la tripulacion y cada uno se puso á dar gracias á Dios por hallarse entre aquellos hombres de quienes podian esperar socorros. Los isleños eran de color cobrizo y no cubrian ninguna parte del cuerpo; tenian la piel lisa y brillante porque se untaban con manteca de cacao. Solo el hermano mas jóven del rey llevaba barba; los demás, segun costumbre, se la habian arrancado de raiz. Jamás habian visto á europeos; así es que su admiracion fué grande al ver la piel blanca de los ingleses.

El capitán Wilson y su jente, resolvieron acceder al deseo que los naturales habian mostrado al ver un inglés en Pelew, de que se dejaran ver del rey: Wilson eligió á su hermano Matías, que partió con algunos isleños, y el cual debia presentar al rey un pedazo de paño azul, una caja de té y otra de azúcar cande. Acompañó tambien á Matías Wilson el hermano pequeño del rey, pues el otro, que se llamaba Raa-Kuk se quedó con una canoa, tres isleños y el malayo que servia de intérprete. Raa-Kuk

se habia aficionado á los ingleses; queria verlo todo y parecia siempre de buen humor; deseaba que le dieran cuenta de cuanto veia, á fin de imitar lo que hacian los naufragos; informábase del principio y de las causas de sus operaciones, ofreciendo ayudarles en sus trabajos, y hasta soplar el fuego para sus comidas. Este príncipe era comandante de los guerreros del rey su hermano.

Dos dias despues de la partida de Matías Wilson, arribaron dos piraguas cargadas de batatas cocidas y cocos. En uno de estos esquifes venia Arro-Kouker, hermano tambien del rey, acompañado de un jóven de veinte años, sobrino suyo. Este jóven participó á los naufragos por medio de los dos malayos intérpretes, que su padre, el *rupack* de las islas Pelew, pues tal era el título que tomaba el rey, veia con placer á los extranjeros en sus estados, y les hacia saber que eran dueños de construir un buque en la isla donde se encontraban, á menos que no prefiriesen pasar á la en que él tenia su residencia, para estar bajo su proteccion inmediata.

Despues de estas esplicaciones, el capitán Wilson pidió con inquietud noticias de su hermano, á quien no veia. Arro-Kouker le tranquilizó diciéndole que se habia retardado á causa de los vientos, y que indudablemente vendria ya navegando. En efecto, á poco apareció Matías Wilson, y dió á sus compañeros una nueva seguridad de la bondad de los isleños, refiriéndoles la jenerosa acogida que le habian dispensado.

Con tales garantías, se pusieron desde luego los naufragos á construir su buque, que en poco tiempo lograron ver acabado. El mismo rey de Pelew vino con parte de sus súbditos para verlo botar á la mar, lo cual se verificó el 9 de Noviembre, dando al navío el nombre de Oroulong, en memoria de la isla donde habia sido construido. En la mañana del 11 al rayar el dia se vió en el palo mayor una bandera inglesa y se disparó un cañonazo para anunciar la partida. Momentos despues se levó ancla y partió el buque á toda vela, llevando á su bordo á uno de los hijos del rey de Pelew, que quiso á todo trance pasar á Europa. El 30 de Noviembre llegaron felizmente los ingleses á Macao, dirigiéndose en seguida á Canton, desde donde volvieron á Inglaterra.

Li-Bou, hijo del rey de Pelew, murió en Lóndres de una enfermedad de viruelas. Viendo aproximarse su fin, dijo á Mr. Sharp, médico del navío que le habia llevado á Europa: "Buen amigo, cuando vayais á mi país, decid á Abba-Thule, mi padre, que Li-Bou tomar mucha tisana para quitar viruela; pero morir, capitán bueno, madre buena (1). ¡Oh! mucho sentir no poder contar á Abba-Thule cuántas cosas bellas encierra este país..."

XVI.

ESPORADES OCEANICAS.

Comprendemos bajo el nombre de *Esporades Oceanicas* la isla Vaihon ó de Pascua, y la isla Sala

(1) La esposa del capitán Wilson.

y Gomez, que son las dos tierras mas remotas de la Polinesia. Vamos á describir la primera.

La isla Vaihon está situada, segun Beechey, á los veinte y siete grados, seis minutos y veinte y ocho segundos de latitud Sur, y ciento once grados, treinta y dos minutos y cuarenta y dos segundos de longitud Este. Es de forma triangular y tiene cerca de cinco leguas en su mayor anchura: su puerto, que se llama la bahía de Cook, esta á los veinte y siete grados, ocho segundos latitud Sur, y ciento once grados, cuarenta y cinco minutos longitud Este. El punto culminante de la isla se halla á unos mil cien piés sobre el nivel del mar.

Hidi-Kidi (Oedidée), taitiano, que acompañaba á Cook, resumió perfectamente la impresion que produce Vaihon, diciendo: *tuata mailai, uenona ine*: "los hombres buenos, la tierra mala." En efecto, todo anunciaba una antigua civilizacion, perdida para los actuales habitantes, y es que la esterilidad habia cambiado la faz del país. Cook ha calculado la poblacion de aquella isla de seis á siete mil almas; La Perouse en dos mil, y Beechey en mil doscientas sesenta. Segun Roggween, son de estatura gigantesca, pero Beechey dice que no pasa esta de cinco piés y siete pulgadas y media inglesas: un navegante (creemos que sea La Perouse) asegura que viven en comunidad de bienes.

Esta isla, cuyos diferentes nombres europeos tienen la misma significacion, y los ingleses y americanos llaman *Castel-Island* los franceses *Ile de Pâques* (isla de la Pascua) y los naturales *Vaihon*, fué descubierta el dia de la Pascua, 6 de Abril de 1772, por la division holandesa, á las órdenes del almirante Roggween, que la bautizó con el nombre de Paasen (Pascua) en celebridad del dia.

Apenas se presentó su division á la vista de la isla, cuando un natural de elevada estatura y fisonomia agradable, se dirigió á ella en una piragua y subió á bordo sin la menor ceremonia. Aquel hombre, verdadero polichinela segun los jestos y ademanes que hacia, correspondió al recibimiento amistoso que se le hizo con toda clase de demostraciones. Remedaba, como un mono, cuanto veia hacer, y divirtió mucho á la tripulacion. Comió con mucho apetito los manjares que le dieron: pero en lugar de beber el vino que le ofrecieron, se lo echó á los ojos, cosa que escitó la risa jeneral; y mas de un marinero blasfemó contra el pícaro que hacia tan poco caso del jugo divino. Cuando se volvió á tierra, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: *¡odorroga! ¡odorroga!* palabras que espresaban sin duda su despedida ó salud.

No sabemos qué diria á sus compatriotas acerca de la hospitalidad que habia recibido en el navío holandés, y si tentó su codicia ó despertó injustas sospechas sobre las intenciones de los europeos; el resultado es que cuando al dia siguiente saltaron los holandeses á tierra, vieron ajitarse de una manera estraña varios grupos de aquellos insulares, y aún les pareció que sus fisonomias no eran tan simpáticas como la del arlequin de la víspera, resolviendo en su consecuencia precaverse cuanto pudieran de aquella jente. Los hechos justificaron esta descon-

noticias. La isla estaba desierta; en ella habian dejado cinco hombres y las provisiones; estaba surtida de agua potable, y poseia un fondeadero abrigado. Con estas noticias redoblóse la actividad para acabar la balsa, muy adelantada al regreso de las lanchas; y despues de verificado, se distribuyó otro refresco de pan y vino. Todos habian sostenido su promesa de no probar licor. En seguida emprendieron á cargar la balsa con todos los víveres y municiones compatibles con la seguridad de los que debian montarla. Tambien se surtió de víveres y municiones la pinaza y el bote. Las armas en aquella ocasion, constituian tal vez el primer elemento de vida.

En esta disposicion, y tocando á su fin el dia, abandonaron los desgraciados náufragos el Antilope. Los hombres mas vigorosos de la tripulacion se encargaron de remolcar la balsa con la pinaza. La lancha remolcó el bote hasta salvar el arrecife. De este modo arribaron sobre las ocho de la noche al sitio en que quedaron sus camaradas, los cuales en vez de permanecer ociosos, emplearon el tiempo en desembrozarse el suelo, y establecer con una vela una especie de tienda en que poder recibir á sus compañeros de infortunio.

Los que marchaban en la lancha y la balsa, lo pasaron muy trabajosamente hasta salvar el banco de arena, pues los golpes de mar eran demasiado recios, separaban muchas veces á gran distancia una de otra, y se vieron en la necesidad de amarrarse y asirse con todas sus fuerzas para no ser arrebatados de las olas. Los lamentos de los chinos, poco azeados á los peligros del mar, hacian lastimera esta escena. La balsa no fué posible examinarla á la orilla, por lo que hubo necesidad de trasbordar á la lancha los efectos y la gente, y dejarla asegurada despues con un rezo.

Cuando se vieron reunidos todos en tierra, experimentaron una impresion de alegría difícil de explicar: se apretaban con efusion las manos, y cada uno sentia en su alma uno de esos movimientos sublimes que resiste á describir el lenguaje mas tierno y mas enérgico. Distribuyéronse una racion de queso, pan y agua; descargando una pistola sobre una mecha, se proporcionaron fuego, á cuyo calor secaron sus vestidos; acostándose á descansar alternadamente á su rededor y al abrigo de su improvisada tienda de campaña. La noche estaba borrascosa, y por temor de que las embarcaciones padeciesen avería antes de haber estraído cuanto contenian, las arrastraron á la playa; un centinela que relevaban de tiempo en tiempo, estaba al cuidado de evitar ser sorprendidos por los aborígenas de las islas inmediatas.

Al dia siguiente trataron de abordar la balsa con la lancha, pero como el mar estuviese muy ajitado, costó gran trabajo, y se dieron por muy contentos con poder recojer el resto de provisiones que contenia. Cuando el tiempo calmó algun tanto, emprendieron una expedicion hasta el barco para recojer arroz y algunos efectos; pero á su regreso, se apoderó del ánimo de todos el desaliento, al escuchar el informe del contramaestre, que declaró que era im-

posible resistiese el barco los embates del mar, y que en su consecuencia debia renunciarse á la esperanza de ponerle de nuevo á la vela. Esta infausta nueva, que alejaba toda idea de regreso, turbó las imaginaciones de todos, que así se veian separados para siempre del universo, ó entregados á merced de pueblos bárbaros. Al dia siguiente, como el temporal no permitiese salir al mar, se ocuparon en establecer tiendas que les pusieran al abrigo de la intemperie.

Durante la mañana se dividió una piragua que doblaba una punta de tierra para entrar en bahía; al pronto se alarmaron todos y buscaban aprestos de defensa, pero como viese el capitán que no venia mas que otra en su compañía, ordenó que permaneciese quieto todo el mundo hasta ver de penetrar las intenciones de los insulares. Hizo que le siguiera Tom Rose, que hablaba el malayo, y se encaminó al sitio de la ribera á que se dirigian las piraguas; mandó á Tom Rose que les saludara en aquel idioma, pero aún cuando al parecer no le entendian, se detuvieron al escucharle, y á poco preguntaron á su vez si éramos amigos ó enemigos. Tom se apresuró á contestar que éramos amigos, y náufragos desgraciados. Los insulares se hablaron entre sí; un malayo que les acompañaba les enteró de nuestra contestacion, y al punto saltaron al agua y llegaron á la orilla. El capitán salió á recibirlos, les abrazó afectuosamente y les llevó á su tienda, donde presentó á todos sus oficiales y compañeros de infortunio. Hasta ocho ascendia el número de insulares que desembarcaron, y mas tarde supimos que entre ellos venian dos hermanos del rey. El capitán les convidó á almorzar tratándolos del modo mas propio á disipar los temores que concibieron al principio. El malayo que se hallaba entre ellos dijo á los ingleses que él habia mandado un buque chino, y que hacia diez meses habia sido arrojado á la isla Pelew; que los habitantes de aquella isla eran de costumbres dulces y humanas; que apenas habia sabido su rey el naufragio, envió dos piraguas por si podian ser de alguna utilidad á los náufragos.

Todos estos pormenores consolaron á la tripulacion y cada uno se puso á dar gracias á Dios por hallarse entre aquellos hombres de quienes podian esperar socorros. Los isleños eran de color cobrizo y no cubrian ninguna parte del cuerpo; tenian la piel lisa y brillante porque se untaban con manteca de cacao. Solo el hermano mas jóven del rey llevaba barba; los demás, segun costumbre, se la habian arrancado de raiz. Jamás habian visto á europeos; así es que su admiracion fué grande al ver la piel blanca de los ingleses.

El capitán Wilson y su jente, resolvieron acceder al deseo que los naturales habian mostrado al ver un inglés en Pelew, de que se dejaran ver del rey: Wilson eligió á su hermano Matías, que partió con algunos isleños, y el cual debia presentar al rey un pedazo de paño azul, una caja de té y otra de azúcar cande. Acompañó tambien á Matías Wilson el hermano pequeño del rey, pues el otro, que se llamaba Raa-Kuk se quedó con una canoa, tres isleños y el malayo que servia de intérprete. Raa-Kuk

se habia aficionado á los ingleses; queria verlo todo y parecia siempre de buen humor; deseaba que le dieran cuenta de cuanto veia, á fin de imitar lo que hacian los náufragos; informábase del principio y de las causas de sus operaciones, ofreciendo ayudarles en sus trabajos, y hasta soplar el fuego para sus comidas. Este príncipe era comandante de los guerreros del rey su hermano.

Dos dias despues de la partida de Matías Wilson, arribaron dos piraguas cargadas de batatas cocidas y cocos. En uno de estos esquifes venia Arro-Kouker, hermano tambien del rey, acompañado de un jóven de veinte años, sobrino suyo. Este jóven participó á los náufragos por medio de los dos malayos intérpretes, que su padre, el *rupack* de las islas Pelew, pues tal era el título que tomaba el rey, veia con placer á los extranjeros en sus estados, y les hacia saber que eran dueños de construir un buque en la isla donde se encontraban, á menos que no prefiriesen pasar á la en que él tenia su residencia, para estar bajo su proteccion inmediata.

Despues de estas esplicaciones, el capitán Wilson pidió con inquietud noticias de su hermano, á quien no veia. Arro-Kouker le tranquilizó diciéndole que se habia retardado á causa de los vientos, y que indudablemente vendria ya navegando. En efecto, á poco apareció Matías Wilson, y dió á sus compañeros una nueva seguridad de la bondad de los isleños, refiriéndoles la jenerosa acogida que le habian dispensado.

Con tales garantías, se pusieron desde luego los náufragos á construir su buque, que en poco tiempo lograron ver acabado. El mismo rey de Pelew vino con parte de sus súbditos para verlo botar á la mar, lo cual se verificó el 9 de Noviembre, dando al navío el nombre de Oroulong, en memoria de la isla donde habia sido construido. En la mañana del 11 al rayar el dia se vió en el palo mayor una bandera inglesa y se disparó un cañonazo para anunciar la partida. Momentos despues se levó ancla y partió el buque á toda vela, llevando á su bordo á uno de los hijos del rey de Pelew, que quiso á todo trance pasar á Europa. El 30 de Noviembre llegaron felizmente los ingleses á Macao, dirigiéndose en seguida á Canton, desde donde volvieron á Inglaterra.

Li-Bou, hijo del rey de Pelew, murió en Lóndres de una enfermedad de viruelas. Viendo aproximarse su fin, dijo á Mr. Sharp, médico del navío que le habia llevado á Europa: "Buen amigo, cuando vayais á mi país, decid á Abba-Thule, mi padre, que Li-Bou tomar mucha tisana para quitar viruela; pero morir, capitán bueno, madre buena (1). ¡Oh! mucho sentir no poder contar á Abba-Thule cuántas cosas bellas encierra este país..."

XVI.

ESPORADES OCEANICAS.

Comprendemos bajo el nombre de *Esporades Oceanicas* la isla Vaihon ó de Pascua, y la isla Sala

(1) La esposa del capitán Wilson.

y Gomez, que son las dos tierras mas remotas de la Polinesia. Vamos á describir la primera.

La isla Vaihon está situada, segun Beechey, á los veinte y siete grados, seis minutos y veinte y ocho segundos de latitud Sur, y ciento once grados, treinta y dos minutos y cuarenta y dos segundos de longitud Este. Es de forma triangular y tiene cerca de cinco leguas en su mayor anchura: su puerto, que se llama la bahía de Cook, esta á los veinte y siete grados, ocho segundos latitud Sur, y ciento once grados, cuarenta y cinco minutos longitud Este. El punto culminante de la isla se halla á unos mil cien piés sobre el nivel del mar.

Hidi-Kidi (Oedidée), taitiano, que acompañaba á Cook, resumió perfectamente la impresion que produce Vaihon, diciendo: *tuata mailai, uenona ine*: "los hombres buenos, la tierra mala." En efecto, todo anunciaba una antigua civilizacion, perdida para los actuales habitantes, y es que la esterilidad habia cambiado la faz del país. Cook ha calculado la poblacion de aquella isla de seis á siete mil almas; La Perouse en dos mil, y Beechey en mil doscientas sesenta. Segun Roggween, son de estatura gigantesca, pero Beechey dice que no pasa esta de cinco piés y siete pulgadas y media inglesas: un navegante (creemos que sea La Perouse) asegura que viven en comunidad de bienes.

Esta isla, cuyos diferentes nombres europeos tienen la misma significacion, y los ingleses y americanos llaman *Castel-Island* los franceses *Ile de Pâques* (isla de la Pascua) y los naturales *Vaihon*, fué descubierta el dia de la Pascua, 6 de Abril de 1772, por la division holandesa, á las órdenes del almirante Roggween, que la bautizó con el nombre de Paasen (Pascua) en celebridad del dia.

Apenas se presentó su division á la vista de la isla, cuando un natural de elevada estatura y fisonomia agradable, se dirigió á ella en una piragua y subió á bordo sin la menor ceremonia. Aquel hombre, verdadero polichinela segun los jestos y ademanes que hacia, correspondió al recibimiento amistoso que se le hizo con toda clase de demostraciones. Remedaba, como un mono, cuanto veia hacer, y divirtió mucho á la tripulacion. Comió con mucho apetito los manjares que le dieron: pero en lugar de beber el vino que le ofrecieron, se lo echó á los ojos, cosa que escitó la risa jeneral; y mas de un marinero blasfemó contra el pícaro que hacia tan poco caso del jugo divino. Cuando se volvió á tierra, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: *¡odorroga! ¡odorroga!* palabras que espresaban sin duda su despedida ó salud.

No sabemos qué diria á sus compatriotas acerca de la hospitalidad que habia recibido en el navío holandés, y si tentó su codicia ó despertó injustas sospechas sobre las intenciones de los europeos; el resultado es que cuando al dia siguiente saltaron los holandeses á tierra, vieron ajitarse de una manera estraña varios grupos de aquellos insulares, y aún les pareció que sus fisonomias no eran tan simpáticas como la del arlequin de la víspera, resolviendo en su consecuencia precaverse cuanto pudieran de aquella jente. Los hechos justificaron esta descon-

fianza. Jamás se ha podido averiguar cómo empezó la lucha; oyóse un tiro de fusil; cayó muerto un insular, y esta esplosion encendió la guerra. El mismo Roggeween bajó á la cabeza de ciento cincuenta hombres entre soldados y marineros, é hizo fuego á la multitud insolente que rechazaba con la fuerza á unos huéspedes que les hacian el honor de visitarlos, y todo esto sin respeto á la solemnidad de aquel santo dia.

Los indijenas, que no habian comprendido el holandés, comprendieron aquella leccion de política; mostráronse sensibles á ella, y para probar á sus huéspedes su agradecimiento por tantas bondades, se apresuraron á depositar á sus piés cuanto tenian de mas precioso, armas, regalos y provisiones de toda clase.

Desde entonces reinó la buena armonía entre los europeos y los insulares. Los holandeses visitaron libremente la isla y vieron que la tierra estaba bien cultivada, los campos cerrados, y que cada familia ocupaba una cabaña formada de estacas clavadas en el suelo y de una argamasa de barro y limo; sus dimensiones eran de cuarenta á sesenta pies de longitud, por ocho ó diez de anchura.

Los naturales les parecieron vivos y de una fisonomía dulce, sumisa, agradable, modesta y casi tímida; algunos eran morenos; pero la mayor parte tenian la tez de un amarillo oscuro, y cubierto el cuerpo de dibujos de pescados y pájaros.

Segun la relacion del descubrimiento, hacian sus comidas en vasijas de barro, lo que, si es cierto, revelaria una industria bastante adelantada.

En cuanto á las mujeres, juzgáronlas los europeos por medianamente bonitas, y sobre todo, amables, pues recibieron de ellas mil agasajos.

Los ídolos de Vaihon eran estatuas colosales de piedra toscamente labrada que tenian alguna configuracion humana. Los naturales las miraban con profunda veneracion, distinguiéndose entre ellos varios personajes con zarcillos, las cabezas rasuradas y un gorro de plumas negras y blancas, que el almirante Roggeween creyó serian sacerdotes.

El navegante holandés no pudo hacer sino muy breves observaciones sobre Vaihon, de donde tuvo que partir al dia siguiente, por temor al viento del Oeste. Desde aquella época ningun europeo haian vuelto á visitar la isla hasta el mes de Mayo de 1774, en que Cook se detuvo allí ocho dias y recojió facilmente cuantas noticias podia apetecer. Los naturales instruidos por una triste esperiencia de lo que costaba la guerra con los europeos, no se opusieron esta vez á su visita.

Hallaron en todas partes mas hombres que mujeres, lo cual probablemente consistiria en que estas se ocultarian á las miradas de los viajeros. De aquí debió nacer tambien el error en que incurrió Forster, calculando la poblacion en nueve mil almas. El taitiano Hidi-Kidi, sirvió de intérprete á los ingleses y facilitó algo sus relaciones con los insulares, en cuyo lenguaje observó Forster semejanza con el dialecto de Taiti. Segun Cook, llamaban á su isla *Teapi*, y segun Forster *Vaihon*, que es en efecto su verdadero nombre. Vivian entonces bajo la direc-

cion de un jefe llamado Tohi-Tai, cuyo poder muy limitado, consistia mas bien en dar consejos que órdenes.

Los hombres estaban pintarrajeados de la cabeza á los piés, como es uso entre los salvajes; las mujeres lo estaban mucho menos; pero unos y otras tenian el cuerpo cubierto de un color rojizo ó blanco. Los hombres no llevaban ordinariamente otro vestido que un delantal corto, atado á la cintura por medio de una cuerda; otros, y jeneralmente las mujeres, estaban vestidas con una gran pieza de tela que los envolvia todo el cuerpo.

Imposible es dar una idea esacta de los singulares monumentos que existian hace poco en Vaihon, y que los holandeses suponian ser ídolos. Cook los examinó con cuidado en muchos puntos de la isla; eran efijies que tenian los ojos en eclipse, sin frente, con un cuello muy corto, orejas interminables y cabellos ásperos y tiesos; encima de este busto habia un apéndice de piedra de la forma mas estravagante, que ofrecia alguna semejanza con el tocado de los dioses egipcios. Tales eran los monumentos erijidos á la memoria de los hombres mas ilustres del pais. Los naturales daban comunmente á las estatuas los nombres de *Tomo-Ai*, *Tomo-Eri*, *Heathou*, *Marakeina*, *Ouma-Riva* y *Winapou*, sin duda los nombres de los jefes á quienes estaban consagradas, y las comprendian bajo la denominacion de *Arga-Tabou*, que significaba tal vez monumento consagrado ó que debia ser reverenciado. Hoy los habitantes no construyen sino simples mausoleos de piedra en honor de los muertos. Los monumentos vistos por Cook eran muy antiguos.

Segun refiere La Perouse, muchos marineros aventureros han cometido toda clase de violencias contra los habitantes de aquella isla, llegando á escitar una indignacion jeneral entre los indijenas, que desde entonces recibieron muy mal á cuantos europeos arribaban á aquellas costas.

Esta fué la causa de que Kotzebue, que ignoraba tan justos motivos de irritacion contra los europeos, cayera en una especie de celada, cuando ancló en 17 de Marzo de 1816 delante de Vaihon con el navío *Ruick*. A su llegada los naturales le recibieron de la manera mas cordial, ofreciéndole presentes, cambiando algunos productos de la isla por pedazos de hierro; pero cuando los rusos desembarcaron, los cercaron por todas partes y les robaron indignamente, acometiéndolos con una lluvia de piedras y obligándolos á embarcarse de nuevo. Por tanto, Kotzebue no pudo observar á Vaihon; solamente notó que las estatuas habian sido derribadas de sus pedestales.

Despues de Kotzebue, no ha habido mas que un navegante que haya dado nuevos informes sobre la isla de Vaihon, si bien su desembarco no fué mas feliz que el de sus antecesores. Llamábase este marino Beechey, que visitó la isla en 1826, y observó cráteres apagados y cubiertos de verdura, á escepcion de uno solo hácia la punta Nordeste. El terreno le pareció mal cultivado y árido en su mayor parte. Durante este esámen que habia hecho Beechey costeano la isla, vió multitud de indijenas, desnudos los unos, y llevando los otros una especie

de capa á la espalda; describian la misma linea que él, siguiéndole continuamente por tierra hasta el fondeadero de Cook, adonde envió dos lanchas bien armadas para establecer las comunicaciones con ellos. Los europeos fueron acogidos con las mismas disposiciones amistosas que lo habian sido con Kotzebue, acudiendo al punto los insulares con sus mujeres, y cargados de provisiones para cambiarlas por hierro.

Quando los ingleses desembarcaron, conocieron aunque algo tarde, el lazo que se les habia tendido, puesto que fueron acometidos y robados, trabándose una lucha sangrienta, en la que quedó muerto el jefe que la habia provocado. A pesar de esta ventaja, el oficial inglés creyó prudente volverse á su buque, llevándose á todos sus heridos.

Beechey ha trazado en su diario el retrato de aquellos insulares, en quienes halla mucha analogia con los habitantes de la nueva Zelanda. El retrato que hace de ellos es muy favorable. "Son una raza hermosa, dice; las mujeres sobre todo, son agradables; su figura es ovalada; sus facciones regulares, su frente espaciosa, y sus dientes muy blancos é iguales; sus ojos son negros, pero pequeños y algo hundidos. La piel de aquellos naturales es algo mas clara que la de los malayos; la forma general del cuerpo es correcta; los miembros cubren una vigorosa musculatura, y sus cabellos son negros como el ébano.

Despues de la fragata *Vénus*, mandada por el almirante Dupetit-Thouars, hizo escala en Vaihon: su narracion, llena de interés confirma todo lo que sabemos acerca de esta isla, pero añade la descripcion de un baile sumamente original.

XVII.

NUEVA ZELANDA.

Considerada anteriormente á la época que puso en contacto á las naciones salvajes del mar del Sur con los pueblos civilizados, la historia de estas naciones se reduce á muy poca cosa; privados sus habitantes de todo otro medio que el de la palabra para comunicar sus ideas, nada habian imaginado siquiera que se pareciese á los símbolos jeroglíficos, á los nudos ó *quipos*, adoptados por diferentes pueblos, todavia muy próximos al estado de la naturaleza: así es que sus nociones sobre lo pasado no ofrecen en lo general sino tradiciones muy confusas que no tienen hilacion ni coherencia.

La Nueva Zelanda se encuentra particularmente en este caso. Distribuidos sus habitantes en tribus poco numerosas, independientes las unas de las otras, y frecuentemente divididas por guerras sangrientas y destructoras, sus habitantes habian permanecido estranos á toda forma regular de gobierno, al paso que los naturales de las islas de Taiti, Tonga y Havai, reunidos en monarquias mas ó menos poderosas, conservaban un recuerdo mas distinto de las hazañas de sus antiguos soberanos. Durante todo el tiempo que la Nueva Zelanda ha permanecido desconocida á los europeos, las generacio-

nes que han ocupado aquel suelo se han sucedido sin dejar una huella de su existencia; ni un monumento siquiera puede revelar su industria ó sus esfuerzos. Dejando, pues, á un lado esa larga serie de siglos de tinieblas, nos apresuramos á llegar á la época que dió á conocer aquellas rejiones á la Europa civilizada.

Debióse el descubrimiento de la Nueva Zelanda á Tasman, que abandonando el camino abierto por primera vez por Magallanes, y que durante mas de un siglo habian seguido todos sus sucesores, sin alejarse de los dos trópicos, llevó sus investigaciones desde el año de 1642 hácia los mares que ciñen el polo Antártico. La tierra de Van-Diemen fué el primer fruto de sus animosos esfuerzos; pero el descubrimiento de la Nueva Zelanda fué su mas importante resultado. El 13 de Diciembre de 1642 descubrió este navegante por primera vez las montañas de Tavai-Pounamou, algo al Sur del cabo Foul-Wind, y casi en el mismo sitio donde mas adelante vino á encallarse el Astrolabio en aquella costa tempestuosa. Dirijiéndose al Nordeste, llegó el 17 al estrecho de Cook, que tomó por un golfo, y que llamó *Zechaans-Bocht*, y el 18 ancló en una bahía que recibió el nombre de *Moordenar-s-Bay*, en memoria del funesto acontecimiento que señaló aquella arribada.

Los esfuerzos de Tasman para ganar la confianza y amistad de los insulares fueron inútiles; los salvajes se precipitaron sobre una de sus lanchas, mataron á tres holandeses é hirieron mortalmente á otro, viéndose Tasman obligado á valerse de su artillería y á renunciar á bajar á tierra como habia proyectado. Los impetuosos vientos del Oeste y Nordeste le retuvieron todavia algunos dias anclado; despues continuó su ruta al Norte á lo largo de la costa occidental de Ika-na-Mawi, y el 4 de Enero de 1643 descubrió los islotes de Manawa-Tavai. En vano intentó hacer allí aguada, y el 6 de Enero dejó aquella tierra cuya costa habia reconocido en una estension de mas de doscientas leguas.

Mientras que Cook reconocia en el mes de Diciembre de 1769 la costa Nordeste de Ika-na-Mawi, el navegante Surville habia anclado en la vasta bahía de Oudou-oudou, de la que trazó un plano precioso para su tiempo, pero hoy muy imperfecto. Por lo demás, aquella expedicion no prestó otro servicio á los conocimientos humanos: sentimos tambien vernos obligados á decir que la conducta injusta y violenta del capitán francés para con el jefe *Nagui-Noui*, fué acaso la primera causa de los actos de crueldad que tuvieron que sufrir despues los europeos por parte de los habitantes de Wangaroa. Surville es probablemente el navegante cuyo nombre ha quedado impreso en la memoria de los naturales bajo el título de *Stivers*.

Dos años despues su compatriota Marion condujo sus naves á las mismas costas. En 4 de Mayo de 1772 ancló en la bahía de las islas. Los buques franceses habian experimentado averías considerables, y Marion quiso aprovechar las buenas disposiciones de los naturales y las hermosas maderas de arboladura que crecian en sus bosques para reparar

aquellas averías. Por espacio de cuarenta días no se turbó ni un solo instante la buena inteligencia que reinaba entre los insulares y los europeos; la confianza de estos para con sus huéspedes había llegado al más alto grado de abandono y seguridad, pero el 12 de Junio fué asesinado Marion, así como veinte y siete hombres de las dos tripulaciones, sin que ningún motivo aparente hubiese podido provocar aquel terrible atentado de parte de los nuevos zelandeses.

En la relación que dió Rochon al público sobre el viaje de Marion, atribuyó aquella catástrofe á la injusta conducta que Surville había observado dos años antes con Nagui-Noui; su opinión adquirió nuevo grado de verosimilitud, cuando se supo que los habitantes de la bahía de las islas habían declarado unánimemente que Tekouri, autor principal del asesinato de Marion y de sus compañeros, pertenecía, así como sus guerreros, á la tribu de Wangaroa. Nagui-Noui era de aquel país, y tal vez pariente de Tekouri, y en este caso la venganza era justa y honrosa, según las ideas recibidas por aquellos pueblos.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los franceses vengaron á su vez de una manera muy terrible el asesinato de sus compatriotas; muchos pueblos fueron entregados á las llamas; centenares de habitantes pagaron con la vida su perfidia, y todavía hoy sus descendientes no hablan de aquel acontecimiento sino con un terror respetuoso.

Posteriormente se han dirigido en distintas épocas á las costas de la Nueva Zelanda, intrépidos navegantes como Duclesmer y Crozet, Fourneau, Vancouver y otros que han dado algunas noticias sobre los productos naturales de aquel país; pero nada han dicho del estado moral, político y religioso de los habitantes.

Por los años de 1795 fué cuando los balleneros, y sobre todo los pescadores de focas, comenzaron á frecuentar las costas de la Nueva Zelanda, debiéndose á algunos de aquellos aventureros el descubrimiento del estrecho de Foveaux, que separa la isla Stewart de Tavai-Ponnamen, la transformación de la isla de Banks de Cook en una simple península y el descubrimiento de las dársenas de Milford, Chalky, Preirvation, Macguarie, Molineux, Williams, Pegazus, etc.

Establecieron entonces relaciones más frecuentes é íntimas entre los europeos y los nuevos zelandeses; reconocióse que si los últimos eran hombres orgullosos, irascibles é implacables en sus venganzas, podían, tratados con dulzura, hacerse amigos seguros, leales y constantes. Desgraciadamente sus huéspedes los trataban más bien como esclavos que como aliados. Ordinariamente el terror de las armas de fuego comprimía la indignación de los insulares; pero en cuanto hallaban ocasión se apresuraban á vengar sus injurias, según sus ideas de honor, degollando á sus enemigos y devorando sus cuerpos. Sin embargo, en lo jeneral acogieron con alegría á los europeos, porque veían que por su conducto podían proporcionarse los instrumentos de hierro que tanto necesitaban.

Según la relación de algunos navegantes, aquel pueblo de salvajes tiene también su poesía. Acompañan casi siempre sus cantos con bailes, cuyos compases y figuras se ajustan rigurosamente al ritmo y á las palabras del canto. Estas danzas son siempre características, y para ejecutarlas los naturales se colocan en una ó dos filas. Uno de ellos, situado á un lado, entona el canto en tono suave y moderado al principio; los bailarines entonces se ajitan poco á poco, inclinando sus cuerpos hácia atrás, moviendo la cabeza y los ojos de una manera horrible, y como si estuvieran atacados de convulsión; acostumbra también á sacar la lengua todo lo más que pueden; y por último, en ciertos parajes y sin mudar jamás de sitio, dan tan fuertes patadas en el suelo, que resuenan á larga distancia. Cuando aquellos insulares bailan á bordo de un buque, parece que se va á hundir el puente bajo sus piés.

XVIII.

JAVA.—ESCALA EN SAMARANG (1).

La ciudad de Samarang descansa, como Batavia, sobre las márgenes de un río, en un terreno llano y pantanoso. La misma dirección parece haber presidido á la fundación de las dos ciudades, dotándolas de una rada vasta, pero incómoda. El fondeadero de los buques mercantes está á unas tres millas de la ribera, y un poco más lejos el de los buques de guerra; á esta distancia se oculta Samarang á la vista que busca en vano el aspecto de una ciudad grande y populosa. Riberas bajas y uniformes, dominadas por montañas situadas muy lejos en lo interior, forman una rada llena de movimiento. Numerosos *praus*, abriendo sus anchas velas de estera á las brisas bastante regulares de la costa, surcan el mar en todos sentidos; ó bien encallados en el banco de fango, que impide la entrada en el río en las horas de baja mar, forman, esperando el momento del pasaje, grupos inmóviles y pintorescos.

Los *tambanghanes*, lanchas de pasaje de quilla casi chata, son las únicas embarcaciones que pueden atravesar la rada á todas horas, y sorprende verlas atravesar rápidamente con el auxilio de sus velas triangulares la línea de barcos encallados y llegar en pocos momentos hasta las primeras habitaciones de la ciudad, situadas á los dos lados del río que se estrecha considerablemente. Al principio solo se ven miserables barracas construidas de cañas, aunque graciosamente mezcladas con palmeras que proyectan sobre el río sus largas hojas afiladas. Multitud de enredaderas cubren las paredes, y muchas veces su espeso follaje traspasa las empalizadas y viene á caer formando bóveda sobre el río. Al pié de la escala que desciende ordinariamente de aquellas casas al agua, se ven mujeres medio desnudas lavando su ropa ó bañándose á la vista de los que pasan. No lejos de allí cuadrillas de muchachos tienen á todas las horas del día en medio del río, sus

(1) Extracto del viaje al polo Sur y á la Océania, Mr. Desgrat, tomo octavo de la his., nota 4.ª, pág. 275. Gide, editor.

alegres luchas acuáticas, y llenan el aire con el bullicio de sus juegos.

Muy en breve, sin embargo, se desarrolla la escena; las habitaciones son mayores, las calles están pobladas, y se aumenta el embarazo de la circulación por el canal. La rapidez del *Tambanghan* cede por momentos, y solo con mucha dificultad pasa por entre las grandes lanchas amarradas á la orilla y las ligeras canoas que suben y bajan sin interrupción entre las dos estrechas orillas; al fin llega al magnífico barrio Europeo, la colonia opulenta.

Al principio se ven sobre las márgenes del río algunas casas blancas en medio de otras mal construidas; en seguida grandes edificios negros que son los almacenes del gobierno. Una actividad asombrosa anima aquel barrio; por todas partes aparecen tiendas pequeñas, y mercaderes ambulantes circulan por entre la multitud del pueblo vestidos con los trajes del país, chinos ó árabes.

Una larga hilera de grandes y suntuosos edificios compone el cuartel Europeo; sus fachadas están adornadas con hermosas columnas, presentando un efecto agradable á la vista, y formando galerías cubiertas que preservan del sol durante el día, y donde por la noche se disfruta del fresco ambiente de la brisa. Raras son las casas que tienen más de un piso; pero ganan en estención lo que pierden en altura. Esclavos vestidos con largas túnicas de vivos colores y cubiertas las cabezas con pañuelos, obstruyen constantemente los peristilos. Algunas veces sobre el traje indígena de estos criados se ve por una estravagancia de gusto que parece muy de moda atavíos europeos. Los cocheros también, vestidos al estilo del país, cubren su cabeza con el inmenso sombrero de hule y la eucarda negra de los cocheros de Europa. Esta mezcla estravagante no es de las singularidades que menos llaman la atención del extranjero, y esto con harta más motivo, cuanto que ninguno de aquellos hombres lleva calzado, lo que es como en todas las colonias intertropicales una esciancia impuesta á su condición inferior.

En Samarang hay muchas casas espléndidas; pero no se ven monumentos, y solo puede darse este nombre á la iglesia luterana, que levanta hácia el cielo dos campanarios en forma de torres; su bóveda espaciosa y sus naves anchas y bien ventiladas hacen que sea un edificio digno de una gran ciudad.

Las cercanías de Samarang presentan un conjunto de quintas á cual más pintorescas y encantadoras; muchos son los comerciantes que poseen casas de campo; pero la más hermosa sin contradicción es la de Mr. Tissot, llamada *Baudion*. Esta residencia es un verdadero palacio, y según el dicho general, uno de los edificios más hermosos de toda Java. Edificado por un opulento armenio que se arruinó con su construcción, fué vendido más adelante en mucho menos de su valor. Es de forma cuadrada, y no tiene más que un piso de altura; pero con dimensiones colosales. Pabellones reservados á los extranjeros lo flanquean por cada lado, y en lo interior hay vastísimas salas, cuyo pavimento es de riquísima madera, y las cuales por su capacidad pueden servir para una gran recepción ó un magnífico bai-

le. Un peristilo adornado de columnas precede á la entrada y forma una ancha galería donde la brisa circula libremente, y donde bajo aquel ardiente clima se encuentra un refugio contra el calor del día.

La víspera de nuestra partida nos dió M. Tissot un baile en este palacio. La reunión fué muy escogida. La orquesta se componía de malayos; pero los instrumentos eran europeos. Tocó sin descansar aires agradables sin duda, pero singularmente variados; viejos y nuevos; italianos españoles ó franceses, se confundieron sin distinción de origen ó de antigüedad; pero tuvieron el mérito de hacer durar el baile hasta muy avanzada la noche.

Preciso es confesar que cuando despues de un viaje largo logra el navegante hacer escala en un punto donde tiene un gran recibimiento como el que nosotros tuvimos en Samarang, olvida sus padecimientos y trabajos, porque indudablemente es doble el valor de las atenciones y obsequios que recibimos á grande distancia de nuestro país. La franca y cordial acogida que tuvimos en Samarang, no solo de parte de Mr. Tissot, sino también de todos los habitantes, no podía dejar en nuestro corazón sino profundos recuerdos, á pesar de ser tan cortas las horas que permanecemos en aquella rada. Al salir del palacio Baudion á las dos de la mañana, dejamos una reunión en la que muy fácilmente hubiéramos podido creer, al oír hablar nuestro idioma, que nos halláramos en Francia. Estas impresiones agradables nos siguieron hasta que llegamos á bordo de nuestro buque; allí cesó la ilusión; no más mujeres encantadoras; la realidad recobró su imperio ante los preparativos del aparejamiento, y no sin gran dolor dirigimos nuestra última mirada por entre las sombras de la noche, á la gran ciudad dormida.

XIX.

ASESINATO DEL CAPITAN LANGLE Y ONCE MARINEROS EN LA ISLA DE TOU-TOM-ILA.

El 6 de Diciembre de 1780, La Perouse tuvo conocimiento de la isla más oriental del archipiélago de los Navegantes (1); dióse á la vela, y al día siguiente reconoció su punto meridional. No se apercibió de las piraguas que había en el canal; un grupo considerable de salvajes, agarrados circularmente bajo los cocos, parecía gozar sin emoción del espectáculo que la vista de las fragatas la Boussole y el Astrolabio les proporcionaba. Esta tierra, de cerca de cien toesas de elevación, era muy escabrosa y cubierta de enormes árboles. Los franceses

(1) En el día islas de Hamoa y de Samoa. Mr. Rienzi se convenció, despues de haber comparado concienzudamente los mapas y narraciones antiguas y modernas, de que el archipiélago de Samoa, encontrado por Bougainville, es el mismo que Roggeween descubrió en 1772, y que llamó islas Bauman. El célebre geógrafo Malte-Brun coloca á las islas Bauman con las Gotingen y Tienhoven, en el archipiélago de Roggeween; pero estas islas no habiendo sido vueltas á hallar, persistimos, continúa Mr. Rienzi, en nuestra opinión; creemos que las islas que vió el navegante holandés pertenecen al archipiélago de Samoa. La descripción de las islas Bauman corresponde de una manera evidente con la de las de Samoa.

aquellas averías. Por espacio de cuarenta días no se turbó ni un solo instante la buena inteligencia que reinaba entre los insulares y los europeos; la confianza de estos para con sus huéspedes había llegado al más alto grado de abandono y seguridad, pero el 12 de Junio fué asesinado Marion, así como veinte y siete hombres de las dos tripulaciones, sin que ningún motivo aparente hubiese podido provocar aquél terrible atentado de parte de los nuevos zelandeses.

En la relación que dió Rochon al público sobre el viaje de Marion, atribuyó aquella catástrofe á la injusta conducta que Surville había observado dos años antes con Nagui-Noui; su opinión adquirió nuevo grado de verosimilitud, cuando se supo que los habitantes de la bahía de las islas habían declarado unánimemente que Tekouri, autor principal del asesinato de Marion y de sus compañeros, pertenecía, así como sus guerreros, á la tribu de Wangaroa. Nagui-Noui era de aquel país, y tal vez pariente de Tekouri, y en este caso la venganza era justa y honrosa, según las ideas recibidas por aquellos pueblos.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los franceses vengaron á su vez de una manera muy terrible el asesinato de sus compatriotas; muchos pueblos fueron entregados á las llamas; centenares de habitantes pagaron con la vida su perfidia, y todavía hoy sus descendientes no hablan de aquel acontecimiento sino con un terror respetuoso.

Posteriormente se han dirigido en distintas épocas á las costas de la Nueva Zelanda, intrépidos navegantes como Duclesmer y Crozet, Fourneau, Vancouver y otros que han dado algunas noticias sobre los productos naturales de aquel país; pero nada han dicho del estado moral, político y religioso de los habitantes.

Por los años de 1795 fué cuando los balleneros, y sobre todo los pescadores de focas, comenzaron á frecuentar las costas de la Nueva Zelanda, debiéndose á algunos de aquellos aventureros el descubrimiento del estrecho de Foveaux, que separa la isla Stewart de Tavai-Ponnamen, la transformación de la isla de Banks de Cook en una simple península y el descubrimiento de las dársenas de Milford, Chalky, Preirvation, Macguarie, Molineux, Williams, Pegazus, etc.

Establecieron entonces relaciones más frecuentes é íntimas entre los europeos y los nuevos zelandeses; reconocióse que si los últimos eran hombres orgullosos, irascibles é implacables en sus venganzas, podían, tratados con dulzura, hacerse amigos seguros, leales y constantes. Desgraciadamente sus huéspedes los trataban más bien como esclavos que como aliados. Ordinariamente el terror de las armas de fuego comprimía la indignación de los insulares; pero en cuanto hallaban ocasión se apresuraban á vengar sus injurias, según sus ideas de honor, degollando á sus enemigos y devorando sus cuerpos. Sin embargo, en lo jeneral acogieron con alegría á los europeos, porque veían que por su conducto podían proporcionarse los instrumentos de hierro que tanto necesitaban.

Según la relación de algunos navegantes, aquel pueblo de salvajes tiene también su poesía. Acompañan casi siempre sus cantos con bailes, cuyos compases y figuras se ajustan rigurosamente al ritmo y á las palabras del canto. Estas danzas son siempre características, y para ejecutarlas los naturales se colocan en una ó dos filas. Uno de ellos, situado á un lado, entona el canto en tono suave y moderado al principio; los bailarines entonces se ajitan poco á poco, inclinando sus cuerpos hácia atrás, moviendo la cabeza y los ojos de una manera horrible, y como si estuvieran atacados de convulsión; acostumbra también á sacar la lengua todo lo más que pueden; y por último, en ciertos parajes y sin mudar jamás de sitio, dan tan fuertes patadas en el suelo, que resuenan á larga distancia. Cuando aquellos insulares bailan á bordo de un buque, parece que se va á hundir el puente bajo sus piés.

XVIII.

JAVA.—ESCALA EN SAMARANG (1).

La ciudad de Samarang descansa, como Batavia, sobre las márgenes de un río, en un terreno llano y pantanoso. La misma dirección parece haber presidido á la fundación de las dos ciudades, dotándolas de una rada vasta, pero incómoda. El fondeadero de los buques mercantes está á unas tres millas de la ribera, y un poco más lejos el de los buques de guerra; á esta distancia se oculta Samarang á la vista que busca en vano el aspecto de una ciudad grande y populosa. Riberas bajas y uniformes, dominadas por montañas situadas muy lejos en lo interior, forman una rada llena de movimiento. Numerosos *praus*, abriendo sus anchas velas de estera á las brisas bastante regulares de la costa, surcan el mar en todos sentidos; ó bien encallados en el banco de fango, que impide la entrada en el río en las horas de baja mar, forman, esperando el momento del pasaje, grupos inmóviles y pintorescos.

Los *tambanghanes*, lanchas de pasaje de quilla casi chata, son las únicas embarcaciones que pueden atravesar la rada á todas horas, y sorprende verlas atravesar rápidamente con el auxilio de sus velas triangulares la línea de barcos encallados y llegar en pocos momentos hasta las primeras habitaciones de la ciudad, situadas á los dos lados del río que se estrecha considerablemente. Al principio solo se ven miserables barracas construidas de cañas, aunque graciosamente mezcladas con palmeras que proyectan sobre el río sus largas hojas afiladas. Multitud de enredaderas cubren las paredes, y muchas veces su espeso follaje traspasa las empalizadas y viene á caer formando bóveda sobre el río. Al pié de la escala que desciende ordinariamente de aquellas casas al agua, se ven mujeres medio desnudas lavando su ropa ó bañándose á la vista de los que pasan. No lejos de allí cuadrillas de muchachos tienen á todas las horas del día en medio del río, sus

(1) Extracto del viaje al polo Sur y á la Océania, Mr. Desgrat, tomo octavo de la his., nota 4.ª, pág. 275. Gide, editor.

alegres luchas acuáticas, y llenan el aire con el bullicio de sus juegos.

Muy en breve, sin embargo, se desarrolla la escena; las habitaciones son mayores, las calles están pobladas, y se aumenta el embarazo de la circulación por el canal. La rapidez del *Tambanghan* cede por momentos, y solo con mucha dificultad pasa por entre las grandes lanchas amarradas á la orilla y las ligeras canoas que suben y bajan sin interrupción entre las dos estrechas orillas; al fin llega al magnífico barrio Europeo, la colonia opulenta.

Al principio se ven sobre las márgenes del río algunas casas blancas en medio de otras mal construidas; en seguida grandes edificios negros que son los almacenes del gobierno. Una actividad asombrosa anima aquel barrio; por todas partes aparecen tiendas pequeñas, y mercaderes ambulantes circulan por entre la multitud del pueblo vestidos con los trajes del país, chinos ó árabes.

Una larga hilera de grandes y suntuosos edificios compone el cuartel Europeo; sus fachadas están adornadas con hermosas columnas, presentando un efecto agradable á la vista, y formando galerías cubiertas que preservan del sol durante el día, y donde por la noche se disfruta del fresco ambiente de la brisa. Raras son las casas que tienen más de un piso; pero ganan en estension lo que pierden en altura. Esclavos vestidos con largas túnicas de vivos colores y cubiertas las cabezas con pañuelos, obstruyen constantemente los peristilos. Algunas veces sobre el traje indígena de estos criados se ve por una estravagancia de gusto que parece muy de moda atavíos europeos. Los cocheros también, vestidos al estilo del país, cubren su cabeza con el inmenso sombrero de hule y la eucarda negra de los cocheros de Europa. Esta mezcla estravagante no es de las singularidades que menos llaman la atención del extranjero, y esto con harta más motivo, cuanto que ninguno de aquellos hombres lleva calzado, lo que es como en todas las colonias intertropicales una escijencia impuesta á su condición inferior.

En Samarang hay muchas casas espléndidas; pero no se ven monumentos, y solo puede darse este nombre á la iglesia luterana, que levanta hácia el cielo dos campanarios en forma de torres; su bóveda espaciosa y sus naves anchas y bien ventiladas hacen que sea un edificio digno de una gran ciudad.

Las cercanías de Samarang presentan un conjunto de quintas á cual más pintorescas y encantadoras; muchos son los comerciantes que poseen casas de campo; pero la más hermosa sin contradicción es la de Mr. Tissot, llamada *Baudion*. Esta residencia es un verdadero palacio, y según el dicho general, uno de los edificios más hermosos de toda Java. Edificado por un opulento armenio que se arruinó con su construcción, fué vendido más adelante en mucho menos de su valor. Es de forma cuadrada, y no tiene más que un piso de altura; pero con dimensiones colosales. Pabellones reservados á los extranjeros lo flanquean por cada lado, y en lo interior hay vastísimas salas, cuyo pavimento es de riquísima madera, y las cuales por su capacidad pueden servir para una gran recepción ó un magnífico bai-

le. Un peristilo adornado de columnas precede á la entrada y forma una ancha galería donde la brisa circula libremente, y donde bajo aquel ardiente clima se encuentra un refugio contra el calor del día.

La víspera de nuestra partida nos dió M. Tissot un baile en este palacio. La reunión fué muy escogida. La orquesta se componía de malayos; pero los instrumentos eran europeos. Tocó sin descansar aires agradables sin duda, pero singularmente variados; viejos y nuevos; italianos españoles ó franceses, se confundieron sin distinción de origen ó de antigüedad; pero tuvieron el mérito de hacer durar el baile hasta muy avanzada la noche.

Preciso es confesar que cuando después de un viaje largo logra el navegante hacer escala en un punto donde tiene un gran recibimiento como el que nosotros tuvimos en Samarang, olvida sus padecimientos y trabajos, porque indudablemente es doble el valor de las atenciones y obsequios que recibimos á grande distancia de nuestro país. La franca y cordial acogida que tuvimos en Samarang, no solo de parte de Mr. Tissot, sino también de todos los habitantes, no podía dejar en nuestro corazón sino profundos recuerdos, á pesar de ser tan cortas las horas que permanecemos en aquella rada. Al salir del palacio Baudion á las dos de la mañana, dejamos una reunión en la que muy fácilmente hubiéramos podido creer, al oír hablar nuestro idioma, que nos hallábamos en Francia. Estas impresiones agradables nos siguieron hasta que llegamos á bordo de nuestro buque; allí cesó la ilusión; no más mujeres encantadoras; la realidad recobró su imperio ante los preparativos del aparejamiento, y no sin gran dolor dirigimos nuestra última mirada por entre las sombras de la noche, á la gran ciudad dormida.

XIX.

ASESINATO DEL CAPITAN LANGLE Y ONCE MARINEROS EN LA ISLA DE TOU-TOM-ILA.

El 6 de Diciembre de 1780, La Perouse tuvo conocimiento de la isla más oriental del archipiélago de los Navegantes (1); dióse á la vela, y al día siguiente reconoció su punto meridional. No se apercibió de las piraguas que había en el canal; un grupo considerable de salvajes, agarrados circularmente bajo los cocos, parecía gozar sin emoción del espectáculo que la vista de las fragatas la Boussole y el Astrolabio les proporcionaba. Esta tierra, de cerca de cien toesas de elevación, era muy escabrosa y cubierta de enormes árboles. Los franceses

(1) En el día islas de Hamoa y de Samoa. Mr. Rienzi se convenció, después de haber comparado concienzudamente los mapas y narraciones antiguas y modernas, de que el archipiélago de Samoa, encontrado por Bougainville, es el mismo que Roggeween descubrió en 1772, y que llamó islas Bauman. El célebre geógrafo Malte-Brun coloca á las islas Bauman con las Gotingen y Tienhoven, en el archipiélago de Roggeween; pero estas islas no habiendo sido vueltas á hallar, persistimos, continúa Mr. Rienzi, en nuestra opinión; creemos que las islas que vió el navegante holandés pertenecen al archipiélago de Samoa. La descripción de las islas Bauman corresponde de una manera evidente con la de las de Samoa.

hicieron algunos cambios de alhajas de poco valor con los habitantes de la isla, pero pronto se convencieron que eran, como todos los salvajes, ladrones y de muy mala fé (1).

Navegaron para doblar una punta detrás de la cual aguardaban encontrar un abrigo, pero no había ancladero, y se dirigieron entonces hácia fuera del canal, con ánimo de estenderse á las islas del Oeste, que están juntas, y son con corta diferencia tan grandes como la mas oriental: un canal de lo menos cien toesas separa estas dos islas, y se distingue á su estremidad occidental, una isleta que hubiera podido tomarse por algun peñasco, si no hubiera estado cubierta de una rica vegetacion.

Al día siguiente tuvieron noticia de otra isla mayor, era Tou-tom-ila: aunque á distancia de tres leguas de tierra, algunas piraguas vinieron á bordo de las fragatas trayendo cerdos y frutas, probando así la fertilidad y riqueza de aquella isla, que en efecto es muy grande y poblada. Con tantas ventajas no le fué difícil á La Perouse resolverse en la eleccion de fondeadero y mandar anclar delante de Tou-tom-ila.

En la misma tarde, el capitán Langle, embarcado con otros oficiales en tres canoas armadas, fué á reconocer un pueblo populoso, en donde tuvo una amigable acogida. Como la hora era avanzada, los naturales hicieron una hoguera para iluminar el desembarco de sus huéspedes; en esta primera entrevista todo se hizo con el mayor orden, habiendo vuelto las canoas sin ocurrir incidente alguno.

El día siguiente desde el alba, los naturales vinieron á traficar á bordo, cambiando provisiones por objetos de hierro, y sobre todo por abalorios y efectos de vidrio, que preferían á cualquiera otro género; las lanchas fueron á tierra para hacer agua y dos capitanes les siguieron en sus canoas: las relaciones con los habitantes fueron aquel día menos pacíficas; los marinos incomodados de hacer el vallado al rededor del aguada, dejaron penetrar á las mugeres en sus filas, y un salvaje, que se había escurrido por detrás de la lancha, hirió á un marino con una maceta, de la que se había apoderado. En lugar de haber castigado severamente al agresor, La Perouse se contentó con arrojarle al agua: debería haberle tratado con mas rigor para imponer respeto á un pueblo robusto y vigoroso, que hacia alarde de las ventajas de su fuerza corporal, y despreciaba á los extranjeros; hubiera sido menester dar á conocer el poder de los franceses, y el efecto de las armas de fuego de otra manera que echando á volar una ó dos palomas.

Sin embargo, La Perouse, acompañado de algunos hombres armados, visitó el pueblo, resguardado bajo los bosquecillos de árboles de pan; las casas estaban colocadas al rededor de un hermosísimo terreno circular de ciento cincuenta toesas de diámetro; en pié y delante de la puerta de sus casas, todos aquellos salvajes, hombres, mugeres, niños y vie-

(1) Mr. Lafond, alumno de primera clase á bordo del nuevo Astrolabio, fué el 29 de Septiembre de 1838, indignamente robado y asesinado; esta muerte dió ocasion á una expedicion militar que vengó á la víctima.

jos, suplicaban á La Perouse les honrara con su visita; entró en muchas de ellas, todas tenían un techo de pedernales escojidos, levantado á dos piés del suelo, y colgado de esteras muy bien trabajadas; su forma era elíptica, y una línea de troncos de árboles sostenía su tejado de hojas de coco. Para atemperar el vehemente calor del sol, habían colocado muchas esteras finas artísticamente cubiertas unas con otras en forma de escama de pescados, y que se bajaban y subían como nuestras persianas. Este hermoso país reunía la doble ventaja de una tierra fértil sin cultivar y de un clima que no esijia vestido alguno. Árboles de pan, cocos, bananos y naranjas, ofrecen á aquellos afortunados pueblos un abundante alimento. Además, poseen grandes y hermosas tórtolas y llevan consigo lindas cotarras domesticadas. ¿A qué imaginacion no se hubiese presentado aquella tierra privilegiada como la mansion de la felicidad! Pero los franceses pronto se apercebieron que esta no era sino efecto de la inocencia; largas heridas cicatrizadas ó recientes todavía, descubrian entre los salvajes costumbres belicosas y revoltosas, y sus facciones anunciaban gran ferocidad.

A bordo de las fragatas, y durante la ausencia de los jefes, se había todavía revelado mejor. A pesar de la vijilancia de los centinelas, los salvajes se habían escurrido por el puente, habiendo robado aquí y allí algunos efectos, y á la violencia hubiese sido necesario oponer la fuerza. Pero aquellos hombres de formas hereúleas se mofaban de los franceses y se reían de sus amenazas; hubiese sido necesario probar nuestra superioridad por actos de rigor; no se hizo. La Perouse tenía una esperiencia que hacer; costó muy cara á las dos fragatas (2).

La fatalidad parecia impeler al capitán Langle hácia el desastroso acontecimiento que le costó la vida. El día 10 había reconocido un lindo pueblecillo en una ensenada vecina, y queriendo al día siguiente, á pesar de la oposicion de La Perouse, vol-

(2) Del modo que Peron ha considerado á la opinion mas esparcida de que el hombre por naturaleza es siempre bueno, que no hace el mal sino para vengarse, es un error que ha costado la vida á muchos viajeros. Creemos que estos hombres poseen sentimientos morales, porque nuestra educacion, desde la infancia, los ha impreso en nuestro corazon; los juzgamos bajo nuestro punto de vista, es decir, segun nosotros mismos; nunca paramos la atencion en si poseen ó no el mas pequeño bosquejo de estos excelentes principios que hacen que el hombre conserve el bien para el bien, perdona jenerosamente una ofensa y desprecie la venganza, reprima su cólera para conservar intacta la fuerza de su inteligencia. Muchas veces entre estos hombres, hemos tomado la astucia y el disimulo por la magnanimidad. Estos son los que se dejan dominar por el tropel de deseos que aquel momento ha inventado, los cuales tratan de satisfacer instantáneamente. Guardémosnos de ocuparnos de estos halagüenos cuadros, cuya narracion, ciertos autores han enriquecido con solo el objeto de reproducir la edad de oro, y representar escenas de gloria terrestre. Todo esto pertenece á la novela: cuando se nos proporciona viajar, pronto nos cercioramos de la realidad, sin apellidarse al hombre *natural*, del modo que hemos convenido llamarle poéticamente *bárbaro*; porque francamente, nada es menos natural que un ser razonable que no hace uso de toda su razon.

El medio de no ser víctimas de los salvajes, es recorrer su país en reunion de dos ó tres personas, manifestarles siempre un aire severo y desagradable; fijar imperiosamente y sin cesar la vista sobre ellos; no disparar todas las armas á la vez. Ciertamente, siguiendo esta marcha, se llega á desembarazarse pronto de la multitud importuna, no conservando á su lado sino guías que el atractivo de alguna retribucion los proporciona siempre. En estos casos un bolsillo es la mejor brújula.

ver á él el 11 hácia el medio día, las dos lanchas de las fragatas y las dos canoas, montadas por sesenta y una personas, lo mas selecto de las tripulaciones, á las órdenes de Langle, dejaron el ancladero para hacerse á la aguada y llegar al pueblo que este oficial había descubierto la vispera; las embarcaciones iban armadas de pedreros, y los marineros llevaban fusiles y sables; apenas llegaron al sitio donde desembarcó la vispera Langle, en lugar de una bahía vasta y cómoda que creía encontrar, no vió sino una ensenada llena de corales, en la cual no se podia penetrar mas que por un canal estrecho y tortuoso: el capitán, que había reconocido aquella bahía en la mar alta, no suponía que en aquellas islas la marea subiese de cinco á seis piés; quiso desde luego retroceder y volver á la primera aguada que reunía todas las ventajas; pero las buenas disposiciones de los naturales que le aguardaban en la playa con gran cantidad de frutos y cerdos, le inspiraron confianza. Desembarcaron las pipas en el agua, establecieron una línea de soldados para proteger á los trabajadores, y la operacion empezó tranquilamente. En la primera hora, el número de los naturales solo subía á poco mas de doscientos, y ningún peligro existía para Langle con los medios de defensa que tenía en su poder; pero poco á poco, fueron llegando de todos lados numerosas piraguas, y pronto mil quinientos insulares cubrieron la playa y embarazaron el pequeño ancon; entonces comenzó el desorden y la confusion. Por último, Langle, mal aconsejado, distribuyó presentes á los hombres que tomó por jefes.

Esta largueza á nadie satisfizo, ni á los obsequiados ni á los que no lo fueron. Estos últimos, al contrario, se picaron de envidia soberbiamente, y desde entonces el conflicto llegó á ser inevitable.

Langle había mandado la retirada hácia las lanchas, y los salvajes no la descompusieron; solamente sí entraron en el agua y siguieron á los franceses, obligados á andar algun tiempo por la mar, para reunir las embarcaciones; en esta travesía, los fusiles y los cartuchos se humedecieron. Todo quedó en calma, hasta que se dió la orden de levantar los rezones y poner las lanchas á nado; desde aquel momento, algunas piedras fueron arrojadas. Langle contestó con un tiro al aire, que fué la señal de un ataque jeneral por parte de los indijenas, un granizo de piedras lanzadas desde muy corta distancia con hondas, alcanzó casi á todos los que estaban en la lancha; el capitán, herido de una, cayó á babor, en donde mas de doscientos salvajes se echaron sobre él, asesinandole á macanazos. Así que murió, aquellos salvajes ataron su cuerpo á la lancha para utilizarse con mas seguridad de sus despojos; cerca del comandante, y sorprendidos como él, cayeron tambien el naturalista Lamanon, el capitán de armas Talin y muchos marineros. Por todos lados se veian naves de salvajes esparcidas aquí y allí.

Atacados por derecha é izquierda, por delante y por detrás, los de la tripulacion no sabian ya ni á quien obedecer, ni cómo defenderse; era un horrible combate, una mezcla sangrienta y confusa, en que la ventaja de la situacion y del número debía anu-

lar y dominar la superioridad de las armas de fuego.

No podían á la vez libertar las lanchas encalladas y defenderse contra los ataques de los naturales. El teniente Boutin, que mandaba la segunda lancha, mandó hacer fuego; á la distancia de cuatro ó cinco pasos, cada disparo debía matar un salvaje, pero no tuvieron tiempo para volver á cargar; las lanchas fueron evacuadas, y consiguieron reunirse á nado y felizmente las canoas restantes. Este movimiento produjo un entretenimiento útil; los salvajes llevados por la pasion al robo, se precipitaron sobre las embarcaciones abandonadas, disputándose con encarnizamiento hasta la cosa mas pequeña, cual una nube de aves de rapiña que se precipita sobre cadáveres; en pocos minutos, las embarcaciones fueron destrozadas, y ocupados en esta obra de destruccion, los agresores olvidaron á los tripulantes fujitivos; estos, en el momento que llegaron á sus canoas, arrojaron á la mar todas las pipas de agua, con objeto de aligerarse de peso y colocar á todos con comodidad; despues tomaron el rumbo hácia lo mas ancho. En lo mas estrecho del paso, un incidente pudo haber comprometido por segunda vez la vida de aquellos desgraciados; la canoa del Astrolabio encalló: por dos lados del canal, y á unos diez pasos de distancia, un banco de arrecife permitía á los insulares emprender un nuevo ataque contra los fujitivos. El robo de las lanchas había concluido, y esta masa de salvajes embriagados del primer suceso, estaban dispuestos para un segundo saqueo. En efecto, corrieron profiriendo gritos horribles, creyendo tener una nueva presa, y poder cortar la retirada á los franceses; pero varias descargas hechas en direccion de los salvajes, salvaron á nuestros marinos de una inmediata catástrofe.

Cuando estas embarcaciones llenas de heridos llegaron á bordo, y se les notificó el trájico suceso que había tenido lugar, un grito de venganza resonó en todos los tripulantes; al rededor de los navios había cien piraguas, en donde los naturales vendían las provisiones con una seguridad que probaba la inocencia; eran los hermanos, los hijos, los compatriotas de los bárbaros que acababan de cometer el crimen mas odioso; hubiese sido una hecatombe ofrecida á los manes de las víctimas! Ya los soldados se habían apoderado de sus fusiles y cargado los cañones; pero La Perouse, siempre humano, detuvo aquellos movimientos naturales de venganza. Se contentó con tirar un cañonazo de pólvora, para dispersar las piraguas; en menos de una hora todas habían desaparecido.

La Perouse formó en seguida el proyecto de mandar una nueva expedicion para vengar á sus desgraciados compañeros, y recoger los despojos de sus lanchas. Con esta intencion se aprocsimó á la costa para buscar un anclaje, pero no encontró sino el mismo fondo de coral que Langle. Por otra parte, cedió á las representaciones del teniente Boutin, que le hizo observar que si las canoas tenían la desgracia de encallar, no volvería ni un solo hombre, porque los árboles que tocaban casi la orilla del mar, poniendo á los salvajes á cubierto de la fasilería, dejarían á los franceses despues de su desembarco, es-

puestos á una nube de piedras. Despues de dos dias de perplejidad, tuvieron que abandonar aquellos sitios funestos, que recibieron el nombre de *Isla del Asesinato* (1).

El 14 de Diciembre se dió la órden de aparejar, dirijiéndose hácia la isla de Opolou, distante nueve leguas de la isla de Tou-tom-ila; á la distancia de tres leguas rodearon á las fragatas un sin número de piraguas cargadas de provisiones de todos jéneros; los salvajes que las montaban tenian el mismo tipo exterior que los de Tou-tom-ila; pero sus maneras eran mas dulces, reinando mas tranquilidad en los cambios.

Por la tarde, las fragatas se pusieron al páro por lo ancho del pueblo, el mas estendido quizás de cuantos habia en ninguna isla de la mar del Sur; ocupaba este una vasta llanura cubierta de chozas desde la basa de las montañas hasta la orilla del mar. Estas montañas se hallan casi en medio de la isla, desde donde el terreno, formando un declive suave, presenta á los navios un anfiteatro lleno de árboles, de casas y de verdor; se veía elevarse el humo del seno de aquel pueblo, como del medio de una ciudad; la mar se encontraba inundada de un sin número de piraguas, unas atraídas por curiosidad, otras por el deseo de comerciar. Estos salvajes no tenian conocimiento alguno del hierro; constantemente rechazaban lo que se les ofrecia, prefiriendo un grano de vidrio á una hacha, y no buscaban en los cambios sino superfluidades. Entre bastante número de mujeres, La Perouse distinguió á dos ó tres de una fisonomía agradable; sus cabellos adornados de flores y de una cinta verde en forma de venda, estaban trenzados con yerba y musgo; su talle era elegante, sus ojos, sus fisonomías, sus acciones anunciaban la dulzura, mientras que las de los hombres espresaban la sorpresa y ferocidad. A la entrada de la noche, la expedición continuó su camino retirándose de la isla, y las piraguas volvieron á tierra. Al dia siguiente, pasaron por la isla de Sevai sin detenerse: la catástrofe de Tou-tom-ila (2) era conocida probablemente en esta isla, pues ninguna piragua visitó á las fragatas.

Sevai, mas pequeña pero tan bella como la populosa Opolou, está separada por un canal de cerca de cuatro leguas, dividida por dos islas bastante considerables; una de ellas bastante baja y muy adornada, está probablemente habitada. En la costa del Norte de Sevai, como en la de las demás islas de aquel archipiélago, á no ser volviendo la punta Oeste de esta isla en donde se encuentra la mar en calma y sin escollos, no es posible abordar.

El archipiélago de los Navegantes de Bougainville se compone de siete islas, situadas hácia el décimo cuarto grado de latitud Sur, y entre los ciento setenta y uno á ciento setenta y cinco de longitud occidental; estas islas forman uno de los grupos ma-

(1) Un inglés llamado Frazier, establecido seis años hacia en Opolou, dijo á d'Urville en 1838, que dos franceses sobrevivieron al desastre del capitán Langley; que uno de ellos se casó y tuvo dos hijos, de los cuales uno vivia todavía.

(2) Manoa es el nombre colectivo de tres islas pequeñas: Olo-singa, To-ho, Fetí-houta.

hermosos de los mares del Sur. Los habitantes son bien formados, su talla ordinaria es de cinco pies y diez á once pulgadas; pero no se admira uno tanto por la estatura, sino por las proporciones colosales de sus miembros. Los hombres tienen todo el cuerpo pintado, de manera que cualquiera creeria que estaban vestidos, siendo así que se hallan casi desnudos; tan solo llevan un cintó al rededor de los riñones, de yerbas marinas, que les baja hasta las rodillas, haciéndoles parecer á los caudalosos rios de la fábula que nos representan cubiertos de cañas. La talla de las mujeres es proporcionada á la de los hombres.

Estos pueblos poseen ciertos artes que cultivan con buen éxito; ya hemos visto con qué elegancia construyen sus casas. Vendieron á los franceses por algunos granos de vidrio, grandes platos de madera de kaya, de una sola pieza, y tan pulimentados que parecian estar dados con barniz. Hacen tambien esteras muy finas, trenzadas como nuestros tapices afelpados, y algunas telas hechas de papel, como en toda la Polinesia, con corteza del *broussonetia papyrifera* y del *thelesia populnea*, con las cuales los jefes se cubren el cuerpo en forma de saya.

Su lengua es un dialecto del lenguaje de las islas de la Sociedad y de los Amigos.

De los mil quinientos á mil ochocientos insulares que á los franceses se dieron á conocer, solamente unos treinta se anunciaron como jefes; tenian establecida su especie de policía, repartiéndoles muy á menudo sendos palos; pocas veces eran obedecidos, violando la órden tan pronto como la habian dado. Con razon les llamó Bougainville navegantes; todos los viajes se hacen en piraguas; jamás van á pié de un pueblo á otro. Todos estos pueblos están situados en ensenadas sobre la orilla del mar, y no tienen camino sino para penetrar en lo interior del pais. La Perouse no tuvo ocasion de ver algun entierro, y así no fué testigo de ninguna de las ceremonias religiosas. Dijo D'Urville, que abordó á Opolou en el mes de Setiembre de 1837, que por una singular escepcion los samoenses no tenian culto alguno.

XX.

ALEJANDRO SELKIRKE.—SOLITARIO EN LA ISLA JUAN FERNANDEZ.

El primer europeo que se estableció en esta isla fué Juan Fernandez, jefe de muchas familias, las cuales permanecieron en ella hasta que Chile fué conquistado; pasó entonces al continente, quedando por consiguiente aquella enteramente desierta. Sin embargo, algunas cabras que quedaron, multiplicáronse con tanta mas facilidad cuanto que si se esceptúa el gato doméstico, no encierra animal alguno; tierra nueva y llena de riquezas solamente necesitaba un propietario. Este llegó por fin.

En 1705 un escocés llamado Alejandro Selkirk á bordo del buque inglés los Cinco-Puertos, tuvo una disputa con su capitán *master* Strading, y previen-

do que habian de resultar otras incomodidades mayores en el transcurso del viaje, pues no era aquella la primera, y como á la sazón se hallaran delante de la isla, pidió que le condujesen á ella, gustoso de vivir mejor solo y á merced de sus necesidades, que soportar mas tiempo la brutalidad del capitán. deseoso éste de separarse del escocés, apresuróse á entregarle sus vestidos, su cama, su escopeta, pólvora, balas, tabaco, una hacha, una Biblia y algunas otras obras piadosas, conduciéndole en una lancha hasta la costa. Cuando Selkirk se vió en ella, y los marineros que le habian conducido se separaban de la playa, comenzó á considerar su soledad y la dificultad de proporcionarse compañía: se estremeció, y rogó al capitán que le permitiera volver y olvidase lo pasado; pero Strading, sin escucharle, continuó dirigiéndose hácia el buque, viéndole Selkirk desaparecer con rapidez. Sin duda la Providencia creyó deber castigar su crueldad, porque poco tiempo despues dió al traste y pereció con la mayor parte de su tripulacion.

Selkirk, despues de haber permanecido algun tiempo en la costa, pensó en los medios de asegurar su existencia en aquella tierra. Con ayuda de su escopeta se apoderó de una cabra; despues, frotando dos pedazos de leña hizo fuego y preparó su primera comida. Se echó en el campo sin temor alguno, creyendo no encontrarse con ningun animal dañino. La isla de Fernandez tiene de cinco á seis leguas de lonjitud y una ó dos de latitud. Selkirk habia arribado allí en otro viaje para hacer agua, habiendo dejado á dos hombres, los cuales vivieron seis meses en ella.

La belleza del sitio y la dulzura del clima dispensaban á nuestro solitario que se tomara el cuidado de proporcionarse una habitacion; construyó dos pequeñas chozas con ramas de árboles, las cuales cubrió con una especie de helechos (1) duplicándolos con pieles de cabras. Estas dos chozas se hallaban á corta distancia una de otra, guisaba en la mas pequeña, y la mayor destinó para su dormitorio, eligiéndola tambien para pasar los momentos de meditacion.

La falta de pan y de sal hacia que su alimento fuese muy poco apetitoso: así es que no comia mas que cuando la necesidad le obligaba; se servia para cocer su comida de la madera de un árbol que despedia un olor aromático que gustaba mucho de él. Abundaba en pescados, pero hacia poco uso de ellos: le gustaban mas los cangrejos de arroyo (2) que, en la isla Juan Fernandez, son de un gusto exquisito y bastante gordos; unas veces los comia cocidos, otras asados, así como la carne de las cabras. Poco á poco fué acostumbrándose á su nuevo género de vida, hallándola últimamente muy buena. Además de exquisitos nabos, tenia en abundancia escelentes chu-

(1) Hay tres especies: doce á quince helechos son duenos de mas de la mitad del suelo; entre otros una peperonia que recuerda la vejetacion de Taiti; lo restante está cubierto ó enteramente desnudo de plantas.

(2) Son numerosos y cristalinos; la elevada costa de la isla abunda en cascadas que desde la mar hacen un efecto encantador.

pones (3), los cuales sazónaba con frutas de tres clases.

Tambien producía la isla otra fruta muy agradable al gusto, pero no era tan fácil de cojer como los nabos y chupones que se hallaban á la mano, porque cruzaba la cima de las montañas y de los peñascos: esta fruta es el *myrtus ugni*.

Selkirk gozaba de todo el vigor de su juventud, no llegaba á los treinta años. Tuvo que hacer uso de su destreza y agilidad, pues pronto apró su provision de pólvora: corriendo tras de las cabras y repitiendo este ejercicio con bastante frecuencia, se hizo tan ágil, que llegó hasta alcanzarlas á la carrera. Cierta dia que persiguió con ardor á un animal de aquellos, fué menester bajar en el fondo de un precipicio, cuyo borde estaba cubierto de agujeros; con la precipitacion rodaron al fondo los dos, habiéndose lastimado Selkirk y perdido enteramente el conocimiento. Cuando recobró los sentidos, se halló encima de la cabra que estaba muerta, permaneciendo en aquella postura sin poderse mover mas de veinte y cuatro horas, y necesitando diez dias para salir de la escabrosidad del terreno. Este fué el solo incidente que le acaeció durante su permanencia en la isla Juan Fernandez.

Como corria tanto por los bosques y montes, llegóse á quedar sin zapatos y vestidos, habiéndose procurado con maña una casaca y una gorra de pieles de cabra, sirviéndole de aguja un clavo. Se hizo tambien camisas con la tela que conservaba, y las cosió con el hilo que entresacó de sus vestidos viejos. Resignóse á andar con los piés descalzos como los salvajes, habiéndose llegado á acostumbrar de manera que corria sin temor ni peligro alguno por las piedras; la piel de sus piés se llegó á endurecer tanto como el cuero.

Habia encontrado en la ribera algunos aros de hierro; los dividió en pedazos, adelgazándolos lo mas que pudo, formando un cuchillo, pues el que tenia era inservible; con dos piedras le aguzaba. La necesidad despertó su industria; pero esta necesidad era poco urgente, atendida la dulzura del clima y á los muchos beneficios que la Providencia derramó sobre aquella isla. Nuestro solitario tenia mucho tiempo sobrante, que no sabia como emplearlo. Al principio una melancolía profunda le tenia abatido, y por decirlo así inmóvil en la playa, pero poco á poco se familiarizó con su posicion, y fué creándose distracciones; grababa su nombre en los árboles con la fecha de su destierro; enseñaba á bailar á los cabritos y á los gatos que habia domesticado. Estos últimos animales le fueron muy útiles contra una multitud de ratones que le rodeaban haciéndole la guerra. Estas dos especies eran muy numerosas, y se habian multiplicado estraordinariamente. Los ratones, atrevidos y hambrientos, venian por la noche á roer los vestidos y los piés del pobre Selkirk; para desembarazarse de estos enemigos que parecia que querian devorarlo vivo, atrajo á los gatos repartiéndolos todos los dias su caza entre ellos; poco á

(3) Este árbol que he visto sin flor forma un nuevo género de palmitos.

poco, familiarizándose con el solitario, vinieron á acostarse al rededor de su cabaña, consiguiendo por este medio librarse de sus enemigos comunes.

Pero una de las mas importantes y mas dulces ocupaciones de Selkirk era dirigir sus oraciones y acciones de gracias á la Providencia, que velaba por él. En la desgracia el hombre siente todo el poder de la religion; cuando se encuentra abandonado de sus semejantes, Dios vela por él, y este pensamiento basta para hacerle soportar todo jénero de males. Selkirk cantaba salmos y buscaba en la Biblia los pasajes que consolaban mas sus penas. Y así por su industria y por su resignacion habia llegado á ser tan dichoso cual podia desearlo en su aislamiento; gozaba de la abundancia de los primeros bienes, y aguardaba con paciencia á que Dios cambiase su situacion.

Confiaba que algun navio se aproximara á la costa de su soledad; esta esperanza estaba muchas veces á punto de ser realizada; pero las embarcaciones pasaban por delante de la isla sin reparar en el fuego de la orilla. No obstante, dos se aproximaron para hacer agua. Incierto á qué nacion pertenecian, se acercó á ellas con desconfianza; algunos españoles que habian desembarcado ya, tan pronto como le aperecieron se echaron sobre él, persiguiéndole hasta el interior de los bosques, y viéndose perdido, trepó por un arbol: por mas que corrieron á su rededor y mataron gran numero de cabras á su vista, no pudieron dar con su paradero. En aquel tiempo la España estaba en guerra con la Inglaterra, y Selkirk, que conocia la desconfianza de los españoles, quiso mejor morir en su isla que caer en las manos de sus enemigos, porque no habrian dejado de matarle por temor de que diese noticias en la mar del Sur.

En fin, en 1709, dos navios notaron el fuego que habia encendido, y se acercaron en la persuasion de que eran embarcaciones inglesas, lo cual era cierto. Estos dos navios, destinados á hacer aprehensiones en la mar del Sur, estaban mandados por Woodes Rogers, y tenian por primer piloto al famoso viajero Guillaume Dampier. Selkirk, habiéndose asegurado que los marineros que se acercaban eran ingleses, corrió á su encuentro, y tuvo la dicha de hablar á dos hombres despues de cuatro años y algunos meses de soledad absoluta. Rogers le acogió con mucha humanidad, y por recomendacion de Dampier, que le habia conocido algunos años antes, le dió el empleo de contramaestre.

Rogers, á la vista de aquel acontecimiento hizo reflexiones que, aunque muy sencillas, eran del caso. "Podemos poner por ejemplo á Selkirk, ha dicho, para probar que la soledad y el retiro no es un estado tan triste como la mayor parte de los hombres se imaginan: una desgracia evita muchas veces otra mayor, puesto que el navio de su capitán se desgració en seguida, y toda la tripulacion pereció. Por otro lado, la destreza que ha tenido para suministrarse recursos, aunque muchas veces desprovisto de las luces del arte, nos prueba que la necesidad es la madre de la industria. Ademas, tan sóbrio como era, desde que recobró el uso de nue-

tras carnes y licores, perdió mucha fuerza y actividad; prueba convincente que el alimento mas sencillo y temperante conserva la salud y el vigor del alma; en lugar de que la variedad de nuestros manjares y bebidas, sobre todo, si es con exceso, desgasta ambas cosas, las mas preciosas del hombre."

Esta aventura de Alejandro Selkirk recuerda la historia tan interesante, y al mismo tiempo tan moral de Robinson Crusoe; en efecto, es la relacion de aquella aventura la que proporcionó á Daniel de Foe la idea de componer su Robinson; han supuesto que habia conocido á Selkirk, y que este le habia confiado sus papeles. Selkirk fué bastante menos industrioso que Robinson, y debemos acusarle por la abundancia en que se hallaba su isla; no necesitaba molestarse mucho para procurarse lo que necesitaba. Empero, es necesario admirarse que un marino, teniendo buenos troncos de árboles á la mano, no haya tratado de hacerse una piragua: con el fuego y herramientas de basalto bien cortadas, es fácil ahuecar el árbol mas duro. Juan Fernandez abunda en piedras de aquella naturaleza, porque esta isla pertenece toda ella á las formaciones volcánicas antiguas. Una piragua le hubiera hecho menos costoso y mas pronto el transporte de un punto á otro lejano.

Por falta de embarcacion, no pudo cazar á la *foca con trompa*, que muchas veces la vió en lo alto de los acantilados, refocilándose sobre la playa.

XXI.

EL CAPITAN COOK.

Santiago Cook nació en Octubre de 1728 cerca de Whythy, en el condado de York, siendo aún muy joven, le pusieron sus padres en casa de un mercader de un pueblo inmediato; pero como no habian consultado su vocacion, no tardó en abandonar el mostrador, y se ajustó por nueve años en un buque que hacia el comercio del carbon. Al empezar la guerra de 1755 entró al servicio del rey á bordo del Aguila, mandado entonces por el capitán Hammer, y despues por sir Hugh Paliser, que muy en breve descubrió su mérito y le colocó en el castillo de popa.

En 1758 era master del Northumberland, navio del lord Colville, que mandaba á la sazón la escuadra estacionada en la costa de América. Allí fué donde leyó á Euclides por primera vez, y se entregó al estudio de las matemáticas y de la astronomía sin mas auxilio que el de algunos libros y el de su propia intelijencia. Al mismo tiempo que cultivaba su talento de esta suerte y subsanaba las faltas de su primera educacion, tomaba parte en las escenas mas activas y penosas de la guerra de América: en el sitio de Quebec le encomendó á sir Carlos Sanders servicios de la mayor importancia, y el valor y destreza con que desempeñó sus diferentes comisiones le granjearon la amistad de sir Carlos Sanders y de lord Colville, que continuaron protejiéndole hasta su muerte, y le dieron siempre seña-

ladas muestras de afecto. Concluida la guerra, le enviaron á solicitud de lord Colville y de sir Hugh Palliser, á reconocer el golfo de San Lorenzo y las costas de Terranova; trabajo que le ocupó hasta 1767. En esta época sir Eduardo Hawke le nombró comandante de una espedicion en los mares del Sur con objeto de observar el paso de Vénus por encima del disco del sol y descubrir en seguida nuevas tierras.

Sus servicios desde aquella época fueron brillantes y célebres. Acaso no hay ciencia que mas haya dado á un solo hombre como la jeografía al capitán Cook. En su primer viaje al mar del Sur descubrió las islas de la Sociedad, menos la de Taiti, que lo fué por Wallis; probó que la Nueva Zelanda forma dos islas, y reconoció el estrecho que las separa; en seguida recorrió toda la costa oriental de la Nueva Holanda, desconocida hasta entonces, y añadió á las cartas de aquella parte del globo una estension de veinte y siete grados de latitud ó de mas de dos mil millas.

Su segundo viaje al rededor del mundo resolvió el gran problema del continente austral, porque atravesó el hemisferio Sur entre el 40 y 70 paralelo, demostrando que no puede haber allí continente, á menos que no se encuentre cerca del polo, y en parajes innacesibles á los buques. Descubrió la Nueva Caledonia, la mas estensa isla del Océano Pacífico, despues de Nueva Zelanda; descubrió también la isla de la Georgia y una costa nueva que llamó tierra de Sandwich. Despues de haber visitado dos veces los mares del trópico, fijó la posicion de las tierras observadas en otro tiempo por los navegantes, y halló muchas que eran desconocidas.

Su tercer viaje fué el mas notable de todos por la estension é importancia de sus descubrimientos. Además de muchas pequeñas islas que halló en el Océano Pacífico del Sur, descubrió al Norte de la línea equinoccial el grupo llamado islas Haonai, cuya posicion y productos prometen mas ventajas á la navegacion de los europeos que ninguna otra de las tierras del mar del Sur. Descubrió despues la parte de la costa occidental de América, hasta entonces desconocida, desde el 43° de latitud Norte, es decir, sobre una estension de mas de tres mil quinientas millas. Señaló la proximidad de los continentes de Asia y América; recorrió el estrecho que los separa, y marcó las tierras de cada lado á una grande altura, para demostrar que "el Gran Océano comunica por este estrecho con el mar Glacial del Norte, y que era probable que el Atlántico que debe ser considerado como el mas anchuroso canal para la salida de las aguas del mar Septentrional, estuviese en comunicacion por medio de este inmenso mediterráneo, bien fuese por el Este ó por el Oeste, con el Grande Océano. Esto es lo que en efecto está demostrado, por mas que los esfuerzos de los navegantes no les hayan permitido todavía atravesar el mar Glacial del Este al Oeste ó del Oeste al Este."

En este viaje fué donde el intrépido Cook halló una muerte funesta en la isla Hawai, una de las is-

las Sandwich. En Julio de 1776 se dió á la vela mandando las dos fragatas la *Resolucion* y el *Descubrimiento*, con el objeto de recorrer la costa Oeste de la América Septentrional, despues de haber hecho escala en Taiti y en las islas de la Sociedad. El 12 de Agosto de 1777 vieron los ingleses á sus buenos amigos los taitianos, quienes los recibieron con la mayor cordialidad. El 17 de Enero de 1779 ancló el capitán Cook en la bahía, situada en la costa occidental de la isla Hawai, cuyos habitantes se mostraron al principio pacíficos y complacientes con los europeos; pero no pasaron muchos dias sin que aquella benevolencia se trocara en hostilidad abierta.

En la tarde del 13 empezó la lucha á consecuencia de un robo que los isleños hicieron á bordo del *Descubrimiento*, cuya tripulacion apenas se aperebió de aquel desaguisado, rompió un fuego de mosquetería contra la piragua de los culpables. Estos lograron ganar la orilla, pero perdieron la piragua de la cual se apoderaron los europeos. Al día siguiente, aumentada la animosidad de los isleños contra los europeos, á causa de haber muerto en una refriega uno de sus jefes que reclamó como suya la piragua apresada, vinieron encarnizadamente á las manos con los europeos, resultando gran número de muertos y heridos de una y otra parte. Entre los primeros se contaba uno de los jefes principales de la isla, ¡funesto acontecimiento que llevó á su colmo la fermentacion jeneral de los ánimos, y que hubo de costar la vida al capitán Cook! Apenas cundió entre los isleños la noticia de la muerte de su jefe, despidieron á sus mujeres ó hijos, se cubrieron con sus esteras de combate, y se armaron de picas y de piedras. Uno de ellos que tenia una honda y una lanza se aproximó al capitán y puso á desafiarse, blandiendo su arma y amenazándole con tirarle una piedra. Cook le aconsejó que desistiera de sus amenazas, pero como viese crecer la insolencia de su enemigo, se indignó tanto, que le disparó un tiro; pero como no le acertase, se envaneció mas el isleño, y ayudado de sus compatriotas descargó una lluvia de piedras contra los europeos. Entonces el capitán Cook disparó otro tiro y mató al isleño que estaba mas próximo. Inmediatamente despues de esta muerte, las jentes del pais formaron un ataque jeneral con sus hondas; los soldados de marina y los marineros que ocupaban las canoas les contestaron con una descarga de mosquetería. Admirable fué la firmeza con que los isleños sostuvieron el fuego; precipitáronse sobre sus enemigos, dando gritos y ahullidos terribles, antes que los soldados de marina tuvieran tiempo de meterse en las lanchas. Vióse entonces una escena de horror y confusion.

Cuatro soldados de marina fueron cojidos en el momento de retirarse é inmolados al furor del enemigo; los que mejor suerte tuvieron salieron gravemente heridos de la refriega. El capitán Cook quiso poner término á la efusion de sangre, pero al volverse para mandar á los de las canoas que cesaran de tirar, recibió un lanzazo en la espalda y cayó boca abajo en el mar. Los isleños prurpie-

poco, familiarizándose con el solitario, vinieron á acostarse al rededor de su cabaña, consiguiendo por este medio librarse de sus enemigos comunes.

Pero una de las mas importantes y mas dulces ocupaciones de Selkirk era dirigir sus oraciones y acciones de gracias á la Providencia, que velaba por él. En la desgracia el hombre siente todo el poder de la religion; cuando se encuentra abandonado de sus semejantes, Dios vela por él, y este pensamiento basta para hacerle soportar todo jénero de males. Selkirk cantaba salmos y buscaba en la Biblia los pasajes que consolaban mas sus penas. Y así por su industria y por su resignacion habia llegado á ser tan dichoso cual podia desearlo en su aislamiento; gozaba de la abundancia de los primeros bienes, y aguardaba con paciencia á que Dios cambiase su situacion.

Confiaba que algun navio se aproximara á la costa de su soledad; esta esperanza estaba muchas veces á punto de ser realizada; pero las embarcaciones pasaban por delante de la isla sin reparar en el fuego de la orilla. No obstante, dos se aproximaron para hacer agua. Incierto á qué nacion pertenecian, se acercó á ellas con desconfianza; algunos españoles que habian desembarcado ya, tan pronto como le aperecieron se echaron sobre él, persiguiéndole hasta el interior de los bosques, y viéndose perdido, trepó por un arbol: por mas que corrieron á su rededor y mataron gran numero de cabras á su vista, no pudieron dar con su paradero. En aquel tiempo la España estaba en guerra con la Inglaterra, y Selkirk, que conocia la desconfianza de los españoles, quiso mejor morir en su isla que caer en las manos de sus enemigos, porque no habrian dejado de matarle por temor de que diese noticias en la mar del Sur.

En fin, en 1709, dos navios notaron el fuego que habia encendido, y se acercaron en la persuasion de que eran embarcaciones inglesas, lo cual era cierto. Estos dos navios, destinados á hacer aprehensiones en la mar del Sur, estaban mandados por Woodes Rogers, y tenian por primer piloto al famoso viajero Guillaume Dampier. Selkirk, habiéndose asegurado que los marineros que se acercaban eran ingleses, corrió á su encuentro, y tuvo la dicha de hablar á dos hombres despues de cuatro años y algunos meses de soledad absoluta. Rogers le acogió con mucha humanidad, y por recomendacion de Dampier, que le habia conocido algunos años antes, le dió el empleo de contramaestre.

Rogers, á la vista de aquel acontecimiento hizo reflexiones que, aunque muy sencillas, eran del caso. "Podemos poner por ejemplo á Selkirk, ha dicho, para probar que la soledad y el retiro no es un estado tan triste como la mayor parte de los hombres se imaginan: una desgracia evita muchas veces otra mayor, puesto que el navio de su capitán se desgració en seguida, y toda la tripulacion pereció. Por otro lado, la destreza que ha tenido para suministrarse recursos, aunque muchas veces desprovisto de las luces del arte, nos prueba que la necesidad es la madre de la industria. Ademas, tan sóbrio como era, desde que recobró el uso de nue-

tras carnes y licores, perdió mucha fuerza y actividad; prueba convincente que el alimento mas sencillo y temperante conserva la salud y el vigor del alma; en lugar de que la variedad de nuestros manjares y bebidas, sobre todo, si es con exceso, desgasta ambas cosas, las mas preciosas del hombre."

Esta aventura de Alejandro Selkirk recuerda la historia tan interesante, y al mismo tiempo tan moral de Robinson Crusoe; en efecto, es la relacion de aquella aventura la que proporcionó á Daniel de Foe la idea de componer su Robinson; han supuesto que habia conocido á Selkirk, y que este le habia confiado sus papeles. Selkirk fué bastante menos industrioso que Robinson, y debemos acusarle por la abundancia en que se hallaba su isla; no necesitaba molestarse mucho para procurarse lo que necesitaba. Empero, es necesario admirarse que un marino, teniendo buenos troncos de árboles á la mano, no haya tratado de hacerse una piragua: con el fuego y herramientas de basalto bien cortadas, es fácil ahuecar el árbol mas duro. Juan Fernandez abunda en piedras de aquella naturaleza, porque esta isla pertenece toda ella á las formaciones volcánicas antiguas. Una piragua le hubiera hecho menos costoso y mas pronto el transporte de un punto á otro lejano.

Por falta de embarcacion, no pudo cazar á la *foca con trompa*, que muchas veces la vió en lo alto de los acantilados, refocilándose sobre la playa.

XXI.

EL CAPITAN COOK.

Santiago Cook nació en Octubre de 1728 cerca de Whythy, en el condado de York, siendo aún muy joven, le pusieron sus padres en casa de un mercader de un pueblo inmediato; pero como no habian consultado su vocacion, no tardó en abandonar el mostrador, y se ajustó por nueve años en un buque que hacia el comercio del carbon. Al empezar la guerra de 1755 entró al servicio del rey á bordo del Aguila, mandado entonces por el capitán Hammer, y despues por sir Hugh Paliser, que muy en breve descubrió su mérito y le colocó en el castillo de popa.

En 1758 era master del Northumberland, navio del lord Colville, que mandaba á la sazón la escuadra estacionada en la costa de América. Allí fué donde leyó á Euclides por primera vez, y se entregó al estudio de las matemáticas y de la astronomía sin mas auxilio que el de algunos libros y el de su propia intelijencia. Al mismo tiempo que cultivaba su talento de esta suerte y subsanaba las faltas de su primera educacion, tomaba parte en las escenas mas activas y penosas de la guerra de América: en el sitio de Quebec le encomendó á sir Carlos Sanders servicios de la mayor importancia, y el valor y destreza con que desempeñó sus diferentes comisiones le granjearon la amistad de sir Carlos Sanders y de lord Colville, que continuaron protejiéndole hasta su muerte, y le dieron siempre seña-

ladas muestras de afecto. Concluida la guerra, le enviaron á solicitud de lord Colville y de sir Hugh Palliser, á reconocer el golfo de San Lorenzo y las costas de Terranova; trabajo que le ocupó hasta 1767. En esta época sir Eduardo Hawke le nombró comandante de una espedicion en los mares del Sur con objeto de observar el paso de Vénus por encima del disco del sol y descubrir en seguida nuevas tierras.

Sus servicios desde aquella época fueron brillantes y célebres. Acaso no hay ciencia que mas haya dado á un solo hombre como la jeografía al capitán Cook. En su primer viaje al mar del Sur descubrió las islas de la Sociedad, menos la de Taiti, que lo fué por Wallis; probó que la Nueva Zelanda forma dos islas, y reconoció el estrecho que las separa; en seguida recorrió toda la costa oriental de la Nueva Holanda, desconocida hasta entonces, y añadió á las cartas de aquella parte del globo una estension de veinte y siete grados de latitud ó de mas de dos mil millas.

Su segundo viaje al rededor del mundo resolvió el gran problema del continente austral, porque atravesó el hemisferio Sur entre el 40 y 70 paralelo, demostrando que no puede haber allí continente, á menos que no se encuentre cerca del polo, y en parajes innacesibles á los buques. Descubrió la Nueva Caledonia, la mas estensa isla del Océano Pacífico, despues de Nueva Zelanda; descubrió también la isla de la Georgia y una costa nueva que llamó tierra de Sandwich. Despues de haber visitado dos veces los mares del trópico, fijó la posicion de las tierras observadas en otro tiempo por los navegantes, y halló muchas que eran desconocidas.

Su tercer viaje fué el mas notable de todos por la estension é importancia de sus descubrimientos. Además de muchas pequeñas islas que halló en el Océano Pacífico del Sur, descubrió al Norte de la línea equinoccial el grupo llamado islas Haonai, cuya posicion y productos prometen mas ventajas á la navegacion de los europeos que ninguna otra de las tierras del mar del Sur. Descubrió despues la parte de la costa occidental de América, hasta entonces desconocida, desde el 43° de latitud Norte, es decir, sobre una estension de mas de tres mil quinientas millas. Señaló la proximidad de los continentes de Asia y América; recorrió el estrecho que los separa, y marcó las tierras de cada lado á una grande altura, para demostrar que "el Gran Océano comunica por este estrecho con el mar Glacial del Norte, y que era probable que el Atlántico que debe ser considerado como el mas anchuroso canal para la salida de las aguas del mar Septentrional, estuviere en comunicacion por medio de este inmenso mediterráneo, bien fuese por el Este ó por el Oeste, con el Grande Océano. Esto es lo que en efecto está demostrado, por mas que los esfuerzos de los navegantes no les hayan permitido todavía atravesar el mar Glacial del Este al Oeste ó del Oeste al Este."

En este viaje fué donde el intrépido Cook halló una muerte funesta en la isla Hawai, una de las is-

las Sandwich. En Julio de 1776 se dió á la vela mandando las dos fragatas la *Resolucion* y el *Descubrimiento*, con el objeto de recorrer la costa Oeste de la América Septentrional, despues de haber hecho escala en Taiti y en las islas de la Sociedad. El 12 de Agosto de 1777 vieron los ingleses á sus buenos amigos los taitianos, quienes los recibieron con la mayor cordialidad. El 17 de Enero de 1779 ancló el capitán Cook en la bahía, situada en la costa occidental de la isla Hawai, cuyos habitantes se mostraron al principio pacíficos y complacientes con los europeos; pero no pasaron muchos dias sin que aquella benevolencia se trocara en hostilidad abierta.

En la tarde del 13 empezó la lucha á consecuencia de un robo que los isleños hicieron á bordo del *Descubrimiento*, cuya tripulacion apenas se aperebió de aquel desaguisado, rompió un fuego de mosquetería contra la piragua de los culpables. Estos lograron ganar la orilla, pero perdieron la piragua de la cual se apoderaron los europeos. Al día siguiente, aumentada la animosidad de los isleños contra los europeos, á causa de haber muerto en una refriega uno de sus jefes que reclamó como suya la piragua apresada, vinieron encarnizadamente á las manos con los europeos, resultando gran número de muertos y heridos de una y otra parte. Entre los primeros se contaba uno de los jefes principales de la isla, ¡funesto acontecimiento que llevó á su colmo la fermentacion jeneral de los ánimos, y que hubo de costar la vida al capitán Cook! Apenas cundió entre los isleños la noticia de la muerte de su jefe, despidieron á sus mujeres ó hijos, se cubrieron con sus esteras de combate, y se armaron de picas y de piedras. Uno de ellos que tenia una honda y una lanza se aproximó al capitán y puso á desafiarse, blandiendo su arma y amenazándole con tirarle una piedra. Cook le aconsejó que desistiera de sus amenazas, pero como viese crecer la insolencia de su enemigo, se indignó tanto, que le disparó un tiro; pero como no le acertase, se envaneció mas el isleño, y ayudado de sus compatriotas descargó una lluvia de piedras contra los europeos. Entonces el capitán Cook disparó otro tiro y mató al isleño que estaba mas próximo. Inmediatamente despues de esta muerte, las jentes del pais formaron un ataque jeneral con sus hondas; los soldados de marina y los marineros que ocupaban las canoas les contestaron con una descarga de mosquetería. Admirable fué la firmeza con que los isleños sostuvieron el fuego; precipitáronse sobre sus enemigos, dando gritos y ahullidos terribles, antes que los soldados de marina tuvieran tiempo de meterse en las lanchas. Vióse entonces una escena de horror y confusion.

Cuatro soldados de marina fueron cojidos en el momento de retirarse é inmolados al furor del enemigo; los que mejor suerte tuvieron salieron gravemente heridos de la refriega. El capitán Cook quiso poner término á la efusion de sangre, pero al volverse para mandar á los de las canoas que cesaran de tirar, recibió un lanzazo en la espalda y cayó boca abajo en el mar. Los isleños prurpie-

ron en gritos de alegría cuando le vieron caer; arrojaron su cuerpo sobre la playa, y quitándose unos á otros el puñal, se hartaron de darle golpes, aún cuando ya no respiraba, cebando en el cadáver su ferocidad de tigres.

El capitán Cook era de constitución robusta; duro para el trabajo y capaz de soportar las mayores fatigas. Su estómago dijera sin dilación los alimentos más groseros, y arrostraba con tal indiferencia las privaciones, que no parecía virtud en él la temperancia. Su alma tenía el temple vigoroso de su cuerpo; sus ideas anunciaban la fuerza al mismo tiempo que la penetración; discurría con prontitud y acierto en cuanto tenía relación con el servicio de que estaba encargado; sus planes eran siempre atrevidos y rápida su ejecución. Una serenidad admirable en los peligros acompañaba siempre á su valor intrépido; sus costumbres eran sencillas y franco su carácter; predispuesto á los arranques de la cólera, acaso hubiera merecido censura, si un fondo estremado de humanidad y de justicia, no hubiese templado el ardor de sus primeros movimientos de vivacidad.

La perseverancia continúa é infatigable con que llevaba á cabo sus ideas y sus planes, era uno de sus rasgos más característicos; ni los peligros, ni las molestias podían contenerle, y jamás necesitó de esos momentos de distracción y reposo necesarios á los demás hombres. En sus largos é incómodos viajes jamás se entibaron un momento su ardor y su actividad; jamás fijaron su atención los placeres, porque cuando concebía un proyecto, empleaba exclusivamente en él todos sus sentidos.

XXII.

BORNEO.—CAZA DEL MONO NASICO EN LA COSTA ESTE DE BORNEO (1).

El 2 de Septiembre de 1839, estando en el fondeadero sobre la costa. Este de Borneo, en el estrecho de Macasar, Dumont D'Urville, hizo desembarcar á Mr. Dumoulin, ingeniero hidrógrafo. Preparó una gran canoa de guerra, proveyéndose de víveres para tres días, cuya orden transmitió también á la Zeles, y las dos embarcaciones, á las órdenes de los señores Gourdin y Montravel, remaron luego hacia la costa. El objeto de este pequeño armamento, era el reconocimiento geográfico de una multitud de islas que parecían abrazar la estensa embocadura de un río considerable. El comandante, figurándose que la historia natural presentaría de este modo la ocasión de recoger algunas riquezas importantes, me autorizó para que me uniese á los miembros de aquella expedición.

No distábamos de la tierra más próxima sino cuatro leguas; pero gran número de bancos cenagosos nos cercaron el camino, obligándonos á averiguaciones y rodeos que retardaron nuestra marcha infinito; las corrientes contribuyeron también mucho á aflojarla, y no pudimos alcanzar la menos apartada de aquellas islas hasta las cuatro de la tarde.

(1) Extracto del viaje al polo Sur y al Océano, tomo VIII, nota 1.ª, página 209. Mr. Hombron. Gide, editor.

Lo que llaman islas Pamarong, no es en gran parte sino una multitud de bancos de fango situados á una considerable altura. A lo lejos, su elevación hace creer en la existencia de tierras habitables, porque al primer golpe de vista es natural pensar que tan hermosas selvas pertenecen á islas de una rara fertilidad; estas selvas, en algunos puntos del terreno, están siempre inundadas de agua; en otros, al contrario, se descubren con la marea baja. Así, estos montes, están por lo tanto, inyectados en altos suelos, verdaderos terrenos de aluviones modernos, separados entre ellos por canales que no son sino ramificaciones de la corriente del gran río, á cuyo lodo deben su existencia estas islas. El río es el Kotty, que desemboca en la mar por un delta.

La marea se hallaba tan baja como posible era, cuando abordamos á una de aquellas deseadas tierras; desde la mañana nos ocupábamos del objeto de nuestra codicia y del motivo de nuestro desasosiego, pero distinguimos á los naturales que nos miraban al través de los árboles y algunas ráfagas de humo, por lo cual presujábamos estar rodeados de habitaciones. Algunos creyeron haber visto canguros; este á lo menos, hubiera sido un gran descubrimiento, porque en Borneo no se conocían animales de esta especie; pero pronto nos convencimos de que aquellos hombres ó canguros eran monos, y el humo vapores que se elevaban de aquellos pantanosos terrenos.

Desembarcamos, no sin la precaución de llevar nuestras armas de fuego, mas el fango que nos atacaba detuvo nuestra actividad; cada uno aspiraba á alcanzar pronto la orilla, para librarse cuanto antes de aquella penosa é insostenible situación. Llegamos por fin, pero ¡oh ilusiones! La isla no era sino un fango recién descubierto por la mar, el cual tenía más profundidad que esta, pues el remolino de las corrientes le deposita incesantemente, y nos hundíamos en él hasta los muslos. Se comprende bien que en semejante situación, ni el más intrépido de los cazadores, aún con su vehemente actividad, hubiera podido salir con felicidad. Una fatiga insuperable sucedió á nuestra primera carrera; muchos se hallaban á punto de desmayarse, tan estenuados estábamos de fuerzas. Viéndonos precisados á defender nuestro rostro, con las manos llenas de lodo, de los nascicos que nos acometieron por todos lados, aumentábamos el número de manchas más ó menos extravagantes, de que nuestra cara se hallaba cubierta.

Sin embargo, no tardamos mucho en reparar que sin necesidad de sufrir más incomodidades, podíamos apoderarnos de algunos de aquellos animales; pues hallábanse encima de nuestras cabezas y escondidos detrás de las ramas más gruesas. Hicimos fuego, y á pesar de la altura de los árboles y la agilidad de los nascicos, nos hicimos dueños de cuatro; dos grandes machos (1) de más de diez pulgadas y media de

(1) Ahora se hallan colocados en los armarios del Museo de Historia Natural de París. Su lámina se puede ver en el Atlas zoológico del viaje al polo Sur y al Océano.

altura, y dos hembras, la una preñada y la otra gravemente herida. Esta última fué pintada por nuestro compañero Lebreton; su aguada es la perfecta expresión de la naturaleza. Después de haberse uno hecho cargo del grado de razón y reflexión de aquellas infelices bestias, se viene en conocimiento de cuán interesante es poder sorprender á semejantes seres en su estado de naturaleza.

Estos animales pasan de un árbol á otro arrojándose de rama en rama; rara vez corren por el suelo de su acuática patria; no obstante, vi á uno saltar en tierra y dar brincos por la superficie del lodo con mucha ligereza y grande asombro mío. A la vista de sus piés, mi sorpresa disminuyó, al reparar que son de grande anchura, y que una palma bastante considerable ocupa el espacio interdijital.

El vientre de estos animales es muy abultado; se parece al de los herbívoros. Así, pues, el sustento de los nascicos se compone principalmente de hojas rizoforas (1), su descomunal estómago siempre está lleno. Sin embargo, no son golosos como todos los monos, de alguna materia animal. Se conoce el gusto de los cuadrumanos en jeneral por las avecillas; sospecho que la especie que nos ocupa busca á los pececillos ú á otros habitantes de los fangos, sometidos al flujo y reflujo de la mar. Probablemente nuestra presencia en aquel lugar turbó con especialidad aquella segunda parte de su comida, cuya hora había llegado.

Creo que la nariz larga del nascico constituye en él el órgano del tacto.

Nos resta explicar cómo era que estos animales se hallaban en gran número en una isla de tan corta extensión. La isla del Milieu, (tal fué el nombre que dimos de lejos á aquel bosque), es demasiado reducida para permitir que á semejante nube de monos le pertenezca exclusivamente. A los primeros tiros se movieron de tal manera los árboles, que parecía que sus ramas se transformaban: estos nascicos se hallaban allí á centenares. Gran número de ellos, aprovechando nuestra quietud forzada, se alejaron rápidamente de rama en rama hacia la estremidad Nordeste del bosque; otros, sorprendidos en árboles demasiado aislados, y no atreviéndose por esta circunstancia á aventurar saltos peligrosos, se ocultaron tras de las más gruesas y más altas ramificaciones, no dejando ver sino sus cabezas; otros, en fin, perdidos, dudaron el partido que habían de tomar, y fueron muertos ó heridos en las ramas en que aturdidos se habían agarrado. Esta población es ciertamente una fracción de la del archipiélago entero de las islas de Pamarong, y no corresponde al pequeño terreno en que la habíamos encontrado. La isla del Milieu tiene al rededor de una legua del Sudeste al Noroeste, y su longitud es apenas de cien pasos. Estos animales atraviesan á nado, durante el reflujo, cierta parte de los canales que se

(1) Las hojas de este árbol ofrecen un alimento delicado á los indígenas del archipiélago indio; comen también su fruto cocido con el vino de palma. El estómago del nascico es como el de los ruminantes. Véase el Atlas zoológico del Viaje al polo Sur, &c., y las cuentas presentadas de la Academia de Ciencias, sesión del lunes 25 de Julio de 1845. (Mr. Hombron).

paran las islas, yéndose donde la certeza de la presa les atrae. Por la organización exterior de estos monos, nada justificaría la idea de hacerles nadadores; por eso se parecen en un todo á los demás monos; son muy poco aptos á este género de ejercicios.

Los cocodrilos abundan en aquellas costas; no los encontramos en los bancos de fango, lo cual lo atribuímos á la hora avanzada de la marea baja, que fué también la de nuestro desembarco en aquellas islas inhumanas; en efecto, aquellos animales son nocturnos, cazan principalmente por la noche, y se están muchas veces tendidos en el fango durante el tiempo de su estupor digestivo, volviéndose á zambullir en el agua hacia el fin del día. Es lo que pude observar desde el río Santos, á sesenta leguas al Sur del Río-Janeiro. Un bicho de estos, que hemos conservado mucho tiempo vivo á bordo del Astrolabio, pertenecía á dicha especie; agitándose extraordinariamente por la noche, procuraba romper sus cadenas, y sus ojos siempre cerrados durante el día, relucían constantemente á la sombra de una asombrosa fosforescencia. Semejante encuentro en la isla del Milieu hubiera sido de los más pesados. Ninguno de nosotros pensó en él, pero los que nos sigan en la carrera se darán por advertidos. A fin de cazar cómodamente y con seguridad el nascico en las islas Pamarong, deberá proveerse de un barquillo chato para abordar sin tener precisión de arrojar al agua; y de patines ó planchetas para andar por el fango sin hundirse, teniendo sumo cuidado de las barrancas.

Hallándonos sobre este terreno cenagoso, notamos un fenómeno bastante singular, que merece que hagamos mención de él, aunque muy fácil de comprender; nuestros gritos, que algunos eran fuertes, no se oían sino á distancia de diez ó quince pasos. Esta circunstancia hacia nuestras comunicaciones muy difíciles, é irritaba también la paciencia por no poder obrar con libertad.

Las detonaciones de nuestros fusiles parecían salir de lo alto de los árboles ó del medio de las ramas, lo cual dependía de la molición del suelo en el que nos hallamos entonces.

Borneo es una tierra destinada á llenar la profundidad de la mar de ruinas de su suelo y de sus producciones. En aquellas singulares selvas se han establecido animales muy particulares; algún día desaparecerán con estos armoniosos lugares; los naturales futuros encontrarán sus esqueletos fósiles, pero ayudados de los trabajos de los hombres instruidos de que la Europa se honra, y de los escritos de los viajeros, no tendrán que recurrir á las inundaciones para explicar la presencia de los esqueletos del nascico en medio de las margas de su patria.

XXIII.

NAUFRAGIO DE LA SRITA. DE BOURK EN LA COSTA DE ARGEL.

El conde de Bourk era un oficial irlandés que estuvo al servicio de España. Nombrado embajador

extraordinario de aquella corte en la de Suecia, su esposa que residía en Francia con su familia, resolvió pasar á reunirse con él en Madrid; pero la guerra, empeñada á la sazón entre franceses y españoles, la obligó á verificar este viaje por mar, embarcándose en Cette en una tartana genovesa que iba á darse á la vela para Barcelona. Componíase su comitiva de un hijo de ocho años, una hija de diez, del abate Bourk, hermano de su marido, cuatro camareras, un mayordomo y un criado. Llevaba consigo efectos preciosos, entre otros, una rica vajilla de plata, un retrato del rey de España, en un marco de oro macizo guarnecido de diamantes, tres cálices y algunos adornos de iglesia de mucho precio.

El buque genovés salió del puerto de Cette el 22 de Octubre de 1719. El 25 del mismo mes, al rayar el día, se presentó como á dos leguas de distancia del buque que estaba entonces á la vista de Palamós, un corsario de Argel de catorce cañones, cuyo capitán era un renegado holandés, el cual para apoderarse del barco genovés, destacó su lancha con veinte turcos armados. Al verificar estos el abordaje, dispararon siete ú ocho tiros sin herir á nadie, porque toda la tripulación se había echado boca abajo, ó se había ocultado. Los turcos subieron sobre la tartana genovesa, sable en mano; uno de ellos dió dos cuchilladas al criado de Mad. de Bourk, y pasaron á la cámara donde esta se hallaba. Después de haber puesto cuatro centinelas para custodiarla, dirijieron la tartana hácia el corsario.

Luego que llegaron á él, transbordaron la tripulación genovesa, á la cual cargaron inmediatamente de cadenas. El capitán pasó en seguida á la tartana y entró en la cámara de Madama de Bourk, á la cual preguntó quién era, de qué nacion, de dónde venia y á dónde iba. La infeliz señora contestó que era francesa y que pasaba á España. El argelino la cesijó entonces el pasaporte, que ella le presentó aunque sin soltarlo de la mano, temerosa de que fuese á romperlo; pero como le hubiese dado la seguridad de que se le devolveria luego que le hubiese examinado, se lo entregó. Después de haberlo leído el capitán con su intérprete, se lo devolvió diciéndole que estaba en regla, y que nada tenia que temer por ella, por su familia ni por sus efectos. Mad. de Bourk le manifestó entonces el deseo de que la hiciera conducir es su lancha á las costas de España, de donde tan próximos se hallaban, servicio que sabia ella agradecer cuando se presentase la ocasion. El corsario contestó, que siendo renegado, no podia hacer lo que le pedía, porque le iba en ello la vida; que el dey de Argel creeria con razon que bajo pretexto de pasaporte de Francia, habia rescatado á una familia enemiga de su estado, y llevádola despues á tierra de cristianos, y que por lo tanto era absolutamente necesario que le siguiese hasta Argel, y que su pasaporte, así como su persona, fuesen presentados al dey, y que verificando esto, se le pondria á disposicion del cónsul de Francia, quien le haria trasladar á España por la via que ella y él juzgasen conveniente. Entre tanto dejaba á su eleccion pasar á su bordo ó quedarse en la tartana, donde estaria mas cómoda y tranquila

que en su buque, aconsejándole que tomase este último partido, á causa de los turcos que tripulaban su embarcacion. Madama de Bourk aceptó, como era consiguiente, la proposicion de quedarse en la tartana. El capitán dejó en ella solamente siete turcos y algunos moros, y la amarró á su buque para remolcarla, despues de haberle quitado la lancha, tres anclas y todas las provisiones, á escepcion de las de Madama de Bourk. Después de estas disposiciones, el corsario tomó la ruta de Argel. Madama de Bourk regaló al capitán su saboneta, y dió otra al comandante turco de la tartana, con cuatro luises de oro.

En los dias 26, 28 y 30, se declaró un viento tan furioso, que se rompió el cable del remolque, y la tartana se encontró separada del buque berberisco. El comandante y los otros turcos, que no sabian una palabra del arte de la navegacion, se entregaron á merced de los vientos y de las olas. Afortunadamente el 1.º de Noviembre fué arrojada la tartana á la costa de Berberia, en un golfo llamado Colo, al Levante de Gigeri, capital de la rejencia de Argel. Echaron ancla, y el comandante de la tartana que no conocia la tierra, envió dos moros á nado, para que averiguasen de los habitantes del pais donde lo habian arrojado los vientos. Los berberiscos de las inmediaciones que habian visto la tartana, se presentaron armados en gran número en la playa, para oponerse al desembarque, persuadidos de que era un buque cristiano que venia á sorprenderlos y robarles sus ganados, pero los moros de la tartana los desengañaron diciéndoles, que era una presa hecha á los cristianos, que consistia en una princesa de Francia que conducian á Argel. Uno de los dos moros se quedó en tierra, y el otro se volvió á dar cuenta de su cometido al capitán del barco, participándole el sitio adonde habian arribado. Impaciente el capitán con este aviso de dirijirse á Argel, y reunirse con su corsario, no tuvo paciencia para levar el ancla, cortó el cable, y se dió á la vela sin ancla, sin lancha y sin brújula.

No se hallaba todavía á media legua del golfo, cuando pagó cara su imprudencia: levantóse un viento contrario, y lo lanzó sobre la costa: quiso servirse de sus remos de galera y sus palos de virar, pero nada consiguió á causa del escaso número de su tripulación, y no obstante sus grandes esfuerzos, la tartana fué á dar contra una roca y se hizo pedazos. Toda la popa fué al punto sumergida, y Mad. de Bourk que estaba haciendo oracion en la cámara con sus hijos y sus doncellas, se ahogó con ellos. Los que se encontraron por el lado de la proa, entre otros el capellan de Bourk, el señor Arturo, iriandés, el mayordomo, una de las camareras y el criado, se agarraron á los fragmentos que estaban cerca de la roca.

Habiendo visto el señor Arturo en la mar á una persona que luchaba contra las olas, se dirigió á ella: esta víctima era la señorita de Bourk; la sacó y la puso en las manos del mayordomo, encargándole que tuviese cuidado de ella, y añadiendo que siendo él el único que sabia nadar, trataba de ir á salvar á madama de Bourk. Pero esta jenerosa confian-

za fué causa de su pérdida, pues no volvió á aparecer mas. El abate de Bourk fué el primero que saltó de los restos de la tartana á la roca donde se habia estrellado; sostúvose allí algun tiempo contra la violencia de las olas con el auxilio de un cuchillo que clavó en una hendidura del peñasco. Muchas veces le cubrió el mar, y aún le arrojó á otro peñasco, que aunque se elevaba sobre el agua; estaba separado de la playa por un pequeño brazo de mar.

Para saltar á la orilla quiso agarrarse á una tabla que halló á mano; pero se le deslizó, y solo despues de muchos esfuerzos, pudo con el auxilio de un remo llegar á una peña contigua á la tierra firme.

Los berberiscos que habian corrido á la playa, se apoderaron de él, le despojaron enteramente y le maltrataron. Arrojárónse en seguida al agua, creyendo recoger un rico botín en los restos de la tartana: el criado de la señorita de Bourk, hizo seña á dos berberiscos que se aprosimasen, y cuando estuvieron cerca, se la arrojó con todas sus fuerzas. Cojiéndola los berberiscos, el uno por la mano y el otro por el pié, la condujeron á la playa, donde le quitaron solamente un zapato y una media, en señal de su servidumbre. La señorita de Bourk, viendo venir á los kabilas, dijo á su criado: "No temo que esas jentes me maten, pero sí que me obliguen á cambiar de relijion; sin embargo, sufriré la muerte antes que faltar á lo que he prometido á Dios."

Una doncella de madama de Bourk, y otro de sus criados se arrojaron al mar cada uno por su lado. Los berberiscos acudieron á su socorro y les ayudaron á llegar á tierra; pero apenas pusieron el pié en ella, fueron despojados. El mayordomo, que fué el último que se echó al agua, y que sirviéndose de una cuerda, iba pasando de peñasco en peñasco, fué alcanzado por un berberisco que tambien le despojó antes de ponerlo en la orilla.

En este triste y lamentable estado, fueron conducidos hasta las cabañas de la primera montaña, donde los berberiscos se repartieron á los naufragos como botín de guerra: la camarera y el criado fueron entregados á un berberisco del aduar; y el abate, el mayordomo y la señorita de Bourk tocaron á otro kabila.

Al cabo de algunos dias, el dey de Constantina, ciudad de la rejencia de Argel, y capital de la provincia de Levante, escribió á los berberiscos reclamando á los naufragos, amenazándoles que si no accedían, se pondria él mismo á la cabeza de sus tropas para arrancarlos de su poder. Los berberiscos contestaron que no temian ni á él ni á sus tropas, aún cuando viniesen juntas con las de Argel. Conviene advertir que los berberiscos no reconocian el gobierno de Argel, pues aunque enclavados en el reino, y naturalmente del número de sus súbditos, vivian independientes bajo el nombre de kabilas. Las montañas de Coueo les servian de murallas inaccesibles á todas las fuerzas de Argel.

En la primera ocasion que se le presentó escribió la señorita de Bourk al cónsul de Francia en Argel, quien inmediatamente participó la noticia á Mr. Dusault. Este mandó aparejar una tartana francesa que estaba en el puerto, hizo comprar vestidos

y provisiones, y consiguó del dey una carta de recomendacion para el gran morabito de Bujía, que ejerce mucha autoridad sobre aquellos pueblos. Tambien escribió á la señorita de Bourk y la envió algunos regalos. En la tarde de aquel mismo dia, 24 de Noviembre, la tartana se dió á la vela y en poco tiempo llegó á Bujía.

Allí Ibrahim-Agá, intérprete de la nacion, presentó las cartas del dey de Argel y las de Mr. Dusault al gran morabito. Este, aunque enfermo, se levantó al punto, montó á caballo con el morabito de Gigeri, el intérprete, seis ó siete moros, y tomó el camino de las montañas que están á cinco ó seis jornadas de Bujía. Los berberiscos que guardaban á los cautivos opusieron al principio grande resistencia para entregarlos; pero mediante el rescate de novecientas piastras, accedieron, si bien declarando que su condescendencia procedia mas bien de la veneracion que profesaban á sus morabitos que de temor que tuviesen al dey de Arjel.

El morabito y los esclavos tomaron el camino de Bujía, á donde llegaron el 9 de Diciembre. El dia 10 se embarcaron por la tarde en la tartana, que llegó á Arjel el 13 al rayar el día. Desde el momento en que fué descubierta, el capitán de un buque de Mr. Dusault mandó disparar un cañonazo á que contestó la tartana con cuatro de sus pedreros: esta señal anunció una llegada que se esperaba con impaciencia é inquietud.

Despues de algunos dias concedidos al descanso de los naufragos, se libraron al diputado del gran morabito, las novecientas piastras en que se habia convenido el rescate de la señorita de Bourk y de las personas de su comitiva. Mr. Dusault agregó algunos regalos para el morabito y demás hombres del pais que le habian ayudado en su negociacion.

El 5 de Enero de 1720 fué cuando la señorita de Bourk, acompañada de su tío el abate de Bourk, y de su camarera, se embarcó para Marsella, á donde llegó felizmente el 20 de Marzo del mismo año.

XXIV.

AVENTURA DE MADAMA GODIN DE OBOONIS.

En 1735 comisionó el rey de Francia á los académicos Godin de Oboonis, Boujer y la Condamine para la medicion de los grados próximos al Ecuador en la América Meridional. En 1749 hallábase Mr. Godin en Quito, provincia del Perú, cuando tuvo que decidirse á partir para Francia, donde reclamaban su presencia asuntos importantes de familia. En 1750 llegó á Cayena, pero llegó sólo, pues estando su esposa en cinta á la sazón de su partida de Quito, no juzgó prudente esponerla á tan prolongado y penoso viaje sin todos los recursos indispensables á su situacion, recursos á que por entonces no podia proveer. En Cayena solicitó pasaporte y recomendacion de la corte de Portugal para subir el Amazona, y regresar con su familia trasladándola por el mismo camino; pero sus instancias

fueron inútiles por espacio de mucho tiempo. Por fin, en 1765, al cabo de quince años, llegó á Cayena una galera armada en Para, de órden del rey de Portugal, destinada á conducirlo á Para, de allí montar el río hasta el primer establecimiento español, y esperar en él su regreso para conducirlo á Cayena en compañía de su familia, todo por cuenta de S. M. Fidelísima.

Godin de Odonois se ausentó de Cayena, en los últimos días de Noviembre de aquel año para dirigirse por su equipaje á Oyapak, punto situado sobre el río del mismo nombre, treinta leguas al Sur de la ciudad de Cayena, donde había fijado su residencia; pero habiendo caído enfermo y conociendo que su enfermedad se prolongaba demasiado, se vió en el caso de participar al oficial que mandaba la galera podía emprender su marcha siempre que le permitiera comisionar persona encargada de poner algunas cartas en manos de su familia, y de acompañarla. La persona que escogió, correspondió tan mal á su confianza, que por su causa no pudo partir la esposa de Odonois de Riobamba, lugar de su residencia, hasta el 1.º de Octubre de 1769. La galera esperaba en Tavatinga; pero desde este momento nos serviremos de una carta de Odonois á Condamine para enterar á los doctores de la relacion curiosa é interesante de las desgracias que sufría su esposa. "Mr. de Grand-Maison, padre de mi mujer, dice Mr. de Odonois, la había precedido un mes antes, y había llegado á Canelos, donde debía embarcarse en río Bobonasa, que se une al de Partasa para desembocar en el Amazona. Mr. de Grand-Maison se embarcó para continuar su camino y disponer cuanto su hija pudiera necesitar en la travesía. Como deseaba acerca de su seguridad, pues había dispuesto la acompañaran sus dos hermanos, un médico, un negro y tres criadas mulatas ó indias, continuó su camino hasta las misiones portuguesas. En este intervalo, una epidemia de viruelas había puesto en dispersion á todos los habitantes de Canelos; los que se habían librado de la enfermedad, se retiraron á lo interior de los bosques.

"Mi mujer se había puesto en camino acompañada de treinta indios que la escoltaban y trasladaban su equipaje: estos indios, pagados anticipadamente segun la mala costumbre del país, se retiraron al avistar á Canelos, por temor á la peste, ó tal vez por temor tambien á que les obligaran á embarcarse, á ellos que no habían visto si acaso mas que alguna canoa de lejos. ¿Cómo retroceder ante el deseo de llegar á aquel baque dispuesto por órden de dos soberanos á recibirla y trasladarla en brazos de un esposo ausente veinte años? Estas consideraciones eran demasiado poderosas para no decidir á cualquiera á romper por todos los obstáculos.

"No quedaban en la poblacion mas que dos indios que se habían librado del contagio, y para eso no poseian canoa alguna; sin embargo, ofrecieron construir una y conducir á madama Odonois hasta la mision de Andoas, doce jornadas río Bobonasa abajo, distancia que puede apreciarse en ciento cuarenta á ciento cincuenta leguas. Se les satisfizo anticipadamente el premio de su trabajo, y partieron todos

de Canelos; pero despues de navegar dos dias, y durante el descanso de la segunda noche desaparecieron los indios, dejándolos sin otro arbitrio que continuar la navegacion sin guia. El primer día se pasó sin accidente particular; al segundo divisaron una canoa amarrada á un recodo que formaba el río, prósimo al que había una cabaña de salvajes. De ella salió un indio, que aunque en estado convalaciente, consintió en acompañarlos haciendo de timonero; pero al tercer día, habiendo caído al agua el sombrero del médico, se empeñó en cojerlo, cayó al agua tambien y se ahogó. La canoa dirigida por personas que no tenían la mas leve nocion de su maniobra, no podía caminar largo tiempo; comenzó á hacer agua, y fué menester saltar á tierra y construirse una habitacion.

"A pesar de todo, los viajeros distaban solamente cinco ó seis jornadas de Andoas, y en esta persuasion se ofreció el médico á ir en busca de auxilios, lo que verificó en compañía de otro francés que dependia de él, y del fiel negro de madama Odonois, que puso á sus órdenes. Al ponerse en camino prometieron su regreso para despues de quince dias; pero en vano aguardaron hasta veinte y cinco. No siendo dable continuar mas tiempo en aquella situacion, construyeron una balsa, en la que se embarcaron con sus equipajes; pero esta balsa, tan mal conducida como la canoa, chocó contra un tronco sumergido y volcó. Todos cayeron al agua, pero gracias á la poca anchura del río se salvaron todos. A madama Odonois la salvaron sus hermanos, sin embargo de haberse sumergido por dos veces.

"Los viajeros, reducidos á una situacion mas triste aún que la primera, decidieron seguir á pié la orilla del río. ¡Loca empresa! Bien sabeis, amigo mio, que aquellas orillas están obstruidas de yerbas, de malezas y arbustos, entre los que no se puede dar un paso sino con la hoz en la mano, y perdiendo mucho tiempo. Regresaron á su anterior estacion, se proveyeron de los víveres que habían dejado, y se pusieron en camino. Conociendo que las sinuosidades de la orilla del río prolongaban demasiado su camino, se internaron en los bosques por evitarlas, lo que les ocasionó estraviarse á los pocos dias. Fatigados de marchar por entre la espesura de arboledas, penosa hasta para aquellos que están acostumbrados; heridos en los piés á causa de las espinas y guijarros, sin víveres, abrumados de sed, sin mas recursos que algunos frutos silvestres y poseídos de desaliento, comenzaron á desmayar, á carecer de fuerzas y á sucumbir, dejándose caer al suelo para no levantarse mas. En el espacio de tres ó cuatro dias espiraron, unos despues de otros, todos los que rodeaban á madama Odonois.

"Al lado de sus hermanos y de los otros cadáveres, permaneció tendida madama Odonois, en un estado de aturdimiento, de delirio y enajenacion que no la dejaba libre otro sentimiento que el tormento de la sed. Por último, la Providencia, que sin duda había resuelto conservarla, la infundió ánimo y fuerza para arrastrarse en busca de algun recurso; hallábase descalza y casi desnuda; un mal jubon y una camisa en harapos, cubrian sus miembros. Des-

calzó á sus hermanos, y ató las suelas á sus piés.

"Despues me ha asegurado ella misma que permaneció diez dias en los bosques, de los cuales pasó dos al lado de los cadáveres de sus hermanos esperando su último momento, y los ocho restantes en arrastrarse errante de un lado á otro. El recuerdo del prolongado y horrible espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en un desierto, el espectáculo de la muerte patente ante sus ojos, terror que se redoblaba á cada instante, la impresionaron de tal modo, que hizo encanecer sus cabellos. El segundo día de marcha, que debió ser poco considerable, halló agua, y los siguientes algunos frutos salvajes y huevos de perdiz. Apenas podía su garganta atravesar cosa alguna, tanto se había contraído su esófago á causa de la privacion de alimento. Los que la casualidad le había depurado bastaron para sostenerla, aunque ya sin duda era tiempo de que pareciese el socorro que le estaba reservado.

"Si leyésemos en una novela que una mujer delicada, acostumbrada á gozar de todas las comodidades de la vida, se viese precipitada en un río y que estraida casi ahogada se interna en un bosque donde vaga sin rumbo fijo y camina muchas semanas; que se estravía, padece hambre y sed hasta aniquilarse; que ve espirar sus dos hermanos mas robustos que ella, un sobrino apenas fuera de la edad de la infancia, tres mujeres criadas suyas, un jóven criado del médico que fué en busca de socorros, y que sobrevive á esta catástrofe; que permanece dos dias y dos noches al lado de estos cadáveres, en cantones donde abundan los tigres y muchas serpientes dañinas; que se incorpora y camina medio desnuda por espacio de ocho dias hasta que llega á orilla del Bobonasa; acusaríais al autor de la novela de llevar su falta de exactitud hasta la extravagancia. Y sin embargo, todo esto aconteció á madama Odonois, y los hechos están acreditados en cartas orijinales de muchos misioneros de Amazona que han tenido conocimiento de este suceso; y estas cartas han estado en mis manos.

"Al octavo ó noveno día fué cuando madama Odonois llegó á orilla del Bobonasa, á tiempo que comenzaban á disiparse las tinieblas de la noche; sintió ruido á cosa de doscientos pasos de sí, y el primer movimiento de terror la impulsó á ocultarse en la espesura; pero reflexionando que nada podía agravar su desgracia y que nada peor tenia que temer, se aproximó á la orilla, desde la que divisó á dos indios que se alojaban en su piragua.

"Los indios vieron á madama Odonois, y se encaminaron hácia ella; suplicóles la condujeran hasta Andoas. Aquellos indios, retirados hácia algun tiempo de Canelos, con sus mujeres, á causa del contagio de las viruelas, venian de una tala que habían emprendido algo lejos de allí, y bajaban á Andoas. Acojieron á mi esposa con interés, la cuidaron y condujeron á aquella poblacion; pero en ella las pocas atenciones de un misionero la determinaron á exijir al punto una canoa con dotacion de jentes, que la pusiera en disposicion de partir para Laguna al día siguiente.

"En Laguna fué acogida por el doctor Romero, nuevo jefe de misioneros, con toda la afabilidad posible; por espacio de seis semanas que permaneció á su lado, nada omitió de cuanto pudiera contribuir á restablecer su alterada salud y á distraer su ánimo del recuerdo de sus desgracias. Sus atenciones llegaron al extremo de tripular una canoa en que pudiera trasladarse á bordo de la embarcacion portuguesa, que como es sabido, la esperaba hácia mucho tiempo. El comandante portugués, que tuvo anticipado aviso de la llegada de mi mujer, mandó á esperarla una piragua surtida de todo jénero de provisiones. Esta pequeña embarcacion encontró á madama Odonois en la casa española de Loreto. Mi esposa me ha referido despues mil veces, que desde este momento hasta Oyapak, donde se me reunió, es decir, durante una travesía de mil leguas, disfrutó de las mas esquisitas atenciones y comodidades.

"En tanto que madama Odonois vagaba por los bosques, navegaba su fiel negro por el río en su busca, acompañado de algunos indios de Andoas. Llegado al sitio en que la había dejado, siguió sus huellas hasta dar con los cadáveres de sus señoritos, infectos ya y completamente desfigurados. Cuando los hubo examinado, se persuadió de que ninguno se había salvado, y regresó á Andoas. En cuanto al médico, así que se vió en Andoas á cubierto del peligro, olvidó el que corrían sus compañeros de viaje y partió para Omagras, sin hacer nada por cumplir el sagrado deber que se había impuesto."

XXV.

ISLAS VITI.—MUERTE DEL CAPITAN BUREAU.—DESTRUCCION DEL PUEBLO DE PIVA.

En Septiembre de 1836, durante la escala que Mr. Dumont d'Urville hizo en Taiti para pedir esplicaciones á la reina Pomaré de los malos tratamientos ejercidos contra dos misioneros franceses, encontró allí al comandante Dupetit Thouars, que había ido á aquella isla por el mismo motivo. Por este oficial supo las tristes circunstancias de la muerte del capitán Bureau, y como Mr. d'Urville tenía que explorar las islas Viti, quiso encargarse de la ejecucion de las instrucciones que la fragata Venus había recibido para aquel objeto.

El 14 de Octubre pasó la expedicion á pocas millas de la isla Boulang-Ha, costeando las de Marambo, Kambara, Vanyara, Namouka, Mozé, Komo, Holoroua y Ehioua, que ya había reconocido Mr. d'Urville en su primer viage á bordo del Astrolabio. A la caída de la tarde llegó á la isla de Lagumba, la mas importante por su estension y poblacion de todas las que forman la parte Sudeste del archipiélago Viti, para donde llevaba cartas de recomendacion, á fin de que se le proporcionara un hombre del país que pudiera guiarlo por aquel archipiélago peligroso. Mr. d'Urville satisfizo su deseo mas cumplidamente de lo que esperaba, puesto que se ofreció á

fueron inútiles por espacio de mucho tiempo. Por fin, en 1765, al cabo de quince años, llegó á Cayena una galera armada en Para, de órden del rey de Portugal, destinada á conducirlo á Para, de allí montar el río hasta el primer establecimiento español, y esperar en él su regreso para conducirlo á Cayena en compañía de su familia, todo por cuenta de S. M. Fidelísima.

Godin de Odonois se ausentó de Cayena, en los últimos días de Noviembre de aquel año para dirigirse por su equipaje á Oyapak, punto situado sobre el río del mismo nombre, treinta leguas al Sur de la ciudad de Cayena, donde había fijado su residencia; pero habiendo caído enfermo y conociendo que su enfermedad se prolongaba demasiado, se vió en el caso de participar al oficial que mandaba la galera podía emprender su marcha siempre que le permitiera comisionar persona encargada de poner algunas cartas en manos de su familia, y de acompañarla. La persona que escogió, correspondió tan mal á su confianza, que por su causa no pudo partir la esposa de Odonois de Riobamba, lugar de su residencia, hasta el 1.º de Octubre de 1769. La galera esperaba en Tavatinga; pero desde este momento nos serviremos de una carta de Odonois á Condamine para enterar á los doctores de la relacion curiosa é interesante de las desgracias que sufría su esposa. "Mr. de Grand-Maison, padre de mi mujer, dice Mr. de Odonois, la había precedido un mes antes, y había llegado á Canelos, donde debía embarcarse en río Bobonasa, que se une al de Partasa para desembocar en el Amazona. Mr. de Grand-Maison se embarcó para continuar su camino y disponer cuanto su hija pudiera necesitar en la travesía. Como deseaba acerca de su seguridad, pues había dispuesto la acompañaran sus dos hermanos, un médico, un negro y tres criadas mulatas ó indias, continuó su camino hasta las misiones portuguesas. En este intervalo, una epidemia de viruelas había puesto en dispersion á todos los habitantes de Canelos; los que se habían librado de la enfermedad, se retiraron á lo interior de los bosques.

"Mi mujer se había puesto en camino acompañada de treinta indios que la escoltaban y trasladaban su equipaje: estos indios, pagados anticipadamente segun la mala costumbre del país, se retiraron al avistar á Canelos, por temor á la peste, ó tal vez por temor tambien á que les obligaran á embarcarse, á ellos que no habían visto si acaso mas que alguna canoa de lejos. ¿Cómo retroceder ante el deseo de llegar á aquel baque dispuesto por órden de dos soberanos á recibirla y trasladarla en brazos de un esposo ausente veinte años? Estas consideraciones eran demasiado poderosas para no decidir á cualquiera á romper por todos los obstáculos.

"No quedaban en la poblacion mas que dos indios que se habían librado del contagio, y para eso no poseian canoa alguna; sin embargo, ofrecieron construir una y conducir á madama Odonois hasta la mision de Andoas, doce jornadas río Bobonasa abajo, distancia que puede apreciarse en ciento cuarenta á ciento cincuenta leguas. Se les satisfizo anticipadamente el premio de su trabajo, y partieron todos

de Canelos; pero despues de navegar dos dias, y durante el descanso de la segunda noche desaparecieron los indios, dejándolos sin otro arbitrio que continuar la navegacion sin guia. El primer día se pasó sin accidente particular; al segundo divisaron una canoa amarrada á un recodo que formaba el río, próximo al que había una cabaña de salvajes. De ella salió un indio, que aunque en estado convalaciente, consintió en acompañarlos haciendo de timonero; pero al tercer día, habiendo caído al agua el sombrero del médico, se empeñó en cojerlo, cayó al agua tambien y se ahogó. La canoa dirigida por personas que no tenían la mas leve nocion de su maniobra, no podía caminar largo tiempo; comenzó á hacer agua, y fué menester saltar á tierra y construirse una habitacion.

"A pesar de todo, los viajeros distaban solamente cinco ó seis jornadas de Andoas, y en esta persuasion se ofreció el médico á ir en busca de auxilios, lo que verificó en compañía de otro francés que dependia de él, y del fiel negro de madama Odonois, que puso á sus órdenes. Al ponerse en camino prometieron su regreso para despues de quince dias; pero en vano aguardaron hasta veinte y cinco. No siendo dable continuar mas tiempo en aquella situacion, construyeron una balsa, en la que se embarcaron con sus equipajes; pero esta balsa, tan mal conducida como la canoa, chocó contra un tronco sumergido y volcó. Todos cayeron al agua, pero gracias á la poca anchura del río se salvaron todos. A madama Odonois la salvaron sus hermanos, sin embargo de haberse sumergido por dos veces.

"Los viajeros, reducidos á una situacion mas triste aún que la primera, decidieron seguir á pié la orilla del río. ¡Loca empresa! Bien sabeis, amigo mio, que aquellas orillas están obstruidas de yerbas, de malezas y arbustos, entre los que no se puede dar un paso sino con la hoz en la mano, y perdiendo mucho tiempo. Regresaron á su anterior estacion, se proveyeron de los víveres que habían dejado, y se pusieron en camino. Conociendo que las sinuosidades de la orilla del río prolongaban demasiado su camino, se internaron en los bosques por evitarlas, lo que les ocasionó estraviarse á los pocos dias. Fatigados de marchar por entre la espesura de arboledas, penosa hasta para aquellos que están acostumbrados; heridos en los piés á causa de las espinas y guijarros, sin víveres, abrumados de sed, sin mas recursos que algunos frutos silvestres y poseídos de desaliento, comenzaron á desmayar, á carecer de fuerzas y á sucumbir, dejándose caer al suelo para no levantarse mas. En el espacio de tres ó cuatro dias espiraron, unos despues de otros, todos los que rodeaban á madama Odonois.

"Al lado de sus hermanos y de los otros cadáveres, permaneció tendida madama Odonois, en un estado de aturdimiento, de delirio y enajenacion que no la dejaba libre otro sentimiento que el tormento de la sed. Por último, la Providencia, que sin duda había resuelto conservarla, la infundió ánimo y fuerza para arrastrarse en busca de algun recurso; hallábase descalza y casi desnuda; un mal jubon y una camisa en harapos, cubrian sus miembros. Des-

calzó á sus hermanos, y ató las suelas á sus piés.

"Despues me ha asegurado ella misma que permaneció diez dias en los bosques, de los cuales pasó dos al lado de los cadáveres de sus hermanos esperando su último momento, y los ocho restantes en arrastrarse errante de un lado á otro. El recuerdo del prolongado y horrible espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en un desierto, el espectáculo de la muerte patente ante sus ojos, terror que se redoblaba á cada instante, la impresionaron de tal modo, que hizo encanecer sus cabellos. El segundo día de marcha, que debió ser poco considerable, halló agua, y los siguientes algunos frutos salvajes y huevos de perdiz. Apenas podía su garganta atravesar cosa alguna, tanto se había contraído su esófago á causa de la privacion de alimento. Los que la casualidad le había depurado bastaron para sostenerla, aunque ya sin duda era tiempo de que pareciese el socorro que le estaba reservado.

"Si leyésemos en una novela que una mujer delicada, acostumbrada á gozar de todas las comodidades de la vida, se viese precipitada en un río y que estraida casi ahogada se interna en un bosque donde vaga sin rumbo fijo y camina muchas semanas; que se extravía, padece hambre y sed hasta aniquilarse; que ve espirar sus dos hermanos mas robustos que ella, un sobrino apenas fuera de la edad de la infancia, tres mujeres criadas suyas, un jóven criado del médico que fué en busca de socorros, y que sobrevive á esta catástrofe; que permanece dos dias y dos noches al lado de estos cadáveres, en cantones donde abundan los tigres y muchas serpientes dañinas; que se incorpora y camina medio desnuda por espacio de ocho dias hasta que llega á orilla del Bobonasa; acusaríais al autor de la novela de llevar su falta de exactitud hasta la extravagancia. Y sin embargo, todo esto aconteció á madama Odonois, y los hechos están acreditados en cartas orijinales de muchos misioneros de Amazona que han tenido conocimiento de este suceso; y estas cartas han estado en mis manos.

"Al octavo ó noveno día fué cuando madama Odonois llegó á orilla del Bobonasa, á tiempo que comenzaban á disiparse las tinieblas de la noche; sintió ruido á cosa de doscientos pasos de sí, y el primer movimiento de terror la impulsó á ocultarse en la espesura; pero reflexionando que nada podía agravar su desgracia y que nada peor tenia que temer, se aproximó á la orilla, desde la que divisó á dos indios que se alojaban en su piragua.

"Los indios vieron á madama Odonois, y se encaminaron hácia ella; suplicóles la condujeran hasta Andoas. Aquellos indios, retirados hácia algun tiempo de Canelos, con sus mujeres, á causa del contagio de las viruelas, venian de una tala que habían emprendido algo lejos de allí, y bajaban á Andoas. Acojieron á mi esposa con interés, la cuidaron y condujeron á aquella poblacion; pero en ella las pocas atenciones de un misionero la determinaron á exijir al punto una canoa con dotacion de jentes, que la pusiera en disposicion de partir para Laguna al día siguiente.

"En Laguna fué acogida por el doctor Romero, nuevo jefe de misioneros, con toda la afabilidad posible; por espacio de seis semanas que permaneció á su lado, nada omitió de cuanto pudiera contribuir á restablecer su alterada salud y á distraer su ánimo del recuerdo de sus desgracias. Sus atenciones llegaron al extremo de tripular una canoa en que pudiera trasladarse á bordo de la embarcacion portuguesa, que como es sabido, la esperaba hácia mucho tiempo. El comandante portugués, que tuvo anticipado aviso de la llegada de mi mujer, mandó á esperarla una piragua surtida de todo jénero de provisiones. Esta pequeña embarcacion encontró á madama Odonois en la casa española de Loreto. Mi esposa me ha referido despues mil veces, que desde este momento hasta Oyapak, donde se me reunió, es decir, durante una travesía de mil leguas, disfrutó de las mas exquisitas atenciones y comodidades.

"En tanto que madama Odonois vagaba por los bosques, navegaba su fiel negro por el río en su busca, acompañado de algunos indios de Andoas. Llegado al sitio en que la había dejado, siguió sus huellas hasta dar con los cadáveres de sus señoritos, infectos ya y completamente desfigurados. Cuando los hubo examinado, se persuadió de que ninguno se había salvado, y regresó á Andoas. En cuanto al médico, así que se vió en Andoas á cubierto del peligro, olvidó el que corrían sus compañeros de viaje y partió para Omagras, sin hacer nada por cumplir el sagrado deber que se había impuesto."

XXV.

ISLAS VITI.—MUERTE DEL CAPITAN BUREAU.—DESTRUCCION DEL PUEBLO DE PIVA.

En Septiembre de 1836, durante la escala que Mr. Dumont d'Urville hizo en Taiti para pedir esplicaciones á la reina Pomaré de los malos tratamientos ejercidos contra dos misioneros franceses, encontró allí al comandante Dupetit Thouars, que había ido á aquella isla por el mismo motivo. Por este oficial supo las tristes circunstancias de la muerte del capitán Bureau, y como Mr. d'Urville tenía que explorar las islas Viti, quiso encargarse de la ejecucion de las instrucciones que la fragata Venus había recibido para aquel objeto.

El 14 de Octubre pasó la expedicion á pocas millas de la isla Boulang-Ha, costeando las de Marambo, Kambara, Vanyara, Namouka, Mozé, Komo, Holoroua y Ehioua, que ya había reconocido Mr. d'Urville en su primer viage á bordo del Astrolabio. A la caída de la tarde llegó á la isla de Lagumba, la mas importante por su estension y poblacion de todas las que forman la parte Sudeste del archipiélago Viti, para donde llevaba cartas de recomendacion, á fin de que se le proporcionara un hombre del país que pudiera guiarlo por aquel archipiélago peligroso. Mr. d'Urville satisfizo su deseo mas cumplidamente de lo que esperaba, puesto que se ofreció á

hacer este servicio con la mejor voluntad del mundo uno de los jefes de la isla, llamado Latchika, que llevó también consigo un criado, cuyo nombre era Latou. Logrado este objeto, dióse otra vez á la vela Mr. d'Urville, con direccion á Piva, donde, segun los informes de Latchika, fué apresado el bergantín Josefina y asesinado el capitán Bureau. El día 15 ancló Mr. d'Urville á la vista de Viti-Lebou y á dos millas solamente de la isla Piva, donde mandaba el jefe Nakalassé, autor del apresamiento del bergantín Josefina y del asesinato de su tripulación.

Allí supo con toda exactitud los pormenores de este trágico suceso. He aquí de qué modo se lo refirieron algunos europeos residentes en Lebouka, pueblo situado en la isla Obalaou, y á muy corta distancia de Piva:

"El bergantín francés la *Josefina*, su capitán Bureau, arribó á mediados del año de 1833 á las islas Viti, para recibir un cargamento de holoturias y conchas de tortugas.

"Algun tiempo despues de la llegada del capitán francés, Nakalassé, jefe de Piva, deseoso de hacer la guerra á Tanoa, jefe de la isla Pao, pidió al capitán Bureau que le admitiese á bordo de la *Josefina* con sus guerreros, para dirigirse á la isla Sama-Sama, donde Tanoa se habia refugiado, prometiendo al capitán cierta cantidad de conchas, tortugas y de holoturias para pagar el pasaje. Mr. Bureau accedió á la petición de Nakalassé, que se embarcó en la *Josefina* con su tropa, y la expedición se hizo á la vela.

"Antes de llegar á Sama-Sama, el bergantín *Josefina* hizo escala en Dateoa, donde Nakalassé y su jente saltaron á tierra, mataron á un habitante, cogieron dos piraguas y se llevaron su botín á bordo del buque; allí asaron al hombre que habian matado, se lo comieron, y amarraron las dos piraguas á la popa del bergantín.

"Al llegar á Sama-Sama, la tropa de Nakalassé quiso efectuar su desembarco; pero sufrió tan vigorosa resistencia por parte de los naturales de la isla, que su jefe se vió obligado á embarcarse aceleradamente y volver á Piva. Aquí el capitán Bureau pidió á Nakalassé la recompensa que le habia prometido por su pasaje y el de sus guerreros; pero el malvado jefe aplazó el pago de un día á otro, de suerte que al cabo de un mes de espera, viendo Bureau que habia sido engañado, resolvió alejarse.

"Por aquella época llegó á la isla Lebouka el navío americano *Admiral*, su capitán Eggelsohn; en cuanto lo supo Bureau despachó en una lancha al contramaestre, un marinero americano que servía á su bordo, y seis naturales de Piva, á fin de que fuesen á comprar tela á bordo de aquel navío. Cuando la lancha de la *Josefina* atracó en el costado del navío, uno de los marineros que la tripulaban, llamado David Wippy, suplicó al capitán que escribiese una carta á Mr. Bureau advirtiéndole que se anduviese con cautela con los naturales de Piva, porque trataban de matarle, para apoderarse del buque; y en fin, que no tolerase á su bordo tantos salvajes, pues aunque ya él mismo habia dado este aviso á Mr. Bureau, no habia querido hacer caso de sus consejos.

"El capitán Eggelsohn hizo lo que le dijo Wippy, y entregó su carta al contramaestre de la *Josefina*, quien la dió á su capitán en cuanto llegó á bordo del bergantín; mas apenas la leyó Mr. Bureau, la arrojó con desprecio, prorumpiendo en imprecaciones contra el capitán Eggelsohn. Uno de los marineros americanos recojió la carta, la leyó, participó su contenido á su camarada, y viendo los dos el peligro que corrían á bordo del bergantín francés, se presentaron á su capitán, y le dijeron, que si no queria seguir los consejos del capitán del *Admiral*, dejarían la *Josefina*. El capitán Bureau los despidió brutalmente; y ellos entonces subieron sus cofres al puente para desembarcar en el acto. Viéndolos el capitán tan decididos, cojió un par de pistolas, y amenazó levantar la tapa de los sesos al primero que tratara de evadirse. Los dos americanos permanecieron tranquilos hasta la noche, en que á favor de la oscuridad, se salvaron á nado, y tomaron tierra en la isla de Pao. Al día siguiente, muy temprano, se embarcaron en la piragua de uno de los jefes de Pao, llamado Mara, y se dirigieron á Lebouka, á donde llegaron á las diez de la mañana. En aquel mismo día á las cuatro de la tarde fué asesinado el capitán Bureau.

"Viendo Nakalassé que el bergantín *Josefina* estaba á punto de partir, resolvió poner en ejecución el proyecto que habia meditado, es decir, matar al capitán y á la tripulación de la *Josefina* y apoderarse del buque. No atreviéndose á cometer por sí mismo este asesinato, encomendó su ejecución á su sobrino Frank; pero éste no quiso acceder á la proposición de su tío, diciendo, que amaba demasiado al capitán francés, y que jamás le haría el menor daño, obstinándose tanto en su negativa, que irritado con ella Nakalassé, mandó ahorcarle con un pedazo de cable: el desgraciado, no pudiendo resistir el tormento de la estrangulación, consintió al fin en ejecutar la orden de su tío.

"Cuando Nakalassé vió á su sobrino dispuesto á obedecerle, le dijo: "Ahora mismo pasa á bordo del buque francés con tres de mis guerreros, y dirás al capitán que coja su antejo de larga vista para ver su canoa encallada allá en un arrecife: cuando se ponga á mirar por el antejo, le matarás, así como á toda su jente."

"Frank se embarcó en una piragua con sus tres cómplices armados de sus macanas, y se dirigieron á bordo de la *Josefina*; al subir sobre cubierta, saludó Frank muy afectuosamente al capitán, y le dijo, que su canoa habia sido arrojada á un arrecife, indicándole el paraje. Mr. Bureau cojió su antejo, y en el momento en que lo dirigía hácia la embarcación, se echaron sobre él los asesinos, y á fuerza de golpes lo dejaron muerto á sus piés. Quedaban todavía á bordo el maestre, el contramaestre José, y el cocinero; los dos primeros sufrieron la misma suerte que su capitán, y el tercero logró salvarse ocultándose en la cueva.

"Los tres cadáveres fueron arrojados al mar; el cuerpo del capitán, impelido por las olas, fué á parar á la playa de la isla de Viti-Levou, donde lo recogieron los habitantes, lo asaron y se lo comieron.

"Cuando Frank concluyó su carnicería, izó un pabellón, á cuya señal todos los naturales de Piva, pasaron á bordo de la *Josefina*, y lo saquearon completamente, llevándose cada uno lo que pudo ó quiso: en seguida aparejaron el bergantín y lo llevaron delante de la isla Lebouka, á fin de recojer á todos los blancos que se hallaban en dicha isla, y obligarles á maniobrar en el buque. Habiendo conocido David Wippy la intención de los asesinos del capitán Bureau, aconsejó á sus compañeros que no accediesen á la invitación de Frank y de sus cómplices, aunque quisieran obligarlos á la fuerza, pues temía hallarse comprometido en aquel negocio. Viendo Frank que los blancos de Lebouka no querían pasar á bordo del bergantín, volvió á llevarlo á Piva, y desde allí, habiéndose embarcado Nakalassé, hizo rumbo hácia Pao, cañoneó al pueblo, y mató á muchos habitantes. Conociendo que el bergantín no podia prestarle ya grande utilidad, mandó desembarcar á toda la jente que iba á su bordo y aprovechando la marea alta, condujo el buque á Reva, y lo echó á pique."

Resulta, pues, de la precedente relación, que el honor del pabellón francés y la seguridad del comercio en jeneral reclamaban un castigo terrible en aquellas islas. Mr. Dumont d'Urville se encargó de este castigo. He aquí de qué modo lo llevó á cabo. Al llegar á la vista de Piva, envió fuerzas suficientes para apoderarse de Nakalassé y pegar fuego al pueblo. Pero dejemos hablar al mismo comandante de aquella expedición, Mr. Dubouzet, que al volver á bordo dió cuenta de ella á Mr. d'Urville en los siguientes términos:

"Cumpliendo las instrucciones que me disteis ayer, partí esta mañana á bordo de dos lanchas armadas en guerra con un destacamento de treinta y dos marineros y algunos oficiales, para incendiar el pueblo de la isla de Piva, situado á tres millas Oeste de nuestro fondeadero. Un momento despues, se reunieron á nosotros tres embarcaciones del Astrolabio, llevando á su bordo la compañía de desembarco á las órdenes del teniente de navío Roque-maurel; tomé á mi bordo al jefe Tonga Latchika, que debia servirnos de piloto, é hicimos rumbo inmediatamente para nuestro destino. Al amanecer llegamos á tierra, y despues de haber hecho desembarcar los dos destacamentos, dejé las canoas, surtas en línea, al cargo de los señores de Flotte y Lafont, alumnos de primera clase, á quienes previne que las tuviesen siempre á nado y se dispusieran á proteger nuestro desembarque con el fuego de las carabinas. Aunque nadie se presentó en la playa para oponerse á nuestra marcha, íbamos formados en batalla, preparados á disparar contra el primero que se presentara, porque el jefe Latchika que llevaba á mi lado, esperando ser atacado, no cesaba de recomendarme que estuviésemos dispuestos á sostener el choque del enemigo, que seria precedido de gritos y ahullidos. Destaque entonces dos hombres de cada sección para que fuesen á incendiar las casas mas próximas á nosotros; en un instante fueron presa de las llamas, y como nadie se presentó, se pegó fuego sucesivamente á unas veinte casas

mas, para cuya operación bastó un cuarto de hora. El jefe Latchika nos enseñó la hermosa casa de Nakalassé, á la que aún no habia llegado, y que tenia él grandes descos de quemar; pero para no ser envueltos en el humo, mandé al alférez de navío Mr. Montravel que prendiera primeramente fuego á la casa llamada de los Espíritus, situada en la cumbre del cabo, y todas las que estuviesen comprendidas desde el Oeste al Este, de donde soplabá el viento, dejando para el último momento las mas próximas á la playa, que hice custodiar por un destacamento de quince hombres. Luego que el pueblo quedó reducido á cenizas, que segun mi cálculo se componía de sesenta casas, nos retiramos á nuestras embarcaciones. No estábamos todavía á media milla de distancia, cuando vimos á los habitantes dirigirse á sus casas abrasadas, que no habian tenido valor de defender. De esta manera feliz concluyó la misión que nos habíais confiado; no encontramos ninguna resistencia, siendo digna de todo elogio la sumisión de los marineros que fueron bajo mis órdenes; todos marcharon constantemente unidos, y ejecutaron puntualmente su consigna, y los dos destacamentos, obedientes á la voz de sus jefes, contribuyeron con el mismo celo al logro de la empresa."

XXVI.

NAUFRAGIO DEL CAPITAN BONTIKOE EN EL MAR DE LA INDIA.

Isbrantz Bontikoé, nombrado por la compañía holandesa de las Indias Orientales, capitán del navío la *Nueva-Horn*, pasó en 1618 á las Indias, para asuntos del comercio. Este buque, tripulado por doscientos seis marineros, se hallaba á la altura del estrecho de la Sonda, cuando el comandante que estaba sobre el puente, oyó gritar ¡fuego! ¡fuego! Bajó corriendo á la bodega; pero no vió ningun indicio de incendio: preguntó entonces dónde habia fuego, y algunos marineros le dijeron que habiendo bajado un grumete para sacar aguardiente, habia dejado la luz encima de un touel, y que al destaparlo habia caído por el agujero una chispa, la cual habia inflamado el aguardiente, y desfondado el barril, habia corrido aquel hasta el carbon de fragua. El comandante dispuso entonces que se echaran muchos valdes de agua sobre el carbon; pero á pesar de esta medida de precaución, el incendio no tardó en declararse en toda la bodega, cundiendo á los pocos minutos por todo el buque. Renunciamos á describir la escena de horror y desolación que durante algunos minutos, pasó á bordo de la fragata *Nueva-Horn*. Los que no perecieron abrasados por las llamas ó ahogados por el humo, volaron con los restos del buque en su última explosión. Salváronse sin embargo, el capitán y algunos marineros; estos en las lanchas del navío, y aquel milagrosamente á nado y asiéndose de uno de los mástiles del buque. Pero oigamos su propia relación:

"Por lo que hace á mí, esperaba perecer como to-

dos mis compañeros; estendí los brazos y las manos hacía el cielo y grité: ¡Dios mío, misericordia! La tuvo al fin de mí, porque de los aires caí en el agua entre los fragmentos del buque. En esta situación se reanimó tan vivamente mi valor, que creí ser otro hombre: mirando al rededor, ví á un lado el palo mayor, y al otro el de mesana. Me subí sobre el palo mayor, y desde allí observé todos los tristes objetos que me rodeaban.

"Por espacio de algunos minutos no ví á hombre alguno. Sin embargo, cuando mas abismado estaba en mis tristes reflexiones, ví aparecer en el agua un jóven nadando con piés y manos. Agarró los adornos de la proa que flotaban sobre el agua, y dijo: ¡Todavía estoy vivo! Aquel jóven se llamaba Harman-van-Knipphuisen, natural de Ryder. Ví flotar cerca de él un mástil pequeño, y como el grande en que yo estaba no cesaba de rodar, cosa que me causaba mucha fatiga, le grité: *Empújame ese fragmento: me pondré encima y lo haré flotar hacia donde tú estas, para que nos sirva á los dos.*

"El jóven hizo lo que le mandé, y confieso que de otro modo me hubiera sido imposible reunirme con él, porque de resultados de la caída, tenía la espalda lastimada, y herida en dos sitios la cabeza. Estos males, de que no me había apercibido al principio, empezaron á molestarte con tanta fuerza, que creí cesar repentinamente de ver y oír. Estábamos muy juntos el uno al otro, y no dejábamos de mirar á todas partes con la esperanza de descubrir algunas de las lanchas. Al fin las descubrimos, pero muy lejos. El sol estaba ya en su ocaso, y dije á mi compañero de infortunio:

"Se acabó toda esperanza! Es muy tarde y no podemos sostenernos en esta situación toda la noche. Elevemos nuestros corazones á Dios, y pidámosle nuestra salvación con una resignación absoluta á su voluntad."

"Pusimos á orar, y obtuvimos la gracia que pedíamos, pues apenas acabamos de dirigir nuestros votos al cielo, cuando alzando los ojos vimos las lanchas cerca de nosotros; ¡qué alegría para unos desgraciados que se consideraban ya próximos á la muerte! Empecé al punto á gritar: "¡Socorred, socorred al capitán!" Algunos marineros que me oyeron, se pusieron tambien por su parte á dar voces: "Muchachos, decían, aquí está el capitán, salvémosle." Acercáronse; pero no se atrevieron á avanzar mucho, temerosos de ir á chocar contra los grandes trozos de madera que el mar agitaba. Harman, que estaba menos herido que yo, se sintió con fuerzas para echarse á nado, y se dirigió á una de las lanchas. Yo entre tanto gritaba: "Si quereis salvarme la vida, es menester que vengais á donde yo estoy, porque no tengo fuerza para nadar."

Echaron entonces al agua la bocina con un pedazo de cable, y atándomelo á la cintura, pude por este medio llegar felizmente á bordo. Vogamos toda la noche con la esperanza de descubrir tierra al salir el sol; pero nuestros esfuerzos fueron inútiles. Al rayar el día, nos convencimos de que estábamos tan distantes de la tierra como de los restos del buque. "Capitán, me dijeron entonces los marineros, ¡qué

va á ser de nosotros? No se ve tierra y estamos sin víveres y sin brújula."

"En tan apurado trance, mi única esperanza era seguir vogando á la ventura, por si la Providencia nos deparaba alguna isla ó embarcación donde poder refugiarnos y hallar alimento. Ecshorté á los marineros á que se despojasen de sus camisas para hacer velas con ellas; yo quise dar el ejemplo, pero todo el mundo se opuso en favor de mi situación. La tripulación de la otra lancha, apenas vió nuestro improvisado velámen, hizo lo mismo; pero por mas que navegábamos, no descubrimos tierra, y el hambre nos acosaba ya demasiado. ¡Acaso á mis súplicas y ecshortaciones se debió que algunos marineros no llevaran á cabo el horrible y desesperado proyecto que ya habian concebido de devorar á los mas jóvenes de la tripulación! En fin, el 2 de Diciembre, á los trece dias de nuestro naufragio, descubrimos tierra, y haciendo fuerza de vela, logramos arribar á ella al cabo de algunas horas. Apenas senté el pié en la arena, me arrodillé, la besé y dí gracias al cielo por el favor que nos dispensaba. La isla abundaba en cocoteros; pero no pudimos hallar agua dulce; así es que bebimos con avidez la que contenía el coco, comiéndonos despues la carne de esta fruta. La leche del coco nos pareció deliciosa, y nos hubiera sentado bien, si la hubiéramos bebido con moderación; pero como todos nos escedimos, no hubo uno que no sintiera fuertes dolores de vientro, que nos obligaron á tirarnos sobre la arena, y á revolcarnos como desesperados: aquel calor húmedo templó nuestros dolores."

Como lo que resta de la relación del capitán Bontikoé ofrece menos interés, la interrumpimos, aunque supliendo la falta con un resumen sucinto de sus posteriores acontecimientos.

Viendo los naufragos que aquella isla les ofrecía pocos recursos, pues no pudieron hallar habitación ninguna, resolvieron dejarla, lo que verificaron despues de haber llenado las lanchas de cocos, dirigiendo el rumbo á la isla de Sumatra. Llegaron felizmente á esta isla, pero su estancia en ella no pasó de veinte y cuatro horas, á causa de la encarnizada persecución que les hicieron los naturales. Por espacio de muchos dias vogaron hacia el Sudoeste, manteniéndose de ostras y diferentes conchas terrestres ó marítimas, que recojian en varios puntos de la costa Oeste de Sumatra. Una noche descubrieron una luz; al principio creyeron que seria de algun buque; pero aprosimándose, reconocieron que salía de una pequeña isla del estrecho de la Sonda. Al dia siguiente, se hallaron á la vista de Java y de gran número de buques. Eran veinte y tres, todos holandeses, y los mandaba Federico Houtman de Alcaaar. Admirado éste de la singularidad de las velas que llevaban los naufragos, y deseoso de que le esplicasen aquel espectáculo tan nuevo, envió su lancha, encargando á la jente que la tripulaba, que averiguase quiénes eran los que de aquel modo tan inusitado navegaban. Para dicha mayor de los naufragos, los marineros del buque holandés conocieron á varios de ellos, por haber navegado juntos en otra época. Recojiendo en su lancha á todos los nau-

fragos, los condujeron á bordo del navío almirante, que se llamaba la Virjen de Dordrecht, donde repararon sus fuerzas con un opíparo banquete que les dió el comandante.

XXVII.

ARAUCANOS.—ESCURSION DE MR. BARDEL, VICE-CÓN-SUL DE FRANCIA EN CONCEPCION DE CHILE.

En el viaje que para asuntos de su consulado hizo Mr. Bardel á Arauco, tuvo ocasión de observar no solo sus usos y costumbres, sino muchas de sus mas raras ceremonias. Entre estas ocupa un lugar preferente la de sus asambleas, principalmente cuando estas se verifican para celebrar algun tratado de paz ó asegurar el cumplimiento de los ya existentes.

"Cuando los indios se reúnen en asamblea, dice Mr. Bardel, son muy circunspectos. Nadie se atreveria á interrumpir al orador, y éste se cree en la obligación de hablar muy de prisa y por mucho tiempo.

"En una de estas reuniones que yo presencié, el cacique Couraumilla, palabra que significa oro negro, tomó por tres veces la palabra, y en cada una de ellas terminó con una fórmula que queria decir: ¡Digo bien, hombres poderosos! Los principales puntos de sus tres discursos, fueron su viaje á lo interior, su regreso, la reunión de los caciques, y en fin, el deseo de la paz y las protestas de buena fé.

"Estos indios son muy amigos de la etiqueta, y creo que sobre este punto pueden apostárselas á los mas estirados barones alemanes. Nada perdonan cuando se trata de las ceremonias de sus asambleas. Son intrépidos oradores, quiero decir, que hablan mucho y pronto; pero como su lengua es muy pobre, repiten á cada momento una misma cosa. Son minuciosos y pesados en sus narraciones, especialmente cuando hablan de los incidentes de sus viajes. Para sus cumplimientos de etiqueta, tienen una fórmula comun. Jamás un indio, aunque sea cacique, se aprosima á un superior para saludarle sin pedirle antes la venia por medio de otra persona de mas edad ó mas elevada en jerarquía.

"En la asamblea á que yo asistí, se presentaron dos caciques diciendo que deseaban aprovechar aquella reunión para ser reconocidos como gobernadores de sus distritos respectivos, en atención á haber heredado esta dignidad de sus padres; por donde se ve que entre los salvajes hay tambien el derecho de heredad. Verificada la instalación de estos altos empleados, presentaron otra petición reducida á que el gobierno les nombrase mayor número de capitanes amigos.

"Escos oficiales equivalen á los que en los Estados Unidos se llaman *indianis-agents*, y sirven de intérpretes, mediadores y agentes con los indios, pues estos no harian ningun caso de órdenes y avisos que les fuesen comunicados por otros en nombre del gobierno. Este empleo se confiere á los chilenos que conocen el país y hablan la lengua india.

Disfrutan de un sueldo muy escaso; pero en cambio tienen la ventaja de hacer casi esclusivamente el comercio con los indios. Las inmundidades del derecho de jentes son observadas estrictamente con ellos, y no hay ejemplo de que ninguno haya sido asesinado ó robado en el curso de su misión, ni aún en sus asuntos particulares. Los capitanes amigos son cuatro, además del comisario general, y por consiguiente consideraban los caciques como justo motivo ser muy conveniente aumentar su número para bien del servicio. Pero por esta vez el intendente eludió la cuestión diciéndoles que tenia que consultar á la necesidad suprema. La sesión concluyó con el siguiente convenio:

"Todos prometieron mantener la paz y respetar el territorio chileno. Tres caciques debian pasar á los Motolas, cerca del cacique Anal, para obligar á Monguil (1) á cumplir con sus deberes y llevarlo á Concepcion, donde trataria con el gobierno.

"En fin, para asegurar la armonía y la paz, se plantearia una cruz en el lugar mismo de las conferencias, á fin de que las palabras quedasen enterradas en el mismo sitio donde se habian pronunciado.

"He aquí de qué manera se verificó esta estraña ceremonia. A las diez de la mañana estaban todas las tropas sobre las armas, y el cura revestido con sus insignias sacerdotales; repicaban las campanas y se oia el redoble de los tambores. Nos dirigimos á la iglesia acompañados de las autoridades civiles y militares; el intendente, el cónsul inglés, el comandante de la plaza y yo llevábamos bastones como los de los caciques, y los cuales consisten en un gran palo con un disforme puño de plata, muy parecidos á los de nuestros tambores mayores.

"Al entrar en la iglesia, encontramos en medio una cruz de madera que tendria de unos veinte y cinco á treinta piés de longitud. Los caciques estaban de pié al rededor de ella. En vez de pantalones llevaban una pieza de tejido de lana atada á la cintura y formando una especie de jubon que les llegaba hasta los piés. Cubria sus cabezas un pañuelo de algodón, muy adornado de pedazos de vidrio, cascabeles, cintas y otras baratijas, sin faltarles en la mano el indispensable baston de puño de plata.

"Despues de un breve intervalo que aprovechó el cura para bendecir la cruz, quince indios la llevaron á hombros, y la comitiva y el cura á la cabeza, se puso en camino al son del tambor. Al llegar al sitio de las conferencias, formaron las tropas un gran círculo, en medio del cual nos colocamos nosotros, y en frente se agruparon los caciques.

"Entonces empezaron de nuevo delante de la cruz los discursos y las protestas de una y otra parte; pero no se plantó aquella ni se cubrió de tierra su base, hasta que todos se persuadieron de que las palabras estaban bien enterradas. En seguida mandaron los caciques traer un cordero, que inmolaron al pié de la cruz, y empapando ellos mismos sus

(1) Monguil es el cacique que atraído, segun dicen, por algunos chilenos descontentos, habia invadido las fronteras.

manos en la sangre, hicieron en ella muchos signos, al parecer jeroglíficos. No pude menos de admirar la analogía de estas costumbres con las de los hebreos, en cuyas ceremonias el cordero y la sangre del cordero, representaban frecuentemente un papel muy importante."

Luego que Mr. Bardel despachó su comision en Arauco, resolvió volverse á Concepcion; pero el intendente, deseando enseñarle el pais, le propuso tomar otro camino. Accedió Mr. Bardel con tanto mas gusto, cuanto que esta expedicion podia proporcionarle la ocasion de devolver una visita á su amigo Mr. Lozier. Era este uno de los franceses que abandonaron la Francia á la caída de Napoleón. Después de haber recorrido los Estados Unidos, el Brasil y las provincias de la Plata, llegó á Chile. Hombre verdaderamente instruido, lo empleó mucho tiempo el gobierno chileno como ingeniero y como rector del Instituto en la época del general Pinto. A consecuencia del cambio político que elevó al poder al general Prieto, fué enviado á Concepcion para organizar allí un colejo del gobierno; pero algunos disgustos que tuvo con las autoridades, le obligaron á tomar la resolucion de retirarse, y al efecto compró á los indios de Arauco una gran estension de terreno para vivir en medio de ellos. En la época en que lo visitó Mr. Bardel, tenia cincuenta años de edad. Su casa se semeja mucho á la de Robinson Crusó. Nuevo Las Casas, Mr. Lozier era uno de los defensores mas decididos de los araucanos, pues según decia, eran de un carácter muy dulce, al paso que en los chileños habia que censurar la mala fe con que se conducian con sus vecinos y faltaban á todos sus tratados.

XXVIII.

ISLAS VITI—DILLON ATACADO POR LOS NATURALES. (1812.)

Tasman descubrió el archipiélago Viti en 1643; pero solo vió algunas islas y arrecifes que llamó islas del príncipe Guillermo. Las excelentes noticias que se deben á Mr. d'Urville prueban que las islas descubiertas por Tasman eran *Tanoudza*, *Rambe*, *Tab-Ouni* y *Laoudzala*, nombres que les dan los indijenas.

En 1774 descubrió Cook la isla *Batoa*.

Bligh atravesó fujitivo aquel grupo, después de haber sido despojado de su mando por los marineros sublevados; pero sin instrumentos y en una mezuquina embarcacion, no pudo ejecutar ningun reconocimiento. Cuando volvió á Taiti, costó aquel gran grupo en toda su parte meridional; pero sus observaciones, si es que llegó á hacerlas, no fueron publicadas.

En 1793 Entrecasteux vió la isla *Batoa*.

Maitland, Barber y Wilson dieron cartas mas ó menos exactas de algunas islas; el capitán Maitland las llamó Tierras de Libertad. Muchos buques mercantes las han frecuentado y frecuentan toda-

vía, principalmente á causa de la madera de sándalo, de que se hacen esencias en China y en la India, y con la cual se construyen columnas y atahudes para los chinos ricos; pero la mayor parte de los capitanes de estos buques solo se cuidan de hacer su tráfico, y nada notable han contado de aquellos países, de los cuales se ignorarian aún muchas cosas, si no las hubiese dado á la estampa Mr. Hombron, compañero de viaje del almirante Dumont d'Urville.

Luchas sangrientas habian estallado muchas veces entre los europeos, los americanos y los naturales, resultando dos terribles catástrofes: la primera fué la del capitán Campbell, que fundó en Octubre de 1809 en la bahía del bosque de Sandal, y que fué capturado por el jefe Boullandam, comandante de una escuadrilla de ciento cuarenta piraguas. Hállase esta relacion en el viaje de Turnbull al rededor del mundo, publicada en 1813.

En cuanto á la segunda catástrofe, la mas importante de la historia de aquel pais, la tomaremos de la relacion del capitán Dillon, que fué el héroe de ella; relacion publicada con la de su expedicion en busca de La Perouse.

Mr. Dillon se embarcó á fines de 1812 como oficial segundo á bordo del navío Hunter; su capitán Robson, que partió de Calcuta para su viaje á la Nueva Gales del Sur, á las islas Viti, comunmente llamadas Fidji, y finalmente á Canton. Anteriormente habia visitado estas islas, donde permaneció cuatro meses, en cuyo tiempo vivió íntimamente con los naturales ó hizo grandes progresos en el estudio de su lengua. El capitán Robson habia tambien estado dos veces en aquellas islas, y adquirido grande influencia sobre el ánimo de los habitantes de una parte de la costa de la isla del Sándalo, tomando parte en sus guerras y ayudándole á destruir á sus enemigos, que habian sido devorados en su presencia. El jefe con quien mas intimidad habia encontrado, era Bonassar, que mandaba el pueblo de Vonía y sus dependencias en el interior de la isla.

En 19 de Febrero de 1813 ancló el Hunter en la bahía de Wailea, á distancia de un cuarto de milla de la embocadura de un rio, que es preciso remontar para llegar al pueblo. Vonía está situado á milla y media del fondeadero y las márgenes del rio que lo baña, se ven cubiertas de magnífica verdura.

Apenas se habia echado el ancla, cuando el hermano del jefe de Vonía llegó á bordo para felicitar al capitán por su regreso; no tardó en presentarse el mismo Bonassar con otros muchos jefes subalternos y sus sacerdotes, quien manifestó al capitán que poco tiempo después de haber partido el Hunter para Canton, los habitantes de los pueblos que habia conquistado con su cooperacion, se habian sublevado de nuevo é incorporándose á las poderosas tribus, que habitaban las orillas de un gran rio llamado Naupacab, le habian hecho una guerra cruel. Bonassar trató de persuadir á los ingleses que seria imposible proporcionarse madera de sándalo á no vencer aquella liga formidable con la fuerza de su

mosquetería. En su consecuencia suplicó al comandante que se uniese á él para emprender otra campaña. El capitán Robson no quiso acceder en un principio; pero fueron tantas y tan repetidas las instancias que le hicieron Bonassar y muchos de sus súbditos, y tan eficaces las promesas de que en recompensa completaria la carga de sus buques en el espacio de dos meses, que al fin se resolvió á prestar el socorro que se le pedia.

El 1.º de Abril marchó la expedicion contra la pequeña isla de Naupacab, situada á dos millas de la embocadura del rio del mismo nombre, la cual se hallaba fortificada; pero bastaron algunas descargas del cañon pedrero que llevaban los ingleses para obligar á abandonarla á sus defensores. Después de esta escaramuza subieron los expedicionarios el rio hasta quince millas, y destruyeron los pueblos y plantaciones que habia en las dos orillas. El día 8 por la tarde regresaron á su navío, después de haber sometido al dominio de Bonassar todos aquellos pueblos rebeldes. Estos servicios fueron recompensados con la mas negra ingratitud. En vano esperaron los ingleses, en los cuatro meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, el cumplimiento de la palabra que los habian dado los indijenas. Estos no proporcionaron á los europeos mas que ciento cincuenta toneladas de madera de sándalo, esto es, la tercera parte del cargamento, pretestando que era imposible darles mas, porque los buques estaban agotados por el gran número de buques que habian frecuentado aquellas costas en el espacio de algunos años. Indignose tanto el capitán Robson al verse burlado por aquel pueblo bárbaro y astuto, que juró vengarse de sus antiguos y fieles aliados, á quien tantas veces habia ayudado á regularse con la carne de sus enemigos. El capitán cumplió su juramento.

A principios de Septiembre atacó á una escuadrilla de piraguas de Vonía, y apresó á catorce de ellas. Esta fué la señal de una lucha que se hizo encarnizada, y costó tanta sangre á los isleños como á los europeos.

El día 6 de Septiembre desembarcaron estos á las ordenes de Mr. Norman, en un sitio llamado la Roca Negra, á corta distancia Este del rio. Verificado el desembarco, comenzaron los europeos á dispersarse en grupos de dos, tres y cuatro hombres; no faltó quien observase á Mr. Norman, que convenia marchar reunidos para evitar un ataque repentino de los isleños; pero el comandante no hizo caso de este consejo. Avanzaron, pues, sin obstáculo por un estrecho sendero, y llegaron al pié de una colina. En seguida subieron á su cumbre, que formaba una especie de meseta. Presentáronse allí algunos isleños, y les amenazaron con gritos y jestos. Mr. Norman tomó hácia la derecha, metiéndose por un sendero que conducia, al través de un bosque, hácia algunas cabañas.

"Yo seguia á Norman, dice Dillon, con otros siete europeos, y no pasó mucho tiempo sin que los isleños quisieran disputarnos el paso; les disparamos algunos tiros y matamos uno, poniendo en precipitada fuga á los demás. Mr. Norman mandó enton-

ces pegar fuego á la cabaña del jefe y á algunas otras, órden que fué ejecutada tan puntualmente, que al cabo de algunos segundos subian las llamas por todos lados. Pronto oímos unos ahullidos espantosos. Dábanlos multitud de salvajes que estaban emboscados y salieron en nuestra persecucion. A pesar de la sorpresa con que nos vimos envueltos por aquellos forajidos, logramos defendernos con bastante órden y causarles gran número de heridos y muertos. Este triunfo nos costó tambien á nosotros la pérdida de algunos hombres y la irreparable de Mr. Norman, á quien un salvaje tendió en el suelo atravesado de una flecha.

"Viendo que me era imposible penetrar por entre la multitud de salvajes para llegar á nuestras embarcaciones, grité á mis compañeros que subiéramos á la roca donde habiamos estado poco antes. Felizmente logré subir á la cumbre, donde me encontré reunido con cinco de los nuestros: Carlos Savage, Luis (chino), Martin Bouchard (prusiano), Tomás Dafny, y Guillermo Wilson.

"Afortunadamente para nosotros, la altura que ocupábamos era tan escarpada, que no podian subirla á un tiempo sino muy pocos hombres, y demasiado elevada para que los salvajes pudieran incomodarnos mucho con sus flechas y sus hondas; además, por una casualidad no menos feliz, un viento muy fuerte desviaba el gran número de flechas que nos lanzaban. Habiendo sucumbido nuestro jefe, me correspondia el mando; aprovechéme de él para disponer á mis compañeros á defender nuestro puesto de la mejor manera posible; no permití que se disparara mas de un tiro á la vez, y empleé á Dafny, que habia salido algo herido de nuestra pasada refriega, en cargar nuestras armas. De esta suerte conseguimos defendernos por espacio de muchas horas, matando á cuantos salvajes intentaban trepar á la cumbre. Solo Martin Bouchard, que era un excelente tirador, mató veinte y siete salvajes de veinte y ocho tiros. Viendo nuestros enemigos que no podian desalojarnos de nuestra posicion sin perder mucha jente, se retiraron amenazándonos con su rabia. Entonces abandonamos nosotros tambien nuestra altura para dirijirnos á nuestras embarcaciones, que desde allí veiamos á corta distancia de la costa; pero al bajar, todavia nuestros enemigos trataron de perseguirnos, y aunque eran pocos en número, mandé á mis compañeros que verificáramos nuestra retirada, dando el frente á los salvajes y apuntándoles con nuestras armas. Esta precaucion produjo el buen resultado que yo me prometia. Los salvajes no se atrevieron á acometernos, y solo cuando ya estábamos embarcados, acudieron en tropel y nos saludaron con una lluvia de flechas y de piedras; pero no tardamos en vernos fuera del alcance de sus arcos y de sus hondas."

Luego que los europeos estuvieron fuera de peligro, dieron gracias á la divina Providencia, y llegaron á bordo del navío en el mismo instante en que el sol cesaba de alumbrar aquel teatro de mortandad y horror.

manos en la sangre, hicieron en ella muchos signos, al parecer jeroglíficos. No pude menos de admirar la analogía de estas costumbres con las de los hebreos, en cuyas ceremonias el cordero y la sangre del cordero, representaban frecuentemente un papel muy importante."

Luego que Mr. Bardel despachó su comision en Arauco, resolvió volverse á Concepcion; pero el intendente, deseando enseñarle el pais, le propuso tomar otro camino. Accedió Mr. Bardel con tanto mas gusto, cuanto que esta expedicion podia proporcionarle la ocasion de devolver una visita á su amigo Mr. Lozier. Era este uno de los franceses que abandonaron la Francia á la caída de Napoleón. Después de haber recorrido los Estados Unidos, el Brasil y las provincias de la Plata, llegó á Chile. Hombre verdaderamente instruido, lo empleó mucho tiempo el gobierno chileno como ingeniero y como rector del Instituto en la época del general Pinto. A consecuencia del cambio político que elevó al poder al general Prieto, fué enviado á Concepcion para organizar allí un colejo del gobierno; pero algunos disgustos que tuvo con las autoridades, le obligaron á tomar la resolucion de retirarse, y al efecto compró á los indios de Arauco una gran estension de terreno para vivir en medio de ellos. En la época en que lo visitó Mr. Bardel, tenia cincuenta años de edad. Su casa se semeja mucho á la de Robinson Crusó. Nuevo Las Casas, Mr. Lozier era uno de los defensores mas decididos de los araucanos, pues según decia, eran de un carácter muy dulce, al paso que en los chileños habia que censurar la mala fe con que se conducian con sus vecinos y faltaban á todos sus tratados.

XXVIII.

ISLAS VITI—DILLON ATACADO POR LOS NATURALES. (1812.)

Tasman descubrió el archipiélago Viti en 1643; pero solo vió algunas islas y arrecifes que llamó islas del príncipe Guillermo. Las excelentes noticias que se deben á Mr. d'Urville prueban que las islas descubiertas por Tasman eran *Tanoudza*, *Rambe*, *Tab-Ouni* y *Laoudzala*, nombres que les dan los indijenas.

En 1774 descubrió Cook la isla *Batoa*.

Bligh atravesó fujitivo aquel grupo, después de haber sido despojado de su mando por los marineros sublevados; pero sin instrumentos y en una mezuquina embarcacion, no pudo ejecutar ningun reconocimiento. Cuando volvió á Taiti, costó aquel gran grupo en toda su parte meridional; pero sus observaciones, si es que llegó á hacerlas, no fueron publicadas.

En 1793 Entrecasteux vió la isla *Batoa*.

Maitland, Barber y Wilson dieron cartas mas ó menos exactas de algunas islas; el capitán Maitland las llamó Tierras de Libertad. Muchos buques mercantes las han frecuentado y frecuentan toda-

vía, principalmente á causa de la madera de sándalo, de que se hacen esencias en China y en la India, y con la cual se construyen columnas y atahudes para los chinos ricos; pero la mayor parte de los capitanes de estos buques solo se cuidan de hacer su tráfico, y nada notable han contado de aquellos países, de los cuales se ignorarian aún muchas cosas, si no las hubiese dado á la estampa Mr. Hombron, compañero de viaje del almirante Dumont d'Urville.

Luchas sangrientas habian estallado muchas veces entre los europeos, los americanos y los naturales, resultando dos terribles catástrofes: la primera fué la del capitán Campbell, que fundó en Octubre de 1809 en la bahía del bosque de Sandal, y que fué capturado por el jefe Boullandam, comandante de una escuadrilla de ciento cuarenta piraguas. Hállase esta relacion en el viaje de Turnbull al rededor del mundo, publicada en 1813.

En cuanto á la segunda catástrofe, la mas importante de la historia de aquel pais, la tomaremos de la relacion del capitán Dillon, que fué el héroe de ella; relacion publicada con la de su expedicion en busca de La Perouse.

Mr. Dillon se embarcó á fines de 1812 como oficial segundo á bordo del navío Hunter; su capitán Robson, que partió de Calcuta para su viaje á la Nueva Gales del Sur, á las islas Viti, comunmente llamadas Fidji, y finalmente á Canton. Anteriormente habia visitado estas islas, donde permaneció cuatro meses, en cuyo tiempo vivió íntimamente con los naturales ó hizo grandes progresos en el estudio de su lengua. El capitán Robson habia tambien estado dos veces en aquellas islas, y adquirido grande influencia sobre el ánimo de los habitantes de una parte de la costa de la isla del Sándalo, tomando parte en sus guerras y ayudándole á destruir á sus enemigos, que habian sido devorados en su presencia. El jefe con quien mas intimidad habia encontrado, era Bonassar, que mandaba el pueblo de Vonia y sus dependencias en el interior de la isla.

En 19 de Febrero de 1813 ancló el Hunter en la bahía de Wailea, á distancia de un cuarto de milla de la embocadura de un rio, que es preciso remontar para llegar al pueblo. Vonia está situado á milla y media del fondeadero y las márgenes del rio que lo baña, se ven cubiertas de magnífica verdura.

Apenas se habia echado el ancla, cuando el hermano del jefe de Vonia llegó á bordo para felicitar al capitán por su regreso; no tardó en presentarse el mismo Bonassar con otros muchos jefes subalternos y sus sacerdotes, quien manifestó al capitán que poco tiempo después de haber partido el Hunter para Canton, los habitantes de los pueblos que habia conquistado con su cooperacion, se habian sublevado de nuevo é incorporándose á las poderosas tribus, que habitaban las orillas de un gran rio llamado Naupacab, le habian hecho una guerra cruel. Bonassar trató de persuadir á los ingleses que seria imposible proporcionarse madera de sándalo á no vencer aquella liga formidable con la fuerza de su

mosquetería. En su consecuencia suplicó al comandante que se uniese á él para emprender otra campaña. El capitán Robson no quiso acceder en un principio; pero fueron tantas y tan repetidas las instancias que le hicieron Bonassar y muchos de sus súbditos, y tan eficaces las promesas de que en recompensa completaria la carga de sus buques en el espacio de dos meses, que al fin se resolvió á prestar el socorro que se le pedia.

El 1.º de Abril marchó la expedicion contra la pequeña isla de Naupacab, situada á dos millas de la embocadura del rio del mismo nombre, la cual se hallaba fortificada; pero bastaron algunas descargas del cañon pedrero que llevaban los ingleses para obligar á abandonarla á sus defensores. Después de esta escaramuza subieron los expedicionarios el rio hasta quince millas, y destruyeron los pueblos y plantaciones que habia en las dos orillas. El día 8 por la tarde regresaron á su navío, después de haber sometido al dominio de Bonassar todos aquellos pueblos rebeldes. Estos servicios fueron recompensados con la mas negra ingratitud. En vano esperaron los ingleses, en los cuatro meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, el cumplimiento de la palabra que los habian dado los indijenas. Estos no proporcionaron á los europeos mas que ciento cincuenta toneladas de madera de sándalo, esto es, la tercera parte del cargamento, pretestando que era imposible darles mas, porque los buques estaban agotados por el gran número de buques que habian frecuentado aquellas costas en el espacio de algunos años. Indignose tanto el capitán Robson al verse burlado por aquel pueblo bárbaro y astuto, que juró vengarse de sus antiguos y fieles aliados, á quien tantas veces habia ayudado á regularse con la carne de sus enemigos. El capitán cumplió su juramento.

A principios de Septiembre atacó á una escuadrilla de piraguas de Vonia, y apresó á catorce de ellas. Esta fué la señal de una lucha que se hizo encarnizada, y costó tanta sangre á los isleños como á los europeos.

El día 6 de Septiembre desembarcaron estos á las ordenes de Mr. Norman, en un sitio llamado la Roca Negra, á corta distancia Este del rio. Verificado el desembarco, comenzaron los europeos á dispersarse en grupos de dos, tres y cuatro hombres; no faltó quien observase á Mr. Norman, que convenia marchar reunidos para evitar un ataque repentino de los isleños; pero el comandante no hizo caso de este consejo. Avanzaron, pues, sin obstáculo por un estrecho sendero, y llegaron al pié de una colina. En seguida subieron á su cumbre, que formaba una especie de meseta. Presentáronse allí algunos isleños, y les amenazaron con gritos y jestos. Mr. Norman tomó hácia la derecha, metiéndose por un sendero que conducia, al través de un bosque, hácia algunas cabañas.

"Yo seguia á Norman, dice Dillon, con otros siete europeos, y no pasó mucho tiempo sin que los isleños quisieran disputarnos el paso; les disparamos algunos tiros y matamos uno, poniendo en precipitada fuga á los demás. Mr. Norman mandó enton-

ces pegar fuego á la cabaña del jefe y á algunas otras, orden que fué ejecutada tan puntualmente, que al cabo de algunos segundos subian las llamas por todos lados. Pronto oímos unos ahullidos espantosos. Dábanlos multitud de salvajes que estaban emboscados y salieron en nuestra persecucion. A pesar de la sorpresa con que nos vimos envueltos por aquellos forajidos, logramos defendernos con bastante orden y causarles gran número de heridos y muertos. Este triunfo nos costó tambien á nosotros la pérdida de algunos hombres y la irreparable de Mr. Norman, á quien un salvaje tendió en el suelo atravesado de una flecha.

"Viendo que me era imposible penetrar por entre la multitud de salvajes para llegar á nuestras embarcaciones, grité á mis compañeros que subiéramos á la roca donde habiamos estado poco antes. Felizmente logré subir á la cumbre, donde me encontré reunido con cinco de los nuestros: Carlos Savage, Luis (chino), Martin Bouchard (prusiano), Tomás Dafny, y Guillermo Wilson.

"Afortunadamente para nosotros, la altura que ocupábamos era tan escarpada, que no podian subirla á un tiempo sino muy pocos hombres, y demasiado elevada para que los salvajes pudieran incomodarnos mucho con sus flechas y sus hondas; además, por una casualidad no menos feliz, un viento muy fuerte desviaba el gran número de flechas que nos lanzaban. Habiendo sucumbido nuestro jefe, me correspondia el mando; aprovechéme de él para disponer á mis compañeros á defender nuestro puesto de la mejor manera posible; no permití que se disparara mas de un tiro á la vez, y empleé á Dafny, que habia salido algo herido de nuestra pasada refriega, en cargar nuestras armas. De esta suerte conseguimos defendernos por espacio de muchas horas, matando á cuantos salvajes intentaban trepar á la cumbre. Solo Martin Bouchard, que era un excelente tirador, mató veinte y siete salvajes de veinte y ocho tiros. Viendo nuestros enemigos que no podian desalojarnos de nuestra posicion sin perder mucha jente, se retiraron amenazándonos con su rabia. Entonces abandonamos nosotros tambien nuestra altura para dirijirnos á nuestras embarcaciones, que desde allí veiamos á corta distancia de la costa; pero al bajar, todavia nuestros enemigos trataron de perseguirnos, y aunque eran pocos en número, mandé á mis compañeros que verificáramos nuestra retirada, dando el frente á los salvajes y apuntándoles con nuestras armas. Esta precaucion produjo el buen resultado que yo me prometia. Los salvajes no se atrevieron á acometernos, y solo cuando ya estábamos embarcados, acudieron en tropel y nos saludaron con una lluvia de flechas y de piedras; pero no tardamos en vernos fuera del alcance de sus arcos y de sus hondas."

Luego que los europeos estuvieron fuera de peligro, dieron gracias á la divina Providencia, y llegaron á bordo del navío en el mismo instante en que el sol cesaba de alumbrar aquel teatro de mortandad y horror.

XXIX.

NAUFRAYO Y AVENTURAS DEL CAPITAN VIAUD, EN 1766, EN EL GOLFO DE LA CHAUDELEUR (1).

El naufragio del capitán Viaud, y las aventuras de que fué objeto, ofrecen el mayor interés.

El capitán Viaud partió de la rada de San Luis, isla de Santo Domingo, el 2 de Enero de 1766. Iba en la categoría de negociante sobre el bergantín el *Tigre*, cuyo pequeño buque hacia vela hacia la Luisiana, llevando á su bordo á Mr. Viaud, su esposa y su hijo, al segundo del buque, nueve marineros, uno llamado Desclau, colono de la isla de Santo Domingo, y un negro que Mr. Viaud había comprado para su servicio.

Nuestro capitán Viaud era un hombre que tenía mucha jactancia, pero que no sabía bien su ejercicio.

Nuestra embarcación, maltratada por el mar, hacia ya agua en muchos parajes; la tripulación estaba inquieta, y quiso que yo me encargara del derrotero; pero no tenía más que un conocimiento teórico de estas costas; creí que usurpaba los derechos al capitán, y no consintiendo, me contenté con observar su maniobra.

Doblamos el cabo de San Antonio, y fuimos sorprendidos por nuevos vendavales que abrieron mas vías de agua, que apenas podían agotarlas dos bombas á pesar de nuestros esfuerzos. La alarma era general, y esta dolorosa situación no presentaba viso alguno de cambio favorable. El 10 de Febrero á las siete de la noche, encontramos una fragata española procedente de la Habana, que reclamó nuestra compañía, la que aceptamos desde luego.

Marchamos mucho tiempo con nuestra conserva, pero la perdimos de vista durante la noche. A la mañana siguiente, observamos otra vía de agua, y se sintió la necesidad de alijer el buque de peso, pero el agua penetraba en el barco cada vez mas, al paso que nos hallábamos á unas cinco leguas de las islas de la Chaudelaur.

Nos dirijimos hacia la *Mobile*; pero el viento que al principio nos había sido favorable, cambió á las dos horas, y nos vimos precisados á desistir de aquel proyecto. Hicimos los mayores esfuerzos para arribar en Panzacola, puerto mas lejano que el de la *Mobile*; mas esta tentativa fracasó igualmente, y nos hallamos en mitad de un mar agitado y aguardando el momento en que el Océano abría su abismo para tragarnos. Quisimos arribar á las islas Apalaches, pero no pudimos lograrlo, y volvimos á quedar á merced de las olas entre la vida y la muerte, siendo esta nuestra situación desde el 12 de Febrero hasta el 16. A las 7 de aquella noche, encallamos á dos leguas de tierra: los sacudimientos fueron terribles, y abrieron la proa de nuestra nave, hasta que la violencia del oleaje nos arrancó del encallamiento, y nos hallamos sin timón y combatidos por el agua que nos cercaba y por la que entraba en el buque, que se aumentaba rápidamente.

(1) Extracto de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

Sin esperanzas de salvación nos despedimos para siempre y dirijimos nuestras paces al cielo. Sin embargo, la desesperación me dió firmeza de ánimo, y la aparente tranquilidad de que me revestí impuso algun tanto á la tripulación, y le inspiré tal confianza, que la puse dócil á mis órdenes. Aquella misma noche á las nueve llegamos á la isla de los Perros y nos situamos á distancia de un tiro de fusil, pues la agitación del mar no nos permitía llegar á ella, y pensamos en cortar nuestros mástiles para fabricar una balsa que nos condujera; pero cuando nos ocupábamos en esta operación, la violencia del viento y la fuerza de las olas lanzó nuestro buque á la parte de babor, cuyo imprevisto movimiento nos fué demasiado fatal, lo cual nos obligó á pasar toda la noche en medio del mar.

La lluvia tormentosa nos atacaba por todas partes: transidos de frío, fatigados por los esfuerzos que hacíamos para resistir al ímpetu de las olas que amenazaba arrancarnos del buque, vimos nacer el día. Percibimos la tierra á corta distancia, pero no pudimos llegar á ella. Un marinero que desde este día no había cesado de llorar, guardó un profundo silencio por espacio de algunos momentos, y se levantó de pronto con una agitación extraordinaria. "¿Qué esperamos? esclama con la firmeza de una resolución desesperada; volemos delante de la muerte que es la que nos amenaza por todas partes, y en las olas es donde debemos encontrarla, y acaso por lo mismo que la buscamos huya de nosotros. Vemos la tierra y nos es imposible ir á ella: voy á probar, y si no logro mi intento adelanto un poco mas el término de mi vida, y disminuyo la duración de mis males."

Diciendo estas palabras se arrojó al mar; y muchos animados con su ejemplo quisieron seguirle; pero al ver que desaparecía y que aparecía luchando en vano contra el ímpetu de las olas, desistieron de imitarle.

Eran las cinco de la tarde. Tres de los marineros mas animados ó mas desesperados, se determinaron á embarcarse sobre la débil canoa; descendieron sin advertir á nadie nada acerca de su designio y solo lo apercibimos cuando se hubieron embarcado. No obstante, llegaron á la ribera, y todos sintieron entonces no haber tenido el mismo atrevimiento.

La noche nos hizo perder de vista á nuestros antiguos compañeros de infortunio: esta noche fué tan terrible como la primera. Nos hallábamos sin provisiones, y no teníamos tampoco el medio de adquirir las, y habíamos pasado todo este tiempo sin comer y sin beber.

El 18 de Febrero tornamos á ver la aparición del día; el viento había calmado un poco: disminuyó la furiosa agitación del mar. Uno de nuestros marineros, excelente nadador, se determinó á arriesgar el pasaje para llegar á tierra.

Aplaudimos su determinación y le animamos lo mejor que pudimos. Muchas veces le vimos á punto de perecer, pero llegó á tierra, y nos arrodillamos para dar gracias al cielo.

Eran las siete de la mañana y esperábamos con

impaciencia el momento en que venia á buscarnos: nuestros ojos veían á los cuatro marineros ocupados en la compostura de la canoa; animamos sus trabajos con nuestros votos, pero él avanzaba con lentitud y temimos algunas veces que fuera inútil; terminaron á las tres y media, y vimos que se lanzaban al agua, y que se aproximó á nuestra nave.

Pero la canoa era pequeña y no podía llevar mas que una parte de nuestra jente; todos lo conocían, pero ninguno quería quedar para un segundo viaje: la suerte decidió la contienda, y de once que éramos todavía, cuatro se embarcaron con los cuatro marineros que había traído la canoa: llegaron felizmente á tierra y vinieron en busca de los otros. Durante este tiempo, observé que la violencia del mar había separado la parte superior de nuestra chaluza, y con la ayuda de monsieur Desclau y de mi negro, conseguí separarla enteramente. Este vestigio me pareció á propósito para suplir la canoa, para conducirnos á tierra. Mr. Desclau, á quien hablé de ello, juzgó lo propio, y á este barco confiamos nuestra existencia y la de mi negro. Cuando todos se hubieron embarcado, seguimos la canoa, y abordamos casi á un mismo tiempo.

Pasamos una noche apacible en un sueño profundo que reparó nuestras fuerzas, y que solo fué inquietado con los recelos del porvenir. Despertamos al siguiente día con igual satisfacción, pero esta no fué muy duradera.

Nuestro segundo había caído enfermo algunos dias despues de nuestra partida, y su enfermedad se agravó con los sucesos enunciados, y al fin espiró; pero en tierra. Le sepultamos vestido, despues de haber abierto la fosa en la arena. Luego que se hubo terminado esta piadosa y lúgubre ceremonia, nos paseamos por las orillas del mar. Allí encontramos nuestras maletas y muchas barricas de aguardiente, y algunas que otras mercancías que el mar había lanzado, y que debían haber llegado antes que nosotros.

Renunciábamos á la esperanza de encender lumbre, cuando observé que el mar estaba tranquilo, y resolví hacer un viaje á bordo de la canoa; quise que me acompañaran dos marineros que nadaban bien, pero no consintieron en seguirme, y me embarqué solo.

Llegué dichosamente al bergantín, entré en él, y no hallé fácilmente lo que buscaba; pero casualmente encontré un pequeño barril con veinte y cinco libras de pólvora que Mr. Lacouture había colocado: cojí ademas seis fusiles, muchos pañuelos de Paciaca, mantas de lana, y un saco que contendría de treinta y cinco á cuarenta libras de bizcochos: además encontré dos hachas.

Regresé á la isla con mi pequeño cargamento: hice hacinar alguna leña seca, y encendí lumbre y secamos nuestros vestidos; di pólvora y balas á nuestros mas diestros cazadores, los cuales nos trajeron cinco ó seis piezas de caza, pues la hay con abundancia en esta isla. Cenamos bien y pasamos la noche arrimados á la lumbre y envueltos en nuestras mantas.

El 20 de Febrero reflexionamos acerca de lo que

debíamos hacer. Sabíamos que los que habitan las islas de los Apalaches, abandonan sus hogares durante el invierno, y no vuelven hasta el mes de Abril. Así permanecemos este y el siguiente día en las inquietudes de nuestras reflexiones. Temíamos á cada instante vernos atacados por los salvajes.

El 22 de Febrero á media noche, exclamaron dos marineros que no dormían: ¡Alerta! ¡Los salvajes! ¡Somos perdidos! Todos se levantaron y se dispusieron á huir; pero los detuve, y vimos que venían cinco salvajes, dos hombres y tres mujeres, todos armados con fusiles.

Llegaron los salvajes, los recibimos amistosamente, y ellos correspondieron con iguales demostraciones. Supimos que uno de estos salvajes, que hablaba un poco español, se llamaba Antonio, y que era de San Marcos de los Apalaches. Traía consigo á su familia, que la componía su madre, su mujer, su hermana y su sobrino. Le dijimos si quería conducirnos á San Marcos de los Apalaches, y despues de conferenciarlo con su familia, se despidió de nosotros con tres de nuestros marineros, prometiendo venir al siguiente día con su piragua. Sostuvo su palabra, pues le vimos llegar el día 23, y el 24 cargamos una parte de nuestros efectos, y partimos en número de seis, porque su piragua no podía contener mas jente.

Antonio nos desembarcó en la otra isla, donde encontramos á los otros tres compañeros que la antevíspera habían tomado la delantera: el 28 de Febrero estábamos ya todos reunidos. El ardor que el salvaje había manifestado por conducirnos á tierra firme, se había entibiado mucho; todo el día lo pasaba cazando con su familia, y por la noche no paraba por su cabaña, que nos había confiado. Cinco dias estuvimos en esta isla, viviendo de nuestra pesca y de nuestra caza, y economizando nuestros bizcochos, temerosos de que nos faltasen algun día.

A fuerza de buscar á Antonio, le encontramos y consintió en llevarnos. Nos embarcamos en número de seis, á saber: Mr. Lacouture, su mujer, su hijo mayor de quince años, Mr. Desclau y yo. También llevé á mi negro, que completaba el número seis. Antonio y su mujer vinieron con nosotros, y los otros tres salvajes se quedaron con nuestros ocho marineros.

Antonio se detuvo despues de tres leguas de marcha y nos bajó á una isla donde nos obligó á permanecer hasta el siguiente día, durante el cual hicimos una travesía mas considerable, y transcurrieron seis dias saltando de isla en isla, hasta que se agotaron nuestras provisiones, sin tener otro alimento que la caza que el salvaje nos proporcionaba. Hacia ya siete dias que caminábamos y no veíamos la tierra. Ví en Antonio un malvado que pretendía abusar de nuestra desgracia y hacernos perecer insensiblemente. Esto reflexionaba yo una noche sentado á la lumbre. Llamé á Mr. Desclau y á Mr. Lacouture y les dije las ideas funestas que me asaltaban, y les mostré la necesidad que había de matar á Antonio.

A la otra mañana, 12 de Marzo, hicimos dos leguas mas, y descendimos, segun costumbre, á otra isla: nos quedamos dormidos; desperté á media no-

che, no ví al salvaje; pasé á la orilla ayudado de la claridad de la luna. . . . Antonio habia desaparecido con su piragua. Despiertan mis compañeros, y al saber lo que pasaba, prorumpen en dolorosos lamentos.

Amaneció, buscamos con qué alimentarnos y no encontramos nada, ni agua potable para beber. Llegamos al cabo de aquella isla estéril: desde allí descubrimos otra separada de nosotros como un medio cuarto de legua; despues de haber descansado algun tiempo, sintiéndonos hostigados por el hambre, determinamos atravesar el brazo de mar que separaba las dos islas, y cuando íbamos á emprenderlo nos detuvimos por una reflexión que no habíamos hecho todavía. Teníamos á nuestro lado á madama Lacouture y á su hijo; ¿cómo podrian seguirnos?

Sin embargo, yo tomé la mano de madama Lacouture; Mr. Desclau tomó la de su hijo; el marido hizo dos paquetes con las mantas y una parte de nuestros vestidos, y colocó uno sobre la cabeza del negro, guardó el otro y nos pusimos en camino. Madama Lacouture, durante esta travesía penosa, mostró un valor que me sorprendió.

Llegamos por fin á esta isla donde esperábamos hallar alimentos; anduvimos buscando por espacio de una hora ostras, las cuales devorábamos á medida que las íbamos encontrando.

A la mañana siguiente nos pusimos á buscar mariscos, pero estaba creciente la marea y no encontramos ninguno. No me detendré en referir lo que hicimos durante los diez primeros dias que transcurrieron desde aquel en que Antonio nos abandonó.

El 22 de Marzo advertimos que en una isla inmediata habia una piragua vieja; la esperanza que nos inspiraba podia ser quimérica, pero nosotros nos entregamos á ella con ardor, y nos pusimos en marcha, sin llevarnos á madama Lacouture ni á su hijo, dejándoles mi negro para que les sirviera. Llegamos á la isla despues de tres horas y media de marcha. El terreno que pisábamos era desigual, y no hacíamos otra cosa que subir y bajar; encontramos una especie de pozo en el cual existía agua dulce que contribuyó á animarnos, y no tardamos luego en descubrir la piragua; pero habiéndola examinado la vimos en el estado mas deplorable; quisimos componerla, para lo cual reunimos una especie de yerba que crece en la copa de los árboles y que se llama *barba española*, únicos materiales que teníamos para la composicion de nuestra débil nave. No obstante, tuvimos que dejar este trabajo para buscar alimentos, hallamos mariscos; encendimos lumbre y nos calentamos aquella noche. El segundo dia de nuestra llegada á la isla, le pasamos trabajando en la reparacion de la piragua, y terminamos nuestra obra cuando terminaba el dia: al otro botamos al agua la piragua, pero observamos que habíamos trabajado inútilmente. Mr. Desclau y yo, pensamos en ir á la isla donde habíamos dejado á los ocho marineros, con la esperanza de hallar á Antonio y obligarle á conducirnos á los Apalaches. Nos despedimos de Mr. Lacouture y ganamos la otra estremidad de la isla, pero conociendo la gran distancia retrocedimos, mas no encontramos ya á

Mr. Lacouture en la costa donde le habíamos dejado, pues habia partido con su piragua al lado de su mujer: aguardamos al dia siguiente para emprender este pasaje: llegamos á donde estaba madama Lacouture, y la encontramos al lado de su esposo: aquella noche tuvimos lumbre y la pasamos apaciblemente.

El 26 de Marzo, el deseo de salir de esta isla nos hizo recurrir á nuestra piragua; hicimos uso de la misma especie de materiales que ya habíamos empleado, en cuya operacion gastamos tres dias; pero la piragua no podia mantenerse un cuarto de hora sin llenarse de agua. Sin embargo, no distábamos de tierra firme mas que dos leguas, y era imposible embarcarnos todos á la vez, y determinamos partir Mr. Lacouture, Mr. Desclau y yo. Mientras que dos de nosotros remábamos, el tercero debia ocuparse en sacar el agua que entrara en el barquichuelo. Esta resolución la pusimos por obra al siguiente dia; pero la piragua no pudo resistir el peso de nuestros cuerpos, pues se sumerjía al instante; yo salté en tierra, y Mr. Lacouture y Mr. Desclau partieron. Sin la isla que se hallaba entre nosotros, yo hubiera visto perecer á mis amigos. Cuatro estábamos en esta isla, y yo era el obligado á procurar la subsistencia de todos.

Seis dias transcurrieron desde la partida de mis dos compañeros. Cansado de mi dolorosa situacion, imaginé fabricar una balsa sobre la cual pudiésemos embarcarnos, y todos cuatro los pusimos á la obra; cortamos leña, y deshicimos una parte de nuestras medias, cuyo hilo fué empleado en hacer cordeles, y al cabo de tres dias terminamos la balsa y la dejamos en la orilla para partir al siguiente dia; sobrevino una tempestad, y á la otra mañana vimos que la balsa habia desaparecido. Por espacio de cinco dias experimentamos una disenteria que puso al jóven Lacouture á las puertas de la muerte. Fabricamos otra balsa, la botamos al agua y entramos en ella el dia 19 de Abril, si la memoria no me engaña, sin el enfermo, que ofreció quedarse de buena gana en la isla esperándonos, y vogamos hácia tierra firme sin experimentar el menor incidente, aunque sí mucha fatiga; nuestra navegacion duró doce horas, al cabo de las cuales tomamos tierra: acababa de ponerse el sol, y era preciso buscar un paraje donde pudiésemos pasar la noche con menos incomodidad: encendí una grande hoguera, al lado de la cual nos comimos una parte de las provisiones de mariscos que llevábamos. Alejóse un instante Mad. Lacouture no sé á qué: al poco tiempo la oí gritar; mi negro se encaramó á un árbol, y ví llegar á mi compañera gritando: ¡Socorro, señor Viaud! . . . coji un tizon, y la ví perseguida por un oso que huyó despues temeroso de la claridad que despedía la hoguera. Al otro dia nos pusimos en camino, dirijiéndonos hácia el Este con el designio de llegar á San Marcos de los Apalaches; pero nuestras fuerzas no nos permitieron andar mucho camino, y nos limitamos á una marcha de hora y media; hicimos alto en una especie de playa, muy parecida á aquella de la cual habíamos salido el dia anterior; nuestra balsa se habia inutilizado, y

no pudimos proseguir. El hambre nos acosaba; encontramos una yerba que creimos nos alimentaria, la comimos, y pasamos una noche terrible experimentando los mas atroces tormentos. A los tres dias el hambre y la sed nos acosaban mas, y meditamos la bárbara resolución de matar á mi negro para alimentarnos: llevamos á cabo nuestro proyecto despues de terribles angustias, y nos alimentamos con su carne.

Decidimos la construcción de otra balsa: seis árboles deshojados por el tiempo, que el agua habia arrastrado y que se habian detenido en la orilla, me parecieron que eran materiales sólidos y convenientes á mi objeto: amarré cuatro de estos árboles, cuyas ligaduras fueron cortezas. Descendimos á ella cuando estuvo concluida y botada al agua, y al cabo de dos horas llegamos á otra isla, desnudos y con el resto de las fatales provisiones que nos habia proporcionado mi negro. Despues de haber descansado aquella noche en la mencionada isla, al amanecer nos pusimos en marcha, esperando siempre llegar á San Marcos de los Apalaches; pero llegamos antes á otra isla, en la cual decidí permanecer hasta morir, dejando en libertad á Mad. Lacouture para que me abandonara. Me hallaba enfermo, desalentado, cuya posicion me inspiró aquella resolución, pero Mad. Lacouture se opuso á ella. Una grande polla de India que distinguimos que salía de un bosquecillo cercano, nos hizo sospechar que encubaba, y nos vino el deseo de apoderarnos de sus huevos, y Mad. Lacouture se creyó en el deber de buscarlos. Yo quedé solo tendido cerca de tres horas: el sol acababa de ponerse, cuando escuché unos gritos que despertaron mi atencion. Me arrastré hácia la orilla y distinguí una gran canoa que descendía á lo largo de la costa. Me puse de rodillas, y con mi gorra en la mano comencé á hacer señas. Me vieron, llegaron, y el exceso de mi alegría casi vino á ser funesto. Les supliqué continuaran gritando, para que oyera Mad. Lacouture, cuya ausencia comenzaba á inquietarme: pareció con la polla de India y su nido. Como habia venido la noche, fué inútil pensar en embarcarnos. Supe entonces que estábamos á 6 de Mayo; allí pasamos toda la noche en derredor de una gran fogata. Nuestros salvadores eran ingleses, y su jefe un oficial de infanteria llamado Mr. Wright.

Cuando terminé la relacion de mis aventuras, pregunté el motivo que los habia conducido allí, y me dijo Mr. Wright, que pertenecía al destacamento de San Marcos de los Apalaches, mandado por Mr. Sevettenthan: que algunos dias antes un salvaje habia encontrado en la costa un hombre muerto, y el resto de sus vestidos anunciaban que era europeo, y Mr. Sevettenthan mandó que recorriese la playa una expedicion en una canoa.

No dudé que el cadáver hallado fuese el de Mr. Lacouture ó el de Mr. Desclau, mi asociado. Al amanecer del otro dia, entramos en la canoa, y Mr. Wright pensó en terminar su mision recorriendo las demas islas, pues solo le quedaba una

que visitar antes de volver á San Marcos de los Apalaches. Reconocí la isla donde habíamos dejado al hijo de Mad. Lacouture: nuestros soldados comenzaron á gritar, pero nadie respondia. Entramos en la isla y encontramos al desgraciado jóven tendido boca á bajo, lo que nos persuadió de que estaba muerto; pero ¡cuál fué nuestra sorpresa al sentir que su corazón latía! Mad. Lacouture corrió hácia su hijo, le cubrió de besos y procuraba calentarle contra su seno. Se le socorrió, abrió los ojos, y Mad. Lacouture, “¡Gracias, Dios mio! exclamó arrojándose, porque has conservado á mi hijo.”

Aquel mismo dia nos embarcamos para San Marcos de los Apalaches, adonde llegamos el dia 8 de Mayo á las siete de la noche. Mr. Sevettenthan nos trató con suma bondad, y nos proporcionó medios y todo género de auxilios. Habia llegado el término de nuestros sufrimientos.

En San Marcos tuvo nuevas del pérdida Antonio, y de los marineros que habian quedado en la isla donde nos habia conducido á todos. Estos infortunados fueron sorprendidos, mientras dormian, por la madre de Antonio, su hermana y su sobrino, y los habian asesinado. De los otros cinco compañeros jamas supe nada.

A los trece dias se me presentó una ocasion para marchar á San Agustin, y no la quise desperdiciar; me despedí de Mad. Lacouture y de su hijo, y partí. El dia 13 de Junio llegué á San Agustin, y me puse en cura; tenia algunas úlceras en la garganta, ocasionadas por la carencia de agua; pero á fuerza de cuidados desaparecieron estos síntomas. Luego partí para Nueva York, donde vivo en la actualidad bueno enteramente.

XXX.

NAUFRAGIO DE LA PEROUSE.—DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS DE LA ESPEDICION ALREDEDOR DEL MUNDO.

El piloto Maasfield, del rio Derwent, dice Mr. Dumont d'Urville, habiendo sabido que nuestra mision tenia por objeto hacer descubrimientos y esploraciones en el mar del Sur, me preguntó si yo habia tenido nuevas. A mi respuesta negativa, me dijo de una manera confusa, que el capitán de un navío inglés habia últimamente encontrado los restos del buque de La Perouse en una de las islas del Océano Pacífico. Añadió que este capitán mercante, enviado por el gobernador de Bengala para buscar á los demas naufragos, habia tocado en Hobaut-Town, seis meses antes de mi llegada, y que un marinero prusiano se encontraba todavía á su bordo. Esta relacion, hecha de una manera poco correcta, no me pareció mas que un cuento; pero el tono de seguridad del piloto me obligó á preguntar á Mr. Francland, ayudante de campo del gobernador. Este jóven oficial vino á bordo para presentar los cumplimientos del teniente coronel Arturo. Pregunté á Mr. Francland acerca de la mision de Mr. Dillon,

y me dió un diario donde se hallaba consignada la relacion de Mr. Dillon, relativa á su descubrimiento en Tikopia. Despues de haber leído esta relacion, me pareció encontrar en ella sinceridad; renuncié á mis proyectos ulteriores sobre la Nueva Zelanda, y me decidí conducir el Astrolabio á Vanikoro.

Despues de muchos incidentes de pura navegacion, el Astrolabio llegó delante de Tikopia el 10 de Febrero de 1828, y un dia despues á Vanikoro.

Despues recorrimos la isla, salieron á nuestro encuentro varios salvajes que nos recibieron con agasajo, y despues de haber andado una media milla, hallamos un mausoleo donde estaba enterado La Perouse, y en una de sus fachadas pusimos el siguiente letrero: *A la memoria de La Perouse y de sus compañeros, el Astrolabio, 14 de Marzo de 1828.*

Inauguramos el monumento, y descendí á la cabeza de diez hombres armados, y en medio de un silencio respetuoso, hicimos muchas descargas en honor de aquella triste solemnidad. Cuarenta años antes, los ecos de estas mismas montañas acaso habian repetido los gritos de nuestros compatriotas, espirando bajo los golpes de los salvajes.

El 17 de Marzo de 1828, á las once y quince minutos de la mañana, el Astrolabio desplegó sus velas, y tomó definitivamente un arranque para dejar el puerto de Vanikoro.

Llegamos á nuestro primitivo punto de partida, y desde allí emprendí mi viaje á la Nueva Zelanda, con la esperanza de haber descubierto los vestigios que acreditaban el naufragio del capitán célebre La Perouse.

XXXI.

ESTRECHO DE MAGALLANES.—ESPLORACION DEL CONTRAALMIRANTE J. DUMONT D'URVILLE.

SABIDO es que el estrecho de Magallanes fué descubierto por el célebre navegante de este nombre en 1520. Despues de Magallanes fué reconocido por los franceses, ingleses y holandeses. En 12 de Diciembre de 1837 entró en este estrecho Mr. D'Urville, que habia salido de Francia mandando las corbetas *Astrolabio* y la *Celosa*.

De la interesante relacion que acerca de este viaje ha publicado Mr. Hombron en su coleccion de *Aventuras curiosas de los viajeros*, extractamos los siguientes pormenores referidos por el mismo Mr. D'Urville.

“A las ocho de la mañana pasábamos como á una milla de esa estensa playa que los primeros navegantes ingleses llamaron Dungeness, por analogía á otra muy parecida cerca de Doury. Empujados rápidamente por una brisa fresca del Norte, á las diez y veinte minutos pasábamos al Sudoeste, y á dos millas de distancia del cabo Posesion, y á la una y cuarenta minutos entrábamos en el primer canal, cuyas márgenes están forma-

das de tierras poco elevadas, pedregosas y muy estériles en la apariencia, pues ecsaminándolas de cerca, se veía que estaban tapizadas con diferentes plantas magallánicas. A las cinco de la tarde logré salir del primer canal y me hallé en una anchurosa dársena situada entre los dos canales, y á la cual habian dado los españoles el nombre de San Felipe. Allí me consideraba al abrigo de todo contratiempo, cuando abonanzando el viento nos arrastró la marea hácia atrás como unas tres millas. La *Celosa* que habia entrado un poco antes en la bahía, estuvo un momento en peligro de embarrancarse en la costa, cerca de la punta *Baja*; pero logró ponerse en salvo por medio de una rápida evolucion. Hácia las siete comenzó á subir la marea, y me aproveché de ella para dar bordadas contra el viento de Oeste-noroeste, y salir de la cuenca de San Felipe. De este modo logramos avanzar, no obstante, las ráfagas de viento y de los golpes de lluvia que se sucedian por intervalos; pero arrojando cada vez mas el temporal y siendo la noche muy oscura, mandé anclar, y así nos mantuvimos hasta la mañana siguiente en que descubrimos el mar enteramente tranquilo. A las ocho zarpamos y nos dimos á la vela con brisa del Sudoeste.

“Algunas hogueras encendidas en las márgenes de la bahía de San Felipe nos demostraron la presencia de los patagones en la costa del Norte. Hácia las seis de la tarde se declaró la marea decididamente por nosotros, y esto, unido á la buena brisa que nos empujaba viento en popa, nos acercó rápidamente á la punta de Nuestra Señora de Gracia. A pesar de la oscuridad de la noche, resolví aprovechar el viento y la marea, que seguian siéndonos favorables, para avanzar cuanto me fuese posible por el canal. Costeamos, pues, toda la isla Isabel y fuimos á virar muy cerca del continente. Despues de haber doblado á corta distancia el cabo Purpoise, nos hallamos en un canal ancho donde podiamos sufrir un golpe de viento sin inquietud. Eran entonces las doce de la noche, y despues de haber mandado acostar á los marineros que no estaban de guardia, hice yo lo mismo para disfrutar algunos momentos de reposo de que tanto necesitaba, á causa de las fatigas de aquel dia.

“El 15 de Diciembre entrábamos en la rada de Puerto Famine, uno de los puntos mas propicios para hacer escala, tanto por su abundancia de agua dulce como por la fertilidad de su suelo. Sobre la cumbre de una pequeña montaña hallamos una inscripcion á la memoria del contraalmirante Ainsworth y de dos marineros ahogados en una embarcacion que habia zozobrado en el puerto de San Antonio, durante la exploracion hidrográfica del capitán King. Otro mojón, situado á corta distancia de allí, anunciaba que el capitán Dugué, del navío Havre, habia pasado por allí en 1834. En los troncos de varios árboles se podian tambien leer los nombres de otros buques.

“El 16 al romper el dia tuvimos la satisfaccion

de recorrer los espesísimos bosques que cubren las orillas del rio Sedger. Los árboles que allí crecen, son por lo general aromáticas magnolias de Winter, muchas especies de agracejos y fagus de una elevacion considerable. Dificil es formarse una idea de la frescura de aquella poderosa vejetacion, de los accidentes pintorescos del terreno y de las admirables copas de los árboles que se entrelazan formando una bóveda por encima del rio, á pesar de tener de 30 á 40 metros de latitud, á una legua de su embocadura.

“Despues de haber agotado las riquezas que nos ofrecian las márgenes del rio y la playa, solo nos quedaba que ecsaminar las montañas para completar nuestras investigaciones de historia natural. Encargáronse de este cuidado los señores Hombron y Domoulin, á quienes acompañaron muchos oficiales de las dos corbetas en su peligrosa ascension del monte Tarn.

“El 28 de Diciembre dejamos el puerto Famine para dirijirnos mas al Oeste y penetrar mas adentro en el estrecho de Magallanes; pero en nuestras tentativas para llegar al puerto Galante experimentamos las primeras contrariedades que nos obligaron á renunciar á la esperanza de salir del estrecho por el Oeste, y solo bordeando contra viento y marea pudimos entrar el 29 en la bahía Fortescue que sirve de ancladero exterior al puerto Galante. Este puerto, donde Bougainville descansó en su exploracion del estrecho, es un lugar muy pintoresco, en cuyas márgenes se ven tambien hermosos árboles, aunque muy inferiores en sus dimensiones á los de Puerto Famine.

“El 31 de Diciembre abandonamos aquella bahía, y al dia siguiente por la mañana anclamos en la de San Nicolás, donde celebramos alegremente el primer dia del año, y distribuí las medallas de la expedicion, para dejar á todos mis compañeros un recuerdo duradero del año nuevo que se nos presentaba bajo tan brillantes y felices auspicios.

“La bahía de San Nicolás, llamada despues bahía de los franceses, ofrece un aspecto infinitamente mas gracioso que el que acabábamos de dejar. Saltamos á tierra y notamos que el terreno era firme y fácil de recorrer. Al pié de un hermoso árbol y tendidos sobre la arena improvisamos un almuerzo frugal de que participaron muchas personas de la expedicion.

“A los dos dias favoreciéndonos la brisa, decidimos pasar á la ensenada Pecket, y á la media hora de navegacion echábamos anclas. A las diez y media permití á todos los oficiales del *Astrolabio* y de la *Celosa* que bajasen á tierra, pues tenian mucha impaciencia de ver á los salvajes; pero no debia pasar mucho tiempo sin que suspirasen por la época en que no volvieran á verlos mas.

“El viento Oeste no tardó en refrescar, y sopló tan fuerte, que antes de las nueve de la noche ya habian vuelto á bordo los oficiales, muy satisfechos de trocar la pesada noche que pensaban pasar bajo las tiendas de los patagones por un

sueño cómodo y tranquilo en sus camarotes acostumbrados.

“Cuando desembarcamos en la playa por la mañana, multitud de patagones á caballo se habian reunido delante del punto del desembarco, y acojieron á sus huéspedes amistosamente. En fin, viendo que se volvia la lancha, muchos de ellos saltaron precipitadamente á ella para visitarnos, pero solamente tres recibieron permiso de verificarlo.

“Al llegar, subieron á bordo con mucha facilidad; el uno de ellos tendria de cuarenta á cuarenta y cinco años; el otro de veinticinco á treinta, y el tercero solo de veinte á veinte y dos. Dulces y pacíficos se prestaron voluntariamente el ecsámen de sus grandes capas de pieles de guanaco. Observaban con calma los objetos que les presentábamos, sin manifestar mucha codicia; pero lo que mas particularmente llamó su atencion, fueron los anteojos, y espresaban su alegría por medio de carejadas roncas y cavernosas que salian de su pecho como especie de mugido. Eran de mediana estatura; sus miembros gordos y bien proporcionados, y sus piés y manos de una pequeñez notable. Tenian la piel lisa y suave, y su tez amarilla nos recordó la de los chinos, lo que sin duda debe atribuirse á un cielo poco caluroso y á sus grandes capas que los abrigan constantemente desde los hombros hasta los piés.

Uno de estos patagones comió conmigo, y sus compañeros fueron admitidos á la mesa de los oficiales. Mi convidado, despues de haber comido muy bien, pidió un pedazo de pan que quedaba sobre la mesa para su *pikinini* [niño], y lo guardó en un saco. Concluida la comida, nuestros patagones desearon volver á tierra, pero conocieron que la fuerza del viento se oponia á ello; acostáronse en la canoa, y se quedaron dormidos hasta las nueve de la noche, que nuestros oficiales tuvieron que despertarlos para conducirlos á tierra, por haber amainado el viento. Al regresar la lancha, nuestros oficiales nos trajeron al jefe de la tribu, llamado Kongre.

“Al dia siguiente salté á tierra en compañía de este jefe; me condujo á su tienda, la cual se componia como todas las demas de perchas, en las cuales habia colgadas pieles de guanacos; cada tienda parece destinada á alojar una familia. Observé que habia muchos niños; pero todos pacíficos, alegres y poco revoltosos.

“Las mujeres estaban ocupadas en coser pieles con nervios de avestruz, y otras en espulgar á sus hijos; las doncellas se estaban peinando, y noté que se alisaban sus cabellos negros con grasa, trazándose en seguida unas á otras en la cara anchas líneas transversales con un cosmético compuesto de grasa y tierras de diferentes colores.

“Accediendo á mis ruegos el valiente Kongre, se puso su traje de guerra, que consistia en un casco de cuero guarnecido de planchas de cobre y muy semejante en su forma á una bacía, con una cimera de plumas de gallo; su túnica era de cuero de buey, teñida de rojo y con muchas rayas

y me dió un diario donde se hallaba consignada la relacion de Mr. Dillon, relativa á su descubrimiento en Tikopia. Despues de haber leído esta relacion, me pareció encontrar en ella sinceridad; renuncié á mis proyectos ulteriores sobre la Nueva Zelanda, y me decidí conducir el Astrolabio á Vanikoro.

Despues de muchos incidentes de pura navegacion, el Astrolabio llegó delante de Tikopia el 10 de Febrero de 1828, y un dia despues á Vanikoro.

Despues recorrimos la isla, salieron á nuestro encuentro varios salvajes que nos recibieron con agasajo, y despues de haber andado una media milla, hallamos un mausoleo donde estaba enterado La Perouse, y en una de sus fachadas pusimos el siguiente letrero: *A la memoria de La Perouse y de sus compañeros, el Astrolabio, 14 de Marzo de 1828.*

Inauguramos el monumento, y descendí á la cabeza de diez hombres armados, y en medio de un silencio respetuoso, hicimos muchas descargas en honor de aquella triste solemnidad. Cuarenta años antes, los ecos de estas mismas montañas acaso habian repetido los gritos de nuestros compatriotas, espirando bajo los golpes de los salvajes.

El 17 de Marzo de 1828, á las once y quince minutos de la mañana, el Astrolabio desplegó sus velas, y tomó definitivamente un arranque para dejar el puerto de Vanikoro.

Llegamos á nuestro primitivo punto de partida, y desde allí emprendí mi viaje á la Nueva Zelanda, con la esperanza de haber descubierto los vestigios que acreditaban el naufragio del capitán célebre La Perouse.

XXXI.

ESTRECHO DE MAGALLANES.—ESPLORACION DEL CONTRAALMIRANTE J. DUMONT D'URVILLE.

SABIDO es que el estrecho de Magallanes fué descubierto por el célebre navegante de este nombre en 1520. Despues de Magallanes fué reconocido por los franceses, ingleses y holandeses. En 12 de Diciembre de 1837 entró en este estrecho Mr. D'Urville, que habia salido de Francia mandando las corbetas *Astrolabio* y la *Celosa*.

De la interesante relacion que acerca de este viaje ha publicado Mr. Hombron en su coleccion de *Aventuras curiosas de los viajeros*, extractamos los siguientes pormenores referidos por el mismo Mr. D'Urville.

“A las ocho de la mañana pasábamos como á una milla de esa estensa playa que los primeros navegantes ingleses llamaron Dungeness, por analogía á otra muy parecida cerca de Doury. Empujados rápidamente por una brisa fresca del Norte, á las diez y veinte minutos pasábamos al Sudoeste, y á dos millas de distancia del cabo Posesion, y á la una y cuarenta minutos entrábamos en el primer canal, cuyas márgenes están forma-

das de tierras poco elevadas, pedregosas y muy estériles en la apariencia, pues ecsaminándolas de cerca, se veía que estaban tapizadas con diferentes plantas magallánicas. A las cinco de la tarde logré salir del primer canal y me hallé en una anchurosa dársena situada entre los dos canales, y á la cual habian dado los españoles el nombre de San Felipe. Allí me consideraba al abrigo de todo contratiempo, cuando abonanzando el viento nos arrastró la marea hácia atrás como unas tres millas. La *Celosa* que habia entrado un poco antes en la bahía, estuvo un momento en peligro de embarrancarse en la costa, cerca de la punta *Baja*; pero logró ponerse en salvo por medio de una rápida evolucion. Hácia las siete comenzó á subir la marea, y me aproveché de ella para dar bordadas contra el viento de Oeste-noroeste, y salir de la cuenca de San Felipe. De este modo logramos avanzar, no obstante, las ráfagas de viento y de los golpes de lluvia que se sucedian por intervalos; pero arrojando cada vez mas el temporal y siendo la noche muy oscura, mandé anclar, y así nos mantuvimos hasta la mañana siguiente en que descubrimos el mar enteramente tranquilo. A las ocho zarpamos y nos dimos á la vela con brisa del Sudoeste.

“Algunas hogueras encendidas en las márgenes de la bahía de San Felipe nos demostraron la presencia de los patagones en la costa del Norte. Hácia las seis de la tarde se declaró la marea decididamente por nosotros, y esto, unido á la buena brisa que nos empujaba viento en popa, nos acercó rápidamente á la punta de Nuestra Señora de Gracia. A pesar de la oscuridad de la noche, resolví aprovechar el viento y la marea, que seguian siéndonos favorables, para avanzar cuanto me fuese posible por el canal. Costeamos, pues, toda la isla Isabel y fuimos á virar muy cerca del continente. Despues de haber doblado á corta distancia el cabo Purpoise, nos hallamos en un canal ancho donde podiamos sufrir un golpe de viento sin inquietud. Eran entonces las doce de la noche, y despues de haber mandado acostar á los marineros que no estaban de guardia, hice yo lo mismo para disfrutar algunos momentos de reposo de que tanto necesitaba, á causa de las fatigas de aquel dia.

“El 15 de Diciembre entrábamos en la rada de Puerto Famine, uno de los puntos mas propicios para hacer escala, tanto por su abundancia de agua dulce como por la fertilidad de su suelo. Sobre la cumbre de una pequeña montaña hallamos una inscripcion á la memoria del contraalmirante Ainsworth y de dos marineros ahogados en una embarcacion que habia zozobrado en el puerto de San Antonio, durante la exploracion hidrográfica del capitán King. Otro mojón, situado á corta distancia de allí, anunciaba que el capitán Dugué, del navío Havre, habia pasado por allí en 1834. En los troncos de varios árboles se podian tambien leer los nombres de otros buques.

“El 16 al romper el dia tuvimos la satisfaccion

de recorrer los espesísimos bosques que cubren las orillas del rio Sedger. Los árboles que allí crecen, son por lo general aromáticas magnolias de Winter, muchas especies de agracejos y fagus de una elevacion considerable. Dificil es formarse una idea de la frescura de aquella poderosa vejetacion, de los accidentes pintorescos del terreno y de las admirables copas de los árboles que se entrelazan formando una bóveda por encima del rio, á pesar de tener de 30 á 40 metros de latitud, á una legua de su embocadura.

“Despues de haber agotado las riquezas que nos ofrecian las márgenes del rio y la playa, solo nos quedaba que ecsaminar las montañas para completar nuestras investigaciones de historia natural. Encargáronse de este cuidado los señores Hombron y Domoulin, á quienes acompañaron muchos oficiales de las dos corbetas en su peligrosa ascension del monte Tarn.

“El 28 de Diciembre dejamos el puerto Famine para dirijirnos mas al Oeste y penetrar mas adentro en el estrecho de Magallanes; pero en nuestras tentativas para llegar al puerto Galante experimentamos las primeras contrariedades que nos obligaron á renunciar á la esperanza de salir del estrecho por el Oeste, y solo bordeando contra viento y marea pudimos entrar el 29 en la bahía Fortescue que sirve de ancladero exterior al puerto Galante. Este puerto, donde Bougainville descansó en su exploracion del estrecho, es un lugar muy pintoresco, en cuyas márgenes se ven tambien hermosos árboles, aunque muy inferiores en sus dimensiones á los de Puerto Famine.

“El 31 de Diciembre abandonamos aquella bahía, y al dia siguiente por la mañana anclamos en la de San Nicolás, donde celebramos alegremente el primer dia del año, y distribuí las medallas de la expedicion, para dejar á todos mis compañeros un recuerdo duradero del año nuevo que se nos presentaba bajo tan brillantes y felices auspicios.

“La bahía de San Nicolás, llamada despues bahía de los franceses, ofrece un aspecto infinitamente mas gracioso que el que acabábamos de dejar. Saltamos á tierra y notamos que el terreno era firme y fácil de recorrer. Al pié de un hermoso árbol y tendidos sobre la arena improvisamos un almuerzo frugal de que participaron muchas personas de la expedicion.

“A los dos dias favoreciéndonos la brisa, decidimos pasar á la ensenada Pecket, y á la media hora de navegacion echábamos anclas. A las diez y media permití á todos los oficiales del *Astrolabio* y de la *Celosa* que bajasen á tierra, pues tenian mucha impaciencia de ver á los salvajes; pero no debia pasar mucho tiempo sin que suspirasen por la época en que no volvieran á verlos mas.

“El viento Oeste no tardó en refrescar, y sopló tan fuerte, que antes de las nueve de la noche ya habian vuelto á bordo los oficiales, muy satisfechos de trocar la pesada noche que pensaban pasar bajo las tiendas de los patagones por un

sueño cómodo y tranquilo en sus camarotes acostumbrados.

“Cuando desembarcamos en la playa por la mañana, multitud de patagones á caballo se habian reunido delante del punto del desembarco, y acojieron á sus huéspedes amistosamente. En fin, viendo que se volvia la lancha, muchos de ellos saltaron precipitadamente á ella para visitarnos, pero solamente tres recibieron permiso de verificarlo.

“Al llegar, subieron á bordo con mucha facilidad; el uno de ellos tendria de cuarenta á cuarenta y cinco años; el otro de veinticinco á treinta, y el tercero solo de veinte á veinte y dos. Dulces y pacíficos se prestaron voluntariamente el ecsámen de sus grandes capas de pieles de guanaco. Observaban con calma los objetos que les presentábamos, sin manifestar mucha codicia; pero lo que mas particularmente llamó su atencion, fueron los anteojos, y espresaban su alegría por medio de carejadas roncas y cavernosas que salian de su pecho como especie de mugido. Eran de mediana estatura; sus miembros gordos y bien proporcionados, y sus piés y manos de una pequeñez notable. Tenian la piel lisa y suave, y su tez amarilla nos recordó la de los chinos, lo que sin duda debe atribuirse á un cielo poco caluroso y á sus grandes capas que los abrigan constantemente desde los hombros hasta los piés.

Uno de estos patagones comió conmigo, y sus compañeros fueron admitidos á la mesa de los oficiales. Mi convidado, despues de haber comido muy bien, pidió un pedazo de pan que quedaba sobre la mesa para su *pikinini* [niño], y lo guardó en un saco. Concluida la comida, nuestros patagones desearon volver á tierra, pero conocieron que la fuerza del viento se oponia á ello; acostáronse en la canoa, y se quedaron dormidos hasta las nueve de la noche, que nuestros oficiales tuvieron que despertarlos para conducirlos á tierra, por haber amainado el viento. Al regresar la lancha, nuestros oficiales nos trajeron al jefe de la tribu, llamado Kongre.

“Al dia siguiente salté á tierra en compañía de este jefe; me condujo á su tienda, la cual se componia como todas las demas de perchas, en las cuales habia colgadas pieles de guanacos; cada tienda parece destinada á alojar una familia. Observé que habia muchos niños; pero todos pacíficos, alegres y poco revoltosos.

“Las mujeres estaban ocupadas en coser pieles con nervios de avestruz, y otras en espulgar á sus hijos; las doncellas se estaban peinando, y noté que se alisaban sus cabellos negros con grasa, trazándose en seguida unas á otras en la cara anchas líneas transversales con un cosmético compuesto de grasa y tierras de diferentes colores.

“Accediendo á mis ruegos el valiente Kongre, se puso su traje de guerra, que consistia en un casco de cuero guarnecido de planchas de cobre y muy semejante en su forma á una bacía, con una cimera de plumas de gallo; su túnica era de cuero de buey, teñida de rojo y con muchas rayas

amarillas de arriba á bajo; á su costado pendia una larga cimitarra. Manifesté mi agradecimiento á Kongre por su complacencia, dando una galleta á su hijo, atencion que estimaron mucho, al parecer, los padres, particularmente la madre, que estrechó á su hijo en su seno, y me gratificó con una mirada muy espresiva.

“Los patagones hablan generalmente en voz baja; se sonrien casi siempre, y su pronunciacion es en gran parte gutural. Cazan á caballo el guanaco y el avestruz, y sus maniobras consisten en envolverlos, haciendo enormes círculos, á fin de cortarles toda retirada, y cuando estos animales están á cierta distancia, los matan tirándoles el lazo con las bolas de que se sirven tambien para cazar en las pampas del Uruguay y los americanos españoles.

“Los patagones creen en Dios, el cual, segun ellos, habita los Andes, adonde van los muertos y tienen mucho miedo al trueno, porque creen que es la espresion de la cólera de Dios; entonces se ponen á orar fuera de sus tiendas y prometen enmendarse; pero pasada la tempestad, no vuelven á acordarse de sus promesas.

“El 8 de Enero, luego que hubimos concluido nuestros trabajos de hidrografia, y provistos de ricaz y abundantes colecciones de historia natural, dejamos el estrecho, protegidos por una brisa muy fresca y llenos de esperanza para el porvenir.”

Este mismo almirante, el dia 30 de Enero de 1840, verificó el famoso descubrimiento de la Tierra Adelia, acompañado de un segundo y de gran número de marineros.

“Eran cerca de las nueve de la mañana, dice, cuando llenos de alegría tomamos tierra sobre la parte Oeste del islote mas occidental y elevado. La canoa de nuestro buque el Astrolabio, llegó algunos momentos antes que nosotros, y los marineros que la ocupaban ya habian trepado por los flancos escarpados de la roca que habiamos divisado. Saltamos á tierra tambien nosotros, armados de piochas y martillos, y envié á uno de nuestros marineros para que desplecase una bandera tricolor sobre aquellas tierras que ninguna criatura humana habia pisado antes que nosotros.”

Despues de una permanencia de dos dias en aquella isla, nuestros navegantes regresaron á su madre patria, completamente satisfechos de su importante descubrimiento.



INDICE.

	Pags.
I..... Un invierno en Nueva Zembla..	3
II..... Historia de cuatro marineros rusos abandonados en las islas de Spitzberg	8
III..... Invierno en los hielos del Norte, por el capitan Ross.....	11
IV..... Ascension al pico de Tenerife..	15
V..... Naufragio de la Medusa.....	19
VI..... Principales aventuras de Mungo-Park, en el interior de Africa.....	24
VII..... Viajes, esclavitud y salvacion de Ben Salomon, príncipe de Bunda.....	31
VIII..... Caminó de Kabra á Tembuetu, descripcion de esta ciudad.....	34
IX..... Misioneros del Congo.....	38
X..... La Vaillant. Primer viaje al cabo de Buena Esperanza.....	40
XI..... El Cabo. Invasion de los cafres en 1837.....	47
XII..... Cristóbal Colon.....	50
XIII..... Conspiracion contra Pizarro...	59
XIV..... Naufragio del Sloop Betsey en 1756.—Mar de las Antillas.....	65
XV..... Islas Pelew.—Naufragio del capitan Wilson.....	69
XVI..... Esploradas oceánicas.....	71
XVII..... Nueva Zelanda.....	73
XVIII..... Java.—Escala de Samarag.....	74
XIX..... Asesinato del capitan Langle y once marineros en la isla de Tou-Tom-Ila.....	75
XX..... Alejandro Selkirk—Solitario en la isla de Juan Fernandez.....	78
XXI..... El capitan Cook.....	80
XXII..... Borneo.—Caza del mono nascico en la costa Este de Borneo.....	82
XXIII..... Naufragio de la Srita. de Bourk en la costa de Argel.....	83
XXIV..... Aventura de Mad. Godin de Odonois.....	85
XXV..... Islas Viti.—Muerte del capitan Bureau.—Destruccion del pueblo de Piva.....	87
XXVI..... Naufragio del capitan Bontikoe en el mar de la India.....	89
XXVII..... Araucanos.—Escursion de Mr. Bardel, vicecónsul de Francia en Concepcion de Chile.....	91
XXVIII..... Islas Viti.—Dillon atacado por los naturales (1812).....	92
XXIX..... Naufragio y aventuras del capitan Viaud, en 1766, en el golfo de la Chaudelaur.....	94
XXX..... Naufragio de La Perouse.—Descubrimiento de los restos de la espedicion alrededor del mundo.....	97
XXXI..... Estrecho de Magallanes.—Esploracion del contraalmirante F. Dumont d'Urville.....	98

G225
A9156673
FHRC

AUTOR

TITULO
Aventuras extraordinarias
de los célebres.

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

amarillas de arriba á bajo; á su costado pendia una larga cimitarra. Manifesté mi agradecimiento á Kongre por su complacencia, dando una galleta á su hijo, atencion que estimaron mucho, al parecer, los padres, particularmente la madre, que estrechó á su hijo en su seno, y me gratificó con una mirada muy espresiva.

“Los patagones hablan generalmente en voz baja; se sonrien casi siempre, y su pronunciacion es en gran parte gutural. Cazan á caballo el guanaco y el avestruz, y sus maniobras consisten en envolverlos, haciendo enormes círculos, á fin de cortarles toda retirada, y cuando estos animales están á cierta distancia, los matan tirándoles el lazo con las bolas de que se sirven tambien para cazar en las pampas del Uruguay y los americanos españoles.

“Los patagones creen en Dios, el cual, segun ellos, habita los Andes, adonde van los muertos y tienen mucho miedo al trueno, porque creen que es la espresion de la cólera de Dios; entonces se ponen á orar fuera de sus tiendas y prometen enmendarse; pero pasada la tempestad, no vuelven á acordarse de sus promesas.

“El 8 de Enero, luego que hubimos concluido nuestros trabajos de hidrografia, y provistos de ricaz y abundantes colecciones de historia natural, dejamos el estrecho, protegidos por una brisa muy fresca y llenos de esperanza para el porvenir.”

Este mismo almirante, el dia 30 de Enero de 1840, verificó el famoso descubrimiento de la Tierra Adelia, acompañado de un segundo y de gran número de marineros.

“Eran cerca de las nueve de la mañana, dice, cuando llenos de alegría tomamos tierra sobre la parte Oeste del islote mas occidental y elevado. La canoa de nuestro buque el Astrolabio, llegó algunos momentos antes que nosotros, y los marineros que la ocupaban ya habian trepado por los flancos escarpados de la roca que habiamos divisado. Saltamos á tierra tambien nosotros, armados de piochas y martillos, y envié á uno de nuestros marineros para que desplecase una bandera tricolor sobre aquellas tierras que ninguna criatura humana habia pisado antes que nosotros.”

Despues de una permanencia de dos dias en aquella isla, nuestros navegantes regresaron á su madre patria, completamente satisfechos de su importante descubrimiento.



INDICE.

	Pags.
I..... Un invierno en Nueva Zembla..	3
II..... Historia de cuatro marineros rusos abandonados en las islas de Spitzberg	8
III..... Invierno en los hielos del Norte, por el capitan Ross.....	11
IV..... Ascension al pico de Tenerife..	15
V..... Naufragio de la Medusa.....	19
VI..... Principales aventuras de Mungo-Park, en el interior de Africa.....	24
VII..... Viajes, esclavitud y salvacion de Ben Salomon, príncipe de Bunda.....	31
VIII..... Camino de Kabra á Tembuctu, descripcion de esta ciudad.....	34
IX..... Misioneros del Congo.....	38
X..... La Vaillant. Primer viaje al cabo de Buena Esperanza.....	40
XI..... El Cabo. Invasion de los cafres en 1837.....	47
XII..... Cristóbal Colon.....	50
XIII..... Conspiracion contra Pizarro...	59
XIV..... Naufragio del Sloop Betsey en 1756.—Mar de las Antillas.....	65
XV..... Islas Pelew.—Naufragio del capitan Wilson.....	69
XVI..... Esploradas oceánicas.....	71
XVII..... Nueva Zelanda.....	73
XVIII..... Java.—Escala de Samarag.....	74
XIX..... Asesinato del capitan Langle y once marineros en la isla de Tou-Tom-Ila.....	75
XX..... Alejandro Selkirk—Solitario en la isla de Juan Fernandez.....	78
XXI..... El capitan Cook.....	80
XXII..... Borneo.—Caza del mono nascico en la costa Este de Borneo.....	82
XXIII..... Naufragio de la Srita. de Bourk en la costa de Argel.....	83
XXIV..... Aventura de Mad. Godin de Odonois.....	85
XXV..... Islas Viti.—Muerte del capitan Bureau.—Destruccion del pueblo de Piva.....	87
XXVI..... Naufragio del capitan Bontikoe en el mar de la India.....	89
XXVII..... Araucanos.—Escursion de Mr. Bardel, vicecónsul de Francia en Concepcion de Chile.....	91
XXVIII..... Islas Viti.—Dillon atacado por los naturales (1812).....	92
XXIX..... Naufragio y aventuras del capitan Viaud, en 1766, en el golfo de la Chaudelaur.....	94
XXX..... Naufragio de La Perouse.—Descubrimiento de los restos de la espedicion alrededor del mundo.....	97
XXXI..... Estrecho de Magallanes.—Esploracion del contraalmirante F. Dumont d'Urville.....	98

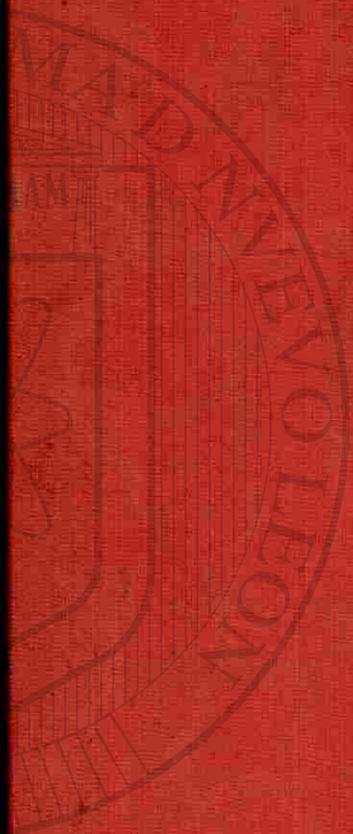
G225
A9156673
FHRC

AUTOR

TITULO
Aventuras extraordinarias
de los célebres.

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NU

CIÓN GENERAL DE BIBLIO